

EL GRAN DUQUE DE OSUNA

Y SU MARINA.

EL GRAN DUQUE DE OSUNA Y SU MARINA.

JORNADAS CONTRA TURCOS Y VENECIANOS

1602—1624

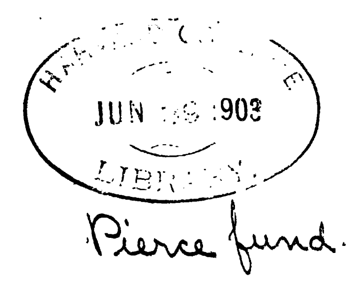
POR EL CAPITAN DE NAVÍO

CESÁREO FERNANDEZ DURO

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
1885


JUN 1902
LIBRARY

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la Fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
Con las propias naciones las extrañas;
Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta Luna.
En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope; y Trinacria al Mongibelo;
El llanto militar creció en diluvio:
Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
Murmuran con dolor su desconsuelo.

D. Francisco de Quevedo y Villegas.

ANTECEDENTES.

La vida de D. Pedro Tellez Giron, tercer Duque de Osuna, virey que fué de Sicilia y de Nápoles durante el reinado de Felipe III, fué escrita con extension y crítica, en lengua italiana, por el historiador milanés Gregorio Leti, que tuvo á su disposicion los archivos de ambas capitales, con algunos papeles de persona allegada al Duque y que recogió de viva voz las tradiciones y anécdotas personales conservadas en la memoria de los contempóraneos, saliendo á luz en Amsterdam en tres tomos en 12.° con láminas [1]. Cargada de pormenores de escasa importancia, falta de documentos que la tenian muy grande en la política de España y concebida con espíritu hostil á nuestra nacion, es, sin embargo, obra estimable y de utilidad para el conocimiento de ciertos sucesos de Oriente, que en vano se buscarán en otra parte. Aquí se han publicado modernamente [2] tres tomos de documentos relativos á este personaje, que, al decir de

[1] *Vita di Don Pietro Giron, duca d'Ossuna, Vicere di Napoli e di Sicilia sotto il Regno di Fillipo Terzo. Scritta da Gregorio Leti. Anrrichita di figure. Amsterdamo. Appresso Georgio Gallet.* MDCXCIX.

[2] En la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*, año 1864.

un contemporáneo, no tuvo pequeño más que el cuerpo; existen algunos esbozos ligerísimos de su figura y abundan materiales inéditos con que darla á conocer entre los más eximios varones de su siglo [1].

Mi objeto al presente es más modesto; se limita á presentar al Duque bajo el aspecto de las aficiones marítimas, siendo, como fué, de los pocos hombres que llegaron á entender entónces que la prepotencia y reputacion de España estribaba en el dominio de los mares, necesario de toda precision al mantenimiento y progreso del mundo colonial extendido por Oriente y Occidente en límites difícilmente mensurables; más como algo he de decir de la persona y de la manera que germinaron en su imaginacion ideas tan distintas de las de sus coetáneos, seguiré á Leti por principio en todo aquello que no há menester rectificacion.

Desde muy niño empezó D. Pedro Giron á viajar por tierra y por mar, visitando lugares distantes, familiarizándose con otras costumbres y lenguas que más sencillamente se aprenden con pocos años, y despertando la inteligencia con el espectáculo de la Naturaleza en su hermosa variedad, y la contemplacion de los mejores monumentos de los hombres; pues nombrado virey de Nápoles su abuelo, primer Duque de Osuna, lo llevó consigo desde la poblacion del mismo nombre [2], donde

[1] Véase el índice de papeles examinados.
[2] La partida de bautismo se halla en la citada coleccion.

habia nacido, siendo sus padres D. Juan Tellez Giron y D.ª Ana María de Velasco, hija del Condestable de Castilla y señora de grandes dotes [1].

Al volver á España hablaba el jóven D. Pedro con perfeccion italiano y latin, descollando entre sus naturales disposiciones una memoria prodigiosa. En Salamanca continuó los estudios de Matemáticas, elementos de Mecánica y Arquitectura con aplicacion á las fortificaciones, sin perjuicio de las Humanidades, y al volver á su casa, léjos de darle rienda suelta por bastante sabedor, tuvo ayo escogido, cursando con mucha aficion y provecho la Historia y la Geografía, al mismo tiempo que se ejercitaba en las armas, la Equitacion y otros ejercicios corporales más estimados entónces de la nobleza que las letras, con excepcion del abuelo, que, porque uno no empece á lo otro, queria saliera el jóven *caballero de capa y espada.*

La inclinacion ayudaba sin duda alguna á los propósitos paternales, ya que D. Pedro mostraba por entónces á los libros y á las ocupaciones sérias más aficion que á las fiestas de la córte, donde, muerto el abuelo, asistia alguna vez como primogénito de Grande. Sus aspiraciones se dirigian á la campaña y vida militar, que inauguró con motivo de las alteraciones de Aragon, marchando á las órdenes de D. Iñigo de Mendoza, sin contar más que catorce años de edad.

[1] Segun Leti, que fué muy aficionado á chascarrillos, decian los chuscos de la córte que si D.ª Ana se trocára en D. Juan, y don Juan en D.ª Ana, se veria en la casa de Giron un caballero de gran valor y una dama de mucha piedad.

Como la represion fué breve, marchó á París en compañía del Duque de Feria, embajador extraordinario, dando ensanche á la instruccion, que, segun decia más tarde, le fué de aprovechamiento por la naturaleza de los sucesos presenciados y la condicion de las personas con quienes tuvo relaciones en la córte de Enrique IV, y entre los jefes de la Liga católica. Allí formó el fondo de una biblioteca escogida, que se trajo á España, en mayoría de libros de Historia; apasionándose sin perjuicio, de las aventuras galantes en que se deleitaba la juventud de aquella capital poco edificante.

Empezaba á dar muestras del espíritu burlon y de la verbosidad faceciosa que habian de sobreponerse á la seriedad natural de su carácter, llegando á tener fama sin rival entre aquellos que á un chiste sacrifican cualquiera conveniencia; fama causante de graves disgustos y enconadas enemistades. Leti ha colegido con fruicion un número grandísimo de frases picantes y dichos agudos, aplicados á los acontecimientos y á los personajes culminantes del tiempo, por cuanto indican, no sólo ingenio, sino tambien penetracion política.

Despues de Francia, quiso D. Pedro conocer á Portugal, viajando á su costa con recomendacion del Rey [1]. Desde allí escribió á D. Fernando de Velasco una larga

[1] La cédula dirigida al Virey estaba redactada en estos términos: «Marqués de Castelrodrigo, primo, mi virey de Portugal. Don Pedro Giron, primogénito del Duque de Osuna, mi primo, va á Lisboa por satisfacer la curiosidad de conocer ese reino: me complaceréis mucho dándole la acogida que merecen su nacimiento y el afecto que le tengo. Dios os guarde muchos años para mi servicio y bien de vuestra casa.»

carta de impresiones y juicios, primer escrito suyo que se conoce, viniendo despues á la córte, donde se hizo estimar del secretario D. Juan de Idiaquez, tal vez resorte de la designacion para volver á París con la embajada que iba á celebrar las paces ajustadas.

Murieron en esto el rey D. Felipe II y D. Juan Tellez Giron, entrando á disfrutar D. Pedro de la Grandeza de España con los títulos de tercer Duque de Osuna, segundo Marqués de Peñafiel, sétimo Conde de Ureña, con otros señoríos de la casa. De liberal y áun de libertino se le tachó en esta época, en que á vueltas de amoríos y cuchilladas fué desterrado de la córte, alejado de Sevilla por nuevos escándalos, domiciliado en Osuna y preso en Arévalo, sin que las aventuras ó calaveradas que le habian adjudicado renombre de espadachin y quimerista, cesáran al casarse con D.ª Catalina Enriquez de Rivera, hija del Duque de Alcalá y de D.ª Juana Cortés, que lo era del conquistador de Méjico, ántes por mayor notoriedad sufrió segunda prision, de que se evadió marchando á los Países-Bajos, lo que deseaba mucho y habia solicitado sin conseguirlo [1].

[1] Tanto ruido hicieron las aventuras de D. Pedro Giron, que sobre ellas escribió D. Cristóbal de Monroy y Silva la comedia titulada *Las Mocedades del Duque de Osuna.* (Doc. núm. 1.) Cabrera de Córdoba, en várias partes de sus *Relaciones*, habla de ellas hasta el momento de la evasion, el año 1500, en que pone: «El Duque de Osuna va á servir en Flándes con seis mil escudos de entretenimiento al año, como se suele dar á los Grandes; el cual irá muy acompañado de soldados, con los cuales es amigo de repartir parte de lo que tiene, y así es bienquisto de ellos y de los valentones de que andaba rodeado en Sevilla. Hizo tales excesos aquí, que habiéndose ido á Peñafiel, su tierra, se envió de Valladolid un alcal-

Recibido en Flándes con singular aprecio del Archiduque y no ménos de la infanta Isabel Clara, causó, no obstante, confusion en la córte y el Consejo de la Guerra, por no saber qué cargo confiarle que correspondiera á la calidad de su grandeza, problema dificultoso á no resolverlo por sí con la manifestacion de no admitir jefatura, resuelto como estaba á servir de simple voluntario, contentando con ella á los que veian en el Duque un rival. Quedó acordado, en consecuencia, que tendria á sus órdenas los quinientos caballos organizados de su cuenta, con el título nuevo de coronel general volante, y espontáneamente se puso con ellos á las órdenes de Ambrosio Espínola, que apretaba por entónces el sitio de Ostende, al empezar la primavera del año 1602, y áun á las de su hermano Federico Espínola, encargado de introducir provisiones y refuerzos por la Esclusa.

Reunidas en este puerto ocho galeras con tres bajeles cargados de bastimentos, se pusieron en marcha hácia

de que le recogió en una casa de dicha villa, donde le tienen preso con cuatro alguaciles de guarda.» Leti nada dice de esto, ántes escribe que queriendo ir como voluntario á servir en la guerra con un regimiento de caballería que levantaria á sus expensas, aprobó el Rey con agrado su decision, con oportunidad de marchar á aquellos estados el Condestable de Castilla, su pariente, y desempeñar de paso una embajada para el Rey de Francia. Por último, en la causa que se formó al Duque, decia el juez Chumacero que D. Pedro Giron en Flándes sentó plaza de soldado con cuatro escudos de paga al mes, en la compañía del capitan Diego Rodriguez, del tercio del maese de campo Simon Antunez, hasta que le encomendaron dos compañías de caballos. Que sirvió sin diferencia de los demas soldados; gastó mucho dinero de su hacienda y fué tenido por padre, amparo y ejemplo de soldados, y excelente capitan.

la ribera de Ostende, en que estaban emplazadas las baterías; mas una escuadra numerosa de embarcaciones ligeras holandesas quiso impedir el auxilio, atacando con impetuosidad á la nuestra, que por ofrecer mayor blanco y llevar apiñados los soldados de trasporte, sufrió mucho, teniendo más de 400 bajas en tiempo que apénas se causaria al enemigo la mitad; con todo recibieron mucho daño en los bajeles, perdiendo uno que se incendió. La pérdida más sensible de nuestra parte fué la del general Federico Espínola, que acabó su gloriosa carrera muerto por una bala de cañon.

El comportamiento del Duque de Osuna fué como de hombre que busca la evidencia; á todos admiró su arrojo no ménos que la serenidad, encareciéndolo tanto los testigos al general en jefe, que éste, aunque afligido por la pérdida de su hermano, trasmitió la noticia al Archiduque, y un gentil-hombre de la casa vino expresamente en comision á felicitar á D. Pedro por su primera accion de guerra acaecida en la mar.

Marchando á poco al sitio de Grave, dió á la infantería del conde Mauricio una carga con arrojo calificado de temerario, en que perdió treinta hombres y el caballo que montaba, y secundándola recibió en una pierna herida de mosquete, que, sin ser grave por no tocar al hueso, le tuvo un mes en cama, y despues le hizo sufrir toda la vida. No quitándole el dolor la costumbre zumbona, como al conducirle en la camilla encontrára un jesuita, le dijo: «Padre, si no fuera casado profesaria en vuestra Órden, á fin de multiplicar los cojos en la Compañía», aludiendo á la herida que el fundador, San

Ignacio de Loyola, recibió en el sitio de Pamplona[1].

Refiérense tantos y tan graciosos chistes de D. Pedro, que no es mucho fuera la delicia del campamento su buen humor, y que se granjeára el afecto de los soldados como habia sabido adquirir su estimacion. Vióse esto en el delicado encargo que le dieron los Archiduques de parlamentar y reducir á las tropas españolas y napolitanas, amotinadas por falta de pagas, cosa corriente en Flándes.

Otra vez en el sitio de Ostende, que reputaba la mejor escuela militar con las lecciones de tan gran capitan como era Espínola, y de ingeniero cual Justiniano Romano, hízose notar por primero en los ataques de trinchera, en uno de los cuales cogió dos prisioneros por su mano, distinguiéndose al punto de dispensarle el archiduque Alberto la honra de cambiar su espada Real por la del voluntario español.

En el reposo de la campaña de 1604, fué el Duque de Osuna á Lóndres por conocer la capital y sus elementos marítimos, que estudiaba con no menor afan que los de la guerra terrestre. Hallóse allí en las grandes fiestas con que se celebraba la paz asentada entre el Rey católico y Jacobo I, recibiéndole este monarca con inusitadas honras, y complaciéndose mucho en hablar con él en latin.

Para el archiduque Alberto escribió la *Memoria de la campaña de* 1605, comentando las operaciones y los recursos desplegados, tanto por Espínola como por el

1 Leti.

Conde Mauricio, su adversario, capitanes ambos de los que más han sobresalido en el arte de la guerra, que ya estaba en disposicion de juzgar el Duque, aprovechado en sus lecciones, hasta cierto punto, pues tratándose de acometer, bien que su persona no fuera obligada á evitar por la responsabilidad del mando el peligro, excedia ordinariamente los límites de la prudencia, y más que nunca lo hizo en la batalla de Broeck, entrando tan adentro del ejército enemigo, que estuvo un momento prisionero, habiéndole sujetado las riendas del caballo, y con todo se libró, pareciendo milagro que saliera ileso entre la lluvia de balas que le dispararon.

No siendo mi objeto la guerra de Flándes, omito otros sucesos de importancia, aunque bien mereciera relacion siquiera otro motin de la soldadesca alemana que hubo de comprometer la suerte del Estado, y que *por único instrumento* supo reducir el Duque á la obediencia. Baste consignar que, embistiendo á la plaza de Grool el año 1606, recibió en el asalto una bala que le llevó el dedo pulgar de la mano de la espada, quedando imposibilitado por de pronto, y que tratando de recuperar la misma plaza el conde Mauricio, le sorprendió de noche Osuna é introdujo un socorro de 800 hombres, con lo que alzó el sitio.

Esta fué la última accion de D. Pedro Giron. Acabada la campaña de 1606 con tanta gloria, y sentados los preliminares de la tregua con los holandeses, aprovechó la oportunidad que se le ofrecia de visitar este país nuevo, vigoroso, y esencialmente marítimo, pidiendo de vuelta á los Archiduques le alcanzáran licencia del Rey

para regresar á España, como lo hicieron, con sentimiento grande de la separacion, con testimonio escrito de todos sus méritos y servicios en la guerra, y con extremosa carta de recomendacion al Rey [1], no teniendo cosa superior que ofrecerle que el Toison de Oro, que con gran ceremonia le habian impuesto ya despues del asalto de Grool.

No sin pesar y amargura de su parte salió de Bruséllas reflexionando que al cabo de los años en que habia consumido la mayor parte de su fortuna en gastos necesarios, y perdido los amigos y relaciones de la córte, volvia estropeado de una mano sin ventaja ni compensacion, si no contaba la experiencia adquirida con la madurez del juicio y la lectura de los libros favoritos que no dejó de la mano ni áun en el campamento. Olvidaba, sin duda, en aquellos momentos, el valor de la reputacion que habia paso á paso conquistado, y que naturalmente habia de llevarle á la situacion deseada.

Tan pronto llegó á Madrid, despues de la audiencia privada, quiso el Rey que ante su persona, reunido el Consejo, diera cuenta del estado en que quedaba Flándes, con opinion de las consecuencias de la tregua; y como el Duque poseia natural elocuencia y grande instruccion, habló dos horas sin olvidar materia de interés en estado, guerra y hacienda, sin descender tampoco á pormenores, expresándose con método, claridad y precision, sin alardes de diplomático ni pretensiones de ora-

[1] Otra al Duque de Lerma se ha publicado en la *Colec. de doc. inéd.*, tomo XLIII, pág. 61.

dor en el empeño de embellecer con adornos la palabra, «que es uno de los mayores males que afligen á España» [1]. Impresionando favorablemente al Consejo en las explicaciones, recibió sin tardar mucho anuncio de Su Majestad de haberle nombrado su gentil-hombre de cámara con plaza en el Consejo de Portugal, principio de consideracion que fué aumentando con la consulta personal de los negocios de Flándes, singularmente al tratarse de la tregua definitiva con Holanda [2].

Un entretenimiento, que parecerá en algun modo pueril, consumia por entónces mucha parte de la actividad del Duque; se ejercitaba en el manejo de la pluma y de la espada por aprendizaje nuevo á que le obligaba la mano estropeada, hasta que la costumbre venció las dificultades, no sólo en el manejo de los citados instrumentos, sino tambien de cualesquiera otros, como la pistola y el tenedor, de modo que no se hiciera notable la falta del dedo pulgar.

El decreto de expulsion de los moriscos le proporcio-

1 Leti.

2 Cabrera de Córdoba dice en sus *Relaciones*, á 2 de Agosto de 1608: «El Duque de Osuna ha besado á S. M. las manos en Lerma por haberle hecho merced del Toison y de dos títulos de Duque en Nápoles, por ayuda de costa, y dicen que se le ha hecho merced de un cargo que no se ha publicado, que es Milan ó Sicilia, y otros dicen que ha de ir por general de la empresa de Alarache.» Confirma, pues, el favor que el Duque se habia granjeado; en cuanto á la noticia del Toison parece contradictoria con la concesion hecha por el Archiduque, si no se trata de la misma. A 10 de Octubre vuelve á decir: «Ha dado S. M. el Toison al Duque de Osuna, el cual ha venido de Flándes con la barba y cabello crecidos, que parece más extranjero que español.»

nó serios disgustos, por ser único sostenedor en el Consejo de la inconveniencia de la medida contra el empeño decidido de los inquisidores, y áun contra la opinion general, dirigiendo al Rey un discurso en que discutia las razones y fundamentos propuestos por el arzobispo de Toledo: vinieron, sin embargo, á darle el desembarazo, independencia y seriedad de sus razonamientos, el concepto de profundo político, por complemento y coronacion de la obra con tanta persistencia labrada con sus manos y talentos. No le faltaba ya más que la ocasion que vino al cumplirse el término señalado á los vireinatos de Italia, y la aprovechó sin demora, interponiendo toda su influencia para alcanzar el de Sicilia, tanto por ser de costumbre ascender al de Nápoles, como por el propósito de realizar ciertos proyectos de iniciativa personal que de tiempo atras andaba madurando, y vino á insinuar en el discurso al Rey en el Consejo.

«Si la provision de un gobierno cualquiera, dijo, requiere grave consideracion, creo, señor, que el vireinato de Sicilia la merece como ninguno. Sicilia es llave del reino de Nápoles, joya de la corona de V. M., y salvaguardia de la libertad de toda Italia. El Imperio otomano la codicia y acecha de contínuo con la esperanza de hacerla un dia ó el otro tributaria suya; bien lo sabía Cárlos V, de feliz memoria, abuelo de V. M., cuando en prevision de lo futuro dió la isla de Malta á los caballeros desalojados de Rodas, á condicion de hacer contínua guerra al Turco desde aquel baluarte; pero ya la medida es ineficaz contra enfermedad tan aguda. Aquella isla noble y feracísima, que forma un triángulo de

700 millas de superficie, tan próxima á Italia que sólo la separa un estrecho de tres millas, es de naturaleza que fácilmente se hace inexpugnable por aquella parte, como puede serlo por la que confina con Malta. No obstante, la mar es grande, las fuerzas de V. M. remotas, y las del Turco potentes y vecinas, de modo que pueden pasar, como pasan, de uno á otro lado, atendiendo á que los venecianos no cuentan con armada que exceda á las necesidades de la defensa propia, ni la emplearán en otra cosa, complaciéndoles más bien ver perpétuamente acosada la isla de cosarios, por los celos que la monarquía de V. M. les da.

»Con tantos reinos, con tan considerables recursos, no ha podido vencer la augusta Casa de Austria á un puñado de rebeldes en los Países-Bajos, porque su gran piedad la debilita, y el Turco, porque hace depender del interes la religion, y de la autoridad la vida y la sustancia de sus vasallos, triunfa y se extiende de manera que, si no se remedia, será pronto monarca y castigo de Italia.

»¿En qué consiste la fuerza de un Estado? Si es en el valor de la nobleza, en la fidelidad de los súbditos, en la reputacion de las armas, en el número de los soldados, ninguno debe igualar al de V. M., porque no hay soberano que de tantas prerogativas pueda loarse, y sin embargo, con ménos recursos y fuerza, por sistema distinto el Turco se ha hecho terror del mundo por las armas. Será injusto y tirano en el interior, mas no descuida medio de ser más y más poderoso fuera, y odiando á la Casa de V. M. por el odio que ella tiene á

los infieles, no piensa en otra cosa que en molestarla, siendo blanco principal de su saña los pobres sicilianos, como si fueran venidos al mundo para presa suya. Bien puede decirse que V. M. no tiene de aquel reino más que el título, y que disfrutan el usufructo los cosarios turcos.

» Quisiera Dios que las rebeliones que allí se han sucedido reconocieran otra causa. ¿Cómo han de amar los sicilianos á un príncipe que no los defiende? ¿cómo han de serle adictos, viéndose abandonados á la crueldad de los bárbaros? Sepa V. M. que de treinta años á esta parte han verificado los turcos más de ochenta desembarcos en Sicilia, ya en un punto, ya en otro, habiendo año en que se han contado cuatro, y en todos, tras el saqueo, ha iluminado el incendio el acopio de esclavos cristianos, que despuebla la isla, priva á la Corona de tantos súbditos y agobia el Erario con el rescate que se ha discurrido por remedio del mal, con gran escándalo de la Cristiandad, sorprendida de que un Rey católico que posee medio mundo no alcance á corregir ese mal crónico.

» Ahora que V. M. va á designar virey para Sicilia, ¿irá á ser testigo de la miseria y de las ruinas que cada dia causan los piratas en aquel reino infeliz y de la grita con que encadenan y embarcan en las galeras los esclavos? ¿Irá á servir de gacetero de la córte para avisar desembarcos, incendios de ciudades y asaltos de castillos, y que los partes queden archivados en la secretaría, fatalidad ordinaria?

» Bien sabe Dios la afliccion que me causa esta exposicion que debo á la responsabilidad del Consejo, y muy

particularmente á un Rey que funda su grandeza, como católico de título y de verdad, en la justicia. Dos determinaciones pueden adoptarse, en mi opinion, acudiendo al remedio de esos daños intolerables: negociar con el Turco la seguridad de Sicilia mediante tributo, ó espumar la mar de cosarios constriñéndolos á envejecer en sus puertos. Pensar en el primero sería abrir una brecha mortal en la gloria de V. M. y echar el ignominioso borron de otras naciones en la nuestra; de modo que habrá de pensarse en el segundo, pues harto ha durado la situacion lastimosa é indigna de los piadosos sentimientos de V. M. en que se ven los sicilianos, y de no acabar, pudiera llevarlos á la desesperacion. Vaya el virey que se designe ahora con la firme resolucion de levantar el espíritu de los insulares, y que halle en V. M. el apoyo de la autoridad y los recursos indispensables á una obra tan saludable.»

Leti, de cuya obra he traducido en extracto el discurso, afirma que mereció el asentimiento del Consejo, que sin discrepancia ó por unanimidad propuso al Rey su persona para el cargo de que se trataba: dudo yo, sin embargo, que la oracion sea auténtica. Aunque en otras, señaladamente las que le sirvieron para combatir la expulsion de los moriscos, se produjo con no ménos libertad; aunque no se hallára presente el Rey en el Consejo, como es de suponer, siendo de fórmula dirigir la palabra, como los escritos se dirigian á la Majestad, la seguridad de las grandes condiciones oratorias del Duque hace presumible que hiciera uso de términos más sua-

ves, sin que dejáran de ser convincentes ni quitáran nada á la exactitud de la pintura, poco ménos que á Sicilia aplicable á las Antillas y costas indianas, y áun á las de la Península misma, con ser tan grande, como D. Pedro aseguraba, la monarquía española, señora de medio mundo.

En la córte no sonaban, ni suelen nunca sonar bien los acentos de la verdad; más eco tenian aquellos de Mateo Lujan de Sayavedra, tan huecos, que hoy todavía se escuchan, al decir [1]:

«Es España la yema del mundo, la cabeza de las armas, el compendio de las letras, la fuerza de los ingenios, la monarquía más poderosa, el poder más extendido, el valor más arraigado; señora de las naciones, sujetadora de imperios, vencedora de cuantos se oponen á su grandeza, columna de la Iglesia, defension y propugnáculo de la religion, y, en suma, es su Rey (Felipe III) el mayor monarca, á cuyos hombros apoya la Cristiandad, en cuya corona comprende los dos mundos, cuyas armas ven los dos polos, cuyas águilas, tuson y vellocino ni tienen segundos ni conocieron primeros. Es en valor invencible, en poder insuperable, en grandeza primero, honra grande del mundo que sea su cabeza, y que con más felicidad que Alejandro Magno, no sólo sea señor del mundo, mas del viejo y nuevo. Es en riqueza él mayor, el más gran señor que hay ni ha habido debajo del cielo, y mama las tetas de oro de las dos Indias, orientales y occidentales.»

[1] Segunda parte de *Guzman de Alfarache.*

El hecho indiscutible es que, acordado el nombramiento del Duque de Osuna para Sicilia en Febrero de 1606, con fecha 18 de Setiembre recibió el título de virey [1], no faltando quien pensára que caminaba con él hácia el descrédito por las prendas que habia soltado, y harto sabian los tales lo que habia de alcanzar del apoyo y de los recursos que para la restauracion de la isla habia presupuesto como indispensables.

Á diferencia de los altos funcionarios que por preparativos de camino disponen el acomodo de la casa y las credenciales de los paniaguados, solicitó D. Pedro Giron del Consejo, por principio, autorizacion de examinar las Memorias de los vireyes de Sicilia desde veinte años atras, juntamente con cualquier otro documento del archivo que juzgára digno de estudio, mandando en consecuencia sacar copias ó extractos de los que apartaba, que en limpio llenaron seis resmas de papel.

Es dato importante para el conocimiento de la persona. De haber hecho otro tanto todos los vireyes y gobernadores, sin hablar de la influencia que en sus actos tuviera la instruccion, fuera la historia patria otra cosa distinta de la que conocemos. Pero D. Pedro hizo más; como vivieran en Madrid tres personajes que habian servido el mismo destino, les importunó con el fin de obtener noticias verbales y particulares, que sucesivamente fué tambien anotando; se procuró cuantos libros habia por entónces que en algun modo tratáran de la isla ó del carácter y costumbres de sus habitantes, estadís-

[1] Leti equivoca esta fecha y muchas otras.

tica, fuerza, riqueza, produccion, estado de las fortificaciones y puertos, logrando entre ellos un manuscrito del historiador palermitano Gioseppe Teppoli, interesante aunque sucinto. Por último, en virtud del conocido malestar que por allá reinaba, obtuvo, no sin dificultad, poderes extraordinarios extensivos á la revision de causas criminales, y promesa de una buena escuadra de galeras; lo que con más insistencia y razon reclamaba.

Con esto salió de Madrid, juntamente con el Condestable de Castilla, que recientemente habia sido nombrado gobernador capitan general de Milan, para tomar las galeras en Barcelona, siendo acaecimiento de notar, que habiendo enviado por delante el equipaje y embarcádolo en Alicante, la galera, tras largo combate, fué apresada por dos galeotas berberiscas, y como las encontrára don Antonio de Terracuso en la travesía de Cádiz á Barcelona con las diez galeras de Nápoles destinadas á las órdenes de los viajeros, no sólo represó la galera con la gente, criados y ropa del Duque, sino que capturó tambien á las dos galeotas, cargadas con el fruto de otras rapiñas.

La escuadra de Sicilia se hallaba en Cartagena, pero tan malparada, segun informaron al Duque, que no la esperó, embarcando en la de Nápoles, con la que hizo escala en Marsella, Villafranca, Génova y la ciudad del Vesubio, entreteniendo con los manuscritos el ocio de las travesías, y agasajado en todas partes, llegó á Melazo el 9 de Marzo de 1611.

VIREINADO DE SICILIA.

Entró en Palermo el Duque de Osuna con aquel aparato y ceremonial que realzaba la autoridad de los vireyes; adornadas las calles de colgaduras, formadas las tropas, reunidos en brillante comitiva los señores y caballeros del país, y agrupado el pueblo en la carrera gozando de la fiesta, la novedad y la comidilla de pronósticos hechos con vista de su persona. Duraron tres dias los regocijos, bailes y funciones populares, estimuladas con la cantidad arrojada en las plazas, que pasó de mil quinientos escudos en diferentes clases de moneda, apareciendo al cabo de ellos un bando con ocho artículos, por los que la nueva autoridad hacía saber al público que, enterado el Rey de los homicidios, robos y escándalos que traian atemorizados á los hombres de bien, le habia dado encargo de entronizar la justicia, con revision de los procesos y causas que requirieran esta formalidad, y estando dispuesto á cumplir con exquisito celo el Real mandato, sobre las ordenanzas y prevenciones de costumbre anunciaba la aplicacion del mayor rigor con los titulados y señores que dieran proteccion á los delincuentes; la reforma en el abuso del asilo en lugar sagra-

do; el castigo severo del portador de armas cortas de fuego ó blancas, que desde aquel momento quedaban de nuevo prohibidas, así como estaba dispuesto á ser clemente con los criminales que en término de ocho dias se presentáran á la autoridad voluntariamente.

Para apreciar el alcance del edicto, precisa saber que la isla de Sicilia, en cuanto á las depredaciones de los turcos ya bosquejada, de muy atras venía siendo campo franco en que hacian vida á su gusto los guapos y espadachines de toda Italia y áun de mucha parte de Europa. El carácter inquieto de los isleños, la práctica de las rebeliones tan repetidas, las mudanzas, rencores y libertades, y más que nada la impunidad de que se habia gozado, daban á Sicilia fama de cueva de bandidos. Los más encumbrados señores tenian á sueldo cuadrillas de bravos, utilizadas, más que en propia defensa, en imposiciones caprichosas ó satisfaccion de agravios y venganzas, cubriendo con su amparo los excesos y los crímenes de tal gente. Todo el mundo andaba por allí armado hasta los dientes y no pasaba dia sin encuentro, ni ménos noche sin asalto, aunque las puertas se abarrotáran al anochecer; ineficaz barrera de la honra, la hacienda ó la vida, en perpétuo peligro.

Como del bando se burláran todos aquellos caballeros de industria, pensando ser fórmula y ceremonial de autoridad reciente, hizo algunos escarmientos que empezaron á modificar la opinion, no excusando en los tres primeros meses sin castigo la más ligera falta.

Cayeron en este tiempo dos nobles, degollados en la plaza por haber ocultado, como de costumbre, á unos ho-

micidas; siete asesinos, ladrones ó incendiarios pasaron á la horca, y doce de menor delito fueron sentenciados á galeras; justicia expeditiva que hizo abrir el ojo.

Con este precedente quiso visitar las poblaciones, puertos y fuertes de la isla, examinando por sí mismo las necesidades y oyendo á los quejosos; se fijó principalmente en el litoral, cuyos fuertes hizo municionar y proveer de vituallas, mostrándose no ménos severo con los gobernadores que habian descuidado sus deberes, que con los delincuentes ordinarios; y ya que la marcha estuvo iniciada y marcado el compas á los jefes militares como á los magistrados y jueces civiles y á los encargados del manejo de la hacienda, dióse á gastar las rentas en compra de armas y municiones; montó fábricas de ellas, organizó almacenes y arsenales, acopiando todo género de pertrechos en gran cantidad; preparándose del mejor modo posible para recibir la armada turca, que, segun avisos, bajaria en esta primavera á Calabria y Sicilia.

Informando al Rey de la situacion en que habia hallado la isla, hacía constar que allí ni á Dios ni á Su Majestad conocian, estando vendidos el patrimonio Real y la justicia; con sueldo niños de teta y sin él los soldados y marineros, á quienes se debian treinta pagas. En punto á las galeras, defensa principal del reino, eran nueve en junto; llegaron de Barcelona á Nápoles al mando de D. Octavio de Aragon, sin víveres, pertrechos ni gente, siendo suerte aportáran sin alguna desgracia. Hubo que dejar allí tres desarmadas, no pudiendo seguir á Sicilia, y que del bolsillo del Duque se socorriera á la gente con nueve mil ducados, porque no muriera de

hambre. «Cierto, señor, decia; más parece que vienen de tierra de enemigos que de España, pues tan sin piedad se dejan pasar en aquellas costas sin nada de lo que han menester, costándole á V. M. más caro la poca órden que en esto se tiene, y siendo causa deste desórden que los oficiales se aprovechen y roben á rienda suelta» [1].

Aun así se le avisaba de la córte, que tanto para contener al Turco, como con el fin de hacer esclavos con que reforzar de remeros las galeras, se habia pensado reunir en el verano las escuadras de Nápoles, Génova y Malta, con la de la isla, poniéndolas todas á las órdenes del Marqués de Santa Cruz, y buscando recursos las carenó y pertrechó, cambiando por completo la organizacion. La empresa del Marqués de Santa Cruz en los Querquenes no fué nada lucida, siendo más la pérdida que la ganancia, como el Virey avisaba á S. M., indicando la conveniencia de meditar mucho estas jornadas en que iba la reputacion.

Resolvió desde entónces proveer por sí á la formacion de una escuadra, preparando gradas, llevando maestranza de Génova y sentando las quillas de galeras y galeones, sin los proyectos, presupuestos y consultas que tanto embarazan; verdad es que habia discurrido medio de acudir á las obras y acopios sin tocar á las rentas de la Corona, y no se creia, por tanto, en el deber de rendir cuentas.

Puso entónces la mira en atraer capitanes de mar de superiores condiciones, sin importarle por de pronto la

[1] *Colec. de docum. ined.* citada.

nacionalidad ni la oferta de consideracion y sueldo. Queria en esta parte obrar tambien sin el embarazo que para las galeras Reales ofrecian los nombramientos de la córte, experimentados con el del general D. Melchor de Borja, que logró en Madrid sustituir la propuesta de don Octavio de Aragon.

Llegaba el momento acariciado desde la juventud: tenía acreditado el gobierno en ménos de un año de ejercicio; la tierra limpia de malhechores; los tribunales enaltecidos; su autoridad temida y respetada; su persona en concepto de integérrima y justiciera; amada por todas las clases, satisfechas de la rectitud y afabilidad, y más que de todas, de las populares, á las que daba audiencia, complaciéndose en juzgar públicamente los asuntos de corta cuantía, á lo Sancho Panza, con aquel ingenio y buen humor especiales, y en usar de la clemencia y de la gracia cuando no perjudicaban al derecho.

Las operaciones navales del año 1612 acrecentaron su popularidad por enseñar tan pronto el fruto de las prevenciones; el Parlamento de Mesina votó recursos extraordinarios con que, al mando de D. Antonio Pimentel, despachó seis galeras á sorprender los corsarios que en el puerto de Túnez, guiados por un renegado inglés, disponian escuadra con que saquear las costas de las Indias occidentales. La expedicion se hizo muy bien; llegaron las galeras, sin ser vistas, á la boca del puerto, donde fondearon, y á la media noche, que era muy oscura, entraron de improviso las chalupas con cien soldados que llevaban fuegos de artificio; los arrimaron á las naos y siete de ellas ardieron por completo, echán-

dose al agua los moros espantados. Aprovechando la confusion y el pánico, sacaron los nuestros á remolque un navío de mil toneladas, con rico cargamento, y otros dos menores, sin que los cañonazos que los fuertes empezaron á disparar, alumbrados de las llamas, les causáran daño de consideracion. Verificóse esta sorpresa en la noche del 23 de Mayo [1].

Al salir con las presas encontraron siete galeras de Nápoles que duplicaban la fuerza, animándose unas y otras á empresa de más importancia. Tambien de noche acometieron al puerto de Biserta, próximo á Túnez, donde los berberiscos acababan de establecer atarazanas con grandes almacenes de jarcia y otros pertrechos. Todo lo abrasaron despues de saquear el pueblo, con escasa pérdida, aunque, lo mismo que en Túnez, hizo fuego el fuerte inmediato; los muertos no pasaron de diez, calculándose en quinientos los de los enemigos. Tal resultado dan las sorpresas nocturnas cuando salen bien.

Continuaba en tanto el trabajo de la maestranza, contando ya con nueve galeras excelentes la escuadra.

[1] Véase documento núm. 5.

Hé aquí el estado que remitió el Duque del en que puso las galeras reales:

	Oficiales.	Marineros.	Compañeros.	Proeles.	Gentiles-hombres.	Entretenidos y aventurados.	Forzados.
Capitana.........	30	26	17	8	1	60	360
Capitana de las seis.	21	13	11	5	2	17	251
Patrona..........	18	22	9	6	2	21	256
Escalona.........	17	14	11	6	2	18	244
Gerona...........	15	14	7	5	»	16	247
San Juan.........	15	16	11	4	»	1	202
San Pedro........	15	15	5	5	»	»	198
Fortuna..........	14	12	8	4	»	1	206
Belmonte.	19	30	9	»	»	8	199

«Hago diligencia, añadia, que toda la chusma coma y beba tan buen pan y vino como los criados de mi casa, no costándole á V. M. más que el ruin que se daba por lo pasado, con que de doscientos y trescientos enfermos que solia haber dellos, no habemos tenido el año pasado y éste sino ocho ó diez.»

Pensando en utilizar desde luégo esta escuadra, envió á Florencia uno de sus allegados, con proposicion para el gran duque Cosme de Médicis, de asociar las fuerzas marítimas en alguna empresa contra el Turco, proposicion que aceptó aquel príncipe, aunque por respuesta solamente dijera que necesitaba algun tiempo para meditarla. De cualquier modo contestó al fin con la aceptacion, siempre que las escuadras operasen independientes y separadas, advirtiendo que la suya iria en el mes

de Julio sobre la costa de Caramania á tentar algun golpe de mano.

No deseaba más el de Osuna, pues si confiaba en los bajeles que con tanto cuidado habia puesto en la mar, no desconocia la exigüidad de la fuerza comparada con la de las armadas turcas. Formaban aquéllos una escuadra de seis galeras y dos galeones nuevos, armados y municionados á todo costo, como nunca se habian visto otros. El Duque presentia lo que siglos despues ha venido á ser axiomático; esto es, que un bajel de guerra, si ha de cumplir con la mision á que se destina y llevar con honra el pabellon, ha de salir del puerto con la certeza de no encontrar de su misma clase y porte ningun otro superior en marcha, en armamento ni en manejo. Por general mantenia á D. Octavio de Aragon; por capitanes, como dicho está, los de más crédito entre la gente mareante.

Miéntras batian la mar los remos, caminando á jornada, no descuidándose los turcos, intentaron á su vez una sorpresa en el puerto de Mesina, entrando dos bajeles con apariencia de mercantes venecianos, y aguantándose fuera, á la mira, cuatro galeras y algunas galeotas. Estaban bien informados de hallarse fuera la escuadra, y no habiendo de temer más que el fuego de las baterías, creian fácil el incendio del arsenal y de las embarcaciones mercantes, en venganza de los de Túnez y Biserta, mas no les salió la cuenta; los dos bajeles fueron apresados en el puerto, y como inesperadamente llegáran de Nápoles algunas galeras que mandaban Don Alonso Pimentel y D. Gonzalo de Cárdenas, saliendo

de boga arrancada, hallaron que, muy confiados los turcos hacian aguada en el rio Esquilache, habiendo echado unos doscientos hombres en tierra. El combate en esta disposicion les fué fatal; dos galeras y tres galeotas cayeron en nuestro poder; se represó un bajel de Cartagena que se llevaban; se hicieron trescientos prisioneros, librando á los cautivos cristianos, y se halló á bordo cantidad de veinte mil cequíes de oro y veinte y dos mil reales de á ocho y de á cuatro, robados al buque español.

Los turcos que estaban en tierra se entraron en el monte, mas la caballería los fué alanceando ó cogiendo sin que se escapára uno. Este lance afortunado ocurrió á fines de Agosto [1].

Miéntras tanto, llegaron las galeras de Sicilia á Chicheri, en la costa de Berbería, y aunque el lugar tenía fuerte con artillería, desembarcando D. Octavio doscientos mosqueteros, cincuenta arcabuceros y cien picas, con reserva de cuatrocientos cincuenta, tomaron el castillo con el gobernador herido y muerte de ochocientos moros. El saco en la tierra fué de importancia, completándolo el puerto, donde habia cuatro bajeles, que fueron incendiados.

Acabada esta funcion emprendió la escuadra otra más notable que notició el Virey así:

«Estando D. Octavio de Aragon en la costa de Berbería, tuve avisos que la salida de la armada del Turco era cierta; y aunque en ellos me decian no vendria á estas costas, me pareció asigurarme más y enviar á tomar

1 Documento núm. 6.

lengua della, y así tuve en órden los bastimentos y municiones necesarias, para que en llegando despalmasen (como lo hicieron), reforzando las ocho galeras de chusma fresca que habia quedado en el puerto. Puse sobre cada galera cien mosqueteros, un capitan de infantería con su alférez y sargento, y sobre la mia, que hoy sirve de capitana, ciento y sesenta mosqueteros y siete buenos cañones, sin los entretenidos y gente de cabo que cada galera llevaba. Ordené que desde el capitan hasta el atambor llevasen todos mosquetes, y en cada galera cincuenta medias picas de respeto y veinte rodelas; y por si acaso fuese necesario desherrar alguna chusma cristiana, hice embarcar cincuenta chuzos por galera, habiendo yo mismo no sólo reconocido la gente y las armas, sino toda la jarcia y velámen de las galeras. Estando todo en órden, tuve aviso de una escuadra de doce galeras que andaba en guarda del archipiélago, y de que Nasuf-bajá, general de la mar, no salia con la armada, quedándose en Constantinopla por los negocios de Persia, y que venía con la armada Mahomet bajá, hombre de poco ánimo y de ninguna experiencia ni soldadesca. Parecióme advertírselo á D. Octavio, teniendo por sin duda podria hacer buen efecto cómo iban armadas las galeras, pues de la forma que lo estaban, podia acometer á alguna más, y si fuese número excesivo, en metiéndose en caza no podria arriesgar nada. Partió deste puerto, y siguiendo la navegacion topó con un bajel que venía de Modon con ropa de turcos y algunos esclavos, que envió á este puerto. Tomando lengua de que el armada del turco era fuera, entrando en el archipiélago,

en Hino le dieron nueva que la armada estaba fuera, y que habia en el archipiélago algunas pocas galeras que estaban cobrando el tributo que pagaban los griegos al turco. Siguió la navegacion, y en Haquería reconoció un bajel de griegos, que le dieron aviso que dos galeras turquescas, en Jamo, cerca de aquel paraje, le habian tomado cinco barriles de pez, y cerca de ellas iban ocho turquescas. Determinó illas á encontrar, y habiendo hecho esta resolucion, un piloto griego y un esclavo mio, platiquísimo de Levante, le llevaron al canal de Jamo, en la Natolia, y al anochecer le metieron en Cabo de Corbo, navegacion que forzosamente le dijeron habian de hacer; púsose la faluca á la punta del cabo, y refrescada la gente de media noche abajo, al despuntar el alba descubrieron bajeles, y aclarando más reconocieron cinco galeras de vanguardia, dos en la batalla y tres en la retaguardia, todas de fanal. Don Octavio tenía dadas las órdenes tan á tiempo por escrito, y con tanta destincion, que no fué necesario más de pasar boga la capitana, siguiéndola las demas; embistiéronlas con tanto valor, que en una hora estaban rendidas la capitana y seis galeras, y las otras tres, sin osar llegar á pelear, hicieron vela. Marinólas D. Octavio lo mejor que pudo, y enderezó su viaje la vuelta de Sicilia, habiendo pasado forzadísimos tiempos. Encontró treinta millas de este puerto un bergantin con decisiete turcos, que tambien tomó, y á cabo de Solanto, diez millas de Palermo, les sobrevino un temporal de agua, viento, truenos y relámpagos tan grandes, que si no lo hubiera visto no pudiera creello; porque en descubriendo fanales salí á la ma-

rina, y con no ser nada encogido, me vi dos veces ahogado de viento y agua. La capitana y tres galeras milagrosamente tomaron el puerto, pues si no fuera por un relámpago que les descubrió el muelle y la torre de la linterna, la embisten y se pierden. Las galeras hicieron toda la fuerza posible, y al amanecer las vimos todas con Maestre Tramontana, que es la travesía de esta costa, á tres millas de tierra; llevados los timones de golpes de mar, toda la chusma y marinería rendida, y perdida no sólo la presa que se habia hecho, pero toda la escuadra. Reforzaba el viento y la mar, habiendo salido todo el pueblo á la marina, siendo el más lastimero dia que pienso se ha visto. Acordándose algunos de la borrasca que S. M. del Emperador, que santa gloria haya, tuvo en Argel, les pareció si era algun encanto y hechicería. Entendido por el cardenal Doria, que se halló conmigo, con notable cuidado envió por un religioso lego, descalzo, de la órden de San Francisco, que se llama fray Inocencio, hombre de notable aprobacion y vida en este reino, al cual, dándole sus veces, le mandó conjurase la mar, y despues de haber estado un rato en oracion, al mismo tiempo que comenzó á bendecilla y conjurar, se trocó la travesía de Maestre Tramontana á Jaló, ques Levante, y quietándose la mar, se echaron setenta barcones y barcas con gumenas y ferros para ayudar las galeras, siendo Dios servido que de todas no tocasen sino dos, tan milagrosamente, que metida una sobre una peña, ni el buco se ha roto, y otra en un arenal con mil escollos al rededor.

»Hase tenido por un milagro evidentísimo, pues ha-

biendo estado perdida desde las doce de la noche hasta mediodía toda la escuadra, á la una de la tarde estaba en salvo, sin habrese perdido ni un cabo de cuerda, cosa imposible naturalmente.

» La presa que han hecho es: siete galeras de fanal; las seis de veintiseis bancos, y la capitana de veinticinco. Era general della Sinari-bajá, que en la naval [1] fué cómitre Real, á quien por servicios el Gran Turco le dió el estandarte, haciéndole general de doce galeras. Murió más de pena que de las heridas que tenía. Hase dado libertad á mil doscientos cristianos; hanse tomado esclavos seiscientos turcos; hase tomado en prision Mahamet, bey de Alejandría, hijo de Alí-bajá, el que mandaba la armada del Turco en la batalla naval, y dos mujeres suyas, el cual iba á Jío á tomar los baños de una enfermedad que tiene en las piernas. Es tio de este Gran Turco, y por eso no puede ser bajá; pero siéntase al igual con ellos; ha sido siempre gobernador y gobernado á Egipto y Alejandría; dos capitanes de galera, porque los otros cinco y más de cuatrocientos turcos murieron en la batalla, unos muertos y otros echados en la mar. Hasta ahora se han descubierto sesenta esclavos de rescate; y para que sea más de estimar esta victoria, han muerto seis soldados y heridos treinta, que todos están buenos, de que con el respeto que debo, doy á V. M. la norabuena de la mayor impresa que, segun dicen pláticos, se ha hecho en la mar, y de la reputacion con que este estandarte de V. M. queda; pues de siete galeras

1 En la batalla de Lepanto.

de fanal, las seis son del Gran Turco, salidas de Constantinopla, y la una de Sinari, bajá general. El saco de los soldados ha sido muy bueno, aunque no tan grande como pudiera, porque estas doce galeras salieron de Rodas, dos delante á avisar, y diez juntas á cargar de bizcocho á Albolo para el servicio de la armada, que juntas habian de ir contra el rebelde de Seyetas, cargadas de soldados y municiones, y así se ha tomado mucha pólvora, cuerda y balas. Es de estimar haber entrado estas ocho galeras en Levante estando toda la armada turquesca fuera, y en sus propios mares, á la cara del armada tomarles siete galeras de fanal, con tanta cantidad de esclavos cristianos y turcos, y metellas remolcando en los puertos de V. M. á la vista de treinta y tres galeras que salieron á socorrellas» [1].

El Duque quiso que por esta accion fuera recibida la escuadra en Palermo con honores como los que correspondian á su propia dignidad, y entre el estruendo de la artillería visitó uno por uno los buques, felicitando á los capitanes, alabando á los soldados y acordando allí mismo á los tristes forzados gracia de la mitad del tiempo de condena, con advertencia de que el que voluntariamente quisiera continuar sirviendo en el remo, tendria plaza y sueldo de hombre de mar y parte de las presas.

[1] Carta fechada á 4 de Octubre de 1613. Matías de Novoa describe el combate de la misma manera : acaso vió esta carta. Cabrera de Córdoba escribe : «Sábado 9 de Noviembre llegó correo del Duque de Osuna con la relacion y estandarte del enemigo que envió al Duque de Lerma, con que toda esta córte se ha alegrado en gran manera.» Véanse las relaciones particulares entre los documentos del apéndice.

Con esto alcanzó á todos el júbilo y atronaron los vivas el espacio; mas seguro es que en ninguno llegaria la satisfaccion al supremo grado que en D. Pedro Giron, que con tantos afanes y tiempo venía preparando aquella primera victoria naval, tan grande é importante cuano se habia visto contra la Media Luna, despues de la de Lepanto.

Entró en la ciudad de Palermo D. Octavio de Aragon con sus capitanes y oficiales, los soldados formados, los cautivos libres y los prisioneros delante, con acompañal miento de las corporaciones y gremios y las religiones, asistiendo con el Virey y el cardenal Joanetin Doria, arzobispo de Palermo, á la iglesia mayor, á dar gracias á Dios de la victoria, con solemnísima pompa é inmenso concurso de gente [1].

Cómo entendia el Duque la política acreditan las inmediatas disposiciones. Ante todo, hizo pasear por los puertos de Sicilia, tan castigados ántes, las siete galeras apresadas. Dos de ellas, tripuladas con lujo, envió despues á lucirse en Nápoles, desde donde, unidas á la escuadra del príncipe Filiberto, habian de seguirle á España y llevar la primera noticia, de que era portador don Juan Tellez Giron, conde de Ureña, hijo de D. Pedro, con una parte de lo mejorcito de la presa. Otra parte se distribuyó entre las cinco ciudades principales de Sicilia; otra entre los oficiales, soldados y marineros, y reservándose la cuarta del producto, destinó veinte mil escudos á limosnas de pobres, hospitales y monasterios, y

[1] Documentos núm. 7 y 8.

treinta mil á dotes de doncellas pobres; con lo que se extendió tanto el beneficio, que regocijados los ciudadanos no cesaban de gritar : *¡ Viva el Duque de Osuna nuestro Virey, que Dios nos conserve!*, aclamándole maravilla de los gobernadores.

El duque Cosme de Médicis, cumpliendo su palabra, habia enviado seis galeras al mando del almirante Ingherani, con gente y tropa de refuerzo, la vuelta de Caramania. Atacaron el castillo de Agrimano con la buena fortuna de señorearlo en ménos de veinticuatro horas, apoderándose de cuatro cañones gruesos que tenía, dos galeras de Chipre ancladas en el puerto y ochocientos esclavos turcos, dando libertad á trescientos catorce cristianos que andaban sujetos al remo. Por la cooperacion le envió D. Pedro Giron las gracias con un caballero de su casa, y agasajo de armas y monturas de precio; á cuyo obsequio correspondió el gran Duque de Toscana con la visita de un sobrino de su almirante, portador de doce caballos turcos, dos literas ricas y tres jóvenes esclavas de Chipre, que, por hermosas, no hicieron, segun se dice, mucha gracia á la Vireina. Convínose entónces en que ambos sostendrian al emir de Saida, que se habia rebelado contra el Sultan, dándole que hacer dentro y fuera de su casa, y cada cual hizo por su parte preparativos para la nueva campaña del año siguiente.

Bullia en la cabeza de D. Pedro Giron la idea de liberacion de los griegos cristianos, que tanto podian ayudar en la obra principal de debilitar al Turco, y habia favorecido y auxiliado con armas, municiones y soldados al caudillo que promoviendo la rebelion, en poco

tiempo se vió á la cabeza de un ejército, con el que se hizo dueño de las plazas principales de la Morea [1]. Ahora se proponia darle mayores ánimos, porque no fuera ahogado en principio el buen espíritu que se despertaba en los albaneses y demas pueblos oprimidos [2].

Antes de concluir la reseña de operaciones navales de este año, conviene apuntar algunos incidentes por la trascendencia que tuvieron. El Duque de Osuna sentia por los venecianos invencible antipatía, y ántes de encargarse del vireinato habia representado contra la libertad de que disfrutaban en fuertes y costas españolas, de registrarlo todo sin que se les visitára [3]. Ahora sucedió que volviendo D. Octavio de Aragon de los cruceros de Levante, encontró con un galeon veneciano artillado con cuarenta piezas, que pasaba sin amainar ni saludarle. Envióle D. Octavio á decir si sabía que aquella era la escuadra de Sicilia y el estandarte el de Su Majestad el Rey de España, y respondió que lo sabía y guardaba las órdenes recibidas de la señoría. Á vuelta de observaciones mandó D. Octavio volver las proas de las ocho galeras que llevaba para echarle á fondo, lo que visto por el capitan veneciano amainó luégo y saludó al

[1] Una relacion impresa que pongo en el apéndice con el núm. 3, señala el mes de Agosto de 1611 á la toma de Coron por los maynotas ó manates, y ántes dice habia estado en Sicilia Osarto, conferenciado con el Duque de Osuna y recibido los auxilios con que desde la misma isla fué á Brazo de Mayna.

[2] En carta de 28 de Noviembre de 1613, participó al Rey haber enviado en auxilio de los maynotas al corsario Jaques Pierres y á varios capitanes y soldados españoles.

[3] Carta de 1.º de Febrero de 1611, fecha en Nápoles.

estandarte con tres piezas, enviando una embarcacion con excusas [1].

Tambien es de anotar un hecho de arrojo del alférez Jerónimo del Valle, que con una galeota pequeña del Duque, tripulada con sesenta y cinco hombres, abordó de noche un bajel de Trípoli y lo apresó, tomando vivos catorce de los ciento treinta moros que llevaba, sin más pérdida por su parte que tres muertos y cuatro heridos [2].

Á la primera insinuacion de nueva campaña del Duque de Osuna, acudieron los nobles y comerciantes ofreciéndole de buen grado cuanto dinero hiciera falta al armamento, y no fué menor el apresuramiento de la juventud en alistarse voluntariamente para cualquiera expedicion; tanto la direccion y éxito de las anteriores habia mudado el espíritu abatido de los sicilianos. Pudieron alistarse con desahogo, á más de las galeras del año anterior, otras nuevas, y las apresadas, no excediendo el número, por ser máxima de D. Pedro no querer muchos barcos, sino buenos y á completa satisfaccion armados y tripulados; verdad es que, habiendo participado á la córte sus propósitos y pedido el concurso de las galeras de España, por ser la mejor ocasion de utilizar las disensiones de los turcos [3], sabía que el príncipe Filiberto habia salido de Cádiz con rumbo á Mesina al principio de Marzo, dando pasaje al Conde de Ureña, hijo del Virey, negociador del auxilio.

En tanto, meditando el Sultan la venganza de los

1 Carta de 4 de Octubre de 1613.
2 Carta de 28 de Noviembre.
3 Carta de 5 de Febrero de 1614.

agravios sufridos, no atreviéndose á descargar su cólera en Sicilia por la noticia del estado militar en que se hallaba, envió la armada á Malta, desembarcando allí ejército; pero no tardó más en saberlo el Virey que en despachar á D. Octavio de Aragon con las galeras por la costa opuesta, reembarcándose los enemigos con tanta precipitacion, que abandonaron artillería y bagajes, y persiguiéndolos á fuerza de remo logró todavía alcanzar la retaguardia, echar á fondo una galera y abordar otra, que rindió con 500 turcos y 70 esclavos cristianos, victoria no ménos honrosa que las otras, por cuanto libró á los caballeros de Malta de gran peligro, y se sobrepuso á los soberbios mahometanos con fuerzas tan inferiores. En vano quisieron desquitarse atacando de regreso á los rebeldes del Emir en el Brazo de Mayna; prevenidos como estaban con las armas y municiones que les facilitó D. Pedro, rechazaron el desembarco, causándoles 600 bajas.

La llegada del príncipe Filiberto no correspondió á los deseos de verlo: llevaba veinte galeras, pero ¡qué cascos, qué armamento! El Príncipe mismo no supo disimular la pena de la comparacion con aquellas del Duque, pagadas al corriente, con víveres de primera calidad, sobradas de pertrechos, lujosas en número y condicion de las armas, miéntras las suyas ni lo necesario tenian. De todos modos, sumaban cincuenta y cinco las que se reunian, número suficiente para cualquier empresa, á juicio del Virey, que pretendia se atacára á los turcos en sus mismos puertos, aunque no eran del mismo aviso los recien llegados.

Fueron despachados por delante el capitan Pedro Sanchez en galera del Duque, y con dos galeras reforzadas D. Diego Pimentel, teniente general de las de Nápoles, á tomar lenguas y reconocer la posicion del enemigo, llevando por capitanes á Hernando Bermudez y Martin de Garay; de la infantería á Antonio de Paredes y Antonio de Acevedo, y por práctico al capitan Simon Costa [1]; nombres que escribo por dignos de alabanza. Por barcos griegos y venecianos supo Pimentel estar el enemigo en Navarino, y haber destacado dos galeras de avanzada con el mismo propósito de las suyas. Sobre la isla de Prodano, á tres leguas de Navarino, y sin haber logrado por tanto reconocer la armada turca, topó con las dichas dos galeras al doblar una punta, cogiéndolas desprevenidas: al primer disparo echó abajo la entena de una de ellas, quedando tan embarazados los soldados, que en ménos de una hora la rindió: abordaron entónces las dos cristianas á la otra con la misma suerte, aunque con más sangrienta disputa. Eran las presas las capitanas de Alejandría y Damieta, y ayudó á la victoria la decision de los esclavos cristianos, que empezaron á gritar: *¡Viva Jesucristo y la libertad!*, sacudiendo las cadenas en lo mejor de la funcion, con lo que se atemorizaron sus guardianes, teniendo más de cien muertos. Los prisioneros fueron 300; 400 los redimidos, grande la vanagloria del triunfo; mas no duró mucho, pues como los cañonazos se oyeran

1 Simon de Acosta lo nombra equivocadamente Matías de Novoa.

desde Navarino, salieron tres galeras á boga arrancada hácia el sitio del combate, ganando camino sobre las de D. Diego, que llevaban á remolque las presas. Los soldados querian abandonarlas, dándose por satisfechos con la gloria conseguida, y más viendo que otras galeras salian del puerto; no lo consintió Pimentel, amenazando con la muerte al que tocára á los cabos del remolque; y llegada la noche hurtó el rumbo, entrando con felicidad en Mesina, arrastrando los estandartes de la Media Luna [1].

El Virey lo recibió en los brazos, ordenando que los vencedores pasáran ante los escuadrones formados, que les hicieron salva, como tambien los castillos y galeras. Nada omitia Osuna en ocasion de honrar á sus soldados.

Utilizando las noticias obtenidas de los esclavos y

1 Tratando del general de la mar un manuscrito de la época, últimamente publicado en la *Revista Contemporánea* (Diciembre de 1884), con título de *Constantinopla en los siglos* XVI *y* XVII, dice:

«Entró en su lugar Mahamut-bajá, cuñado del Sultan, el cual, á causa de haberle tomado D. Octavio de Aragon siete galeras, se le privó del mando: sucedióle segunda vez Alí-bajá, quien asaltó la isla de Malta y saqueó una aldea, pero no pudo cautivar sino tres personas, porque las demas se acogieron á la fortaleza, y él se embarcó herido, con pérdida de sesenta turcos, y marchando desde allí á Trípoli de Berbería, mató á un rebelde del Gran Turco, llamado Ossemanday, y le confiscó la hacienda, que era mucha; pero como á la vuelta, estando con su armada en el puerto de Navarino, saliesen dos galeras para una isla que sólo distaba legua y media, á hacer leña, y se las tomase D. Diego Pimentel á su vista, con el mayor valor y denuedo, con solas otras dos galeras de la armada del Rey católico, fué depuesto Alí por esta causa, pero se le nombró general de la guerra contra el Persa.»

prisioneros, fué toda la escuadra española sobre Navarino á las órdenes del príncipe Filiberto; mas cuando por presagio debia esperarse señaladísima ocasion, ó el intento al ménos con el favor de la fuerza moral adquirida, fuera que los enemigos parecieran muchos, ó por cualquiera otra razon, ordenó el Príncipe la retirada, sin haber disparado un cañonazo, y dió la vuelta á Mesina, donde hubo serios disgustos [1], y desde allí á España.

Si algo mitigó el sentimiento del Duque de Osuna por la pérdida del tiempo, de los gastos hechos en el armamento y de la ilusion de una batalla dirigida por el Capitan general de la mar, fué la ausencia de éste, que le permitia valerse de sus propios recursos en medida más segura, aunque pequeña. No volvió á pedir ayuda al Rey, con el desengaño y con ver que uno y otro dia desestimaba el Consejo los planes suyos, formados con la mejor intencion á favor del espionaje que mantenia en Constantinopla y otras partes. Era fácil apoderarse de Alejandría, de Biserta y de Trípoli; podian repetirse los golpes contra la armada turca, pidiendo la cooperacion de las galeras del Papa, Malta, Génova, Toscana y Parma, y sobre todo, sin mucho costo, y con incalculable resultado político, favorecer la sublevacion de los griegos y ayudar á su independencia, ya que no se aceptára la oferta de la soberanía de Morea que hacian al Rey, advirtiendo que por las representaciones suscritas por

1 Parecer que el Duque de Osuna dió al príncipe Filiberto á 19 de Agosto de 1614 y carta á S. M. de 8 de Febrero de 1615. — *Documentos inéditos*, tomo XLV, págs. 218 á 229.

varios obispos griegos, tenian 17.000 hombres en campaña y 80.000 más disponibles en el momento en que tuvieran armas.

Contestábanle de la córte ser de preferente atencion los asuntos de Italia y los del Emperador, para acudir á los cuales habia de enviar el dinero de la Cruzada y el más que pudiera:

«No es bien entrar en nuevos gastos habiendo tantas cosas á qué acudir; y así parece que por agora no se entre en esto hasta ver si las cosas de Italia se acomodan, y se vaya entreteniendo sin dar prenda ni ponerlos en peligro», decia el despacho real, á que contestaba el Duque:

«He visto lo que V. M. me manda y no puedo dejar de representar no es servicio de V. M. ni utilidad suya el irlos entreteniendo (á los embajadores de Grecia) con esperanzas que no se han de conseguir, no sirviéndoles sino de que se descuiden, fiando en ello, y los degüellen los turcos despues á todos, como entiendo debe de haber sucedido á los maynotes, segun avisan de Levante; pues con haberse juntado aquí toda la armada de Vuestra Majestad, no ha habido traza siquiera de proveerles de armas, que era en lo que habian puesto su confianza; y así suplico á V. M. se sirva de no enviarme á mandar trate de cosa que no haya de tener efecto, sino que corra por otra mano» [1].

La propuesta de construir bajeles redondos, como

[1] Cartas de 5 de Febrero y 22 de Octubre de 1614, con las consultas del Consejo. — *Docum. inéd.*, tomo XLV, págs. 31, 65 y 155.

propios al corso, tambien fué aplazada; en asuntos de marina era en los que mayor resistencia á los gastos encontraba, y en los que ménos se escuchaban sus recomendaciones; ejemplo, el relevo en el mando de las galeras de D. Octavio de Aragon, que con tanta gloria habia sabido conducirlas. Determinó, por tanto, el Duque fabricar por su cuenta dos bajeles, que en capacidad, fuerza y belleza no tuvieran pareja en el Mediterráneo. Costaron cuatrocientos mil escudos, en rosca, y más de un millon ponerlos á la vela, constando por sus cartas que el uno montaba cuarenta y seis piezas entre medios cañones y medias culebrinas, llevando 450 mosqueteros; el otro, veinte piezas y 150 mosqueteros; y un patache, siete piecezuelas y 50 mosqueteros [1].

De las galeras suyas, dice, construyó la capitana, llevando en la popa algunas labores de su fantasía, cuya talla hizo el maestro Antonio Foli, añadiéndole cien planchas de plata Jerónimo Timpanaro, platero de Palermo; que salió de buen talle, tan buena al remo como á la vela, y tenía 30 bancos y seis hombres por remo, que hacen 360. Otra, nombrada la *Verde*, de 29 bancos, sin ser tan buena, podia echarse á cualquiera capitana turca; por fin, tenía una galeota ligera, y empleados en las tres cuatrocientos esclavos propios. Las banderas eran de damasco negro, con sus armas; las velas blancas y azules [2].

Esta escuadra suya, reforzada con otros bajeles y ga-

[1] *Colec. de docum. ined.*, tomo XLV, pág. 225.
[2] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, págs. 114, 120 y 121.

leotas, envió al mando de D. Octavio de Aragon, con un convoy de armas y municiones para los maynotas; sufrió sin averías un furioso temporal; desembarcó con felicidad el socorro; corrió el archipiélago griego, capturando primero una galeota con ciento sesenta cautivos cristianos, y á seguida la flota de diez caramuzales que venía de Egipto á Constantinopla. Al volver á Sicilia hizo la ciudad de Mesina fiesta religiosa y cívica en alegría, dando banquete y baile, con asistencia del Virey, en obsequio del general, capitanes y oficiales de la escuadra; y si pareciera el festejo desproporcionado á la accion, inferior ciertamente á las anteriores, mudará el juicio la noticia de valer la presa por encima de un millon de ducados, y ser la ciudad comercial ante todo.

En Madrid no produjo tan buen efecto la nueva, murmurándose de la resolucion y de las ganancias del Duque, y dictando á resultas órden, que parecia de generalidad, prohibiendo á los vireyes hacer el corso. Don Pedro contestó que la obedeceria, aunque pensaba se favorecia con ella á los turcos y habia de dejar muy comprometida la navegacion de los cristianos. Explicaba de paso que el valor de las presas no era tanto como se decia comprobándolo con la propuesta que hizo al Tribunal de tomarlas para el Patrimonio, siempre que pagára los gastos de armamento, sueldo y raciones, no aceptada por parecer que perderia S. M. en ello [1]. Acordó el Consejo, sin embargo, que se le reprendiera, no dejando de ser fundadas las razones del voto del Marqués de Villafranca.

[1] Carta de 8 de Febrero de 1615.

«Que se escriba al Duque, decia [1], que tiene órden general de no poder armar navío propio ni ajeno, ni embarcar infantería española en ellos, ni tratar de corso de ninguna manera, ni tener galeras propias, ni esclavos por buenas boyas; y que demas de esta órden, cuando él propuso que en invierno anduviesen tres navíos por cuenta de S. M. á asegurar las costas, áun esto en causa propia de V. M. no lo quiso admitir ni consentir sin advertirle de los inconvenientes, y que no ejecutase cosa ninguna hasta responder á ellos, y que ésta es segunda contravencion de la órden. Que la infantería española no quiere V. M. que se acostumbre á piratear, ni conviene, ni que con nombre suyo ni de sus ministros se inquieten las naves de mercancía que van á Levante, ni se hagan presas allí en navíos de turcos, pues en ellos se toman niños y mujeres y pocos ó ningunos esclavos útiles para el remo, y todo es daño de los griegos, que son cristianos. Que mande luégo poner todas las presas hechas en depósito, y no tocar á ellas ni á cosa ninguna sin órden de S. M., y que tan solamente de esas presas se pague el sueldo de los quinientos y cuarenta soldados por el tiempo que han andado embarcados, y que de este sueldo se avise al veedor general que haga baja dél en los libros. Y que asimismo se paguen á todos los marineros y demas gente, y que los navíos se desarmen, y de aquí adelante no vaya ninguno dellos á Levante ni otra parte, ni tampoco á la seguridad de costas que el Duque propuso, pues deste principio, en que se respon-

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 270.

dió aquí como se debia, ha sido el exceder allá como se ha visto. »

Ciertamente repugna el empleo del corso en nacion fuerte que tenga elementos militares sobrados, y pueda evitar los abusos é inmoralidades que suelen manchar á los que lo ejercen; mas tratándose del turco, que en el corso tenía la savia de su existencia y con él poblaba las galeras, despoblando nuestras costas, y poniendo á contribucion y rescate á los pueblos marítimos de Europa, la objecion era digna de la tierra clásica de D. Quijote, sobre todo asentándola en hipócrita moralidad mal avenida con la declaracion de que por este medio no se obtenian esclavos viriles para el remo, que era el fin que inspiraba expediciones militares como la de la isla de los Querquenes.

Las del Duque de Osuna no tenian de corsarias más que el nombre y la bandera; rigiendo un general las naves, llevando éstas capitanes é infantería española sujeta á la disciplina militar, y cayendo únicamente en las correrías sobre el azote del nombre cristiano; palpable era el efecto en los tres años del vireinado de D. Pedro Giron, por la tranquilidad de las costas y la seguridad de los mares; pero aquellos que en Madrid se llamaban hombres de Estado, llevando á la nacion por la senda del precipicio, preferian á vireyes como Osuna los que le habian precedido, dóciles á la indicacion, fáciles en el manejo, duros en exprimir como limon á los isleños, y prontos en remitir á España el zumo, aunque algo se trasvasára en el camino; que las galeras podridas tuvieran en perpétuo peligro á los que las movian en parada;

que pasáran los años sin pagar los marineros; que el ejército fuera nominal y de plazas supuestas, que cada verano fueran á Constantinopla algunos miles de cautivos, nada importaba si se cumplian sin tolerancia los reglamentos y se daba satisfaccion á los puntillos de la etiqueta. Dígase si otra cosa puede significar que el Consejo descendiera á tratar del rescate del bey de Alejandría, y á reclamarlo para la Corona, dando lugar á que se muriera sin pagarlo, y que por repetida prevencion se ordenára al Virey *estar á la defensiva*, sin divertir las pocas fuerzas con que se hallaba [1]. No maraville, pues, esta digna contestacion:

«Á 20 de Octubre partió D. Pedro de Leiva (general de las galeras) del puerto de Mesina, llevando bastimentos para dos meses y ochocientos infantes, los cuales desembarcó en espacio de un mes..... Enviéle á 4 de Enero 35.000 escudos en dinero, y ahora sale un bajel en su busca con los bastimentos que V. M. podrá mandar ver por esa Memoria, *habiéndoles tomado por mi cuenta*, porque el servicio de V. M. no falte; pero entiendo que á D. Pedro de Leiva le será fuerza desarmar algunas galeras en acabándosele, porque yo he llegado ya al último esfuerzo, faltando los sesenta mil escudos de la Cruzada que estaban consignados para este efecto, no sabiendo cómo me he de gobernar en este caso, *pues V. M. me manda que con este dinero se acuda á España precisamente*, y por carta del Consejo de Italia me manda V. M. *que no se toque el dinero de subjugatorios.*

1 *Colec. de docum. inéd.*, tomo citado, pág. 268.

Suplico á V. M. se sirva, pues yo he acabado con el tiempo de este cargo, y servido en él lo que he podido, venga persona que acierte á disponello mejor, que ni el reino se halla, aunque quiera, con más fuerzas, ni yo con más industria, y sentiria en extremo que en mi tiempo cayese esto del estado en que lo he puesto» [1].

Para el Consejo fué papel de perlas: véase la consulta:

«Que el Duque merece gracias por el cuidado con que acude á lo que le toca. Y porque ha pedido algunas veces licencia con ocasion de cumplir las órdenes que se le han enviado *con tanto acuerdo*, se puede inferir desto que está allí con poco gusto; y parece que es puesto en razon dársela y no detenerle allí contra su voluntad, pero haciéndole la honra y merced que es justo» [2].

Antes de adoptar resolucion el Rey, hubo aviso de la bajada del turco, y como las galeras de S. M. estuvieran atendiendo á la guerra de Saboya, olvidando D. Pedro los resentimientos, sin atender á otra cosa que al servicio, envió á Levante sus bajeles con objeto de tomar lenguas, averiguando estar juntas en Navarino 70 galeras; con esto se dió órden de acudir á su puesto de Sicilia las de D. Pedro de Leiva, y en tanto siguieron cruzando aquéllos, con la fortuna de tomar dos *pasacaballos* corsarios de á 18 bancos y de incendiar cuatro bajeles en la costa de Berbería. Por estos servicios se dieron gracias al Virey, recomendándole celára mu-

1 Carta de 27 de Marzo de 1815, tomo dicho, pág. 273.
2 *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 274.

cho las prevenciones de los enemigos, y por remuneracion de los que se le reconocian, fué promovido al vireïnato de Nápoles, con título fechado á 26 de Diciembre de 1615, ordenándole esperase su relevo.

Despachó en esto á D. Pedro de Leiva con las galeras, uniéndosele las de Malta y Florencia, á llevar un buen auxilio de armas y municiones á los maynotas, y de camino apresó 11 caramuzales con mercancías y la galera capitana de Azan Mariol, que tenía por costumbre acudir todos los años á Calabira, rescatando 150 cristianos y haciendo 200 prisioneros turcos, que fué buena expedicion, mas no suficiente, habiendo aparecido bajeles de vela corsarios por aquellos mares. Contra ellos salió el alférez Francisco de Ribera con un galeon de 36 cañones y una tartana del Duque, llevando 100 mosqueteros y 80 marineros, y miéntras con la última, reforzada de gente, reconocia una nao sospechosa, aparecieron dos tunecinas de 40 y 36 piezas de bronce y 300 hombres cada una y acometieron al galeon. Resistió valientemente Ribera cinco horas, sin que se atrevieran á abordarle, y llegada la noche encendió fanal, con lo que entendieron los enemigos que nada tenian que ganar, y se largaron. El galeon entró en Trápana á reponerse; hizo despues dos presas, y sabiendo que los asaltantes habian ido á la Goleta, se entró por la bahía; rindió cuatro corsarios de á 2.000 salmas con 18 y 20 piezas cada uno; mató 37 turcos en ellos, habiéndose tirado los demas al agua; rescató 19 flamencos prisioneros, y sufriendo los fuegos del castillo volvió á la mar, sacando las cuatro presas. Una de ellas se le fué á fondo, estando en poco

que la acompañára, por haber recibido 42 cañonazos á lumbre de agua, sin contar los de arriba, pero sin más de tres muertos y 30 heridos. En fin, llegó á Trápana con los otros tres, elogiando grandemente el Duque su accion heróica y proponiéndolo al Rey para el empleo de capitan, no sólo por ella, sino por otras en que tenía demostrado, sobre el arrojo, una especial aptitud marinera, *en este tiempo en que hay tan pocos de quien se pueda echar mano para esto.*

Hay que señalar otra vez, con este motivo, el singular criterio del Consejo : cuando no hubo en Sicilia buques del Rey, se enviaron al Duque gracias por lo que hacian los suyos; ahora se dió carpetazo á la propuesta, consultando «que el servicio de Ribera fué en cosa que contravenia las órdenes de S. M. enviando bajeles en Corso; y pues demas de haberse faltado á esto habia ido por beneficio de D. Pedro Giron, á él tocaba satisfacerle» [1].

En adicion, por noticia del veedor general de haber faltado en los bajeles del Duque que fueron á Levante 17 soldados, que se entendia estaban en esclavitud, se consultó «que sería justo que el Virey los hiciera rescatar por su cuenta» [2], aunque el veedor participaba tambien la salida de la escuadra del Duque dos veces con 300 soldados, y el Duque mismo decia [3] no haberle parecido cosa justa salir de Sicilia sin limpiar aquel mar de corsarios, «por estar para él el mayor cargo donde más podia servir á S. M.», y que era cosa

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 360.
[2] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 290.
[3] En 25 de Abril de 1616.

hecha, habiendo conseguido en la campaña entre los bajeles tomados, los echados á fondo y dado al traves, contar 32, enviando ademas á Levante dos galeras suyas con tres de Malta, regresadas con presa de unos caramuzales que llevaban 700 genízaros á Alejandría, de los que murieron 340, quedando los restantes cautivos, habiendo de su parte 12 muertos y algunos ahogados al saltar al abordaje, y en las galeras de Malta cinco caballeros, un capitan y algunos soldados.

Á tiempo que al Duque se exigian las pagas de los soldados, se olvidaba que de su bolsillo y crédito venía satisfaciendo las de todos, no pudiendo marchar al nuevo destino por no haber con qué satisfacer la deuda en las cajas Reales, exhaustas con tan repetidos libramientos y peticiones de España; mas, por lo visto, conocia muy bien Osuna el terreno, y contra viento y marea, como suele decirse; contra la indeterminacion y debilidad de los consejeros del Rey, pretendia llevar adelante su voluntad, á fin de que España fuera, como por naturaleza es, nacion marítima [1]. Ya por entónces habia reforzado su escuadra con galeones nuevos y otra hermosa galera que llamó la *Negra* y puso á disposicion del Conde de Lémos, para el viaje de Nápoles á España.

Llegado el momento de la partida, se manifestó el ascendiente adquirido sobre aquel pueblo veleidoso por el prócer castellano; entónces se juzgaron allí sus actos de

[1] Don Francisco de Quevedo habia venido á Madrid en comision para *untar ciertas ruedas* que chirriaban. Véase *Colec. de las obras de Quevedo*, por D. Aureliano Fernandez-Guerra, tomo II, cartas de Quevedo al Duque.

gobierno, comparando el estado de la isla en el momento de tomar el mando y en el de dejarlo; las gentes retraidas en las montañas por evitar las cadenas de los turcos, que ahora iban á devolvérselas en el Bósforo; las cárceles vacías de criminales; la tranquilidad en las ciudades y el campo; el movimiento en los puertos; las obras públicas desarrolladas con la magnificencia de que ofrecia universal testimonio la arquería de Mesina. Reunido el Parlamento, como eco de la opinion, consignó en acta los beneficios de que el país se reconocia deudor á D. Pedro Giron, enumerando los esclavos cristianos arrancados á la Media Luna, los prisioneros turcos, los vasos, cañones, anclas, banderas conquistadas, el valor de las presas, y acordando dar de todo testimonio cumplido para satisfaccion y memoria del Virey, uniendo la expresion de 4.000 escudos para gastos del viaje. Las ciudades le enviaron cartas de despedida, acordando la de Catania erigirle una estatua de mármol con inscripcion que conmemorase la proteccion que habia dispensado á las letras, otorgando privilegios y rentas á la ciudad.

El Duque se llevaba sus galeones y galeras en prosecucion de los planes de hacer temible en la mar el nombre español, y esto no podia sufrir con paciencia D. Pedro de Gamboa y Leiva, general de las galeras del Rey, pronosticando que habian de volverse á ver pronto faltas de lo más necesario, como ántes estuvieron; por lo demas, casi toda la nobleza del reino, los magistrados, los comerciantes, acudieron á Mesina á darle con aclamacion en la despedida, prueba, y no la última por cierto, de sincero afecto.

VIREINADO DE NÁPOLES.

Llegó á vista de Nápoles la escuadra de D. Pedro Giron el 20 de Julio de 1616, saliéndole á recibir á la isla Procida seis galeras de las de este reino, con las más significadas personas de la nobleza. La entrada oficial bajo palio, con las solemnes ceremonias de costumbre, ensordeciendo las salvas de los castillos y bajeles, se verificó el dia 27, influyendo en los ánimos la reputacion adquirida en gobierno tan cercano, para erigir espontáneamente arcos de triunfo en que sobre las expresiones laudatorias se traslucia la aspiracion popular con la breve inscripcion de *Justicia á nosotros* y *guerra al turco.* «Tendréis una y otra», les dijo el Duque, con aquel tono sentencioso y afable con que sabía hablar al alma de las masas.

Nada tuvo que enmendar en el sistema con tanto fruto ensayado y que aquí como en Sicilia produjo la desaparicion de la nube de bandidos que daba celebridad grande al reino, especialmente en la parte de Calabria, sin profusion de sangre, porque teniendo siempre en la memoria las galeras, publicó un bando de perdon general á los delincuentes que voluntariamente se presentá-

ran á servir al remo por tiempo proporcionado á la culpa, y recomendó secretamente á los tribunales la economía de la pena capital, con tal de poblar los bancos de la escuadra, donde podrian purgar los delitos.

Oscuro y preñado de amenazas se presentaba el horizonte político de Italia en los momentos de cambiar de cargo Osuna. Despues de la muerte del Conde de Fuentes, que tuvo refrenada á Venecia [1], habia desplegado esta república las alas de la ambicion, empujando al saboyano contra España al tiempo mismo que atacaba directamente al archiduque Ferdinando. Alarmado don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, recientemente nombrado gobernador de Milan, escribió á D. Pedro Giron, apoyándose en la opinion del Marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia, que enviára las galeras al Adriático, como único medio de impedir que Fiume, Trieste, Bucari, Porto-Re y Sena sucumbieran. Osuna consultó al Conde de Lémos, que no habia marchado aún, y manifestó que otra vez, cuando los venecianos trataron de hacer guerra al Archiduque, quiso enviar los galeones en su auxilio, y consultándolo á Su Majestad ordenó lo suspendiese; sin embargo, ofreciéndose tales ocasiones del servicio, no habria cargo ni consideracion que le impidieran acudir á ello, y así prevendria desde luégo las galeras y los siete galeones suyos, aunque fueran pocos, agregándose á las quejas de los venecianos la de haber detenido dos hombres, comisionados suyos en Oriente. Dando cuenta de todo al Rey,

[1] Véase *Bosquejo encomiástico del Conde de Fuentes*, tomo x de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

con consulta del Consejo de haberle dado repetidas órdenes de no enviar bajeles en corso, se le reiteraron por contestacion [1].

«No sé, entónces, respondió el Virey, cómo he de componerme, no teniendo bajeles de S. M., y estando la mar llena de cosarios, si no se pide pasaporte al turco; hanse hecho facciones tan ruines con mis bajeles, que no me espanto mande V. M. que no anden en coso, habiendo peleado con cosarios y no con mercaderes, que en la Goleta y costa de Berbería no los hay.» Dispuesto, no obstante, á obedecer el mandato, indicaba que todo se remediaria enviándole doce galeones de guerra bien armados y tripulados; de otro modo habia que esperar que los de Berbería quemarian las costas y sería cosa lastimosa ver acañonearlas y llevarse cautivos á los vasallos de S. M. sin poderlo remediar, no siendo á propósito las galeras contra bajeles redondos, demas que las aduanas se perderian, siendo los berberiscos señores de la mar, con lo que habria de cesar el comercio.

¡Doce galeones! ¡No faltaria más! En España siempre se ha querido defender las cosas propias y entrometerse en las ajenas, ganar batallas, expugnar plazas, conquistar reinos, con la palabra *fiat* por universal recurso. Y no porque haya sido nunca la nacion avara de sangre ni dinero, ántes por economía de prevision y de discurso. ¡Doce galeones! «En esto ya se irá mirando, que hay muchas cosas á qué atender» [2]. Tal era la contestacion

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo LXV, pág. 413.
[2] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 422.

y la esperanza enviadas al Duque al tiempo de mandarle remitiera urgentemente á Milan infantería, caballería y dinero:

Por fortuna, no siendo Osuna hombre que se maravillase con la correspondencia de la córte, aprovechó la oportunidad del reclutamiento encargado para levantar otros tantos soldados con destino á su escuadra, deliberando, ahora que tenía á los turcos encerrados en los puertos, aplicar por sí un correctivo semejante á los venecianos, cuya arrogancia y pretension al dominio del Mediterráneo hacía hervir su sangre castellana.

Con estas ideas iba construyendo cinco grandes galeones, carenando los otros, acopiando artillería y pertrechos con que llenar los almacenes, dando, en una palabra, un desarrollo que nunca tuvo el arsenal, valiéndose, como en Sicilia, de multas, gastos secretos, arbitrios ú obvenciones que no afectáran á las rentas de la Corona, y prescindiendo, por consiguiente, de expedientes, cuentas é intervencion de los oficiales Reales de la Administracion. El dinero no salia de su bolsillo en totalidad; mas con propiedad podia llamar y llamaba *su escuadra* á la que era obra exclusiva suya, formada sin órden, encargo ni consentimiento del Consejo de Guerra ó de la Junta de Armadas de España. Respecto á los soldados, pensaba que el mismo sueldo y racion habian de ganar en los barcos que en la guarnicion de cualquier castillo donde estuvieran mano sobre mano, y la propia consideracion hacía en punto á estar los forzados en sus galeras ó en un presidio de tierra.

No alabo en esto los actos del Virey ni juzgo la latitud que daba á sus atribuciones ó la iniciativa con que corregia desaciertos: narro sencillamentente los sucesos, confirmándome en que al proceder con un desembarazo sin precedentes, sosteniendo correspondencia diplomática con príncipes extranjeros, tratando de la paz y de la guerra, imponiendo tributos nuevos, conduciéndose, en una palabra, como soberano independiente en cierto modo, conocia bien el rodaje de la gobernacion española y debia de tener entre él algun resorte que ayudára con la superioridad de su talento á desviar los obstáculos en que tropezaba el pensamiento, si ambicioso de gloria y riqueza, evidentemente grandioso y patriótico.

Aquellas dificultades que la administracion oficial encontraba para enviar á la mar cualquiera escuadrilla; la carencia de marineros, la falta absoluta de pertrechos, la mezquindad de las raciones y el señalamiento nominal de las pagas, no existian para el Duque de Osuna. Al contrario, tenía por lo comun el embarazo de la eleccion, tanto en los soldados y aventureros voluntarios que acudian á los llamamientos, como en la gente de mar que se le presentaba, no sólo de aquellos estados de Nápoles y Sicilia y de las costas de España, catalalanes, mallorquines, vizcaínos y gallegos, sino de Ragusa y otros pueblos levantiscos, y de Normandía y Bretaña en los del Norte.

Dispuestos como iban á dejarse matar en su puesto, á cambio de la consideracion, comodidad y ventajas que encontraban, constituian aquellas tripulaciones con que obraron prodigios los bajeles de Osuna. Lo que ménos

respondia á su voluntad era la provision de la chusma de galera desde que tuvo el reino limpio de criminales, por ser entónces el ejercicio del remo, no sólo duro, sino tambien infamante; tenía que aguzar el ingenio en oposicion al de los holgazanes aprovechados por la corruptela en el servicio de mar y tierra, hasta que llegó á espantarlos, con escarmientos como éste, que refiere un escritor militar [1]:

«Contaré lo que oí decir hizo el Duque de Osuna siendo Virey de Nápoles, para remediar estos fraudes, y fué, que habiéndose pasado una muestra, y haciéndole relacion de ella, le dijeron: Tantos son los soldados efectivos y tantos los *Santelmos* (nombre con que acostumbraban llamar este género de soldados). Respondió el Duque: *¿Cómo Santelmos?* (haciéndose el desententendido). *¿Pues hay más que un Santelmo en Nápoles?* Dijéronle que eran ciertos hombres que tenian plaza y no eran de servicio. Dijo les queria ver, y al hacerse otra muestra le avisasen. Hallóse en ella, y teniendo persona que le mostrase los *Santelmos*, que eran los mozos de mejor talle y vestidos, los fué mandando arrimar á otra parte de la gente del tercio, y acabada la muestra, vió que pasaban de seiscientos, y juntándoles otros cuatrocientos, formó un tercio de mil hombres, y sin dejarlos salir del Taracenal, los mandó embarcar, y envió

1 Don Francisco Ventura de la Sala y Abarca. *Despues de Dios la primera obligacion*, y *Glosa de órdenes militares*, Nápoles, 1681, citado por D. Antonio Cánovas del Castillo en su estudio *Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa.*

á Flándes, donde hicieron servicios señalados, y fueron de mucho servicio, satisfaciendo el daño que en Nápoles hicieron á la Real Hacienda comiendo lo que no servian.»

Tiempo es de volver á las operaciones, refiriendo la que inauguró el vireinado segundo.

Salió la escuadra de galeones á cargo de Francisco de Ribera, componiéndose de los siguientes: *Concepcion*, capitana, de 52 cañones; *Almiranta*, de 34, al mando del alférez Serrano; nao *Buenaventura*, de 27, al del alférez Íñigo de Urquiza; nao *Carretina*, de 34, al del alférez Valmaseda; *San Juan Bautista*, de 30, al de don Juan de Cereceda, y el patache *Santiago*, de 14, al del alférez Garraza. Embarcaron distribuidos en los galeones mil mosqueteros españoles, por si la voz de venir sobre Calabria todo el poder del turco fuese cierta. Matías de Novoa refiere lo que hicieron [1]:

«Despues de haber el Duque ofrecido á Dios con muchas ofrendas y sacrificios sus buenos y católicos intentos, y encargado al capitan Ribera y á los demas que iban en su compañía la importancia de la jornada, á 20 de Junio se hicieron á la vela, y discurriendo larga y favorablemente por todos aquellos mares, dieron vista al cabo de Celidonia, en la costa de Caramania, y allí tomaron diez y seis caramuzales cargados de mercancías; de aquí fué en busca de un corsario renegado inglés, con ánimo de castigarle por los insultos de que corria nueva habia hecho en aquellos mares; llegó á las Salinas,

1 *Colec. de docum. inéd.*, tomo LXI, pág. 37.

halló en el puerto diez bajeles, peleó con ellos, deshízolos, desencabalgó la artillería que estaba por defensa en los baluartes, y con mucha pérdida de los enemigos y con ninguna de los suyos pasó adelante; prendió una barca que le dió nuevas que el corsario estaba en Famagosta; pasó volando á buscarle, prendiendo y echando á pique en el entre tanto mucho número de bajeles pequeños; estrago que en breve tiempo llegó á las orejas del gobernador de Chipre, el cual avisó dello al general de la armada turquesca y de los daños que habian hecho nuestros bajeles en todo aquel Levante; el capitan Ribera, osada y atrevidamente, corrió su viaje con ánimo de verse ya ejecutando la órden del Duque de Osuna, que pretendia desvanecer este ruido de cada año y sacar mentirosa esta opinion y este cuidado, que él solo en el mundo lo intentó y se salió con ello, y puso debajo de sus piés, con vergüenza y afrenta general de la potencia otomana y gloria de nuestra nacion, esto que ellos presumian que solamente fuese asombro; deseaba ya el capitan, solicitando la ocasion, venir al efecto, cuando impensadamente se le vino á las manos un bajel cargado de ropa, que venía de Constantinopla; deste supo que la Real del turco habia salido, con cincuenta y cinco galeras escogidas, en busca de nuestra escuadra; alegró la nueva al capitan y á los demas soldados, como aquellos que deseaban ver bien logradas sus fatigas y volver á Sicilia y á Nápoles con alguna victoria de importancia; siguió el Ribera su derrota, arrimóse á la Caramania, hizo agua y fué inquiriendo los rumbos y parajes de las galeras; esperólas en el cabo de Celidonia, y á 14

de Julio descubrió cincuenta y cinco galeras, con la real en medio, en órden y forma de batalla, como ellos lo suelen usar. En viéndose las dos armadas cada una se previno y dispuso á la batalla; el Ribera, cón determinacion y denuedo de embestirlas á todas y lograr la ocasion, ordenó que la almiranta y la urca estuviesen juntas, y en caso que hubiese calma muerta se diesen cabo por los costados, y si echasen alguno á fondo los demas salvasen la gente, y la que se desarbolase la diesen cabo al patache, y que no se desarrimase de la proa de la capitana, y que la capitana vieja se pusiese á su lado izquierdo, con órden que si embestian al patache le abrigasen en medio las dos capitanas, de modo que estuviese bien defendido; con esto y con haber visitado sus bajeles y artillería, tomó el lado derecho, y todos con las armas en las manos se fueron para los enemigos, los cuales habian ordenado y dispuesto las galeras en forma de media luna, ocupando las capitanas de Caramania y Rodas ambos cuernos de la batalla; en esta forma, unos con el remo y otros con la vela, se fueron afrontando; los turcos, con el coraje de desempeñar su reputacion y los ultrajes pasados, se cobraban de aliento; el general discurria á una y otra parte, teniendo por suya la victoria, presumiendo poner á las plantas del turco nuestras banderas; porque le dijo, dándole su estandarte Real ántes de salir á la mar, que si no tomaba satisfaccion de las ofensas pasadas y no volvia al crédito antiguo su potencia, que le habia de cortar la cabeza; finalmente, habiéndose acercado á tiro de cañon se disparó la artillería de ambas partes, que fué de no-

table estruendo y confusion, no pareciendo otra cosa en aquellos mares sino que se veia resucitar de nuevo aquella memorable batalla de Lepanto, que quebrantó la cabeza de esta hidra; embistiéronse sin haber cesado el tirar ni el herirse, ni aflojado un punto en el combate, desde las nueve de la mañana hasta que la oscuridad de la noche les obligó á retirarse; la armada turquesca recibió notable estrago: ocho galeras dieron á la banda y quedó desarbolada una: pusieron fanal los nuestros, y la Real turquesca dos, en señal de que esperaban al dia siguiente para volver á la contienda: al romper del alba se volvieron á embestir, acometiendo á la capitana y almiranta el Bey de Rodas con veinticinco galeras; atravesóse á este tiempo la nao *Carretina*, que estaba á su lado, y causó en los enemigos grande estrago; cargó la mayor parte de las galeras sobre ella, y fué socorrida gallardamente de la urca, no viéndose otra cosa en aquel mar que despojos y cuerpos muertos de los bárbaros; embistió á la capitana de Francisco Ribera la Real con seis capitanas y diez y seis ordinarias; pelearon una hora con mucho ruido y algazara, sin descansar un punto la artillería ni el ofenderse de una parte y de otra, hasta que el enemigo, habiendo, como porfiado, llevado lo peor, y viendo cuán poco daño habia hecho en los nuestros, comenzó á perder el ánimo y la confianza de poder conseguir la victoria que ántes, por el excesivo número de gente y galeras, se prometieron, retirándose bien casi á las cuatro de la tarde, habiéndose echado á fondo diez galeras y desarbolado dos; cuál estarian los nuestros, fácilmente se deja considerar, con tantos gol-

pes de artillería, tantas cargas de arcabucería y de escopetas, tanto número de flechas, que cubrian el aire, tiradas de ocho mil genízaros, gente feroz y soberbia, y que se querian oponer y áun igualar al valor y á la bravura española, si ya no presumen adelantarse y tener su valentía por más extremada que la nuestra.

»Á esta hora se levantó un viento próspero para la vuelta de Italia, mas el capitan Ribera no resolvió de moverse hasta forzar á los enemigos á la fuga, y que fuesen tan deshechos, que quedasen frustrados los pensamientos y la prosecucion de bajar á Italia, que era el intento para que el Duque le habia enviado; sin embargo, al dia siguiente acometieron los turcos con mayor ímpetu y resolucion que en los dos encuentros pasados; peleóse por la misma razon con mayor valentía, mas el Ribera disparó toda su artillería y mosquetería sobre la Real, de suerte que la hizo retirar desbaratada y con notable pérdida de los suyos; las demas galeras, siguiendo el ejemplo del mayor, hicieron lo mismo, metidos en confusion y desórden, y como se entendió, muerto ó mal herido su general; echóse aquel dia una galera á fondo, dos quedaron desarboladas, diez y siete dadas á la banda, y todo lo restante de la armada tan inútil, destrozada y deshecha, que casi toda estaba impedida sin poderse gobernar; llegó la noche, y sin hacer fanal se retiraron los turcos vergonzosamente: el Ribera, no obstante, le puso, y esperó al cuarto dia: el enemigo no le osó embestir, con que haciendo el Ribera reconocer sus bajeles, municiones y vituallas, admirándose de que en una batalla tan contínua y porfiada no hubiese peligra-

do más que una fragata, 43 soldados y 28 marineros, por haber sido muchos los astillazos, y habiendo entre los suyos algun número de heridos; sin embargo, el capitan no se quiso mover de donde estaba por no dejar en duda cuál de los dos se habia retirado primero; empero los turcos quedaron desta suerte tan deshechos y destrozados, que no osando esperarle, se pusieron en la fuga, que áun para hacerla hubieron menester las manos. Los nuestros, ufanos de haber cumplido con su obligacion y de haber roto un tan poderoso enemigo, dando próspera y gloriosamente las velas al viento, pasaron á Candía, donde se rehizo y reparó de todo lo necesario; entró en Nápoles, donde le esperaba el Duque. La nueva de esta victoria pasó volando por todo el orbe, y las que de Constantinopla se derramaron por toda Italia, fué que de 55 galeras muchas se echaron á fondo, y 23 quedaron imposibilitadas de poder navegar; habiéndoles muerto 1.200 genízaros, y de chusma y marinería más de 2.000. Aprobó y favoreció el Duque mucho á los soldados, y despues de otros premios honró el Rey católico al capitan Ribera con el hábito de Santiago, que tan felizmente lo adquirió con su valor y espada, habiendo puesto en asombro y miedo la potencia del turco, y frustrado por aquella vez todos sus designios, y que no esté tan en su mano el bajar á inquietar las costas de Italia, beneficio que se debe al gobierno valeroso y desvelo del Duque de Osuna.»

La relacion es conforme, en la esencia, con el parte del almirante Ribera; hay en éste, sin embargo, una naturalidad, con ausencia de jactancia, que hace doble-

mente estimable al marino toledano [1]. El ánimo deliberado con que iba á retar la escuadra turca prueba la confianza que el Duque habia sabido fundar en la fuerza y condiciones de sus naves, no ménos que en los triunfos anteriores. Suponiendo que las galeras no montáran más que cuatro piezas en la proa (que serian más), sumaban 224, en disposicion de emplearse á voluntad con la impulsion de los remos, miéntras la escuadra española sólo tenía 95 en cada banda, y con sólo que las dichas galeras lleváran á 200 hombres de combate, que es muy poco, juntaban 11.200 contra los 1.600 de Ribera [2]. Para el abordaje daba ventaja á los galeones la

1 Documento núm. 11.

2 Por si apareciera exagerado el cálculo comparativo de las fuerzas, inserto del ms. *Constantinopla en los siglos* XVI *y* XVII, ya citado, las siguientes noticias:

«La real del Gran Turco suele ser de treinta bancos, y á veces de treinta y dos, la cual se arma de esta manera: tiene un cañon de crujía en la proa, y otras seis piezas de bronce, tres á cada lado, y sobre ellas, por las dos bandas, hay seis pedazos de tabla, y en cada uno están clavados seis esmeriles de hierro colado de tres cuartas de largo, que en todo son treinta y seis, y se disparan cada vez los de una tabla; pero nunca se sacan sino en ocasion de pelear, pues cuando no la hay están debajo de cubierta. Entónces se sacan á las dos bandas del árbol mayor en las ballesteras dos grandes pedreros que asestan uno á cada banda, y en la cámara de popa hay dos cañones. En el que llaman allí jardin de popa, hay otras dos piezas pequeñas de bronce en una y otra espalda, donde están las escaleras. Al tiempo de pelear, se asestan otros dos grandes pedreros, que en todo son quince piezas y treinta y seis esmeriles. Lleva en cada ballestera tres soldados, y un turco buena boya en cada banco, que en tiempo de necesidad dejando los remos toman las armas, sin los cuales hay veinticinco soldados en popa, y otros veinticinco entre marineros y soldados en la proa, que todos compondrán el número de 300 hombres de pelea.

mayor altura de los costados, y en él debieron sufrir los turcos daño considerable, unidos como se mantuvieron los buques contrarios. En el parte de Ribera no se dice fuera echada á fondo más que una galera; en otras relaciones se afirma fueron cinco, y que otras dos se volaron. Por nuestra parte hubo 34 muertos y 93 heridos, siéndolo Ribera en la cara levemente. Los galeones quedaron destrozados, necesitando carena costosa, mas en realidad á poca costa se adquirió una victoria que tuvo, como dice Novoa, eco en toda Europa, porque nadie ponia mientes en otra cosa que en el combate por tres dias de seis bajeles contra 56, en que los primeros quedaron por dueños del campo, adquiriendo, por consiguiente, la marina de Osuna una reputacion, un prestigio moral tan glorioso, como aflictivo era el descrédito á la Puerta[1].

¿Qué hubiera ocurrido en Calabria ó en Sicilia de llegar á las costas 55 galeras turcas con más de 12.000 hombres de desembarco que llevaban? Puede calcularse por el temor que en Madrid dió la nueva de la salida á la mar de los infieles y por los términos apremiantes

»Lleva siete remeros por banco, seis cristianos y un turco; y aquellos se escogen entre tres mil esclavos que tendrá el Sultan, de los más fuertes y de mejor disposicion.

»Cada galera de la Armada lleva cuatro remeros por banco, que las de cinco son ocho ó diez de los capitanes gobernadores de ciudades principales.....»

1 En Madrid y Sevilla se publicaron várias relaciones del combate, enalteciendo el valor de los españoles y las prevenciones del Duque de Osuna. Todas ellas están conformes con el parte de Ribera, que sin duda sería conocido. En el Apéndice especificaré los títulos de estas relaciones, ya que no es necesario reproducirlas.

con que se expidieron cartas á los potentados del Mediterráneo, rogándoles unieran apresuradamente las escuadras de la cristiandad en defensa de ella. ¡Medrados quedarian los sicilianos á no contar con otra defensa, ó á intentarla con las seis galeras que el Rey les tenía destinadas!

Por mala que fuera la disposicion de algunos Ministros hácia el Duque de Osuna, no siendo cuerdo ir contra la opinion general, entusiasmada con el suceso, ni negar la evidencia de haber librado al reino de conflicto gravísimo y cortado una vez más las alas al turco, con la demostracion de que, *de poder á poder bastaba el de un vasallo del Rey de España á pelear con el suyo* [1], sin recuerdo de las prevenciones anteriores, órdenes conminatorias y condenacion del corso, se le envió despacho de S. M. dándole expresivas gracias «por lo bien que habia dispuesto aquella faccion, que fué como guiada por su mano, holgándose mucho del buen suceso y del valor con que se habia peleado» [2], alcanzando el olvido á vestir á un *corsario* el hábito de Santiago, acordándole título de Almirante.

Aprovechando tan buena coyuntura, así que los cinco galeones nuevos estuvieron á punto, los bautizó el Duque con los nombres de *Las Cinco Llagas*, pensando en las que habian de hacer, y los echó á la mar juntos, nombrando cabo á Jacques Pierres, excelente capitan, de cuyos servicios se venía utilizando desde Sicilia, es-

1 Carta del Duque de Osuna, documento núm. 12.
2 Documento núm. 13.

pecialmente en los socorros á los mainotas. Por separado despachó con otra nao al capitan Pedro Sanchez, á quien daba siempre la delicada comision de descubierta, y durante cinco meses cruzaron por el archipiélago griego y costas de Turquía, *llagando*, en efecto, á aquellas tierras, poniéndolas á contribucion, sin dejar en la mar mercancía de que no hicieran presa, y volviendo á Nápoles, más por no hallarlas ya que por haber gastado el ánimo de multiplicarlas. De todos modos, cubrió el valor con mucho exceso el costo de construccion y sostenimiento de la escuadra, despues de contentar con la ganancia á todos los tripulantes. En tal estado habia puesto D. Pedro Giron á los arrogantes musulmanes, acostumbrados á semejantes depredaciones en nuestras costas.

Y no es esto todo : sabiendo que habia salido de Constantinopla el famoso renegado calabrés Azan, con doce galeras, envió á su encuentro solas diez, que así daba á entender el desprecio en que tenía á los turcos, sin engañarse en el resultado. En combate que duró dos dias con ensañamiento, sólo tres de los turcos escaparon; cinco fueron apresadas y dos destruidas, recobrándose dos bajeles genoveses que se llevaban. Hubo en la funcion acto señaladísimo de un soldado que se llamaba Francisco Roel : saltó á la capitana enemiga, y no pudiendo secundarle, estuvo allí solo largo rato ofendiendo y defendiéndose con espada y rodela. Recibió várias heridas graves, pero en segunda embestida de la galera fué socorrido [1].

[1] Documento núm. 14.

Por otro lado, no queriendo tener ociosa la gente de mar ni áun en invierno, segun costumbre de la época, despachó el 12 de Octubre á D. Octavio de Aragon con nueve galeras, ordenándole volver á las costas de Turquía. Un soldado de la escuadra, cuyas novelescas aventuras escribió por sí mismo [1], describe las jornadas várias en que estuvo, y de ésta dice que pasando las galeras por Candía, Coron, Modon y Negroponte llegaron á los castillos de Constantinopla, cañoneándolos con mucho desenfado hasta recibir aviso amigo de haberse reunido 60 galeras turcas guardando las bocas. Tratado el asunto en Consejo, determinaron los cabos embestir á media noche á treinta que estaban en la mayor de aquéllas, y como fué oscura y nebulosa, ántes de descubrirlos, zarpar y prevenirse, fracasaron algunas de encuentro; tomaron el viento en popa, que era recio, apagando los fanales sin que quedára más que el de la capitana, la cual ordenó que las otras ocho tomáran la vuelta de las Fornas, miéntras ella llevaba otro rumbo durante algunas horas. Al cabo de su tiempo apagó la luz y arribó sin ser vista, juntándose con la escuadra al mediodía siguiente, y miéntras las turcas forzaban los remos hácia Candía, donde llegaron, las nuestras aparecieron en las crucetas de Alejandría, haciendo considerable daño en la costa. Toparon entónces por allí diez caramurales gruesos y bien armados que no era prudente atacar, mas conociendo D. Octavio la condicion del Duque,

[1] Don Diego Duque de Estrada.— El Virey dió cuenta de esta expedicion en carta de 9 de Noviembre.— Documento núm. 15.

mandó ir á ellos, haciéndolo con tanta determinacion, que á fuerza de armas se rindieron [1].

La fortuna trajo por entónces de arribada al puerto de Nápoles una riquísima nave mercante veneciana que confiscó el Virey en el acto en calidad de represalia por ciertos agravios que decia se habian hecho á naves españolas. Reclamó naturalmente el Senado, encargando al Embajador en Madrid la negociacion del asunto, y aquí se dió por terminado, poniendo en manos del mismo embajador la Cédula Real que ordenaba la devolucion inmediata de la presa. Si hubo doblez en la entrega del documento no sabré decir; paréceme que habia de mirarse mucho el Virey de Nápoles, con todas sus genialidades, ántes de desobedecer una órden terminante del soberano, y el hecho es que no se cumplió, dando pretextos y largas.

La misma duda abrigaba la República, acrecentando su inquietud la no disimulada aspereza del Duque de Osuna al disculpar la entrega de la nave, y más todavía al favorecer á los uscoques, que ella queria exterminar.

Don Pedro Giron, en realidad, los alentaba á la resistencia, y como fueran diestros y osados navegantes, les habia autorizado para usar en corso de su bandera, y conducir las presas venecianas á los puertos de su dependencia, donde se vendian pública y libremente las mercancías, con idea de exasperar el orgullo de los ve-

[1] Dice Duque de Estrada le tocó de presa por valor de 1.000 escudos en dinero y damascos y otros 500 en azúcar.

necianos y provocar de su parte alguna imprudencia que viniera en apoyo de las gestiones que hacía en Madrid para romper con ellos.

No descuidándose los del Senado, por la experiencia adquirida en cabeza de otomanos, de lo que podia temerse la enemistad del Duque de Osuna, redoblaron las insinuaciones con el de Lerma y el Rey, sin insistir mucho en la devolucion de la consabida nave, ántes mostrándose dispuestos á negociar la paz con el archiduque Ferdinando, siempre que los preliminares se iniciasen con la suspension de toda hostilidad en el Mediterráneo, peticion que apoyaban con empeño los potentados de Italia, y á su frente el Santo Padre, temerosos de una conflagracion general. Procuraba D. Pedro Giron contrarestar tales influencias informando al Rey con singular desenfado que no andaban advertidos sus consejeros si le inclinaban á la paz ántes de anular al Duque de Saboya, perpétuo revoltoso, dispuesto á ganar, sin perder nunca en las sucesivas sumisiones y levantamientos en que los venecianos y los herejes de Francia hacian el gasto, insistiendo en la humillacion de Venecia, principal resorte de las maquinaciones contra España; mas aunque en el Marqués de Bedmar, embajador de Venecia, y en el gobernador de Milan, se procurára auxiliares, convenciéndoles de las necesidades de la verdadera política española, en lucha con los del gobierno, á cuyos ojos pasaba por atropellado é inquieto, veíase desairado, sin respuesta los avisos y propuestas de iniciativa y áun atadas las manos con órdenes que si protestaba enérgica aunque respetuosamente, no por ello dejaban de parali-

zar la intencion y menoscabar su autoridad [1]. De todos modos, tenía dispuesto un ejército de diez y seis mil hombres y estaba á punto la escuadra de sus galeones, cuando supo de buena tinta que la incesante gestion de los venecianos en Madrid habia alcanzado órden de suspension de prevenciones y armamentos, que le sería comunicada de un momento á otro, y sin perder instante puso á la vela doce naves gruesas, incomparablemente armadas y pertrechadas, al mando de D. Francisco de Ribera, con órden de penetrar en el Adriático [2].

No habian dejado el golfo de Nápoles todavía cuando llegó la Real cédula, mas no por ello los detuvo el Virey, pertrechado con oportuna declaracion en que constaba que las barcas armadas de la República habian detenido á una nao gruesa que se dirigia á Trieste. La ocurrencia no estaba de todo punto esclarecida, ofrecia, no obstante, indicios de haber sido los venecianos primeros en romper las negociaciones, y presentado el asunto bajo este aspecto al Consejo colateral de Nápoles, sin titubear consultó al Virey «ser conveniente al decoro y al servicio del Rey que la escuadra reprimiera la audacia de aquéllos, haciéndoles comprender el respeto que merecia el Rey católico.»

Crecia la inquietud del Senado ante la decision de aquel hombre, más difícil de manejar que tantos y tantos puestos á prueba de la habilidad de sus embajadores

[1] En la coleccion publicada de los inéditos y en los ms. de la Bibl. Nac., H 16, hay muchos despachos sobre estos asuntos.

[2] Segun Duque de Estrada, fué la salida el 7 de Diciembre de 1616.

y así no por los pasos y resultados conseguidos en Madrid dejó de prevenirse por el Oriente, proponiendo á la Puerta una paz ventajosa y confederacion de fuerzas en defensa de los respectivos territorios y mares; mas tambien por allá, segun se dijo, les ganó la mano D. Pedro, haciendo comprender al Visir, con mejores ó más sólidos argumentos, que el interes del Gran Señor aconsejaba aprovechar la oportunidad de la guerra de España para atacar simultáneamente á la República y resarcirse de los daños que ántes habia recibido de ella [1]. Insistió la Señoría presentando al Sultan pruebas que se habia proporcionado de los dones aceptados por el gran Visir, en gracia del recibimiento dispensado al ministro de Nápoles, y lo que es más grave, presentóle otros por demas evidentes de que «el buen Duque de Osuna, sin paralelo en el mundo, decia, no viviendo ya D. Fernando el Católico, que debió ser su maestro», promovia una liga con el Papa, el Gran Duque de Florencia y Malta, que estaba á punto de firmarse (y así era la verdad) con el fin de juntar las galeras.

Independientemente, la República contrató con los holandeses un socorro de cuatro mil hombres que habian de ponerse en marcha á principios de Diciembre en veinte y un navíos, diez y seis mercantes, y el resto de escolta, y esto acabó de abrir los ojos al Gobierno, acordando ya tarde ordenar á los Vireyes de Nápoles y Sicilia que, juntando y reforzando las galeras procurasen á toda costa batir dichos bajeles y estorbar su entrada en

1 Lo da por destituido de fundamento D. Eustaquio Navarrete.

el Adriático, si ya no lo consiguiera en el Estrecho de Gibraltar el Marqués de Santa Cruz, despachado al efecto. La órden llevaba fecha 27 de Diciembre; dos dias despues, el 29, se enviaba otra anulándola «porque seria gasto y tiempo perdido el que en esto se pusiese, y ponerse á notable riesgo las galeras sin esperar hacer provecho[1]»; pero detras de este papel ostensible iba otro reservadamente, dirigido á Osuna; documento precioso de la cancillería española del tiempo, y digno de traslado íntegro:

«El estado de las cosas de Lombardía, reza, obliga á estar con mucho cuidado; y aunque venecianos, muestran desear la paz y querer componerse, y que el Duque de Saboya haga lo mismo, todavía para que lo procuren con más calor, ha parecido que será bien tratar de picarlos por el mar Adriático, y hacerles por allí el torcedor que se pudiere, impidiendo la entrada á todos los bajeles que tratan y contratan en Venecia. Y porque esto se hará mejor con disimulacion, os encargo y mando que, sin que se sepa que teneis órden mia para ello, hagais prevenir luégo los bajeles redondos que este verano enviasteís á Levante, y los pongais tan en órden como convenga, de manera que al primer aviso que os diere puedan salir á hacer el efecto dicho; que yo escribo al Virey de Sicilia que junte allí tres ó cuatro bajeles, y que tambien se hallen con los vuestros en el paraje que allá acordáredes entre los dos. Vos os comunicaréis con él, y si fuese menester arrimar por allí alguna escuadra

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 451, 453.

de galeras, á título de que va á tomar lengua á Levante, tambien se podrá hacer, pero guiándolo todo con la destreza que vos sabeis, para que se entienda lo habeis hecho sin órden, como arriba se dice; y avisaréisme de lo que se os ofreciese y de lo que hiciéredes en esta conformidad, que yo seré muy servido de ello [1]».

El Marqués de Villafranca, autor de la condenacion del corso ante el Consejo y ponente de la censura enviada á D. Pedro Giron, habia sido el primero en suplicarle desde Milan que pusiera en juego esa palanca en beneficio de su Gobierno; ahora el Consejo, y el Rey con su adhesion, apelando hipócritamente al corso, mandaban en lo que no era suyo, y por llegar al fin no se detenian en el medio indecoroso de escudarse tras el nombre, la reputacion, el empuje y el caudal de un súbdito.

Con tan raras prescripciones reconocia el gobierno que, vendados los ojos, fué injusto en las reconvenciones que habian puesto al Duque de Osuna en el caso de solicitar licencia para regresar á España á cuidar de su salud, ó sea de hacer dimision del cargo, como hoy se diria, é imprevisor cuando mandaba deshacer los armamentos, y reiteradamente encargaba el régimen del estado de paz, la economía de gastos y la remision, por supuesto, de cuanto se recaudase. Para mayor satisfaccion del Virey escribíale el Duque de Lerma que su ejemplo le habia animado á solicitar licencia del Rey, de armar de su cuenta una escuadra de cuatro galeras que residiera en el puerto de Dénia. Es decir, que tambien

1 *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 454.

queria que su bandera paseára el Mediterráneo, y que de paso que castigaba á los enemigos del cristianismo, aumentára con presas sus rentas, segun era fama que lo hacía el de Osuna en cantidades fabulosas. El capital se sustentaba de manera muy cómoda: S. M. acordaba al Ministro cuanto hubiera en los almacenes reales á propósito para el armamento, y el Ministro pedia al Virey de Nápoles los forzados y algo más, *porque de él esperaba la principal ayuda para este armamento* [1].

Cuán diferentemente obraba aquel Virey tan mortificado y desatendido. La órden secreta llevaba fecha 29 de Diciembre, como es dicho, y el 7 del mismo mes habian salido para Brindisi los galeones; pues bien, sin darse la satisfaccion de notar la circunstancia, bastándole que á tiempo se hubiera advertido en la Córte su razon, escribia sencillamente por cuenta de obediencia, avisando la marcha de las naves: «si hallaren ocasion de pelear con igualdad, lo harán; pero si la ventaja fuese demasiada (en los venecianos), mostrarán que van en busca de corsarios, por cuyo respeto no me ha parecido arbolar el estandarte de V. M.; y *porque los venecianos formen la queja de mí, con que V. M. quedará más desempeñado para lo que fuere servido ordenarme*» [2]. Es decir, que en evento desgraciado, con desaprobar la conducta del Virey y hacer caer sobre él la resposabilidad,

[1] Documento núm. 16. En la Bib. Nac. H. 16, se halla la Real cédula de concesion de esta escuadra y las peticiones que hizo el Duque de Lerma. Lo que no consta es que fuera de provecho el armamento. Osuna le envió 550 remeros.

[2] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 497.

sin descrédito de la nacion se podia prolongar el estado de paz con Venecia, al paso que el éxito redundaria siempre en gloria del Rey.

¡Qué nobleza, qué patriotismo, qué profundidad en las informaciones y consejos que seguia enviando! «Mande V. M. levantar en ocho dias en España diez mil españoles, que si V. M. me da licencia yo iré á hacello, y llevaré doscientos mil ducados sin tocar á la hacienda de V. M., que ya tengo buscado quien me los dé sobre la mia; verá V. M. con cuanta puntualidad es servido, y con la que se los pongo en Lombardía, que para el cuidado que puede dar la armada del turco, diez bajeles tengo ya en la mar, que se los desharán este año si quiere intentar algo, y juntos con las escuadras de V. M. sitiarán á Venecia, pues cuatro *escoques* y el miedo de mis bajeles les hace hoy estar temblando. Dirán á V. M. que ¿con qué se ha de sustentar este ejército en Lombardía? Júntele V. M. y muy buena artillería, y con órden á quien mandáre que los sustente, que él y ellos lo sabrán buscar. Nunca con mi parecer comenzó V. M. estas guerras de Italia; pero ya comenzadas no tendré otro sino que se acaben; porque el dejallas, áun al Duque de Saboya le estaria mal en el estado que hoy se halla. No me persuado dejarán de aprobar este parecer los consejeros de V. M., llenos de mis propias obligaciones, y sólo podrán contradecille los que por su corazon y sus fuerzas juzgaren el de tan gran rey. Yo soy sólo un vasallo de V. M., y de los más perseguidos en sus acciones, y ayer medí mis fuerzas con el turco, y salí tambien como la Liga, y hoy hago lo propio con venecianos; y me basta

el corazon á hacello por el servicio de V. M. con todo el mundo y revolvelle en una hora, sin que sea necesario que á los que juntáre conmigo V. M. nos sustente, que lo sabrémos buscar, pues los ejércitos que se alojan en sus propias tierras, más vienen contra los amigos que contra los enemigos, y para mantenellos es menester buscallo donde lo hubiere, y tomallo ántes que pedillo [1].»

De este modo se vengaba el Duque de Osuna de las reticencias, murmuraciones y agravios. Veamos lo que hacian sus escuadras.

Llegada la de Ribera al Adriático se dividió en dos, tomando el mando de la segunda el capitan Manuel Serrano; corrió la costa cañoneando las fortalezas de Zara y Espalastro, y anclando en el puerto de Calamoto, de la república de Ragusa, bien recibidos y agasajados del Senado, confirmaron en el acto el ofrecimiento del Duque de Osuna de librarla de la tiranía de Venecia, haciendo efectiva la proteccion de la nacion española bajo que estaba. En cambio brindaron sus buenos oficios á la armada; una base de operaciones en aquellos puertos; seguridad de aguada y víveres y provision de excelentes pilotos prácticos, indispensables en aquel mar, cuyos propios ribereños apellidan *mare traditore* por los escollos y bajíos de que está sembrado.

Mandaba la armada veneciana Justo Antonio Belegno, teniendo juntas siete naos gruesas, tres galeotas, trece galeras y quince barcas, que venian á componer fuerza tres veces mayor que la de Ribera; pero avisado

[1] Id. id., pág. 516.

por los vigías raguseos, no le quiso ofrecer la satisfaccion de tan desigual encuentro. Dió la vela rápidamente, yendo á fondear bajo las baterías de Brindisi seguido de los venecianos, que tampoco estimaron prudente atacarle en aquel sitio. Sólo se acercó el capitan Veniero, aunque no á tiro de cañon, para disparar los suyos en señal de reto, haciéndolo más de tres horas, y como Ribera no diera señales de salir, que fuera locura, esperando á su vez que le buscáran, á són de tambores y clarines gritaron *victoria* los de Belegno, y se volvieron declarando haber arrojado del Adriático á los españoles y desafiádolos en su casa.

Ribera los siguió á distancia poniéndose en crucero fructuoso; primero tropezó con dos galeotas que hicieron resistencia, zozobrando una de ellas, rindiéndose la otra; al dia siguiente apresó tres naos, dos venecianas y una holandesa, que venian de Constantinopla, y habiendo encontrado despues al capitan Jacques Pierres con sus *Cinco Llagas*, le entregó las presas para conducirlas á Nápoles, corriendo las islas y costas de Dalmacia, haciendo más ruido con los lamentos de los lastimados que el de las salvas de los venecianos en Brindisi.

Mortificaba á pesar de todo al Duque la vanagloria de aquellos señores: queria devolverles el saludo, á cuyo efecto dispuso la salida de D. Octavio de Aragon con las galeras, en refuerzo de los galeones de Ribera, y que volvieran al Adriático; mas si bien encontraron á la escuadra enemiga, como estuviera á barlovento no hubo medio de obligarla al combate, que rehusó, acabando la expedicion sin otra ventaja que la captura de un bajel

cargado de especiería que valió doscientos mil escudos.

En el interin apareció en la costa de Calabria Mahomad-Asan, hijo del renegado vencido y muerto el año anterior, pretendiendo vengar con sangre y fuego aquella derrota, ya que las galeras del reino estaban léjos. Traia seis muy bien armadas, é hizo daño desembarcando en lugares pequeños, tomando no pocos esclavos, pues por pronto que quiso el Virey acudir al remedio no tuvo á mano más que dos galeras de Nápoles y una de Malta, y éstas tenian que dar la vuelta á la extremidad meridional de Italia. El turco fué en este tiempo engriéndose, contentándole la visita de las tres galeras cristianas con que desde luégo dió por acrecentado el triunfo, y no sin razon, siendo más que dobles sus fuerzas. Sin embargo, D. Pedro Pimentel, que mandaba las de España, con aquella confianza en el valor y la disciplina que se habia arraigado en ellas, tomó sin vacilar la ofensiva, ordenando que la galera de Malta, por ser la mayor, abordára á la capitana turca, miéntras él, que á la primera descarga tuvo la suerte de echar á fondo una de las otras, secundaba el ataque al arma blanca. Finalmente, la dicha capitana y otra fueron rendidas, una tercera zozobró, huyendo las dos restantes. Murió Mahomad-Asan de bala de cañon, que le llevó una pierna; se hicieron trescientos prisioneros, librando á otros tantos cautivos cristianos, y con todo no se dió gran importancia á una victoria tan honrosa, de tal modo se iban acostumbrando á verlas repetidas [1].

[1] Documento núm. 20.

Por el mes de Mayo del mismo año 1617, pensó el Duque enviar al almirante Ribera un refuerzo de galeras, ofreciéndosele la dificultad de hallarse las del Rey al mando del Capitan general D. Pedro de Gamboa y Leiva, que ántes lo habia sido de la escuadra de Sicilia, y que no era muy afecto á la persona del virey; por ello procuró buscar medio honroso de que el general quedára en tierra, haciéndole entender que esta vez no habia de arbolarse el estandarte de S. M., sino el suyo propio, porque hacía la expedicion sin órden, y la guerra á su nombre, no queriendo dar motivo á que sufriese molestias el comercio, y embarcando el Capitan general, podria suceder que los venecianos hicieran represalias. Don Pedro de Gamboa no se dejó convencer de las razones, encerrándose en la de ser deber suyo asistir donde fueren las galeras de su cargo, resolucion que traia consigo la de tomar por su categoría el mando superior de toda la fuerza que se reuniese, y el Duque no insistió. Comunicóle órden de unirse en Brindisi con el almirante Ribera, llevando diez y nueve galeras; de penetrar en el Adriático y de batir á toda costa la escuadra veneciana, en la inteligencia de que si perdia lo que llevaba se armaria otro tanto. Díjole tambien que enviaba en las galeras propias á su hijo de D. Pedro Giron, niño de diez años, porque temprano aprendiera el ejercicio de mar y el servicio de S. M., reiterando la urgencia de la partida por aprovechar con estas embarciones la buena estacion, muy ajeno de que la perseverancia de los venecianos hubiera conseguido renacer las vacilaciones de la Córte. Por despacho del Rey, dado á 6 de Abril, se le

mandaba secamente que no entráran más los galeones en el Adriático.

Cuéntase que al dirigirse Nelson al ataque de Copenhague, le advirtieron haber puesto el general en jefe señal de retirada, y que aplicando el catalejo á la órbita del ojo que habia perdido, dijo á los oficiales: «Bajo palabra de honor aseguro que no distingo las banderas.» Si no aprendió el dicho de nuestro Duque, el espíritu que lo guió fué idéntico. Visto el despacho escribió inmediatamente al secretario Aróstegui, diciendo haberlo recibido; mas como no iba en cifra y contenia prevencion de tanta gravedad, que sospechaba fuese papel astutamente falsificado por la parte á quien convenia, habíalo dado por desentendido, continuando la ejecucion de las otras órdenes que tenía. Rogábale que diera cuenta á S. M. y al Consejo, pues por respeto no lo hacía él directamente [1].

Entró, pues, de nuevo la escuadra en el Adriático, encaminándose al puerto de Santa Cruz, donde supieron de los raguseos hallarse la de Venecia bajo la proteccion de las fortalezas de Lesina, y sin titubear hicieron allí rumbo, tomando de paso una de las naves que venian de Holanda con ciento cincuenta soldados aventureros, que vinieron muy bien para los remos.

Como era de esperar, los venecianos no dejaron la ventaja de su posicion en Lesina; fondeados recibieron y contestaron el cañoneo, con más daño del que hacian, por estar agrupados y desfilar los nuestros en línea.

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLV, pág. 569.

Miéntras tanto echaron las galeras en tierra setecientos mosqueteros y doscientos gastadores que talaron cuanto habia al rededor de la ciudad. Fué librado el ataque el dia 12 de Junio, siendo lo más curioso que llegando á Venecia una barca que habia oido los cañonazos, comunicó la noticia de haberse conseguido contra los españoles la mayor victoria que jamas se hubiera visto, y celebrando con alegría loca tan grata nueva, se echaron á vuelo las campanas, cerráronse las tiendas y áun los tribunales.

Satisfecho podia estar Osuna; la soberbia Venecia, que blasonaba de haber señoreado siglo tras siglo el Adriático sin contradiccion alguna, recibia de sus manos, esto es, de un particular, daño, humillacion y ridículo. Con todo, así que la escuadra estuvo repuesta de municiones, agregándole otras galeras de la de Sicilia, al mando del general Conde de Elda; otras siete de Génova, gobernadas por Julio César Palavicino; cuatro suyas, de que llevaba nombre de capitan el niño Pedro Giron, bien que tuviera el mando efectivo D. Octavio de Aragon; cuatro galeones de Sicilia, que regía el caballero navarro D. Martin de Redin [1], y dos del raguseo Jorge de Oliste; en todo diez y ocho galeones, treinta y tres galeras y cuatro bergantines, volvió al Adriático con la bandera negra [2], que ostentaba las armas de la casa del Duque, dirigiéndola D. Pedro de Gamboa y Leiva.

1 En algunos documentos Ariz.

2 Verde y negra, segun Parrino. En las relaciones españolas se dice que era de raso ó de damasco negro, bordada con hilo de plata la imágen de la Concepcion y los *girones* de las armas del Duque.

La veneciana tambien habia tenido aumento, y se habia puesto á las órdenes de Giacomo Zane, generalísimo de la República; no obstante, al aparecer la española otra vez sobre Lesina, no dió señales de mayor ardor, dejando que á su vista y en el vecino puerto de Trau incendiára los pueblos y destruyera las barcas del tráfico. Dias despues, el 13 de Julio, mirando por su honor, salió á la mar con diez y seis galeones poderosos, seis galeazas, treinta y cinco galeras y várias barcas; en todo setenta y seis buques, formando una media luna de casi cuatro millas de extension. La nuestra se ordenó en formacion semejante, que era la de la táctica usada, largando ricos estandartes de la Purísima Concepcion y Cristo crucificado [1], pavesadas, flámulas y gallardetes, y al estar á tiro de cañon, una y otra armada dispararon la artillería. Estando á barlovento la de Venecia, que amollando en popa hubiera podido hacernos muy mala obra, se puso de orza alejándose, aunque al decir de Estrada reventaban en nuestras galeras á los forzados á palos, y se pusieron en peligro de romper los árboles por proejar con el viento duro. Durante la noche se metió Zane en Zara [2], y al siguiente dia le buscaron los nuestros inútilmente en Lesina [3].

Tuvieron aviso en la costa de Dalmacia del paso de

[1] Duque de Estrada, pág. 169.
[2] Otros decian Spalatro.
[3] Duque de Estrada escribe que nuestra armada pasó á Zara, cañoneó desde fuera á la contraria y con una falúa con trompeta se envió reto al general veneciano; ninguna de las otras relaciones apunta semejante accion, ni consta en los partes oficiales de D. Pedro de Leiva, que en lo demas están conformes.

un convoy de Persia y Turquía, que venía escoltado de siete galeras reforzadas, haciendo la codicia que perdieran la ocasion dejada en sus manos por la prudencia del almirante Zane, de apoderarse de Pola ú otro de los puertos de Istria, que dieran gran brillo á la jornada. Prefirieron volver sobre Zara, donde sorprendieron al referido convoy, aunque dejando escapar seis de las siete galeras de la escolta. La otra apresaron con poca resistencia, juntamente con dos naos gruesas y siete medianas, llevándolas al momento á Brindisi. De allí fué correo por la posta á dar aviso á Osuna de estimarse en millon y medio de ducados la presa y en dos millones de complemento el daño causado en mar y tierra.

Refiere el citado Duque de Estrada cómo, miéntras volvia el correo, celebró la escuadra la festividad del *Corpus*, de forma que me parece curiosa y digna de traslado, por dar tregua á la repeticion de batallas, y lo que enseña de las costumbres de la marina en aquellos tiempos. Dice:

«Para la procesion se formó un escuadron, el cuerpo en su grande plaza, y las mangas repartidas por las calles, que esto es solito adonde hay plaza de armas, aparadas las calles y plazas con arcos triunfales, con más pompa y arreo que los demas años, por estar allí tantos y tan lucidos señores, que no es un mucho; pero la novedad es la preeminencia de los arzobispos de llevar al Santísimo Sacramento á caballo, cosa que en otra parte no he visto. Era el venerable y anciano arzobispo español, aragones, de hermoso y grave rostro, y bien compuesta y proporcionada barba, de buena disposicion y

grandeza de cuerpo proporcionado; afable, humilde y benigno, limosnero con los pobres y caritativo con los enfermos que, aunque no es verbo principal para el caso, importó para ser favorecido con estos señores. Iba sobre un hermoso caballo, blanco como un armiño, cuya cola y crin, aunque parece que pudieran cubrir parte de sus bien proporcionados miembros, por llegar ambas á tierra, ántes le servian de mayor belleza. Iba cubierto de una gualdrapa de terciopelo, recamada ricamente de oro, con seis fajas de lo mismo, guarnecidas de ricos pasamanos de oro y seda, que salian de los escudos de las riendas, y toda la clavazon de la guarnicion, freno, herraduras y clavos era de plata maciza sobredorada; quieto y mansueto, que parecia conocer (si hay conocimiento en los animales) que llevaba sobre sí el Señor de los cielos y la tierra. Llevaban las riendas del caballo D. Pedro de Leiva y el Conde de Elda: los primeros cordones, D. Diego Pimentel y D. Octavio de Aragon; los segundos, D. Pedro Giron y su hermano de madre, D. Fernando; los terceros, el general Ribera y el general D. Martin de Ariz, de los galeones de Sicilia, caballero vizcaíno; las dos fajas de delante de los estribos, D. Luis de Aragon y Mendoza, caballero del hábito de Santiago é hijo del almirante de Aragon, y yo; las segundas, D. Antonio de Silva y D. Pedro Manrique de Lara, y las acciones, D. Juan de Sandoval y D. Diego de Guzman; las seis varas del palio, seis maestres de campo y sargentos mayores de los tres tercios; veinticuatro capitanes y veinticuatro alféreces vivos, cuarenta y ocho hachas á su costa. Pasó así la procesion, abrién-

dose el escuadron, no á la clerecía, parroquias y religiones, sino en llegando el Santísimo, abatiéndole todas las banderas y picas hasta arrastrarlas en tierra, y al bajar del caballo el arzobispo, entrando en la iglesia, se hizo salva real de castillos, bajeles, murallas y escuadrones, que parecia se hundia el cielo, como dicen comunmente. Sacáronse ricos y lucidos vestidos, bandas, plumas y muchas joyas; hubo convite franco en casa del arzobispo, y cena en casa de los generales, asegurando que más lucida y alegre fiesta no la he visto en mi vida.»

El Virey, sin perjuicio de felicitarle por haber presentado batalla á los venecianos, censuró á D. Pedro de Leiva que no prosiguiera la operacion de Istria, y á poco hubo de reprenderle y de enviar quejas á la Córte, lo uno, porque saqueó y dejó saquear las presas en el puerto de Brindisi; lo otro, porque sin órden, y á pretexto de noticia de haber aparecido sobre Calabria una escuadra turca, marchó á Mesina con todas las galeras. La desobediencia exacervaba doblemente el carácter de don Pedro Giron, sospechando fuera instigada, y no sin fundamento, si mal no interpretaba un despacho Real ordenando que con toda brevedad *y sin réplica ninguna* salieran los galeones del golfo, y todos, con las galeras, pasáran á la costa de Génova, poniéndose allí á las órdenes del Marqués de Santa Cruz.

¿Se concibe disposicion semejante? Pasando todas las fuerzas navales de Nápoles del Este al Oeste de la península italiana y alejándose hasta Génova, no solamente se desocupaba el Adriático y daba aliento á los

venecianos, sino que se dejaban las costas á merced de los turcos en medio del verano, ó sea en la estacion en que podian valerse de todas sus galeras y vengarse de los golpes recibidos con uno que fuera sonado.

El Duque, sin responder una palabra, dejando al tiempo la contestacion, previno por de pronto que sin momento de dilacion marchára D. Pedro de Leiva con las galeras de Nápoles y Génova; mandó que su hijo D. Pedro le siguiera con las propias, porque el Rey entendiera la prontitud de la obediencia, y áun á los galeones de que el gobierno disponia, sin recordar tantas consultas anteriores condenándolos, ordenó que *sin perder hora* se dirigieran á Nápoles con el almirante Ribera, á fin de embarcar víveres y seguir el viaje.

Hecho esto y repetidas las órdenes con apremio, las remitió en copia á Madrid con correo extraordinario, en que avisó se ejecutaban, reiterando la solicitud de licencia para venirse á España á cuidar de su salud quebrantada.

La explicacion de las órdenes otra vez se halla en la diplomacia de los venecianos; arruinado el comercio, ahuyentadas las naves del Adriático, reducida á la necesidad aquella ciudad que fué emporio del Oriente, despues de descargar la saña sobre el almirante Zane, que fué destituido, lo mismo que los capitanes de escolta del convoy apresado, acudió la República á los potentados de Italia, lamentándose de que consintieran la hostilidad de que era objeto; quejándose al mismo tiempo á Madrid de que el Duque de Osuna violaba la jurisdiccion absoluta que le pertenecia en aquel mar interior,

bajo la buena fe de la paz subsistente con el Rey Católico, y sobre todo de las presas que habia hecho, y esto sin perjuicio de avisar al turco fuera sobre Calabria, como en efecto fué con 48 galeras [1]. Un temporal que se las derrotó, con pérdida de dos y una mahona, que trabucaron, ahogándose toda la gente, no entraba en el cálculó [2].

La correlacion de los sucesos en el Adriático exigia dejar en suspenso uno de los más notables, que ahora es tiempo de celebrar entre aquellos que acreditan la pericia y el arrojo de los marinos del Duque de Osuna. Buscando algun medio con que atender á los crecidos gastos de la armada, le ocurrió secuestrar al Bajá de Chipre, que al ser relevado debia de llevar consigo las riquezas acumuladas durante el gobierno. Los agentes y espías que mantenia por todas partes en Oriente le habian informado de la oportunidad, señalando la fecha del relevo, itinerario de las galeras y fuerza probable que éstas llevarian. Con los antecedentes encomendó la empresa al capitan D. Diego Vivero [3], dándole dos galeras armadas á la turca, y saliendo en el mes de Abril, fueron á tomar lengua y rectificar noticias en Corfú y Candía. Sobre la última apresaron tres caramuzales cargados de sederías y especias, que marinaron y despacharon por

[1] Documento núm. 18.

[2] Carta de Jorge de Oliste. *Docum. inéd.*, tomo, XLVI, pág. 161. — Véase tambien, entre los apéndices, la del mercader vizcaino Diego de Ibarra, núm. 21.

[3] *Colec. de docum. inéd.*, tomo LX, pág. 57, y *Colec. Navarrete*, tomo XII, núm. 20.

no perder tiempo, y recalando de noche sobre Chipre, echaron en tierra cuatro hombres prácticos en la tierra y la lengua, volviéndose á la mar las galeras hasta pasar ciertos dias. Por los espías averiguaron con seguridad el dia del embarque del Bajá, apostándose detras de un cabo que precisamente habia de montar; embistieron de improviso las dos galeras que traia, y aunque dos á dos, tuvieron en pro la confusion de la sorpresa, de modo que una de las turcas quedó destrozada á los primeros cañonazos. Las dos fueron apresadas en brevísimo tiempo, y si por el mal estado en que la primera quedó fué necesario desfondarla, pasó de 200.000 ducados el metálico encontrado á bordo de la otra, que se llevó á Nápoles, así como los referidos caramuzales, siendo muy celebrada del pueblo la vista del Bajá prisionero, su mujer é hijos, que tras del percance tuvieron que pagar grueso rescate [1].

Publicadas en Milan las paces con Saboya y cerradas al mismo tiempo en Madrid las negociaciones que ponian término á la guerra entre el Rey de Bohemia y venecianos, con capítulos separados respecto á los uscoques, volvian á ser enojosos en la córte los escritos en contra del Duque de Osuna, y recelábase de su carácter é iniciativa, volviendo en consecuencia á redactarse comunicaciones desabridas, órdenes terminantes y prevencion expresa de hacer nada que pudiera comprometer el buen acuerdo. De la nota de reclamacion contra su per-

[1] Documento núm. 22. Del suceso tratan tambien Gil Gonzalez Dávila y Fr. Márcos de Guadalajara.

sona, presentada por Venecia, se le pidieron explicaciones, dando por de pronto seguridad, que el Marqués de Bedmar repitió solemnemente ante el Senado, de que las presas hechas por los bajeles del Duque serian devueltas, sin perjuicio de entregar en Madrid al embajador de la Señoría la Real cédula que ordenaba al Virey de Nápoles la restitucion. Como en el asunto de las recomendaciones mediára el Papa, merece conocerse el estilo de una de las cartas en que D. Pedro Giron satisfacia á Su Santidad [1].

«He metido once bajeles redondos en el mar Adriático y voy socorriendo con todas las armas que me parecen necesarias; no les he estorbado el tráfico deste reino, porque fuera declararme por S. M., y lo que hasta ahora he hecho, es una desórden bien intencionada. Lo que suplico á Vuestra Santidad crea, es que esta guerra no es contra cristianos, sino en el nombre, pues habiendo negado la obediencia á Vuestra Santidad, que sin ella ninguno puede ser católico, y si no fué así, perdídole el respeto, echando de sus tierras una religion de tanto ejemplo y doctrina y servicio en la Iglesia de Dios, como la Compañía de Jesus, traido y pagado herejes de Francia al servicio del Duque de Saboya y de Holanda al suyo, profanando las iglesias de las tierras del Archiduque, no sé á qué se deba aguardar ; y lo que yo deseo es averiguar de qué religion son, con licencia de Vuestra Santidad, ó que se me mande declarar si éstos son cristianos, cuáles son los moros y herejes.»

1 El primero que publicó esta carta fué Parrino ; posteriormente se ha incluido en la *Coleccion de documentos inéditos*.

Al Rey informó que la pretension de la República en señorío y jurisdiccion del Adriático era inadmisible para un soberano que no reconocia superior en la mar; que concluida la paz, no habia despedido la República á los holandeses, y ademas se habia apoderado del puerto de Santa Cruz, perteneciente á Ragusa, que era protegida de S. M., rompiendo por consiguiente las estipulaciones.

Leti añade un agravio más: el de desaire público hecho por un ministro de la República en esta forma:

«Comisionado Gasparo Spinelli para hacerse cargo de las presas del Adriático, lo recibió el Virey en audiencia, y leyendo con respeto la cédula que presentaba, manifestó que en obediencia y cumplimiento de la órden de su soberano pondria á su disposicion desde luégo los bajeles que estaban preparados en el puerto; observó Spinelli que habia de hacerse tambien entrega de las mercancías, á lo que replicó el Virey que la cédula hablaba de *la restitucion de los bajeles*, como era natural, toda vez que las mercancías se habian vendido.

»—De madera tiene bosques enteros la Señoría—dijo con tono altivo el comisionado.

»—En ese caso—contestó el Virey—si los bajeles no le sirven, me quedaré con ellos.»

Es notorio que en esa ú otra forma excusó la devolucion, y en 13 de Octubre dió cuenta al Rey de haber enviado de nuevo al Adriático al almirante Rivera con 17 galeones que llevaban 2.500 hombres de guerra, sin la marinería, y de preparar 21 galeras reforzadas, con otros 2.200 que llevaria su hijo Pedro, tanto en protec-

cion de Ragusa como por impedir el segundo socorro de holandeses que los venecianos habian negociado.

Esta coyuntura habia esperado pacientemente Osuna para poder escribir: «Tres órdenes he tenido en un mes; la primera para que pase los bajeles y galeras del mar Adriático á Génova; la segunda, que acuda con ellos á impedir el paso á los holandeses; la tercera, que los envie á recoger la infantería.....»; pedia otra vez licencia para retirarse á descansar á su casa; ofrecia al Rey esos bajeles labrados con su hacienda y los esclavos ganados á los turcos, y se daba por satisfecho de dejar el vireinato en el estado en que estaba. Con esta solicitud á la vista reconoció el Consejo ser los servicios del Duque tales *que quizá nunca debe de haber habido muchos iguales*, y consultó la aprobacion de la entrada en el Adriático, «dejando lo que toca á venecianos á su disposicion, conforme al estado que tuviesen las cosas.»

Tristísima idea del Gobierno ofrece la serie de despachos contradictorios, que al fin vienen á calcarse sobre las indicaciones del combatido Virey. Ahora se le decia que no siendo tolerable la pretension de los venecianos al dominio y jurisdiccion del Adriático, hiciera entrar en él los bajeles que le pareciere, resistiendo con las armas toda contradiccion [1], y por separado iba aprobacion tan completa de sus actos, como dice esta cédula:

«El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, etc.— He recibido vuestras cartas de 13 y 14 del pasado y visto lo que decís en ellas á propósito de las cosas de por allá, y es-

[1] Documento núm. 23.

toy tan satisfecho del mucho amor y celo de mi servicio con que atendeis á todo lo que de él se ofrece, que os doy muchas gracias por ello, teniendo por muy cierto que lo que habeis encaminado y hecho en las cosas de la guerra de Italia, y los socorros que habeis encaminado á Lombardía, de infantería y caballería, y la armada de galeras y navíos que enviasteis al mar Adriático, ha sido la principal causa para ponerlas en el estado que tienen, por lo cual, y hallarme tan bien servido de vos en ese cargo, no vengo por agora en daros la licencia que pedís, hasta ver que todo se haya aquietado, y esperando que vos y la Duquesa tendréis ya entera salud.

» De Madrid, á 16 de Noviembre de 1617 » [1].

Volviendo al Adriático, como el almirante Ribera se acercára á Ragusa con propósito de tomar lengua, visto de allí que no llevaba más de quince bajeles, creyeron los venecianos que fácilmente los aniquilarian con setenta y cuatro que tenian reunidos, á saber, 18 galeones, 6 galeazas, 34 galeras y 16 barcones albaneses, y con insultos y vayas empezaron el combate, que duró dos dias, acabando por dejar ignominiosamente el campo á fuerza tan inferior y reducida. Los venecianos trataron, y es natural, de justificar la conducta de su almirante, procurando deshojar los laureles de Ribera, y áun Leti, con no ser afecto á la Señoría, procuró, no sin gracia, echar á broma el combate. Por que luzca la verdad, traduzco su descripcion, acompañándola con la que hizo

[1] Bibl. Nac., ms. H. 16, f. 73.

Duque de Estrada. La modesta relacion del almirante Ribera irá entre los documentos del Apéndice.

«El general Veniero, dice Leti, aunque mandaba una armada de más fuerza, no quiso tomar la iniciativa, dejando acercarse á los españoles que más parecian venir amigos que enemigos. Se cañonearon seis horas como si mutuamente se saludáran, y aún creo que los soldados habrian de imaginar que cargaban con pólvora sola, porque en tan largo rato no hubo otra cosa que ruido, sin que ni de una ni de otra parte se diera á conocer el deseo de llegar á las manos. Al anochecer cesó el bombardeo con algunos heridos en ambas escuadras, que debieron más bien serlo del humo que de las balas. Dijeron los escritores venecianos que toda la noche persiguió Veniero á Ribera; los españoles, que Ribera fué constantemente tras Veniero. Admitamos que ávido de gloria animara á su gente Veniero, y que no estimulára ménos á la suya Ribera, tan amante de evidencia como su adversario. Ello es que al dia siguiente volvieron á encontrarse, se insultaron, se cañonearon más tiempo que la víspera, sin muertes, sin heridas, sin incendios ni abordajes, sin otro mal, en fin, que algun que otro sordo del rimbombeo.

»Parece que indignado el cielo, sea de la política, sea del arte de batallar de estos generales de mar, quiso tomar parte en aquella guerra con la tormentaria de las nubes, pues apénas habia callado la artillería, por ocultarse el sol, truenos, relámpagos, rayos y granizo separaron á los combatientes, saliendo cada cual por donde pudo, combatiendo al mar y al viento. Veniero no paró

con los galeones muy estropeados, hasta Manfredonia, donde, segun sus compatriotas, buscaba al enemigo; las galeras arribaron sobre Dalmacia, en cuyos escollos naufragaron seis [1], ahogándose más de dos mil personas. Ribera milagrosamente tomó el puerto de Brindisi sin más pérdida que la de dos buques trasportes, pero desarbolados y maltratados los más. Al reseñar verbalmente el almirante Ribera el combate, le dijo el Duque de Osuna : *esta vez Dios ha hecho más que vos.*»

Véase cómo refiere la accion Duque de Estrada :

«Entramos en el mar Adriático y dimos vuelta á Arraguza, adonde otra vez se nos regaló espléndidamente, y al salir del puerto de Santa Cruz (21 de Noviembre), amainó el viento de manera que nos vimos perdidos, porque las corrientes dividian nuestros bajeles, y como ellos (los enemigos) traian tantas galeras, que entre ellas y las galeazas eran cuarenta, remolcaban sus veinte navíos y los unian. Estando nosotros separados y ellos juntos, las galeras nos circundaban, dándonos la vaya, y diciendo en su lengua: ¡Ladrones ponentinos! ¿Qué quereis de nuestro golfo? dejad llegar el dia, que os sacudirémos el polvo de manera que se os caiga el filipeto de vuestro Rey que traeis en el cuerpo. «Y nosotros respondiamos: «¡Ladrones levantinos! nosotros os harémos quitar los pantuflos y correr, aunque no esteis en tierra, *pantalones come-hígado*» [2]; y con esto se pasaba la no-

[1] Trece galeras y una galeaza, segun Jorge de Oliste. *Coleccion de docum. inéd.*, tomo XLVI, pág. 232.

[2] Nombres injuriosos con que por aquel tiempo se designaba á los venecianos.

che, pero con notable disgusto, porque totalmente veíamos nuestra mísera muerte y perdicion, si Dios no nos daba viento, estando tan esparcidos, que no nos podíamos ayudar uno á otro, y pudieran con las galeras y galeazas irnos tomando uno á uno. Mandóme el general que tomase una faluca y fuese de bajel en bajel confortando la gente, y animándolos á morir como valerosos españoles, y que el enemigo no se alabase de haber rendido á ninguno sin que primero hubiesen muerto cuantos en él estaban. Hícelo así, no sin peligro grande, porque me tiraban muchos mosquetazos de las galeras, y me mataron el timonero; pero no por eso se dejó de hacer el efecto, porque tomando yo el timon fuimos á todos los bajeles, juntando Consejo en todos y diciendo yo mi oracion, exhortándolos á morir por su Rey, y probándoles era la causa de Dios, pues en Venecia permitia aquella gente maligna escuelas públicas de la secta de Calvino y de Lutero para aquellos holandeses de quien se valian al peligro presente; así que era necesario valerse del valor y manos, no dejando hombre á vida de la armada del enemigo al subir en nuestros bajeles; pues tiene tanta ventaja en su casa propia el que la defiende al que viene á ofenderle, siendo necesario que aquél suba ó salte, cosas ambas peligrosas. El dia paso en este ejercicio, y yo volví á mi capitana; tocóse el Ave María, y dijéronse las letanías de Nuestra Señora con mucha devocion en todos los bajeles nuestros, y parece que milagrosamente se levantó á aquella hora un vientecillo de Levante, que, aunque era en su favor, bastó para que, desplegando las velas á él, nos pudiésemos juntar, con

que perdimos el miedo á su potencia. Dispararon una pieza sin bala para ver cuál era nuestro intento, llegándose la capitana muy cerca de nosotros ; pero el general Ribera, que traia ya determinacion de pelear, le volvió la proa, y de proa á proa, por el filo, le disparó una media culebrina, que, como despues afirmó un frances artillero que estaba dentro, y que pasó despues á nuestra armada en servicio del Duque, le mató veinticuatro hombres que estaban en una lanza por guarnicion de los bordes de un bajel ó filaretes (cosa rara, pero posible), segundando con otra que le desbarató parte de la popa. Atemorizóse el veneciano terriblemente, y volviendo la popa, disparando, se incorporó con su armada, la cual empezó á formar su media luna de sesenta bajeles, sin las barcas albanesas, arrojando hermosísimos adornos al viento, que no los describo por haberlo ya hecho cuando no tuvo efecto tanta prevencion ; pero diré una cosa notable: que tres veces que nos careamos, siempre tuvieron viento en popa, que parecia invencion del demonio, aunque debió de ser permision de Dios, porque si le tuviéramos nosotros, sin duda hubiéramos embestido y perdídose una de las dos armadas con mucha sangre cristiana. Hermosa parecia la suya, y como que queria imperar el mar, bordeando con majestuosas y gallardas amenazas; pero por ver nuestro general, que pudiendo venir á nosotros no lo hacian, con su bajel Capitana, no pudiéndole seguir los otros catorce por el viento recio, metiéndose á la orza cuanto pudo, forcejeó tanto que llegó á ponerse en medio de la armada veneciana, sin que de adentro se conociese haber una persona por ir cubier-

tos con las pavesadas. Grande sospecha dió á los venecianos esta resolucion, creyendo que el atrevimiento no fuese posible ser fundado sólo en valentía, porque más era temeridad, sino en alguna máquina artificiosa de fuego, que industriosamente fuese de algun solo timonero guiada hasta la armada para meterse, y escapando en alguna barca, dejar el bajel lleno de máquinas de fuego, para que llegando á tomalle y á la armada fuese, le causase incendio comun. Este parecer, que era posible, pues con semejantes estratagemas hemos visto ya deshacer armadas opulentas, amedrentó la gente de manera que viéndose el bajel en medio de los suyos, no sólo no le embistieron, pero por apartarse de él se descompuso la armada, confundiéndose galeras con galeones, unas por ciar y otros por dar el bordo. Entónces entramos disparándoles treinta y cuatro piezas de una andanada, y volviendo la popa para dar el bordo, las de la otra andanada y las medias culebrinas de la proa, que tan hermosa vista no vi jamas, pareciendo la capitana un mongibelo de fuego con las piezas y mosquetería de cuatrocientos hombres juntos. ¡Valerosa resolucion digna de eterna memoria, y que puso freno, siendo uno solo, á setenta bajeles! En tanto, porfiando con el viento, pudieron llegar el galeon y la carraca del caballero Oliste, arraguceo, nuestra almiranta, el patache *La Vuestra*, con que se empezó cruelmente la batalla. Grave daño hizo la Capitana, porque como los bajeles enemigos estaban todos enmarañados y juntos, no se perdió bala, que todas dominaron, viéndose visiblemente ir cuatro galeras á fondo, sumergiéndose en un punto sin que

quedase memoria de ellas [1], y desentenado el galeon horrible de San Marco. Mandóme el general embarcar en una faluca y llevar órden á los demas bajeles que procurasen llegar aunque se rompiesen los árboles, y tenía razon, pues eran los enemigos más de cuatro bajeles para cada uno de nosotros. Hízose con mucho esfuerzo, y juntos aún, porfiamos por abordar con la armada, mas no se pudo; ellos sí que pudieran á nosotros, pues tenian el viento favorable, y si se determináran era imposible dejasen de ganar ; pero no tuvieron ánimo, aunque eran, como dije, cuatro tantos. Peleóse catorce horas sanguinosa y áun misteriosamente, porque pedazos de popas de galeras y galeones y remos traia el mar á nuestros ojos, señal del notable daño y fracaso de nuestras balas. En nuestra armada no se hallaron más que nueve ó diez muertos y veinticuatro heridos, habiendo de ellos, entre las galeras y bajeles anegados, más de cuatro mil muertos y muchos heridos. Nuestros bajeles tuvieron, los más, maltratadas las velas de las balas enemigas, y tres árboles rotos, pero no caidos. Una de las cuales balas, de sesenta y cuatro libras, estando arrimado el general Ribera al árbol mayor, dió cuatro dedos más arriba de su sombrero á la sazon que estaba diciéndome á mí: «Esos pícaros gallinas de venecianos no quieren abordar con nosotros; ¡Voto á Dios, que diera un dedo para que el Duque vea miente en lo que me escribe que somos gallinas». Yo respondí: «Mienten diez duques si lo dicen.» Llegó la bala, turbándose toda la gente del bajel por

[1] Lo confirma Jorge de Oliste. *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVI, pág. 258.

creer que le habian muerto, y alzando el grito, dijeron: ¡Jesus! Pero el general, sin moverse de donde estaba, alzó la cabeza y me dijo: «Paisano, si diera unos cuatro dedos más abajo hecho estaba.» Yo le respondí riendo, «que me daba la vida». «¿Por qué?», me dijo, y yo repliqué: «Porque me hacian general, y ahorcaba al piloto si no me metia otra vez en medio de la armada para acabarlos de abrasar.» «Ya le conozco sus furias, replicó; qué ¿áun no está contento con lo hecho? Vivamos entramos, que ya será general.» Llegó toda la nobleza á ver lo que habia sido; pero él no se movió, dando á conocer su valor y entereza, digna verdaderamente de tal puesto.

» La oscuridad de la noche puso treguas á tan reñida batalla, y el almirante izó fanales de desafío para el dia siguiente; mas á media noche, con la lobreguez del nublado tiempo, se desapareció la armada enemiga sin encender fanales. Hallámosnos por la mañana señores del campo; ¡infamia grande de tan poderosa armada, y que mereció el castigo que, segun dicen, se dió al general en su República!

» Algo nos hallábamos cansados, y particularmente yo, porque no pudiendo ejercer el oficio de abordar, por no haber venido á las manos, ni estar al lado de mi capitan no habiendo ocasion, acudia á reforzar la gente de la artillería, cargando yo las piezas y apuntándolas, llevando canastas de bizcocho queso y vino á los que estaban en las entenas, con peligro, así de la artillería, como de precipitarme por aquellas escaleras, que no poco me fué agradecido del General y alabado de todos,

dándoles á todos ánimo para trabajar y sufrir. Caminamos con esta victoria á Nápoles; pero costeando cerca del cabo de Otrento, vimos que las nubes cubrian con celajes la claridad del sol, oscureciéndose el dia con tenebrosa densidad y amenazando cruel tempestad y diluviosa lluvia. Vimos turbarse los pilotos y dar apénas tiempo de juntar su consejo, y en el mesmo tiempo amainar velas, mollar escotas, ligar trincas, abatir árboles, amarrar artillería, calafatear portillones y hacer bajar la fuente á los escotillones, porque los que no hicieron esto con mucha presteza, rompieron árboles, destrozaron velas y estuvieron á pique de perderse. Arrojaba tales rayos el cielo, que nos pareció, no que la mano vengativa de Júpiter (que no nos acordábamos de estas fábulas), sino que el poderoso brazo de Dios, airado por nuestros pecados, enviaba su justo castigo sobre los mortales; los relámpagos alumbraban más que cuando el flamífero sube del zénit etéreo al furibundo cancro; los tremendos truenos ahuyentaban los raudos y acobardados peces á sus húmedas y acuátiles alcobas ; estaba el mar cerúleo verde y negro, del color que describen el lago Estigio, y tan espumoso y vengativo, que parecia que, tomando la empresa de la afrentosa huida de la armada del veneciano, á quien confiesa por dueño, batia y reencontraba nuestros bajeles para arrojarlos de su jurisdiccion ó sepultarlos en uno de sus cóncavos, juntándolos ó porfiando hacerlo para despedazarlos con mísero fracaso entre los brazos de sus impetuosas ondas, para lo cual levantaba abismos, de manera que para nuestra defensa queriamos tomar las estrellas, aunque

quedásemos fijados en ellas, para librarnos de tan mísera muerte, y en el mismo punto veiamos el profundo del mar, haciéndonos Tántalos de sus tesoros, que casi tocábamos en su centro, sin hacer caudal de ellos, pues creiamos ser nuestros sepulcros. Bramaba el mar con gemidos espantosos; rugia el viento con rabiosos bramidos, y en tan mísero punto el mayor consuelo era la esperanza en la divina Majestad de Dios. Quién se amarraba con sogas por no rodar con los vaivenes del bajel; quién se despedia del amigo y camarada con lágrimas tristes y abrazos tiernos ; quién aturdido y mareado no sentia ni oia de desvanecido ; quién rendia el tributo de lo que alegremente comió ; quién con plegarias y lágrimas hacía solemnes votos, que por ventúra despues no cumplió. La cobardía de los marineros, la confusion de los pilotos, las olas que cubrian el bajel, el batir que le atormentaba, el miedo, el horror, la confusion, el peligro, no hay lengua que lo describa. Tres dias y tres noches corrimos, ya á la Belona, en la Turquía, ya á Brindisi, en el reino de Nápoles, sin poder tomar puerto hasta Manfredonia, adonde, sin cesar la tempestad, derrotados, nos arrojó la fortuna en popa, unos despues de otros..... »

El estado de guerra entre las ármadas de Nápoles y Venecia, estando en paz ésta con España, y manteniéndose en las respectivas Córtes embajadores que ofrecian contínua seguridad de amistosas disposiciones, es uno de los hechos más curiosos que registra la Historia. Los escritores venecianos Nani y Sansovino no han sa-

bido explicar la anomalía; los nuestros, sin exceptuar á Lafuente y Gebhard, últimos recopiladores, ni áun fijan la atencion, saltando ligerísimamente por los sucesos en el Adriático, y es necesario acudir á las relaciones de los embajadores venecianos si se quiere obtener algun indicio de orígen en las ocurrencias.

Gritti informaba al Senado, desde Madrid, «que no se ocupaba en otra cosa que en presentar quejas y reclamaciones de la indigna conducta del Duque de Osuna, y no sabía, sin embargo, qué decir á Su Serenísima respecto á la gestion de aquel Virey, pensando que no solamente era tolerado, sino tambien temido, pues cada vez que los ministros y el Consejo desaprobaban su proceder y le ofrecian pronto remedio, la llegada de una carta del Duque plagada de inexactitudes, falsos pretextos y representaciones, echaba por tierra lo adelantado, siendo de tal eficacia la opinion del Virey, que se cerraban los ojos y los oidos á cualquiera otra, confirmando cuanto hacía y proponia, satisfaciendo al punto cualquiera peticion suya, como si el Consejo temiera disgustarlo.»

Leti presume con más penetracion que D. Pedro Tellez Giron habia persuadido al Duque de Uceda, resorte de la gobernacion del Reino, que en la dominacion de las aguas del Mediterráneo estaba el contrapeso de lo perdido en los Países-Bajos y el camino de la prepotencia naval que habia de informar la verdadera política de España, y de aquí que malos ó buenos tuvieran aceptacion los actos independientes, al parecer, y caprichosos del Virey; pero aunque realmente hubiera conseguido el

Duque cierto ascendiente sobre el favorito, hay que examinar la correspondencia para penetrarse de la lucha incesante sostenida por el Virey contra las vacilaciones y debilidades del Consejo; de la contínua exposicion de razones que aconsejaban apoyar á los griegos contra Turquía, y á los uscoques y raguseos contra Venecia, haciendo cualquier esfuerzo, que no era menester grande para hundir y arruinar la República; solamente la evidencia persuade que llegáran á redactarse y suscribirse por el Rey ciertos documentos [1].

Aprovechó Osuna la reputacion adquirida para indicar una vez más el camino de la política que á España convenía: explicaba la importancia del comercio marítimo, señalando el ejemplo del puerto de Liorna, que á expensas nuestras se nutría; la forma y manera con que habia de organizarse la marina militar, desterrando el antiguo y ruinoso sistema de armamentos anuales con buques de particulares; encarecia la utilidad de construirlos por cuenta del Rey en Vizcaya y Nápoles, eligiendo un tipo respetable, capaz de llevar 150 marineros y 500 soldados, con 40 á 50 cañones; de señalarles *cuerpo de renta especial*, ó presupuesto, como diriamos hoy, manteniéndolos armados todo el año. «Engañarse han, añadia, los que dijeren á V. M. que viene á ser gran costa, pues es lo mismo juntarlos cada año, y vienen á faltar á lo más importante del servicio, *y el que no fuere señor del mar, no lo puede ser de tierra.*»

Para el reino de Nápoles proponia 12 galeones, dos

1 Véase el número 25.

galeazas y 30 galeras ; para el de Sicilia, dos galeones y diez galeras, asegurando que de cerrar con esta fuerza el paso á Venecia, en dos meses habia de morir de necesidad, y aunque quisiera unir las suyas con las del turco, no resistieran á semejante escuadra. Razonaba cada una de las afirmaciones, mostrando la rara penetracion con que vislumbraba el porvenir del armamento naval, y por final ponia :

«Lo que á todo esto se me ofrece es, que teniendo la facilidad que á V. M. represento, y estando mi persona dispuesta á guiarlo y trabajarlo todo, no se hará nada..... Persuádase V. M. que no es ambicion habelle suplicado mil veces que no encargue á muchas personas un servicio, porque no sólo se han de embarazar unos á otros, pero desayudarse; sólo es deseo de que se acierte ; conocerálo V. M. el dia que me mande que yo obedezca y asista á quien V. M. ordenáre, que lo haré con toda la puntualidad posible, reservando mi sentimiento, no para embarazar el servicio de V. M., sino para que conozcan todos el agravio que se hace á mis servicios ; y no sería poca fortuna la mia si una vez al mes pensase V. M. en ellos, trayendo á la memoria los que á este tiempo le hacen otros, y qué ayuda y gente tienen para ello. Y suplico á V. M. se sirva de advertir, para lo que sucediere, que nadie me asiste á mí, y que yo solo asisto á D. Pedro de Toledo, al servicio de V. M. y al gobierno de este reino, como Virey, como Capitan general, como general de las galeras y como maese de campo ; y crea V. M. que no es encarecimiento, porque es público á todo un reino que hasta las manillas que se hacen para

los esclavos, la artillería que se hierra, las municiones y bastimentos que se embarcan, pasa todo por mi mano, y en persona asisto á las herrerías y almagacenes, porque no hay quien sepa hacello, ni de quien fiar nada, pues todos los oficiales que he hallado en este reino no tienen los oficios por beneméritos, sino por aprovechados, haciendo hacienda y mercancía del deservicio de V. M., y que dejo de decir muchas cosas indignas de mi cargo y de mi persona, á que me he querido obligar por sólo el servicio de V. M.»

Arraigados en la Junta de Armadas los antiguos hábitos, teniendo por novedad costosa la que proponia, representaban al Rey que más bien convenia estimular á los raguseos á que fabricáran naves de combate, de las cuales en caso necesario se podia la nacion aprovechar por asiento. Lo mismo podrán hacer los turcos y los venecianos pagándolo mejor, replicaba el Duque, é insistiendo en el sistema concluia: «V. M. labre bajeles por su cuenta, que no le faltará en qué ocupallos cuando no haya guerra, y hoy tienen en pié la reputacion de V. M. diez pobres bajeles mios[1]».

Fundaba principalmente Osuna la recomendacion de acrecentar prontamente la armada en avisos seguros que tenía de andar negociando Venecia nuevas alianzas en Holanda é Inglaterra, y tratar de tomar á sueldo de 4 á 6.000 soldados más, con ocho naos inglesas y doce holandesas de las de mayor porte y fuerza. Como en Madrid lo tuvieron por fábula y no se dió paso por ave-

1 *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVI, pág. 208.

riguar siquiera la certeza, despachó agentes suyos, valiéndose de la consideracion y amistad que le habian dispensado el archiduque Alberto y el Marqués de Espínola y de la memoria de los servicios que habia prestado en Flándes, para interesarles en la adquisicion por su cuenta y rápido envío de doce galeones fuertes con 2.000 mosqueteros walones y borgoñones. En Inglaterra procuró la compra de otros navíos, aprontando desde luégo los fondos, informando al embajador Conde de Gondomar, de la gestion, y escribiendo directamente al rey Jacobo, que en prueba de sus buenas disposiciones hácia España no hiciera diferencias entre esta nacion y Venecia, consintiendo la compra de naves á una y otra ó vedándola por igual á las dos; mas pena causa decirlo, no allí, en Madrid fué donde fracasó su intento, reprendiendo severamente que alimentára la idea de acudir á los intereses de la nacion católica por excelencia con elementos herejes. Inútilmente trató de demostrar que no habia semejante cosa, ni pensaba más que emplear recursos muchas veces usados en las campañas de Flándes [1]; el Archiduque y el Conde de Gondomar recibieron órden de alzar la mano en los armamentos, con lo que no se hicieron, y Venecia logró sin entorpecimiento alguno los suyos.

Cuando el decreto del Senado circuló, mandando que todo bajel que entrára en el Adriático habia de tocar en la isla Corchola á tomar licencia y pagar diez por ciento

[1] Documento núm. 29. En la Coleccion de los inéditos se han publicado otros relativos al asunto.

de las mercancías por derecho de tránsito y dominio del mar, se reconoció la exactitud de los pronósticos del Virey, encomendándole urgentemente que se opusiera á la demasía, pero sin darle para ello auxilio ni otros elementos que los que por sí se proporcionára, ántes la resolucion más reciente era sacar los galeones del Adriático y enviarlos *á guardar el estrecho de Gibraltar* para que no pasasen los ingleses y holandeses, procurando en tanto D. Pedro Giron por buenas vías *facilitar el acomodamiento de las cosas de Venecia.*

Contra semejante determinacion representaron inmediatamente D. Alonso de la Cueva, D. Pedro de Toledo y la República de Ragusa, expresando el primero que en Venecia se propalaba como triunfo del Senado.

Sin embargo, en lo que más deseaba éste, recibia cruel desengaño, á ser ciertos los informes comunicados por el embajador Gritti desde Madrid, de andar en mientes la prorogacion del vireinado al Duque de Osuna por otros tres años. Lo que intrigó entónces no es decible; llovieron sobre el ministro del Rey de España las observaciones, y nada ménos que un embajador extraordinario del Dux Donado fué á Roma á convencer á Su Santidad (como lo hizo), de hallarse comprometida la concordia de los príncipes cristianos con la permanencia en Nápoles del agresivo Duque. Las vejaciones á los bajeles mercantes españoles se extremaron más, y un suceso cuyo misterio no se ha logrado todavía penetrar del todo, la famosa conjuracion de Venecia, vino á ocupar la atencion universal. Nuestros historiadores niegan que el Duque de Osuna tuviera que ver con ella, y áun aseguran

que lo de la maquinacion fué indigna farsa inventada por el Senado con la mira de contener á las tropas extranjeras que asalariadas tenian; dar golpe teatral de autoridad y fuerza, hacer odioso el nombre español, y hallar pretexto que les desembarazára del embajador Marqués de Bedmar con las otras personas que daban sombra ó recelo al tiránico manejo del Consejo secreto. Presentan en prueba el hecho de no haberse atrevido la Señoría á formular acusacion contra España, ni á dar explicaciones en manifiesto á las Córtes de Europa. Italiano era Domenico Parrino, y niega tambien, con otros de su país, que D. Pedro Giron tuviera allí la participacion que le han imputado [1]; como quiera que sea, investigados los hechos en notable disertacion, de que daré cuenta, que ella y el asunto lo merecen, traduzco ántes extractado lo que escribió Leti, por no ser muy conocido:

«Contrariando al Duque de Osuna no haber alcanzado el dominio del mar con tanto dispendio, puso en ejercicio su talento imaginando máquina más efectiva. En Venecia estaba por embajador del Rey Católico D. Alonso de la Cueva, marqués de Bedmar, con el que tuvo estrecha correspondencia, lo mismo que con D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, gobernador del estado de Milan. Siempre hubo entre los delegados superiores que el Gobierno de España tenía en las posesiones de Italia, aquella comunicacion que la unidad de miras en la marcha de la política exigia; mas ahora, los correos que incesantemente cambiaban los tres personajes cita-

[1] *Teatro eroico di Vicere di Napoli*, 1692.

dos, más que asuntos de Estado pudiera creerse que trataban los de familia. El Duque de Osuna, mucho más hábil que los otros, disimulaba con bromas y ligerezas la superioridad del entendimiento, persuadido de que el perfecto político ha de ser disimulado y profundo, y ciertamente, sin ser grave, no tenía España ministro más capaz. Don Pedro de Toledo, aunque de escasa instruccion, poseia buen juicio y ánimo para cualquier empresa, máxime secundado. Más que los dos, era acaso inteligente D. Alonso de la Cueva, tanto por el fondo de sus estudios como por el hábito de los negocios, adquirido con reputacion desde muy jóven.

»Inventores, fundadores y propagadores de la conspiracion más famosa, por única en las circunstancias que se ha visto en el mundo, *funiculus triplex*, fueron estos personajes. Los autores que han escrito de ella dudan quién de los tres fuera iniciador, ó más bien dudan entre Osuna y Bedmar, que acordes andan respecto á haber sido Toledo instrumento secundario. El que escribió el opúsculo titulado *Conjuration des Espagnols contre la Republique de Venise*, atribuye á Cueva el designio, admitiendo que lo comunicára al Virey, pero Nani y Martinioni, historiadores venecianos, conceden la concepcion á Osuna, y en el diario de Tomás [1] que reci-

Tomás ó Tomaso, como lo nombra Leti, fué mayordomo y secretario privado del Duque de Osuna, viviendo en su intimidad desde la juventud hasta la muerte; acompañándole en las campañas de Flándes y en los gobiernos de Sicilia y Nápoles. Escribió memorias de los sucesos de la vida de D. Pedro Giron, memorias que adquirió manuscritas Leti, y aprovechó grandemente para su obra, segun dice.

bí de España, se honra con la inventiva al Duque. Creo yo, sin embargo, tambien, que fué de Bedmar, en razon á que el Virey no conocia la ciudad de Venecia más que por planos y descripciones, y el otro estaba familiarizado con las condiciones de la localidad.

»Venecia es ciudad abierta: entran y salen los forasteros á cualquier hora del dia ó de la noche sin reparo; no hay otra guardia que la de aduaneros, y en los meses de Octubre á Noviembre queda casi desierta, con especialidad de gente noble, por la costumbre de pasar la estacion en el campo, y el pueblo que queda es á propósito para cualquier cosa ménos las armas. Todo esto no era fácil lo supiera Osuna, miéntras que no podia escapar á la observacion de Bedmar, aunque por otro lado, desde el momento de convencerse aquél de la imposibilidad de hacerse árbitro del mar, como habia ofrecido á la Córte, nada extraño es que discurriera cualquier medio con que deshacer el obstáculo.

»De cualquier manera, lo cierto es que los tres ministros fueron los principales resortes de la conspiracion. En el diario de Tomás consta haber propuesto D. Pedro de Toledo que asunto de tanta trascendencia se participára al Rey secretamente por conducto del Duque de Uceda, proposicion que rechazaron los colegas, en primer lugar, por estar facultados para entender en cuanto se relacionára con la política en Italia; despues, por no admitir dilaciones el negocio, y en último extremo, porque á nada conducia la consulta hecha al Rey si no pasaba al Consejo, en cuyo caso Dios sabía cuándo tendria resolucion. La opinion de Osuna era que nunca se debe

comprometer al soberano en empresas que dependen de la fortuna y de la habilidad de los tenientes suyos que tienen autoridad suficiente, y tambien es cosa averiguada que prevaleciendo esta opinion obraron los tres ministros sin conocimiento de la córte.

»Otra particularidad curiosa contiene el diario de Tomás, á saber: que convenidos en el secreto, cada uno de por sí determinó ser primero en comunicar al Rey la fausta noticia, expidiendo los correos con antelacion tan bien calculada que llegaron casi al mismo tiempo.

»Veamos ahora lo que de la conspiracion escribieron Sansovino y Martinioni, testigos del suceso:

«Los ministros de España, especialmente el Duque »de Osuna, virey de Nápoles; D. Pedro de Toledo, go»bernador de Milan, y D. Alfonso de la Cueva, emba»jador residente en Venecia, celosos de la gloria que re»sultaba á la República de la paz conseguida, habiendo »llevado pujantemente la guerra al país enemigo, ocu»pado tantas plazas sin perder ninguna, extendido los »confines de Lombardía, sostenido al Duque de Saboya »resistiendo las tentativas de Toledo, resguardado el »mar de los esfuerzos de Osuna, y negociado los trata»dos de Viena, Asti, París y Madrid, con condiciones »de ventaja y decoro, no pudiendo superarla con tanto »esfuerzo y arte, acudieron á la insidia. Pensaron sor»prender esta ínclita ciudad, ocupar los puestos princi»pales de la plaza y palacio, incendiar el arsenal, forti»ficarse en Rialto, cortar los puentes, apoderarse de las »casas señaladas de antemano con cifras aritméticas, y »volar la de Moneda. Osuna prometia enviar dos mil

» mosqueteros escogidos con buenos capitanes á más de
» otros soldados que irian en naves al parecer mercantes,
» y desembarcarian, una parte en la plaza, otra en el ar-
» senal, en la fundacion nueva y en el puente de Rialto,
» facilitando la operacion veinte galeras que tenía dis-
» puestas para el caso, sin muchas barcas de fondo pla-
» no á propósito para los canales, que habia construido en
» Nápoles con tan execrable designio. Los principales
» agentes fueron un tal Giacpier[1] de Normandía, anti-
» guo corsario que, simulando disgusto con Osuna, se ha-
» bia pasado al servicio de la República en la armada, y
» un compañero suyo nombrado el capitan Langlad. A
» éstos se habian agregado los hermanos Cárlos y Juan
» Burlao, Nicolas Rineldi, Roberto Rivellido, Vicente
» Roberti, Lorenzo Nola y otros. Don Pedro de Toledo
» tenía por su parte correspondencia en Crema con Juan
» Berardo, teniente de una compañía, y otras gentes,
» para sorprender aquella plaza. Giacpier y Langlad em-
» barcaron en la escuadra; los demas esperaban la hora
» de la ejecucion, subiendo al campanario de San Már-
» cos por ver si llegaban los bajeles de Nápoles; mas
» queriendo Dios librar á esta religiosa ciudad de los
» horrores que la amenazaban, tocó el corazon de Baldi-
» serra Iuven y de Gabriel Moncasino, que revelaron
» el secreto al Dux y al Consejo de los Diez, y presos
» algunos conspiradores con ocupacion de documentos,
» por confesion del delito lo pagaron con ignominiosa
» muerte.»

1 Jacques Pierres.

» La participacion de Jacques Pierres debe esclarecerse más. Sabido es que este capitan estaba al servicio de Osuna desde su vireinado de Sicilia, honrado y considerado en extremo. El Duque le consultó el plan, y como el capitan era hombre para cualquiera empresa, lo encontró hacedero y áun fácil, prestándose á tomar parte activa, representando el papel de agraviado, que le dió acceso á la armada veneciana, al punto de creerlo mucho despues escritores como Sirí, y no digamos aquellos expertos Señores del Consejo, que acordaron confiarle el mando de uno de los mejores navíos (el *Santa Giustina*) primero, y de una escuadrilla más adelante.

» Avanzando el tiempo iban entrando en Venecia hasta dos mil soldados, que de veinte en veinte, disfrazados de labriegos, sin que ni áun los cabos se conocieran unos á otros, enviaba D. Pedro de Toledo. Las armas estaban reunidas en la embajada de España, y las órdenes se comunicaban por un sistema ingenioso de señas, circulándose al fin para dar el golpe en la feria de la Ascension, que duraba quince dias con inmenso concurso de forasteros. Ya en vísperas, un frances llamado Iaffier, cabo de veinte y dos hombres, delató la conspiracion al Consejo de los Diez, habiendo pedido y obtenido de antemano la vida y libertad de sus compañeros; la alarma corrió inmediatamente, y muchos de los comprometidos escaparon por mar y tierra; mas otros, hasta 400, fueron presos, y sospechando que en las embajadas de Francia y de España hubiera acogidos, solicitado el consentimiento que se obtuvo en la primera, se extrajeron tres capitanes. En la segunda se forzó la entrada y registró

la casa, hallando armas y municiones para quinientos hombres, sesenta petardos, muchos fuegos artificiales con unos cien barriles de pólvora. En el acto pidió audiencia el Marqués de Bedmar, haciendo ante el Senado la más enérgica representacion contra el atropello de su casa, y como el Dux justificára la providencia con el hallazgo de las armas, respondió le sorprendia mucho que una corporacion de personas entendidas ignorase que fabricándose en la ciudad tan buenos pertrechos de guerra los habia adquirido, y tenía en depósito para remitir al Tirol. Llegó en su arrogancia á la amenaza, asombrando á los Señores tanto con la sangre fria como con la elocuencia empleada sin pausa en contestar cuantas razones le fueron presentadas, acabando por decir con la cólera de un hombre que se siente herido en la honra «que gracias á Dios habia nacido en una nacion en la que el valor y la prudencia son condiciones naturales, por las que no necesitaba acudir jamas á medios reprobados contra sus enemigos, y el Rey, su señor, era capaz de destruirlos cara á cara, como esperaba probarlo á la República bien pronto.» Pidió seguidamente pasaporte para salir del territorio véneto, con lo cual libró de un conflicto al Gobierno, pues se agolpaba el pueblo en la plaza con intencion de sacrificarlo, y á duras penas se consiguió embarcarlo en un bergantin bien armado, que le condujo á tierra firme. Desfogó la ira de las masas arrastrando su efigie por las calles juntamente con la del Duque de Osuna, acuchillándolas y dando con ellas en el canal entre denuestos é injurias.

» En tanto, mandó el Senado publicar un bando impo-

niendo pena de la vida al que osase hablar ó escribir diciendo que el Rey Católico ó cualquiera español hubiera tenido parte en la maquinacion, en que sólo aparecian franceses, milaneses y napolitanos, queriendo con el proceder aplacar al Embajador; sano consejo, porque la República no estaba en disposicion de medirse con tan gran monarca, y no dejaba de temer la influencia en la córte de Osuna y Toledo.»

Hasta aquí Leti en brevísima esencia; su relacion ocupa 96 páginas, discute las afirmaciones de los escritores venecianos, y principalmente las del autor del opúsculo novelesco frances; narra punto por punto cuanto hicieron los conspiradores, pareciéndole milagroso que en tres meses que en más ó ménos número residieron en la ciudad no despertasen mínima sospecha en las autoridades; explica los tormentos y suplicio secreto aplicado á más de 300 prisioneros, inclusos los capitanes Jacques Pierres y Langlad, y sin excepcion de los 22 compañeros del delator, faltando á la solemne promesa del Senado, acabando por la muerte de Iaffier, la misma de todos los Júdas. Por último, nota, contra lo asegurado por los venecianos, que léjos de incurrir en desgracia D. Alfonso de la Cueva y D. Pedro de Toledo, recibieron mayores pruebas de consideracion, el uno, en nueva y más importante Embajada; el otro, en la imposicion del Toison de Oro, y nada hay que decir de Osuna, que siguió como si tal cosa en su gobierno.

El Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra eligió por tema para el discurso de su recepcion en la Real Academia de la Historia, la conjuracion de Venecia, tratán-

dolo con aquella maestría que le ha dado puesto principal entre nuestros literatos. Compulsando, no ya sólo las obras nacionales y extranjeras, sino tambien los documentos oficiales que guarda el archivo de Simáncas y los papeles privados de D. Francisco de Quevedo y Villegas, el poeta satírico, familiar y confidente del Duque de Osuna, decide ser el milanes Gregorio Leti, compilador embustero, sin opinion propia, como se advierte viéndole admitir cosas opuestas y contradictorias, y la tal conjuracion, comedia fraguada por el Gobierno mismo de la ciudad de las lagunas. Véase ante todo la hermosa pintura que hace de la nacion:

«Venecia, pueblo de mercaderes, creció siempre de mover revoluciones en todas partes; labró en los ajenos disturbios su propia tranquilidad, é hizo patrimonio suyo el descuido, la flaqueza y la division de sus vecinos. Más paz y victorias le hubo de dar la guerra que ocasionó á sus amigos que la que declaró á sus contrarios. Solícita aliábase con los príncipes que temia, para destruirlos sordamente á mansalva. Amistades buscaba con los labios, y motines con la bolsa. Sus embajadores eran espías; su brazo, dogal mortífero; su dinero, estímulo y aliento de sediciones y alborotos en los pueblos de Europa. Bien supo que es menester en otros países encender la guerra y soplarla; pero que en Italia ella por sí arde y se aviva sin fin. Gente, por último (como dice un gran político), nacida al logro, destinada al robo y amaestrada en engaños, su tesoro fué darlo á entender y ponderarlo; su religion, la que más le valía. Alquilados sus ejércitos, aparentes sus armadas, en las

tiendas y gabinetes, no en los escuadrones, eran temibles, vendiendo, no peleando; vociferaban grandes fuerzas y riquezas, y tanto valieron cuanto fueron creidos: su medra estuvo en las sedes vacantes del Imperio y en las desdichas de Italia.

»Habia puesto Venecia toda su atencion en dominar como señora absoluta el Adriático; y llamándole golfo suyo (más por tener fuerzas para defenderle que derecho para adquirirle), fingió habérsele concedido en el siglo XII por autoridad pontificia. Hacía fastuosamente cada año la ceremonia de casarse con el mar, siendo ántes adulterio que desposorio; oprimia con tributos á míseros pescadores de ambas orillas; despotizaba en los navegantes; monopolizaba el comercio de aquellos países y el de todas las riquezas de Oriente, y disfrazando sus ambiciosas miras con la ilusion y quimera ilustre de la pompa de su libertad, con la fábula de apellidarse propugnáculo de Italia y de la cristiana fe, y con decir que le pertenecia el dominio del golfo por limpiarle de corsarios, dejaba que le cruzasen á placer holandeses, moros y turcos. En cambio limpiábale bien de los vasallos de cuantos príncipes tenian puertos en aquellas riberas, á saber: el Papa, el Duque de Urbino, los anconitanos, los raguseos, el Rey Católico y el Archiduque de Austria.

»Sólo un puñado de hombres belicosos, nacidos á las armas y ejercitados en ellas, fugitivas reliquias de nobles croacos, dálmatas y albaneses, oprimidos por los turcos, se atrevió á contradecir á los venecianos aquel monopolio y dominio. Por desprecio llamábase *uscoques*

á tal gente, cual si dijéramos *tornadizos;* y con la proteccion de los Reyes de Hungría, que los acogieron por antemural contra la media luna, habitaban lo más oculto del golfo Quarnaro, en las costas de Croacia, lugar amparado por la Naturaleza con multitud de islotes, escollos y bajíos, fortalecido, no fértil, como eleccion del temor y de la huida. Diéronse á la marinería y navegacion, y fuéles necesario pedir al mar el sustento que les negaba la tierra; con que, andando en corso, á vueltas de naves de turcos, solian osadamente embestir y despojar algunas mercantes de venecianos. Y tanto mortificaron la soberbia de la República, que, sin poderlos acabar con suplicios ni reprimir con la fuerza, veíalos siempre, despreciadores de los cuchillos y dogales, alzarse cada vez más temerarios é importunos. Señaló precio á sus cabezas; de ellas puso mercado en la plaza de San Márcos; nunca les guardó fe ni palabra, y resueltamente hubo de jurar su exterminio. Para ello estrechaba á los húngaros, instigaba al turco á fin de que hiciese causa comun en la demanda, y jamas quiso avenencia que no fuese la total demolicion de Segna, principal guarida de aquellos valientes aventureros, y su completa dispersion y alejamiento de los mares. Pero como á los Reyes no pareciese lícito consentir en esta bárbara crueldad, la Señoría, ciega de ira y despecho, llevó á sangre y fuego várias veces la guerra á los Estados de Ferdinando, archiduque de Austria, que por el emperador Matías, su primo hermano, gobernaba la provincia en que vivian los uscoques. Al fin, con él se empeñó en fiera lucha, imaginando haber llegado la

hora de usurparle los puertos que tenía en el Adriático, y de echarse á mano airada sobre el Friuli, arrebatándoselo al Imperio.

» De esta manera el Rey Católico se vió en trance de tener que ayudar con tropas y abundantes subsidios metálicos á su cuñado el Archiduque, presunto heredero del trono de los Césares, y de oprimir á sus enemigos por caso de honra é interes de familia.....

» Afortunadamente, España logra volver en sí..... nombra gobernador de Milan á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, persona solícita del servicio de su Rey, de suma entereza y valor y de alta sangre. Pocos meses despues, el gran Tellez Giron, duque de Osuna, ascendia al vireinato de Nápoles, y se formaba, juntamente con el Marqués de Bedmar, nuestro embajador en Venecia, aquel insigne triunvirato, que ofrecia larga era de prosperidad y gloria á los blasones de Castilla.....

» Osuna y Villafranca, por avisos que recibian de Bedmar, se penetraron muy pronto de la conducta doble y alevosa de la República, y al punto aquel triunvirato no vaciló en declararse contra ella, resuelto á esgrimir sus propias armas, hiriéndola de muerte por los mismos filos. Sin perder tiempo, el gobernador de Milan hace levas en Germania y Borgoña, en el país de los esguizaros, en el reino de Nápoles; recluta los casi deshechos tercios de Lombardía, y con tal ardor prosigue la campaña contra el saboyano..... y le estrechó de tal modo, que tres meses despues vino á obligarle á firmar la paz con España y á deponer las armas cansado, pero no harto.

»Sin embargo, el terrible golpe para la Señoría fué el verse con las tropas del milanes á la frontera, miéntras el duque de Osuna, metiendo en el golfo sus poderosos galeones, esperaba y rompia la armada de venecianos afrentosamente en las costas de Dalmacia, y les tomaba las mahonas, y en ellas todas las riquezas de Levante.

»Ved, señores, en un momento rotas las cadenas que por tres siglos cerraron aquellos mares; libre el comercio de sus riberas; trocados propiamente en leños los bajeles vacíos de hombres que le oprimian; á los uscoques en Nápoles con buena correspondencia, permitida y no mandada; á los venecianos, retirando de la Istria sus ejércitos para presidio de sus marinas y guarnicion de sus bajeles; el hambre y el miedo en la ciudad; ésta empeñada en más de un millon de oro con sus hijos, y de siete con los extraños; recelando saco á toda hora, sin saber qué hacer, ni acabar de creer lo que le sucedia; forzada, en fin, á implorar el amparo de Felipe III contra un vasallo suyo. Ahincadamente solicitó la hidalga mediacion de este noble y piadoso monarca para la paz con el Emperador y el Archiduque, y esforzando los ruegos, autorizando las quejas, creciendo las calumnias contra el Virey, paró el golpe decisivo que amenazaba aniquilar su comercio y grandeza.

»Al punto desembarázase el Adriático de quillas españolas, y alentada Venecia, agita las negociaciones de la paz, tan pronto en Madrid, como en Roma, como en París, desplegando las más refinadas artes de su política maquiavélica. Ahora nombra árbitro al Rey Católico,

ahora desaira su providencia y autoridad; ya se compromete con el Cristianísimo, ya de ello se muestra arrepentida; lucha entre el temor y la codicia, entre el recelo y la esperanza. Quiere deshacer lo hecho, y se excusa con decir fué demasía de sus embajadores; les retira los poderes; los llama á la ciudad, y allí los premia y desagravia. La sinceridad no va con las disculpas; las satisfacciones frívolas semejan ofensas; de lo que más cuenta le tiene se muestra más quejosa. Pero tal es la dicha de los que viven con engaño en el mundo, que todos le conocen y todos se le dejan gozar impunemente. Fomentan venecianos las guerras de Lombardía, y consiguen apartar léjos de sí las armas españolas; ofenden á dos reyes tan grandes, y alcanzan una paz honrosa y útil. ¡Cuánta virtud es menester para rendir culto á la verdad, si vemos que sale siempre más ganancioso el artificio!

»Feneciéronse los tratados en París, y la córte de Madrid los aceptó magnánima, á 26 de Setiembre de 1617. Pero nueve meses corrieron, y, bajo especiosos motivos, la República no cedia en los aprestos militares, ni retiraba los cuatro mil holandeses, cuyos servicios le eran ya inútiles, su conservacion gravosa, y riesgo y amenaza su indisciplina é insolencia. Muy al contrario, saca de Holanda nueva gente y la solicita de Inglaterra; astuta y revolvedora, levanta á los bohemios contra su nuevo Rey, el archiduque Ferdinando; al Duque de Saboya suministra un extraordinario subsidio para retener en Italia el ejército frances; instiga á Lesdiguières á que repase los Alpes y envia doscientos mil du-

cados al turco para que destruya á Ragusa. ¡Qué manera de hacer paces! ¡Qué bajeza, qué maldad, qué perfidia!»

Áun tras este cuadro brillante y exacto repugna á los nobles sentimientos del Sr. Fernandez-Guerra admitir la famosa conspiracion de 1618, si no es á la manera fantástica y maravillosa con que se halaga la imaginacion en el teatro ó en la novela. Véase como explica la ficcion:

«No pudo ocultarse al triunvirato español el poco miramiento y respeto con que trataban aquellos hombres todas las cosas y lo mucho que convenia mirarles á las manos, sin dar lugar á sus peregrinas invenciones. Resolvió, pues, que de nuevo la armada del Duque de Osuna entrase en el Atlántico, *juzgando esto el mejor modo de paz para hacella con honra*, y que algunas milicias del gobernador de Milan caminasen la vuelta de Lodi, en són de apoderarse de Crema. Á punto de suceder estuvo, habiendo hecho ofertas de vender la plaza al Toledo un Juan Berardo, cabo de las compañías francesas de la guarnicion. ¡Tanto era el universal disgusto de los soldados y tan poco ha de fiarse en gente alquilada y advenediza! Fué bien recibida en Madrid la entrada en el golfo; puso por las nubes el Consejo de Estado los servicios del Duque, estimándole único freno á la perfidia de la Señoría; autorizóle el Monarca para repetir aquella faccion siempre que lo creyese oportuno, y sin mediar aún el primer trienio prorogó por otro más al insigne Giron el vireinato de Nápoles.

» Al saberlo Venecia, con razon se tuvo por perdida.

¿Era éste el resultado de prodigar sus agentes en Madrid el oro para corromper á los enemigos personales del Virey, de realzar con apariencias las calumnias, de seducir á los incautos, de doblar á los más experimentados consejeros? ¡Tres años más en Nápoles el Duque de Osuna, y para siempre interrumpidos el monopolio y jurisdiccion de aquellos mares, deshechos los bajeles de la República, arruinado el comercio que le granjeaba oro abundante para comprar seguridad y reposo, sin medios de desempeñarse, por tierra su crédito, imposibilitada de sostener la balumba de intrigas con que vivia dichosa á fuerza de tener en hirviente desasosiego el mundo! ¡Tres años más y recobrarian su independencia los pueblos que sojuzgó, y se resistiria la plebe á sufrir los malos tratamientos de los nobles, y de señora, se veria esclava la reina del Adriático! Aquella aristocracia de mercaderes que compran cara su libertad por el miedo que les cuesta, sabe que gran número de mercenarios, descontentos por la escasez é informalidad de las pagas, hablaban de desercion y motin, y que varios cabos de ellos iban apalabrándolos y prendándolos á su devocion para que los siguieran, no sin intentar primero alguna hazaña que satisficiese con holgura sus quejas y codicia. Oyó y temió. Los denunciadores y espías abultaban sus confidencias en proporcion del pavor veneciano; y ya se creia ver ardiendo las atarazanas y galeras, á saco las Aduanas y el Tesoro, y por la explosion de una mina envueltos y despedazados entre escombros los senadores. Era ciertamente para alarmar á Gobierno tan receloso la turba de aventureros, espadachines, cor-

sarios y ladrones que componian las tropas asalariadas. Los instantes, preciosos; grande la diferencia de tener cuatro mil hombres auxiliares, á verlos engrosar las huestes enemigas; en tales circunstancias, las entrañas de los políticos no ceden á respetos humanos.

»Reunióse el Consejo de los Diez; puso á contribucion el ingenio de los repúblicos más discretos y famosos, y entre los varios pareceres, adoptó, segun dicen, el de Pablo Sarpi, fraile servita, como obra de ultimado maquiavelismo. La resolucion fué el exterminio de los cabos de la desercion ó motin; pero con tal sigilo y prontitud, que á un tiempo mismo sorprendiesen á la ciudad la nueva y el castigo del crímen. Acordóse prescindir de formas y trámites, no decir la causa de aquellas justicias, guardar estudiada reserva y que todo quedase para siempre envuelto en el mayor misterio posible. Así, áun cuando juzgasen los buenos y prudentes ménos mal del que sonaba, materia habia para que siniestramente lo interpretasen ignorantes y mal intencionados.

»En efecto, habiéndose hecho várias prisiones, á 14 de Mayo de 1618, cinco dias despues, improvisadamente, aparecieron con la señal de los traidores, colgados de afrentoso patíbulo en la plaza de San Márcos, dos hermanos franceses, Juan y Cárlos Desboleaux, y ahogados en los canales y lagunas cierto Nicolas Renault, capitan de la propia nacion, un sacerdote que habia llegado de Nápoles y seis infelices más del regimiento recien venido de Holanda. Este espectáculo llenó de consternacion á Venecia, cuya alarma subió de punto al oir que vidas y haciendas de los ciudadanos estaban en

gravísimo riesgo. Pero unida á semejante nueva, hacian subrepticiamente correr otra los decenviros, de ser autores de la conjuracion nuestro embajador Bedmar y el virey Duque de Osuna. Púsose cuidado en señalar como instrumento de aquel execrable delito al normando Jacques Pierres, ausente á la sazon en la flota con un cargo subalterno; y sin darle ni tiempo siquiera para confesarse, el general Barbarigo hizo que le arrojáran al mar dentro de un saco. Un Langlade, su amigo y camarada, corsario y hábil petardero, que tambien estuvo al servicio del Virey, fué arcabuceado en Zara, y con ellos perecieron tres criados. Miéntras tales castigos se verificaban fuera, repitiéronse en la ciudad, á 26 de Mayo, nuevas é impías ejecuciones de franceses y holandeses; de forma que en éstos la República hubo de inmolar á su recelo y miedo quizá treinta desgraciados. Las fábulas de Saint-Real suben el número de las víctimas nada ménos que á seiscientas, asegurando cupo tan miserable suerte á cuantos con el normando y Langlade tenian vínculos de amistad y conocimiento, y á infinitos oficiales y soldados de las marinas. ¡Tan ávido se muestra el novelista frances de lo extraordinario y maravilloso!

»Casi por milagro salvó la vida nuestro D. Alfonso de la Cueva, cuyas casas apedreó y quiso incendiar aquel pueblo ocioso y turbulento, excitado por las injuriosas invenciones y calumnias que se esparcian contra el nombre español. Pero fiando en su inocencia, y con desprecio del peligro, aventuróse el dia 25 á pisar la calle y presentarse al Colegio, esto es, el Vice-Dux, rodeado de los sabios y consejeros de la corona. Allí, con

ánimo entero y acento de verdad, contradijo el rumor calumnioso que encendia la mala voluntad del vulgo, desbarató la armazon de culpas que se le achacaban y, justificando sus acciones, pidió seguridad para su casa y persona. Cortesmente le hubo de responder el Colegio, remitiéndose, como suelen, al Senado, y no le hizo el menor cargo ni imputacion ninguna sobre las hablillas del vulgo. Mas el populacho cedió poco en sus amenazas é insolencias, y á 13 de Junio tuvo el respetable embajador que abandonar la ciudad y refugiarse en el Milanesado. Salió públicamente en la mitad del dia, pasando por los sitios más principales, con los visos y apariencias de un ordinario viaje de recreo. ¡Ya en la Señoría no está Bedmar! ¡Ya Venecia se ve libre de aquel atento observador de sus designios y engaños, de aquel ministro cuyos avisos en Milan, Nápoles y Alemania desconcertaron siempre sus maquiavélicas intrigas.....

»Grave y estudiado silencio afectó el Consejo de los Diez con los ministros de las naciones extranjeras. Engañando á los propios suyos, hubo de prevenirles sériamente que no entrasen con los príncipes en ninguna explicacion sobre esto, ni al Rey de España diesen la menor queja..... Los procesos, los papeles en que estaban consignadas las denuncias, las órdenes é instrucciones, todos los datos que reunieron los Diez, se entregaron á las llamas; los muertos, muertos se quedaron; difícilmente desaparece la mancha de la calumnia.....

»Pero temo que los enemigos de nuestras glorias me condenen de parcial y me nieguen el crédito por español, y español entusiasta del célebre triunvirato. ¿No se

pudo muy secretamente (paréceme oirles) dar órden á D. Alonso de la Cueva y á D. Pedro Tellez Giron para que conspirasen contra Venecia? Y aborreciéndola ambos, ¿serian omisos en ejecutar lo que se les mandaba? Designios semejantes, ni se avienen con la piedad del Rey ni con la hidalguía de la nacion. No hubo tal mandato: cartas reservadísimas de Osuna y Bedmar á Felipe III, existentes en Simáncas, hasta la evidencia lo ponen fuera de duda. — Pues bien (insistirán ahora); atendidas las ideas de aquel siglo, ¿cómo no suponer que se propasaron á más de lo que se les previno aquellos ministros españoles de Italia; hombres de grande energía, despreciadores del Gobierno supremo por notoriamente incapaz y corrompido, y que emplearon contra el astuto enemigo las propias vedadas armas que esgrimia? — ¡Dais tal valor á esos hombres, y les atribuís la empresa más imprudente y absurda, á todas luces imposible, que por fuerza se habia de descubrir; que, áun lograda, sería de eterno baldon y oprobio; que, de un modo ú otro, los pondria en ultimado peligro! ¡Destruir á Venecia! Pues ¿no vendrian allí Francia, Alemania, Turquía, la Italia toda, para reprimir y castigar al que en su delirio lo intentase? ¡Tratar España de enflaquecer á Venecia! Pues, ¿no acababa de entrometerse á reconciliarla con Ferdinando? Odio igual se tenian españoles y venecianos. ¿Cómo entre tantos justiciados no segó la República ni siquiera una cabeza española? Malos semblantes, á fe mia, tiene esto de matar de improviso, con precipitacion injustificable, á Jacques Pierres, sin dejarle hablar ni tomarle declaraciones, cuando se le

llama cabeza y principal instrumento de la conjuracion Pocos visos de maquinacion catilinaria ofrece ésta, cuyos cabos están dispersos: el normando en la flota, Langlade enfermo en Zara, Renault camino de Francia, los hermanos Desbouleaux malquistados con Jaques Pierres y á punto de salir para Nápoles. Ademas, ¿iban á derrocar la República dos corsarios, un viejo ébrio y cobarde y unos cuantos aventureros sin fama, ni crédito, ni recursos? Y sobre todo, ¿quién ha de imaginar que Osuna acometiera empresa tan descabellada, teniendo sus bajeles muy léjos del Adriático, miéntras era dueña del golfo la Armada veneciana? ¡Conspiracion singular es ésta, sin armas ni testigos, contradicha por las denegaciones de los acusados, y ¡cosa peregrina! por el acelerado suplicio de los mismos denunciadores; más, por la indignacion del Senado contra los decenviros! Venecia, tan acriminadora de nuestras acciones, solícita siempre de nuestro descrédito, ¿cómo, ni en público ni en secreto, ni con amigos ni con adversarios, nos imputó jamas crímen semejante?.....

» Señor (decia Bedmar á Felipe III), ¿por qué está »mudo el leon de San Márcos? Porque si se atreviese á »decir que yo tuve parte en el negocio de franceses y »holandeses, le redarguyeran de falsario, no sólo en »toda Italia, mas los buenos y desapasionados de su »mesma ciudad.»

« Cuanto mas se quejen de vuestros ministros los ene»migos de V. M. (añadia el Duque de Osuna), es cuando »está V. M. mejor servido. Si no fuese D. Alonso quien »es, de su persona se halláran satisfechos. Esles útil por

»amor al turco, ó necesario para restablecer la militar »disciplina, castigar bandidos de Francia, temiendo á »Francia y á su Rey; ¡y niéganles con impiedad los sa»cramentos, y atribuyen sus delitos á negociacion de »D. Alonso y mia! Gente que no tiene vasallos de quien »valerse, debe pagallos y despedillos; no haber de estar »siempre sospechosa de sus mesmas armas. Yo creo »que, á sentirse con fuerzas para saquear á Venecia, esa »turba de galeotes lo intentára, ayudados de holande»ses; que los que no sirven á su rey, tanto vienen á ha»cer la guerra á los mismos que los traen que á sus »enemigos. Pero darnos al embajador y á mí por insti»gadores dello, es hablar en lo excusado. Se quejan á »V. M. de mis acciones, maquinan contra mi persona, »quieren perderme. ¡Despique indigno de ofensas que »yo les hice con las armas en la mano! Híceselas acu»diendo á las obligaciones de mi sangre y de fiel vasa»llo; y los apreté más, porque no entendieran aflojaba »á tiempo que ellos traian tan ruines inteligencias con»tra mí, de que saben me curo poco. Mandóme V. M. sa»car del golfo los galeones, y obedecí. Si V. M. me per»mitiera ponerme sobre un escollo, en él juntára gente »con el crédito y valor que Dios me ha dado, para que »duramente padecieran lo propio de que me calumnian. »Compadézcase V. M. de nuestra reputacion, y hallará »muchos vasallos que aventuren vida y honra, compran»do los trabajos á precio de servir á su rey.....» [1].

[1] Cartas originales, en el archivo general de Simáncas, de 22 y 24 de Julio; Estado, legajos 1.930 y 1.881. Están publicadas en la *Colec. de docum. inéd.*

Pase por la excelencia del texto la amplitud de las citas; las razones son de peso y las reforzó más D. José Amador de los Rios en la contestacion de tan notable discurso, engarzando esa joya literaria; pero con posterioridad se ha dado á la estampa la vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo, y como quiera que trate de la conjuracion como quien anduvo en ella, no puede, quien se precie de imparcial, desentenderse de las declaraciones que hace. Ya el Sr. D. Pascual de Gayángos, al ilustrar el libro, puso por nota:

«Esta relacion, hecha por un testigo de vista, podrá aclarar algo la tan debatida cuestion de si el Duque de Osuna y los españoles tomaron ó no parte en la célebre conspiracion de Venecia. Nuestro amigo y compañero D. Aureliano Fernandez-Guerra, al tomar posesion de su plaza como individuo de esta Academia, leyó un discurso encaminado á probar que España ninguna parte tomó en aquel acontecimiento; y por lo tanto, no deja de llamar la atencion lo que aquí refiere nuestro autor.»

Dice, pues, el soldado de la armada napolitana:

«Tenía inteligencias el Duque, á fuerza de dinero, con algunos senadores de Venecia, malcontentos del Gobierno y ambiciosos de mayor estado, pobres ó envidiosos, que éstos son por lo comun la ruina de la república, á quien el Duque, de presente y de promesas, llenaba el vacío de sus incomodidades y pobreza, y ofrecia grandes premios [1]. Tratóse este importante negocio con

[1] Estas inleligencias influyeron sin duda el juicio de Mr. Darù, que niega formalmente, aunque sin justificar su opinion, la existencía de un complot contra la República. Afirma que de 1617 á

gran secreto para el dia de la Ascension, en esta forma. Este es dia en que sale todo el Senado de Venecia en una galeaza llamada *Bucentoro*, en la cual van los forzados á diez por remo, vestidos de damasco, debajo de cubierta, y sobre ella una plaza de armas en forma de galería, con una popa real grandísima, y sus corredores por de fuera en forma de paseo, y dentro tantos asientos que cabe en ellos casi todo el Senado; cubierta de brocado finísimo guarnecido de oro, de adonde toma el nombre de *Bucentoro* y *testouzato*, que es revocado ó cubierto de oro. En este salon salen quince millas adentro de él, y por mano del Patriarca, con extraordinarias ceremonias, desposan al mar, arrojándole dentro un riquísimo anillo de oro; á la cual fiesta, con más de 6.000 góndolas, que así se llaman las barquillas, sale todo lo florido de nobles, así damas como caballeros. Este dia la casa del Senado está patente con toda su bajilla y grandeza para el aparato de comer el Senado en público, y en la iglesia de San Marco, contigua á ésta, está patente todo el tesoro de Venecia de carbuncos y joyas y vasos de oro, y en la plaza hay una feria del mayor comercio, trabajo y riquezas de cuantas hay en Europa. Sin duda el órden que llevábamos, y traza dada y ajustada entre el Duque de Osuna y sus correspondientes, para tomar á Venecia, fué en esta forma. Aquel dia está patente á

1618 se urdieron en Venecia toda clase de intrigas, las cuales con los suplicios que fueron su resultado, sólo se referian á una conspiracion fraguada por el Duque de Osuna de acuerdo con la misma, para sustraer del dominio de España el reino de Nápoles. Es la más peregrina de las versiones que se han hecho acerca de la famosa conjuracion.

todos el Tarazanal, torre de San Márcos, plaza, iglesia y casa del Senado, porque sus guardias ganan con estas entradas más que en todo el año. Habian de ir con esta conducta 4.000 hombres, por cabos los capitanes Meneses, Serrano, Villegas, Zereceda, Torreda y Herrera, que llaman los bravos del Duque; los cuales hacian espaldas y daban órdenes de lo que se habia de hacer. Yo fuí nombrado por cabo de 400, los cuales habiamos de entrar de doce en doce, ménos ó más en el Tarazanal, á donde están todas las galeras y galeazas desarmadas, las municiones y artillería, á cuya puerta hay 12 soldados venecianos, que quitan ó hacen dejar las armas á cuantos entran y pagan alguna cosa para entrar á ver. Pero es de advertir que ninguno de nosotros iba á la española, y que llevábamos debajo del capote cuatro ó seis pistoletes, almaradas, cuchillos y otras armas que no miran, ni tienen en sospecha; porque, como se dijo, hay acá de toda Europa millares de gentes; de modo, que entrados los 400 en diversas veces, quedaban 200 repartidos por las calles circunvecinas para el socorro. En este tiempo entraban á ver y señorearse de la torre de San Marco (grande y misteriosa, porque se puede subir á caballo hasta arriba) otros 200, con otros tantos de guardia alrededor, que son en todo 1.000, y otros 1.000 repartidos en la casa del Senado y en la iglesia, para tomar aquellos dos tesoros, y 1.000 en la plaza de la feria, llamada el Brollo de San Marco, adonde las joyas y mercancías valen más de ocho millones, porque joyeleros y mercantes vienen, no sólo de toda Italia y Francia, pero de Grecia y Turquía. Otros 1.000 repartidos

por las calles; advirtiendo que en Venecia nadie trae armas, sino ciertos soldados tudescos, que entran en el palacio y van con el Senado, los cuales eran presto despachados. La armada, de 38 galeras, 20 galeones, 18 barcas albanesas, 16 de escoques y 12 bergantines, la cual, al despuntar el dia, se habia de haber puesto en unos redosos de Calamozo, puerto de Venecia, en él y en la boca del rio Po; y á la hora que el Bucentoro y Senado estuviesen en la funcion del desposorio del mar, los de la torre de San Márcos tenian órden de tocar una gruesísima campana, en cuyo punto se habia de acudir á matar aquellos 12 guardias del Tarazanal, y los 400 de dentro y 200 de fuera hacerse señores de él, y los artilleros asestar las piezas para defenderse de la ciudad y echar á fondo el Bucentoro y galeras de guardia, si escapasen de la armada que á boga arrancada habia de tomar la tierra para que no escapase, como los galeones, la vuelta del mar; y las barcas y bergantines para tomar las góndolas ó barcas, con órden de traer á Nápoles el Bucentoro con todo el Senado, el Patriarca y el estandarte de San Marco. Al mismo tiempo se apoderaban del palacio con su riqueza, tesoro de San Marco, y riqueza de la feria de la plaza, dando saco franco para que se repartiese entre la armada, con cuya codicia cada soldado valia por diez, y prometia hacer por ciento [1].

[1] Mr. Galibert ha publicado una carta dirigida al Duque de Osuna por Jacques Pierres con fecha 7 de Abril de 1818, noticiando estar dispuesto el plan, de una manera muy semejante, y que contaba con todo el regimiento holandes de Lievenstein y parte del de el Conde de Nassau. Lo que no dice es donde existe tal documento, con los demas que menciona.

Cabo de las galeras era D. Diego Pimentel, y D. Octavio de Aragon de las del Duque; el general Ribera de los galeones, y el traidor Enrique, frances, cabo de las urcas y bergantines, el cual, sin causa alguna, por interes de 200.000 ducados que pidió puestos en Constantinopla, descubrió este trato al veneciano, fingiendo venía á descubrir país; de modo que ántes de tomar nuestros puestos, por no ser aún hora de tocar y no haberse descubierto la armada, vimos venir al Bucentoro, sin llegar al puerto de la funcion, y el hermano del traidor venir á avisarnos nos pusiésemos en salvo, que éramos descubiertos. Anticipóse el traidor tanto, que la ciudad sólo estaba embelesada de ver volver al Bucentoro, y no hizo otra diligencia. Aquí fué nuestra confusion y el dar por perdidas las vidas sin remedio, y en medio de ella el ánimo y resolucion que se tomó para escapar; que cuando llegó el Senado, turbado, sin aliento y sospechoso, entrando en el cónclave ó Pregas, y resuelto el remedio, ya no habia hombre de nosotros, porque no siendo conocidos en trajes y modo, y no teniendo la ciudad puertas, por estar en medio del mar, y habiendo millares de barcas, fué fácil hacernos sacar por la otra parte del mar, y de allí cinco millas á tierra, de donde, despachados correos á boca, las galeras, ya aprestadas para venir, nos recogieron.....»

Hay todavía otro dato de importancia, publicado por el Sr. Fernandez-Guerra al ilustrar las obras de Quevedo con la vida del autor: resulta que el filósofo y poeta, confidente íntimo del Duque de Osuna, fué disfrazado á Venecia en compañía de Jacques Pierres y de

otro caballero que no se nombra; «tuvo dicha de poderse retirar sin daño de su persona, y en hábito de pobre, todo andrajoso, se escapó de dos hombres que le siguieron para matarle..... cayendo la desdicha sobre los dos compañeros, que quedaron presos, y despues por mano del verdugo fueron ajusticiados. Y siempre que entre amigos hizo memoria de este suceso, usaba de tal prudencia, que lo más que se le oia decir era motejar á los que le buscaron de descuidados.»

Don Francisco de Quevedo, lo mismo que el Marqués de Bedmar y que el Duque de Osuna, negó oficialmente la existencia de la conjuracion, é interrogado, declaró que Jacques Pierres era un bandido que se habia escapado de Nápoles con ciertos dineros recibidos para una comision, añadiendo que otra verdadera conspiracion urdian por entónces los venecianos para incendiar y destruir la armada española. Si por hidalgos y de hidalga tierra estos señores han de ser creidos bajo su palabra; si la ausencia de pruebas la confirma y hace buena ante la conciencia pública, sea en buen hora; mas debo consignar que en la mia subsiste la duda, á pesar de cuantas razones he visto escritas, incluyendo la muy respetable opinion del Sr. Fernandez-Guerra, y ántes algunas de sus frases la avivan y fortifican, respondiendo, como parecen responder, al estado de mortificacion y contrariedad en que el Duque de Osuna se hallaba frente al *supremo gobierno, notoriamente incapaz y corrompido* [1]; aquel Gobierno, de que fueron ministros los Calderon,

[1] Pág. 134.

Franqueza y Compañía ; *aquella córte en que los agentes venecianos prodigaban el oro para corromper á los enemigos personales del Virey, realzar con apariencias las calumnias, seducir á los incautos y doblar á los más experimentados consejeros* [1]. Sí, cualquiera podrá pensar sin temeridad que «Osuna y Villafranca, por los avisos que recibian de Bedmar, se penetraron muy pronto de la conducta alevosa de la república, y al punto aquel triunvirato no vaciló en declararse contra ella, *resuelto á esgrimir sus propias armas, hiriéndola de muerte por los mismos filos*.[2]»

La empresa parece descabellada ahora que á sangre fria se considera por el mal suceso; más sin cabellos era la posesion de Ginebra por sorpresa de escalamiento y la intentó, no obstante, el Duque de Saboya por aquellos tiempos; por descabellado tambien é insensato se hubiera juzgado el plan de tomar plaza fuerte cual la de Amiens, y sin embargo, lo realizó Hernan Tello de Portocarrero con un saco de nueces. Era aquélla época de semejantes hazañas, y expuesto queda como las venía repitiendo Osuna con un puñado de marinos, entrando, ya en Túnez, ya en Biserta, ya en las mismas puertas de Constantinopla, para dejar en todas partes, aunque estuvieran erizadas de cañones, huella sangrienta de su aparicion.

En Venecia no habia fortificaciones ni soldados ; la muchedumbre de los curiosos, la cautela de los merca-

[1] Pág. 130.
[2] Pág. 134.

deres, la libertad de la feria, el alejamiento de las autoridades embarcadas para la ceremonia, el pánico que con algunos disparos de petardo se habia necesariamente de producir, y hasta la presencia de tropas mercenarias, que mejor sirven al que más paga, todo favorecia un golpe de mano hábilmente dirigido. Si hubo quien lo discurrió, hombre era que calculaba bien la posibilidad y que sabía á qué atenerse respecto á las objeciones que ocasionára un hecho consumado [1].

Si la conjuracion fué comedia, bien representada estuvo, dando á la República sobre España ventajas que no alcanzára de seguro en guerra con triunfo tras triunfo. Aquí es donde ha de buscarse la razon del silencio y del proceder de la Señoría; aquí y en las inmediatas resoluciones del Gobierno de Madrid, á que con pesar y repugnancia patriótica vuelvo.

Reproducidas las quejas contra el Virey de Nápoles, aunque procurando no dejarlo en mal lugar, no siendo persona que lo sufriera, se designó al cardenal Borja para que con el nuevo embajador Soranzo tratára de la satisfaccion que procedia y de la restitucion de las con-

[1] Venecia no tenía por entónces en Europa más simpatías que cuando originó con sus manejos el tratado de Cambray, entre cuyos artículos decia uno:

«Por todas estas causas consideramos, no solamente saludable, sino útil, honroso y necesario, que cada cual acuda á una justa venganza, para apagar, como si se tratára de un incendio comun, las desordenadas ambiciones de los venecianos y su insaciable sed de dominacion.»

La empresa, escribe Galibert, no parecia al Virey superior á sus fuerzas, siendo tal su confianza en ella, que habia concebido el proyecto de invadir la Macedonia y arrojar de Europa á los turcos.

sabidas presas siempre reclamadas. Volviéronse á dar seguridades de la entrega y muy especiales de que si don Pedro Giron seguia en el Vireinato nada les daria que hacer en lo sucesivo, seguridad en lo último cumplida con el rigor de las órdenes que le ató las manos. Para la entrega de las presas encontró en el ingenio nuevos motivos de dilacion prolongada; para la humillacion no pudo oponer otro recurso que el de la franqueza y lealtad con que la representaba al Consejo repetidamente.

Cuando Venecia se vió reforzada con los galeones de Holanda é Inglaterra, hizo el primer alarde llevando ante el puerto de Brindisi, en que estaba encerrado el almirante Ribera con órden de no disparar un cañonazo, la gran escuadra de 42 galeras, seis galeazas y 38 navíos, repitiendo las ridículas bravatas, salvas y provocaciones que el año anterior hizo el almirante Belegno, al tiempo mismo que en Madrid se reiteraba la reclamacion de los bajeles no entregados. Diéronse luégo á detener cuantas embarcaciones españolas entraban á comerciar en el golfo, poniendo al remo á los tripulantes como si fueran turcos; pretendieron que su dominio en el Adriático se extendia á los puertos de Julianova, Hortonomar, Fortor, Manfredonia, Barleta, Termeni, Bari, Monopoli, Brindisi y Otranto, pertenecientes al Rey Católico; ó lo que es lo mismo, que los buques no entráran y salieran de ellos sin permiso y registro de la República; alejaron de ellos el comercio teniéndolos en bloqueo efectivo, aunque no declarado, encareciendo por consiguiente los mantenimientos en todo el reino de Nápoles, y los lamentos del pueblo, la protesta y acuerdo

del Consejo colateral, no hallaron en Madrid eco ni contestacion siquiera, como no la tenian las incesantes quejas del Virey en otra forma que en la repeticion de que no entráran bajeles de guerra en el Adriático. El Marqués de Bedmar y el cardenal Borja, embajador en Roma, no lograron tampoco que en la córte se entendiera la gravedad de las extorsiones de los venecianos, ó por decir mejor, que se reparára, áun cuando enviaron informacion de que con aquellos bajeles holandeses contratados habian ido á Constantinopla en auxilio del turco, y en tanto, proyectando la conquista de Argel y el envío de un ejército auxiliar al Emperador, para una y otra empresa se pedian los recursos al Duque de Osuna desechando sus consejos de emplearlos en saquear y destruir á las dos capitales que al reino Católico más hostilizaban: Venecia y Constantinopla [1]; y llevando la obcecacion con la indignidad al extremo de encargar al Duque mismo *pidiera paso por el Adriático* para los socorros que se habian de enviar á Alemania..... «Sería confesalles V. M. la soberanía del mar, y ellos con tal accion, quedarian con verdadero dominio y darian por muy bien empleado todo lo que han gastado á este título. No pongo en duda de que así lo entiende V. M., y que no me ordena que yo haga semejante deservicio, ni que tal pérdida de reputacion pase por mi mano, con un ejército en pié, pues sólo con treinta bajeles que vengan de España ni se pueden oponer al pasaje y se asegura todo.» Así respondia el Virey, perdiendo el tiempo y la paciencia [2].

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, pág. 65.
[2] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, pág. 109.

en el muelle la Vireina y la llevó en carroza á su palacio, guardándose proporcionadas consideraciones á los de su séquito. Agrega que, armada como estaba la galera á la oriental (que él llama galeon), sin mudanza de traje en los tripulantes y convoyando al navío apresado, nuevo y de más de 1.000 toneladas, con 60 cañones, volvió á salir á las órdenes de Simon Costa, llevando á Lisboa, donde á la sazon estaba la córte, á la referida Sultana. Que hizo mucho ruido la llegada de este obsequio del Duque, que así debe llamarse, puesto que al Rey, á la familia Real, al Ministro y á otros señores iban destinados el barco y los objetos contenidos. La córte se dignó visitar los bajeles y pasear en ellos por el Tajo; dispensó honores á la Sultana dándole libertad de regresar á su país, y aquellas jovencillas que esperaba el Gran turco fueron distribuidas por esclavas al cuidado de la Duquesa de Uceda, la Marquesa de Villafranca y otras damas.

Con tantos pormenores en escritor que ordinariamente tenía buenos informes, fácilmente se dará crédito al suceso como él lo refiere, pero ocurrió tal como primeramente lo he informado. Consta por carta del Virey [1], y en la misma forma lo consignaron Fr. Márcos de Guadalajara y Gil Gonzalez Dávila. Ademas, ni Matías de Novoa, ni Juan Bautista Labaña, que escribió relacion especial del viaje á Lisboa del rey Felipe III, dicen palabra de haber llegado al Tajo los bajeles, y no era de

[1] De 5 de Enero de 1619. *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, página 96.

omitir el arribo de los personajes turcos. Es probable que viendo Leti nombrado al que se apresó *galeon de la Sultana*, porque á esta señora pertenecia, entendiera que ella iba á bordo, y que con otras noticias de regalos del Duque formára la composicion de lugar. Ello es cierto y harto averiguado, que no solamente de esta presa, sino de cuantas hacian los bajeles de Osuna, tomaba parte cuantiosa el Duque de Uceda con otros ministros de la córte, que la recibian como de derecho, y tambien es sabido que estando el Rey en Lisboa le envió D. Pedro Giron un memorial de sus servicios seguido del resúmen de agravios con que se le recompensaban.

Á D. Octavio de Aragon tocó cerrar el año marítimo de 1618, viniendo á las costas de España, al lugar mismo de la escuadra del Duque de Lerma, para limpiarlas de corsarios. Despues de haber cruzado en los Dardanelos, rindiendo dos galeras casi á la vista de Constantinopla, llegó con las seis que gobernaba al golfo de Valencia, con noticia de que allí andaban corsarios argelinos. Una galeota, dos saetías, cuatro fragatas y tres barcos de vela cayeron sucesivamente en su poder, rescatando á un obispo y varios religiosos que los moros se llevaban camino de Argel. Habiendo despachado despues al capitan Lezcano con dos de las galeras en continuacion del crucero, miéntras se hallaba en puerto con las otras cuatro, tuvo aviso por barco genoves de haberle dado caza otros de moros, á cuyo encuentro salió. Batiéndolos, sin mirar el número, por espacio de nueve horas, echó á pique uno y rindió ocho, estando los más tripulados por moriscos de los expulsados de España, naturales y prác-

ticos de la misma costa de Valencia, á las órdenes de un tal Cuartanet ó Aly-Zayde. Como en este tiempo habia cogido el capitan Lezcano á otro corsario sobre Denia, y sumaban veinte, entre grandes y chicos, los vasos destruidos en la campaña, fueron recibidas las galeras en Valencia con gran regocijo. En la ciudad se cantó un solemne *Te Deum*, hicieron salvas los castillos, obsequiando la nobleza y el pueblo á los que les libraban de tan osados enemigos [1].

Entrado el año de 1619, se publicó la Liga por quince años entre venecianos y holandeses, causa de disgusto y cuidado en Madrid, aunque de cierto no haria en ninguno de los señores del Consejo el efecto que en el genio irascible de D. Pedro Giron. Á no tenerle de la mano entónces, volviera sin género de duda á enviar sus galeones al Adriático; mas como se le hubiera prohibido en absoluto, se redujo á dar finiquito á la cuenta de las presas, en cuya restitucion áun insistian, y en estimular más y más á los uscoques para ejercer el corso con patente y bandera suya, teniendo por director y jefe á un Ferletich, hombre temerario, astuto y gran marinero, digno de figurar entre aquellos que Osuna sabía elegir. Más de dos años burló la persecucion de toda la escuadra véneta, haciendo en el comercio una roncha sensible, hasta que por azar, no por combate, fué capturado en un bote, dando á la Señoría la satisfaccion de abatir su cabeza.

El almirante Ribera trasportó con su escuadra un

[1] Documento núm. 37. Hay relacion en verso de este suceso.

cuerpo de ejército que auxiliára al archiduque Ferdinando contra los bohemios sublevados, empleándose las galeras en los cruceros sin reposo; mas sea que en Madrid idearon un golpe de efecto, ó más bien que el príncipe Filiberto de Saboya lo propusiera, viéndose desairado en el cargo de generalísimo del mar, prescindiendo ahora de la iniciativa del Virey de Nápoles, aunque no de la cooperacion, se negoció una liga contra el Turco, dando el Papa seis galeras, otras seis el Gran Duque de Toscana, seis la religion de Malta, cuatro Génova y 38 España, comprendidas las escuadras de Sicilia y Nápoles, reuniéndose en este puerto las 60 con 12 naos.

Paréceme aquí oportuno referir uno de aquellos medios ingeniosos á que Osuna ocurria en ocasiones como la presente, en que no ménos aguzaba la inteligencia la gente poco amiga del servicio de las armas y la navegacion. Habia el Duque construido, con el valor de las presas hechas al enemigo, un magnífico edificio destinado á los pobres. Ya que estuvo terminado corrió la voz de estar dedicado el asilo á los cojos, con pension de veinte doblas al año, visto el número grande que de ellos habia en el reino, y así se pregonó por la ciudad, anunciando que los que asistieran el dia de la inauguracion á la plaza exterior serian inscritos y tendrian ciertas ventajas. Fué prodigioso el número de estropeados que acudió á la cita; aunque el edificio se ampliára cuatro veces no hubiera podido contenerlos, de modo que el Virey (que asistia al acto) se vió perplejo, no queriendo desconocer el derecho que á todos asistia á una plaza ni dar preferencia á unos sobre otros. Por medio indirecto

mandó poner en la puerta una viga de un palmo de altura y propuso la prueba del salto á los que quisieran aceptarla. Saltaron más de doscientos, que, como es de suponer, sólo tenian de cojos las muletas, y como los demas quedaron apesadumbrados, pensando que el Duque se dejaba engañar y daba el asilo á los que ménos lo necesitaban, los tranquilizó diciendo: «Amigos, conócese que teneis las piernas malas, pero como observo que teneis buenos los brazos, no quedaréis sin albergue, que tengo para todos»; y en efecto, mandó á las galeras á unos y otros á servir una campaña, pero sin cadena y con paga. El asilo fué destinado á los inválidos del mar, de modo que realmente les acordó derecho para llegarlo á ocupar.

Volviendo á la armada de la Liga, como los venecianos se inquietaron con la reunion de tales fuerzas, les envió el príncipe Filiberto á su secretario, asegurándoles que nada tenian que temer miéntras se hallasen á sus órdenes, condescendencia que no agradó á nuestro don Pedro Giron, y que en realidad á nada conducia, teniendo por máxima el Senado creer á todos y no fiarse de ninguno. El Consejo de los generales acordó acometer á Susa en el archipiélago, pensando hallar la plaza desprevenida. El viento favoreció la navegacion; el desembarco se verificó felizmente, y no obstante, rechazados los asaltos, ordenó la retirada el Príncipe, pasando por Cérigo á vista de la escuadra turca sin atacarla, á pretexto de estar infestada de la peste y no exponerse al contagio, con lo que volvió á Nápoles, donde la crítica comparó sus desgraciadas empresas con las de Osuna,

que jamas reunió tantos bajeles [1], y no ménos lo recordaron en España, sintiendo los efectos de la venganza de los infieles en el saqueo é incendio de Oropesa, cuando no osaban acercarse á las costas del vireinato. Todo lo que resultó de la campaña fué la presa de una galera, y esa la rindió D. Octavio de Aragon, que á tales cosas estaba cursado.

No dejaban de llegar correos á Nápoles estimulando el envío de hombres, municiones y dinero al rey Ferdinando, ya emperador, pareciendo á éste siempre poco lo que recibia y no mucho á D. Felipe lo que se mandaba, porque recetar no es cosa difícil. De aquí empezó á recrudecerse contra el Virey la tormenta cortesana de envidias, empujada secretamente de los venecianos, que no cejaban en el empeño de desconceptuarlo y de librarse del que constituia el mayor obstáculo á su política. Entre los rumores calumniosos empezaron á sembrar el de proponerse el Duque coronarse rey de Nápoles, interpretando las acciones más sencillas, y por consiguiente, el uso de su bandera y armas en los bajeles [2]. (Precisamente acababa de despachar seis corsarios suyos al Adriático.) Miéntras germinaba esta semilla, lo que por de pronto se censuraba era que de reino tan rico se extrajera tan poco para España, siendo tales las variaciones del tema, que hubo de escribir un memorial justificativo.

1 Los partes del Marqués de Santa Cruz y del príncipe Filiberto sobre esta expedicion desgraciada se hallan en la *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII. Véase documento núm. 34.

2 Díjose que habia hecho escribir en sus banderas el lema *¿Quo non ascendam?*

Decia que al tiempo de encargarse del vireinato de Nápoles se hallaba Italia en turbacion; el archiduque Ferdinando apurado en la guerra que por tierra y mar le hacia Venecia; el Milanesado en gran necesidad de auxilio contra Saboya; el Erario exhausto por haber vendido el Conde de Lémos, su antecesor, 2.337.000 escudos del patrimonio real; la Armada compuesta de siete galeras mal acondicionadas; desprovistos de municiones y sin guarnicion los castillos y presidios, con la vergüenza de ver caerse solas las murallas; la administracion de justicia en deplorable estado, segun constaba todo de la informacion de entrega hecha por el Consejo colateral. Acudiendo, ante todo, por el prestigio de la corona Real, á dar auxilio al Archiduque y Rey de Bohemia, y no pudiendo hacerlo sin distraer á los venecianos en el Adriático, ó lo que es lo mismo, sin fuerzas marítimas superiores á las de una república que siglo tras siglo venía apoyándose en ellas, sin economía de trabajo ni dinero dedicó su actividad á la construccion y organizacion de una escuadra que se hiciera temer de aquélla y de la de Turquía, que señoreaba el Mediterráneo. Lo que obró á su tiempo no necesitaba decir, siendo tan notorio y explicándolo por sí la humillacion de Saboya, la fuga de las naves venecianas siempre que tropezaron con las españolas y las procesiones y rogativas del orgulloso Senado que se creia único poseedor de las llaves del golfo. Que á Milan envió tres tercios de infantes italianos y un cuerpo de 1.500 caballos, que dieron reputacion á las armas; á Alemania 6.000 hombres en una vez y más luégo, y bajo los castillos de Constantinopla fueron las

galeras á castigar al Turco, ántes desdeñoso de la marina española, no habiendo memoria de la seguridad con que á resultas se navegaba el mar. Para alcanzar estos resultados habia tenido que sostener en pié de guerra 20 galeones, 20 galeras y 30 buques menores, cada uno de ellos de lo mejor que nunca se hubiera armado en parte alguna, y aparte de las tripulaciones y guarniciones, habia tenido en tierra un ejército de 16.000 hombres, de ellos 1.500 españoles, consumiendo sobre la paga 50.000 quintales de bizcocho por año, sin hacer cuenta de municiones. Con todo ello, no tan sólo no se habia distraido un real de las rentas ordinarias de la Corona, sino que habia conseguido aumentarlas en 300.000 ducados anuales de donativo, 25.000 de ingresos de aduanas y 800.000 de arbitrios de nuevo establecimiento, no obstante lo cual estaba el pueblo satisfecho, aficionadísimo y respetuoso á S. M. por la suavidad de las gabelas y la recta administracion de la justicia, gozando el reino de quietud como nunca. Terminaba rogando se sirviera S. M. hacer investigar los ingresos y los gastos, y exámen comparativo con los tiempos de atras que estimára conveniente. El resúmen del memorial merece copia:

«Lo que ha resultado de la faccion del Duque de Osuna, escribia, en gloria de V. M. y reputacion de sus armas y vasallos, son todas estas cosas, dignas de grande estimacion.

» La primera haber desencantado las quimeras de Venecia y los miedos y fantasmas que con ella ponia Italia.

» Haber averiguado su caudal y medido sus fuerzas y desarrebozado la hipocresía del Tesoro.

» Haber hecho un acto tan solemne contra la posesion que alegan del golfo, en perjuicio de las marinas y puertos de V. M. y otros príncipes.

» Haber hecho ver al mundo que las desórdenes de un vasallo de V. M., Virey en Nápoles, han hecho, con efecto, lo que desde los ginoveses acá no ha habido monarca que lo haya osado pensar á solas.

» Haber el Duque de Osuna hecho por fuerza confesar á los venecianos que contra él no pueden nada, y venido á pedir á V. M. carta primera y segunda para que sacase del golfo los galeones, cosa muy para ponderada; necesitar esto los venecianos, que siempre, dando á entender soberano poderío, con desprecio, han sido árbitros del mundo.

» Haberlos reducido á estado que, pidiendo, como lo han hecho, favor y ayuda al Turco, hayan ignominiosamente confesádole á él y á todo el mundo su flaqueza; cosa que les puede ser de gran daño, y que nunca se esperó, no haciéndoles la guerra otro que el Virey de Nápoles, no asistido de nadie.

» Haber mostrado á los príncipes que desde los motivos de Enrique IV están atentos á la ruina de esta monarquía, no sólo que no está impotente, como la juzgan, sino más poderosísima, pues sólo el Virey de Nápoles ha enviado en un poco tiempo, sin pedir dinero ni otra cosa á V. M., ni á otro reino, ni ministro suyo, 1.000 caballos y 600 corazas pagadas, y 3.000 hombres pagados á Milan (no habla aquí de los de Alemania y Flán-

des), y hecho la guerra á venecianos tan prósperamente.

» Haber hecho 1.000.000 y más de presas, que son más de 10 de crédito, y dado á V. M. que pueda volver, si gusta de las paces, y que pueda servir de castigo, si no le supieren obligar para que las haga.

» El premio que el Duque de Osuna pretendia de todas estas cosas no fué nunca otro que licencia para continuarlas con mayores acrecentamientos. »

Cómo hacía el Duque de Osuna los milagros económicos no falta quien explique, pero no es aquí del caso; basta apuntar que los datos de la exposicion son exactos y que áun pudiera añadir haber gastado en construccion y campañas de sus bajeles 15.000.000 de escudos, que no figuraban en las cuentas.

Es de suponer que más efecto que la justificacion hizo en Madrid el casamiento de D. Juan Tellez Giron con la hija del Duque de Uceda, ministro favorito de D. Felipe. Los novios llegaron á Nápoles en las galeras del Duque, gobernadas por D. Octavio de Aragon, saliendo á recibirlos á la isla de Ischia, con acompañamiento de la nobleza, en la escuadra de galeones, estrenándose en la fiesta el que denominaba el pueblo *Real del Duque de Osuna*, estimando que no tuviera parecido sobre el agua. Dos años se habian empleado en la fábrica, tanta era la grandeza, la belleza de la forma, la profusion y delicado trabajo de las esculturas doradas y plateadas, la suntuosidad de los muebles, cortinajes y pinturas en el interior. Las banderas eran de terciopelo bordadas de oro, llevando una en que iban enlazadas las armas de Giron con las de Sandoval, por los recien ca-

sados, y los marineros vestian de seda á la española, cada mitad con las libreas de uno y otro linaje. Dijeron aquellos señores que *era el Escorial del mar*, y es de notar entre los festejos que se representó una opereta titulada *I Trionfi del mare*, celebrando las más notables acciones conseguidas contra venecianos y turcos.

Acrecentólas D. Octavio de Aragon saliendo á 13 de Noviembre del mismo año 1619, con seis galeras de la escuadra, camino de Corfú. Despues de apresar un corsario avistó cierta galera turca de tan buenos piés, que en caza de más de dos horas se dejó por la popa á todas ménos á la capitana, que era muy ligera; ya de noche, llegó á tiro D. Octavio, combatiéndola solo con porfía, por tener 140 mosquetes y gente brava; mas á los tres cuartos de hora llegaron los atrasados, y al abordaje sucumbió la enemiga, que era la capitana de Santa Maura, mandada por el bey. Tomáronse vivos 60 turcos, rescatando 180 cristianos, no sin pérdida de siete muertos y ocho heridos de nuestro lado [1].

Empezado el año de 1620, presentó el embajador de Venecia en Madrid nueva declaracion contra el Duque, quejándose de andar en corso con bandera suya por el Adriático los uscoques, en desobediencia de las órdenes del Rey, y éste le ordenó que pusiera inmediato remedio, proponiéndose por lo visto adoptarlo por sí de una vez, pues á 28 de Marzo expedia la órden siguiente:

«El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, primo, mi vi-

[1] El parte de D. Octavio de Aragon se halla en la *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, pág. 316.

sorey, lugarteniente y capitan general del reino de Nápoles. Diversas veces os he escrito los muchos inconvenientes que resultan de tener bajeles propios, así redondos como de remo, los mis vireyes de ese reino y el de Sicilia, y tambien teneis entendido las órdenes tan apretadas que sobre ello están dadas, y aunque de vuestro celo de mi servicio me prometo que por vuestra parte atenderéis al cumplimiento de lo que os toca con particular cuidado, como cosa tan necesaria, pues la experiencia ha mostrado, y va mostrando cada dia más, cuán dañoso ha sido esto, todavía he querido ordenaros precisamente (como lo hago), que en ninguna manera se haga cosa en contrario dello, porque mi voluntad y lo que conviene es que se observen y guarden puntualmente esta y las demas órdenes dichas, y avisaréisme de su recibo y de cómo quedais advertido dello para ejecutarla, que yo seré muy servido de que así lo hagais.» [1]

Al mismo tiempo le prevenia (sencillo modo de llamarse á la herencia) que enviára á Cádiz tres navíos de guerra de 350 á 500 toneladas, artillados y tripulados de buena gente de mar, y aunque al llegar la órden se hallaba cruzando el almirante Ribera con seis de los mejores, al punto despachó los tres pedidos, lujosamente pertrechados: el *Águila Imperial*, de 30 cañones; el *Sanson*, de 28, y el *Mauricio*, de 24, y llegaron á Gibraltar el 30 de Mayo, al mando de D. Martin de Aragon, uno de los buenos capitanes formados por el Duque. Los demas bajeles de su escuadra eran los que si-

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, pág. 364.

guen, con expresion de la capacidad en salmas, artillería y tripulacion marinera:

NOMBRES.	Salmas.	Artillería.	Marineros.
Capitana nueva	6.000	50	200
Almiranta	4.500	40	150
San Pedro	4.500	49	102
Santa María Bison	4.200	30	103
San Juan Bautista	1.500	32	70
Nuestra Señora de Trápana (presa de Argel)	1.500	37	76
Santa María Buenaventura	1.000	27	62
Santiago, patache	800	18	49
Diamante	1.200	23	66
Nuestra Señora del Cármen	1.400	24	65
San Ambrosio	2.800	34	77
San Miguel	2.600	38	78
Perla	3.500	36	94
Tigre	1.200	27	60
Nuestra Señora de la Misericordia	3.600	32	100

Otra órden de 28 de Enero le intimó la cesion á la Corona de seis galeones, que habian de quedar armados, y el desbarate, ó sea venta á particulares, de los otros, quedando por lo tanto decidida la desaparicion de la marina de Osuna, que tantos beneficios reportó á la nacion y al Cuerpo destinado á militar sobre el agua.

Entre las modificaciones introducidas por el Duque, que vinieron á destruir prácticas antiguas y perjudiciales al servicio, fué la principal la de modificar el mando nombrando un solo capitan por bajel, en vez de los dos, de mar y de guerra, que tenian los buques del Rey. Otra, la de aumentar los calibres de la artillería, montando piezas hasta de cincuenta libras de peso de bala.

Aprovechó los descubrimientos de Galileo, tratando con él acerca del problema de la longitud en la mar, y fué el primero en adoptar los anteojos de larga vista que aquél habia inventado. Inspeccionaba por sí mismo los navíos, las atarazanas y los almacenes, cuidando sobre todo de la calidad de los víveres. Honraba á los marineros premiando sus servicios y recomendándolos al Rey contínuamente.

«Suplico á V. M., decia en cierta ocasion, se sirva considerar que estos son mis cargos, pues soldados ni marineros no nacen, sino que el tiempo los hace, y si no se conservan, no se pueden hallar cuando son menester; y que esta escuela que aquí he tenido ha sido con este fin, de que S. M. los halle cuando los pida.» Hasta de los criminales y esclavos, convertidos en máquinas de impulsion de las galeras cuidaba, procurando su salud y comodidad relativa. Cuéntase con relacion á ellos esta anécdota:

Era costumbre en Nápoles que el Virey visitase las galeras el dia de Reyes (6 de Enero) de cada año, haciendo gracia á los que la merecian. En una de estas solemnidades fué preguntando á los forzados la causa de su reclusion uno por uno, y en cansada repeticion manifestaban todos que injustamente se hallaban al remo, quien por falso testimonio, quien por malquerencia, quien por sevicia. Llegó la vez á uno que con desparpajo confesó merecer aquella pena y áun otras mayores por los delitos que habia cometido, y sin pasar adelante, volviéndose al General, dijo: «Echen al punto de la galera á este criminal, no vaya á pervertirme á tantos

inocentes», y dándole de su bolsillo 20 ducados para vestirse, le acordó la libertad.

No de otro modo se explica que, manteniéndose en crucero los bajeles y galeras, lo mismo en verano que en invierno (innovacion que tambien introdujo), batiéndose por lo general con fuerzas muy superiores, no tuviera Osuna que registrar una sola derrota ni un naufragio, si no es por la confianza que en el armamento tenian sus capitanes y soldados, y por el estímulo de la honra más que por el temor del castigo.

La última expedicion de la marina particular del Duque; lo que hacía el almirante Ribera cuando llegó á la Real cédula mencionada, fué de esta manera. Salió con diez galeones en conserva de seis galeras que regía don Agustin de Silva. Fueron la vuelta de Candía, desembarcando en varios lugares donde no eran esperados, por dejar amarga memoria de los efectos de la guerra; hicieron ademas presa de 12 bajeles, despues de los cuales determinaron separarse, por seguir Ribera la ruta de Alejandría y guardar Silva el paso de Sicilia. Este tuvo la mala fortuna de encontrar al almirante veneciano Naní con ocho galeones, viéndose obligado á pelear con tan desiguales fuerzas, si bien no deslustró la fama de la marina del Virey. El combate fué largo y obstinado, y como cargáran principalmente los enemigos sobre la Capitana, embarcándose en el esquife, en medio de un fuego horroroso, pasó á otra galera y logró salvar cinco de las seis que gobernaba. Naní se dió por muy satisfecho con esta primera presa alcanzada de los españoles, dando la vuelta á Venecia, donde se celebró por aconte-

cimiento. Pero el Duque de Osuna no era ya Virey, de modo que ni esta única contrariedad eclipsó de momento su buena estrella en la mar.

Aceleró el relevo un hecho singular: nombrado en sustitucion interina el cardenal Borja, que servía la embajada de Roma, pasó á Gaeta en Abril al recibir carta del Duque rogándole demorase su marcha hasta el mes de Octubre, por necesitar de intervalo para arreglar sus asuntos. Ó tenía impaciencia del cargo ó temor de no recibirlo; la verdad no está esclarecida entre las versiones que corrieron; mas ello es que, procediendo más bien como conspirador que como ministro, se entró secretamente en el Castillo Nuevo (*Castel Nuovo*), desde donde reclamó el mando, entregándosele, sin dificultad ni oposicion alguna, el 10 de Febrero, por evitar escándalos.

DESENGAÑOS.

Cumplidas las fórmulas de la entrega de mando, y dejando á cargo de la Duquesa el arreglo de asuntos particulares, pidió D. Pedro Giron al nuevo Virey que las galeras hasta entónces de su propiedad, y que por decision suya pasaban á formar parte de la armada Real, le trasportáran á España, en lo que no hubo obstáculo, previniéndose seis, que áun llevaban la bandera negra de sus armas, al mando de D. Octavio de Aragon.

Se verificó el embarque el dia 19 de Febrero, saludando la artillería de los castillos y las naves, y acudiendo á los muelles el pueblo en masa, que una vez todavía queria darle testimonio de la estimacion de que gozaba. Desembarcando sin accidente en Marsella, se detuvo en la ciudad, muy obsequiado con festines y saraos [1], por contraste de los cuales, de la consideracion, de la reverencia de gente extraña, sufrió la herida primera de las que la ingratitud de la propia le preparaba. El general

[1] Así lo escriben Parrino y Duque de Estrada. Leti dice que desde allí hizo el viaje por la vía de París, dilatándolo cuanto pudo y enviando por delante á quien le preparára la recepcion, en todo lo cual no estuvo bien informado.

de las galeras, hechura suya, tan honrado y protegido; D. Octavio de Aragon, faltando á las órdenes que habia recibido y á los rudimentos de la cortesía, sin prévio aviso arrió la bandera del Duque, y arbolando la Real marchó con las galeras dejando mucha gente en tierra; en Cadaqués desembarcó el equipaje y regresó á Nápoles, razonando la determinacion con falta de víveres.

Llegado el Duque de Osuna á Madrid, desvaneciendo enérgicamente ante el Consejo los cargos que insinuaban sus enemigos, reclamó de los agravios recibidos del cardenal Borja y de D. Octavio de Aragon, y dispuesto en su favor el ánimo del Rey, fué depuesto el primero del vireinato y encerrado en un castillo D. Octavio. El Consejo tomó en consideracion las razones que elocuentemente expuso, inclinándose á conceder la reparacion que solicitaba, que no era otra que volver á Nápoles, de cuyo mando se le habia despojado sin causa, y la hubiera alcanzado seguramente, á pesar de la oposicion que hicieron los agentes de la nobleza de aquel reino y los de la república veneciana. Esta mandó que la galera apresada por el almirante Naní fuera devuelta con toda la gente al cardenal Borja, significando haber cesado toda hostilidad con la marcha de Osuna y dando á entender cuán perjudicial á las buenas relaciones fuera el regreso [1], y la suerte favoreció tales deseos con la muer-

1 La reposicion en el vireinato estuvo sin embargo decidida, y por el buen parecer sólo se demoró el decreto; así el satírico Conde de Villamediana escribió :

Venga don Pablo con su cabellera ;
Tornarémos á Nápoles á Osuna
Que él hará la razon adonde quiera.

te de Felipe III; su hijo inauguraba el reinado persiguiendo á los servidores del progenitor; no era maravilla que entre ellos padeciera Osuna.

Preso en Miércoles Santo y conducido á la posesion de la Alameda, cerca de Madrid, que entónces pertenecia al Conde de Barajas, sufrió con centinelas de vista el mayor rigor; se le sometió á una fórmula de proceso, cuyos cargos, que pasaban de quinientos, por inconcebible que parezca, fueron formulados á inspiracion del embajador de Venecia [1].

En vano la Duquesa se echó á los piés del Rey presentando memorial que reseñaba los servicios de su ma-

En comprobacion escribia el embajador de Venecia al Senado: «El Duque de Osuna, que salió de Nápoles como hombre á quien todos creian perdido, parece haber hechizado á Madrid, en donde es ahora más grande que nunca.»

1 «Con escándalo de toda España y vilipendio de la nobleza de Nápoles, dice Amador de los Rios en el citado discurso, formó el embajador de Venecia el capítulo de culpas contra el Duque, quitado ya el disfraz de las anteriores maquinaciones. Tejido despreciable de niñerías y de absurdos, indignos de la gravedad de la toga, bastaron aquellos cargos á encerrarle en estrecha prision, y buscando por la vía del tormento el crímen que no podria aquel magnate confesar sin propia calumnia, le alcanzó oscura muerte en medio del martirio.»

Novoa escribe: «Hiciéronle cargos que áun para un Corregidor no eran de sustancia, cuanto y más para un gran señor á quien rodeaban los privilegios y ornamentos de virey de Nápoles..... que tuvo la reputacion y autoridad de aquellos reinos, aquellos mares en asombro y miedo de los enemigos.»

El Conde de Villamediana:

El Duque de Osuna,
Nápoles llora su buena fortuna;
Mas ya que está preso,
Muy bien se alegra de su mal suceso.

rido [1] para el que tan alto puso el nombre de España no hubo justicia ni misericordia. Hervíale la sangre al oirse interrogar por la consabida conjuracion de Venecia, por la fábrica de naos, por haber tomado para ellas la artillería de las fortalezas del Rey..... «Yo no tengo puertos ni dársenas, contestó á los jueces en lo relativo á la marina; las galeras y los galeones empleados en la seguridad del mar, al servicio de S. M. han quedado.»

La agitacion del espíritu, el veneno de la envidia y de la ingratitud minaron brevemente aquel cuerpo fuerte, que vino á morir en la prision el 24 de Setiembre de 1624 sin que recayera sentencia ni hubiera entre sus más encarnizados enemigos quien creyera que la merecia condenatoria [2]. Hubo, sin embargo, entre tantos desleales, un hombre noble que no le desamparó, ejercitando la pluma y la palabra en su defensa con el arte que le dió nombre de *martillo de los malvados*. Don Francisco de

[1] Lo publicaron, Céspedes en la *Historia de Felipe IV*, Nuñez de Castro en el *Espejo cristalino de armar*, Leti en su *Vita*, y se distribuyó tambien impreso en pliego suelto. Véase documento número 46.

[2] Escribiéronle este epitafio :

HIC IACET
PETRUS OSSUNÆ DUX, VTRIUSQUE SICILICÆ PROREX
NOSTRI SŒCULI MARS
QUEM, SOLA MORS NON TIMUIT,
DIXI
E SEPULCHRO, IN QUO VIVUM OEMULATIO CLAUSERAT
AD HOC CATHOLICA
TRANSLATUM MONUMENTUM
EN FIDEI, & HISPANIÆ INIMICORUM
SECURITAS.

Quevedo, amigo del Duque, que fué á acompañarle en Sicilia y en Nápoles, sirviendo de descanso en sus ocupaciones y de desahogo en sus ocios [1]; que tratándole con intimidad penetró en el fondo de su alma, entendió en los asuntos más graves y vino várias veces á la córte á tratarlos con comision suya, clamando contra los perseguidores sufrió encarcelamientos y disgustos que le abreviaron la vida. Tres años y medio estuvo preso, y todavía hizo á la caida el soneto que encabeza este libro, tres con inscripciones sepulcrales, otro á su retrato y un libro de dichos y hechos, perdido por desgracia, que se titulaba : *Vida del sumo capitan, triunfante general, siempre admirado y glorioso virey, D. Pedro Giron, duque de Osuna, miedo del mundo, aclamacion de las naciones, gloria de España, blason de Flándes, freno de Italia, virey de Sicilia y Nápoles, desengaño de Venecia, restauracion del Imperio, recuerdo á Roma, amenaza á Francia, castigo á Saboya, ruina á los turcos, hoy cadáver de la venganza y de la envidia, que áun en ceniza le temen y en el sepulcro le tiemblan. El más valiente soldado, el más leal vasallo, el más acertado gobernador, humano, generoso, pío, valiente* [2].

Con la escuadra formada por Osuna, con los capitanes de su escuela, todavía algun tiempo flotó respetada la bandera española; mas no teniendo reemplazo ni guía hombres ni bajeles, muy pronto, por negociacion de los mismos venecianos, salieron las galeras turcas de los

[1] Don Eustaquio F. de Navarrete.
[2] El mismo.

riscos en que estuvieron escondidas, asolaron las costas de Pulla, entraron á saco en Manfredonia, perdiéndose la plaza, y pusieron en todas partes el espanto, como otras veces.

Entónces sonó la hora de la justificacion, exclamando aquel monarca que lo persiguió, sin saber lo que decia: «¡Si viviera D. Pedro Tellez Giron, gobernando á Nápoles, él les refrenára los bríos![1]»

Los defectos de esa gran figura, cuente el que se ocupe de su vida, y brille aquí adornada de la corona naval que ninguna otra le disputa en nuestra historia. La de don Alvaro de Bazan, en la ejecucion; la de D. Diego Brochero, en la organizacion; las de Patiño y Ensenada, en el pensamiento, no la exceden; ántes llegó el Duque á reunir las condiciones de estos ilustres próceres, sin que ellos ni otro alguno, ántes ó despues, alcanzára á discernir mejor qué cosa es marina militar, cómo se forma, para qué sirve, qué aprovecha.

España ha tenido y tiene no pocos buques con nombres vulgares; entre todos no se encuentra el de *Osuna* ó *Giron*, aunque uno de los sonetos citados de Quevedo dice:

Diez galeras tomó, treinta bajeles,
Ochenta bergantines, dos mahonas;
Aprisionóle al turco dos coronas,
Y los cosarios suyos más crueles.
Sacó del remo más de dos mil fieles,
Y turcos puso al remo mil personas;
Y tú, bella Parténope, aprisionas
La frente que agotaba los laureles.

1 Novoa, *Hist. de Felipe III.*

Sus llamas vió en su puerto la Goleta;
Chicheri y la Calivia saqueados,
Lloraron su baston y su jineta.
Pálido vió el Danubio sus soldados,
Y á la Mosa y al Rhin dió su trompeta
Ley, y murió temido de los hados.

Recojamos, por término, en el tributo de admiracion, noticia de los satélites que giraron en derredor de astro tan refulgente.

LOS ACOMPAÑANTES DE OSUNA.

FEDERICO SPÍNOLA.

Este caballero genoves, de la antigua y noble familia de Spínolas ó Espínolas, hermano del marqués Ambrosio, sirvió con distincion en las galeras que á sueldo del Rey de España estaban armadas en el Mediterráneo [1]. Visto el daño que los rebeldes de Holanda hacian por la mar, se determinó que fueran allá seis de estas embarcaciones, con un tercio de infantería española, cuyo maestre de campo era D. Juan de Meneses. Nombrado general de la escuadra Federico Spínola, salió de Lisboa el 9 de Agosto de 1602; tocó en la Coruña para dejar un bajel inglés, apresado en el camino, y siguiendo al Canal de la Mancha encontró la armada enemiga, muy superior en fuerza; trató de forzar el paso y le echaron á fondo las galeras *San Felipe* y *Lucero*, ahogándose la mayor parte de la gente con el veedor Diego Ruiz de Recondo, vizcaíno: las otras cuatro, aunque con pérdida y raras vicisitudes, cogieron los puertos de Flándes. Allí rehizo y reforzó la escuadra con otras cuatro galeras: la *Capitana*, en que iba por segundo Aurelio Spí-

1 *Colec. de docum. inéd.*, tomo XXVIII., pág. 394, y tomo LX, página 202.—*Colec. Sans de Barutell*, art. V., núm. 66.

pínola, su deudo; la *Patrona*, capitan D. Cristóbal de Valenzuela, andaluz; la *Española*, capitan Pedro Ordoñez, natural de Tordesillas; la *Fama*, Juan Martinez de Gendola, de Bilbao; la *Ventura*, Bartolomé de Ripoll, de Valencia; *San Juan*, Hernando de Vargas, de Marbella; *Santa Margarita*, Losa de la Rocha, de Badajoz; la *Doncella*, Cristóbal de Monguía, de Valladolid; embarcó 1.130 hombres de infantería, y á 5 de Mayo de 1603 salió de la Esclusa en busca de la armada enemiga, que estaba á la boca del puerto, cañoneándose gallardamente por espacio de dos horas, con pérdida de gente de uno y otro lado. Por decidir la accion abordó Federico Spínola á la capitana enemiga, y teniéndola casi rendida y muerto el almirante holandes, le tomaron en medio otros dos navíos, cañoneándole por una y otra banda; una bala le llevó la mano derecha, y con la propia mano, la guarnicion y trozos de la espada le deshizo completamente el rostro; otro proyectil le dió en el estómago. Vivió sin embargo cerca de una hora. La galera logró desasirse, reuniéndose con las compañeras, y á poco se apartaron con muerte de 414 y muchos heridos, buena prueba del calor del combate. Los holandeses perdieron 720 hombres y un bajel á fondo.

Unos y otros se atribuyeron la victoria, pero como los últimos estorbaron la operacion que intentaba el marqués Ambrosio Spínola, es evidente que fué suya la ventaja. Por ella grabaron tres medallas [1]: la una muestra

[1] Pueden verse en Van Loon, *Histoire metallique des Provinces des Pays-Bas*, y en Olivieri, *Monete e medaglie degli Spinola*.

en el anverso la armada holandesa con la leyenda CEDVNT. TRIREMES. NAVIBUS. 1603. En el reverso la escuadra de Spínola y la inscripcion VICTÆ. PEREMPTO. SPÍNOLA. 26 MAY.

La segunda recuerda las consecuencias de la batalla: el anverso es el mismo reverso de la anterior, y el reverso de ésta la leyenda CAPTA. SLUSA. CVM. PORTU. ET. TRIREMIBVS. 19 AVG.

La tercera el mismo anverso, y en el reverso la ciudad, las galeras ancladas en el puerto, bajo el nombre hebreo de *Jehovah*, y la inscripcion TRAXIT. DUXIT. DEDIT. 1604.

Á ellas respondió Ambrosio Spínola con la de la toma de Ostende, que se decia inexpugnable, grabada en Ambéres el mismo año de 1604.

Este fué el primero y único combate naval en que se halló el Duque de Osuna, admirando á todos su arrojo. Hay relacion manuscrita de la época, que he tenido á la vista. Quevedo dedicó al marino genoves este soneto.

Blandamente descansan, caminante,
Debajo de estos mármoles helados,
Los huesos, en ceniza desatados,
Del Marte genoves siempre triunfante.
No los pises, no pases adelante,
Que es profanar despojos respetados,
Cuando no de la muerte, de los hados,
Que obligan á la fama que los cante.
El rayo artificioso de la guerra,
Émula de virtud la diestra airada,
En esta piedra á Federico encierra;
Que la muerte en el plomo disfrazada,
No se la pudo dar, en mar ni tierra,
Sin favor de su mano y de su espada.

EMANUEL FILIBERTO DE SABOYA.

Hijo de Cárlos Manuel, el Jorobado, duque de Saboya, y de la infanta doña Catalina ; nacido en Turin, vino á Madrid el año de 1603, con otros dos hermanos, como prenda de la fidelidad del padre, cuya conducta ambigua, guiada por la ambicion de acrecentar su Estado, refrenó el Conde de Fuentes en el tiempo que fué gobernador del Estado de Milan [1]. Recibido en la córte de España como primo hermano que era del rey D. Felipe, con tratamiento de príncipe y todas aquellas honras y consideraciones correspondientes, fué investido con la dignidad del Gran Priorato de San Juan, que llevaba anejo el disfrute de rentas considerables.

En 1605 sufrieron los tres hermanos grave erupcion variolosa, de que murió el primogénito; motivo fué para que los otros dos regresáran á Turin en Julio de 1606, ofreciendo Filiberto volver á Madrid en el mismo año, mas no cumplió la palabra ; el Duque proseguia las maquinaciones de su enredada política, trataba reservadamente con los embajadores de Enrique IV de ciertos enlaces, que tambien desbarató Fuentes, y como la muerte del Monarca frances lo dejára en situacion comprometida, y de Madrid se le insinuára que de no volver en breve plazo el príncipe Filiberto sería desposeido

1 Véase *Bosquejo encomiástico del Conde de Fuentes.*

de las rentas del priorato, compareció en Madrid en Diciembre de 1610, presentando excusas y suscribiendo condiciones, por las cuales volvia su padre á la gracia Real.

Por resultado de la reconciliacion y prueba de alto aprecio, se concedió al Príncipe el importante cargo de Capitan general de la mar, expidiéndole título igual al que tuvo D. Juan de Austria en 1612, y más adelante, instrucciones latas [1]. Tomó posesion en el Puerto de Santa María el 4 de Diciembre del mismo año, y sin otra expedicion notable que á Barcelona en Junio de 1613 con para recibir la galera Real que allí se habia construido destino á su persona, se entretuvo en el apostadero del dicho puerto, mejorando la organizacion de las galeras y consiguiendo por su influencia y consideracion alguna ventaja de pagas y socorros á las tripulaciones. Protegió eficazmente la fábrica del nuevo hospital, que se inauguró el mismo año de 1613; la subsistencia de la antigua cofradía de la Caridad y Piedad, que cuidaba de asistir á los enfermos de las galeras y de enterrar los cadáveres, y alcanzó singular beneficio á los forzados, en Bula de 10 de Setiembre de 1614, por la que se permitió la administracion del Sacramento de la Eucaristía en artículo de muerte á los que enfermasen en las cadenas, llevándole á las galeras desde la parroquia más próxima, con solemnidad y ceremonial que arregló el Príncipe por sí [2].

[1] Ambos documentos mss. se hallan en la *Colec. Navarrete*, tomo III, números 57 y 58.

[2] *Disquisiciones náuticas*, tomo III.

Ansioso de gloria militar, que estimulaban las victorias adquiridas en Levante por los generales del Duque de Osuna, instó al Rey á la preparacion de una empresa séria que le ofreciera medios de seguir las huellas del héroe de Lepanto, y entónces se reunieron en Mesina las escuadras de galeras de España, Nápoles, Sicilia y Génova, con el contingente del Papa, Malta y Florencia, formando un total de 55, que era número suficiente al lucimiento, en el estado de postracion en que el turco se encontraba; pero habiendo llegado á Navarino y visto al enemigo dentro, sin disparar un cañonazo regresó á Mesina, donde por cuestiones de jurisdiccion, honores y saludos, tuvo graves contestaciones con Osuna.

Volvió al Puerto de Santa María en expectacion desagradable, por la dificilísima postura en que le colocaba la guerra hecha á su padre el Duque de Saboya, á la que las galeras de su escuadra fueron, mandadas por el Marqués de Santa Cruz, prolongándose tal estado hasta que en 1617 se publicó en Milan la paz.

Dos años más tarde volvió á tratar en la córte de hacer jornada á Levante, doliéndole el papel desairado de su generalato del mar, cuando no se hablaba de otra cosa que de los hechos de armas de la marina de Osuna. Como se ha referido, en Nápoles se reunió la armada de los príncipes cristianos del Mediterráneo, en que iban ilustres generales, contándose por la de España el Marqués de Santa-Cruz con aquellos marineros de la de Nápoles tan cursados en semejantes empresas; acometióse, no obstante, la de Susa con poca decision, y se abandonó á la primera contrariedad, deshaciéndose el

armamento con poca reputacion del Príncipe, sobre todo por la razon que hizo pública de no haber atacado á la escuadra turca temiendo el contagio de la peste, temor que la crítica, acaso sin razon, retorció en mala forma [1].

Despues de la muerte de Felipe III asistió á la córte y obtuvo el vireinato de Sicilia (1621), donde la sombra del Duque de Osuna, por obra de los antiguos capitanes de mar, Ribera, D. Octavio de Aragon, D. Diego Pimentel, D. Pedro de Leiva y el Marqués de Santa-Cruz, le dieron contra turcos y moros los triunfos que personalmente no habia tenido la dicha de alcanzar, y vino á morir en Palermo de lo que habia temido, es decir, de la peste, el 3 de Agosto de 1624. El cuerpo, embalsamado, se embarcó en la galera Real, escoltándole la escuadra hasta el puerto de Cartagena, donde por última vez le hizo los honores debidos al Capitan general de la mar. Fué luégo conducido al panteon de Infantes en el monasterio del Escorial [2].

Á su muerte dedicó Bartolomé Leonardo de Argensola el siguiente soneto:

> No turba nuestro llanto la alabanza
> Que hoy suena, jóven Real, con la victoria
> Que de la vida ó muerte transitoria
> En mejor vida tu virtud alcanza.
> Sólo se extiende á la fatal mudanza

[1] En la *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, se insertan las cartas que el príncipe Filiberto escribió al Duque de Osuna tratando de la expedicion fracasada.

[2] En el tomo III de las *Disquisiciones náuticas* hay relacion del viaje de la escuadra, enterramiento en el Escorial y epitafio.

Del gran principio de gloriosa historia,
En quien de antigua hereditaria gloria
Émula se mostraba tu esperanza.
  Pídele á Dios, para lograr la nuestra,
Victorias de su Iglesia, pues tu celo
Milita ya con armas celestiales.
  Será en el orbe general consuelo
Ver que á tu ruego deban los mortales
Lo mismo que debieran á tu diestra.

DON DIEGO DUQUE DE ESTRADA.

Citados los *Comentarios del desengañado*, ó autobiografía del caballero toledano, que como soldado asistió á las empresas navales del Duque de Osuna, y trascritos algunos de los párrafos en que describe los combates del Adriático, extracto de su narracion ciertas otras aventuras personales, por la relacion que tienen con personajes que aquí figuran, ya que, segun indicó el señor D. Pascual de Gayángos al ilustrar el libro, aunque peque de jactancioso, refiere sucesos poco sabidos.

Hijo de D. Juan Duque de Estrada, maese de campo en Flándes, nació en la ciudad imperial en 1589; tuvo vida agitada y novelesca, y á vuelta de amoríos y duelos, huyendo de la justicia fué á parar á Nápoles, donde sentó plaza sencilla de soldado, como tantos otros de su clase hacian, el año de 1614. Embarcó en aquellas galeras á las órdenes del Marqués de Santa-Cruz, asistiendo á las jornadas de los Querquenes, de Larache, Salónica y Estancho, con reputacion de arrojado. Con

D. Octavio de Aragon fué despues hasta las aguas de Constantinopla, por cabo de 30 hombres, tomando parte en las presas que se hicieron, continuando el servicio en los galeones de su paisano Francisco de Ribera, en las jornadas del Adriático, que narra complacido en estilo altisonante. Acompañó al Duque de Osuna hasta Marsella, volvió á Nápoles con las galeras, y ascendido á capitan de infantería por poco tiempo, en 1621, con los galeones de Ribera pasó á Génova, donde estuvo al pié de la horca por desacato á los fueros de la ciudad.

Salido del apuro, con el mismo Almirante hizo expedicion á la Goleta en el mes de Agosto, incendiando un bajel dentro del puerto y apresando otro, en cuya funcion recibió dos heridas el narrante, y curándose en Mesina, tomó parte activa en el encuentro de la gente de las galeras de Sicilia con la de las florentinas, suceso comun en aquellos tiempos, que empezando por reyerta acabó en batalla por las calles, excediendo de 20 los muertos, con muchos más heridos.

Por Setiembre del mismo año salió con D. Octavio de Aragon á Levante, con ocho galeras, llegando al canal de Constantinopla sin fruto; á la vuelta saltaron en tierra en Modon y tomaron algunas presas, teniendo escaramuza con los turcos; sin perder tiempo, como marchára D. Diego Pimentel á la Goleta, sabiendo que allí estaban los bajeles del famoso corsario Sanson, embarcó en una de las seis galeras comisionadas, concurriendo á la operacion, en que, sin pérdida de sangre, fueron destruidos tres navíos. Todavía, sin que acabára el

año, siguió en la misma galera á la jornada que D. Pedro de Leiva, con las de España, Nápoles, Sicilia, Génova y Florencia, 30 entre todas, emprendió en el Archipiélago griego, limpiándolo de embarcaciones con la presa de un galeon y 20 caramuzales de la caravana de Egipto.

Favorecióle el príncipe Filiberto en Sicilia, y hubiérale dado una compañía sin los escándalos y pendencias que por ocupacion tenía en el sosiego; sólo á bordo estaba contenido por la severidad de la disciplina y la ocasion de esgrimir la espada que tanto se repetia. Buscándola salió en la expedicion que en 1624 hacía el Marqués de Santa Cruz á Túnez, con 14 galeras, tomándose en el camino un bajel holandes de 20 cañones, preludio de combate formal con tres galeones grandes de Ali-Arraez-Rabazin, renegado de Ferrara, gran corsario, que habia sido esclavo del mismo Marqués de Santa Cruz y navegado por las costas de España, haciéndose muy práctico y terror de ellas. Confiado en el porte y artillería de sus navíos, largando rojas pavesadas y banderas de combate, vino hácia las galeras confiando escarmentarlas si le abordaban; mas no era tan ligero el Marqués que lo intentára ántes de tiempo. Llevando á sus órdenes cuatro galeras de España, cuatro de Sicilia y seis de Malta, con artillería de crujía de más calibre y alcance que la del corsario, tomó el barlovento, y á distancia le cañoneó, destrozándole los cascos y aparejos. Ya tarde se puso el corsario en huida hácia la costa, que estaba próxima, y embarrancando, empezaron los moros á tirarse al agua; abordaron entónces las galeras, apre-

sando los tres bajeles y al corsario Ali-Rabazin, herido, con gran botin de los robos que habia hecho. El capitan Simon Costa puso á flote los galeones, que se llevaron á Palermo.

«La entrada fué muy pomposa y bizarra, dice el autor, vistiendo las galeras de flámulas, gallardetes, banderas, estandartes de diversos colores, y adornándolas de rojas pavesadas y guarnicion de soldados con sus armas. Era tal la bizarria de bandas y plumas de nuestros soldados, que parecian copos de nieve, grana, violetas, alelíes y mosquetas, formando una primavera las popas, proas y filaretes, entretejiéndose con estas galas la de otros soldados vestidos á la turquesca con ricos alfanjes, turbantes, marlotas, almaizares y jaiques, todos ganados en buena guerra, cuya composicion discorde hacía una consonante armonía; los rendidos y moros bajeles con nuestros estandartes Reales arbolados, arrastrando sus medias lunas, la cabeza abajo, en las popas, por el agua. Hízose una salva Real que duró una hora, guarneciéndola la atronadora mosquetería, alternada de la galera Real, castillos y bajeles, cuyos ecos repetidos de las montañosas cavernas, replicaba la ronca artillería; los tambores y clarines, trompetas, añafiles y chirimías tenian la gente sorda y muda en suspension, porque todo era ojos para ver la entrada sin ejercitarse las lenguas. Disparaba la gritería de los soldados y forzados, de cuando en cuando, un *¡Viva el Rey nuestro Señor!* á que respondia el segundo coro: *¡Y el príncipe Filiberto en su nombre!* y el tercero repetia: *¡Y tambien el Marqués de Santa Cruz, que ha ganado esta victoria!*»

No satisfecho Duque de Estrada con la descripcion en esta prosa *culterana*, á fuer de poeta la repetió en un poema, que se imprimió en Mesina el mismo año, con título de:

Octavas rimas á la insigne victoria que la Serma. Alteza del Príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el excelentísimo señor Marqués de Santa Cruz, su Lugarteniente y Capitan general de las galeras de Sicilia, con tres galeones del famoso corsario Ali-Arraez-Rabazin, compuesta por Diego Duque de Estrada. Dirigida á Su Alteza mismo.

Empieza:

Cíñase Europa la cabeza de oro
Si de flores la adorna á quien imita,
Que ella burlada, burlador el Toro,
Nombre á la parte da que el cielo habita.
Provincia en sí se encierra á quien adoro,
De Ispalo fundacion, que el nombre quita
Al África y á Asia ¡oh grande España!
Sustentada con una y otra hazaña.

En otro crucero, con el Marqués de Santa Cruz, fueron hasta el Adriático persiguiendo unas galeras de Biserta, que se les fueron de las manos, si bien á la vuelta tomaron un bajel sobre el cabo Spartivento y varios bergantines moros, y esta fué la última campaña del autor; muerto el príncipe Filiberto, en cuya proteccion confiaba, marchó á correr nuevas aventuras en Hungría, Transilvania y Bohemia, cansándose de ellas por fin, y acabando por tomar el hábito de San Juan de Dios en un convento de Cerdeña el año de 1636; mas como tarde se pierden los de la vida, pareciendo de improviso al

año siguiente, sobre el puerto de Oristan, una armada francesa de 45 velas, que cañoneó el castillo y desembarcó cinco mil hombres, volvió por unos dias á ser soldado y envió un reto al general frances, que de igual á igual podia aceptarlo, por gastar tambien hábitos, pues era M. Henry d'Escoubleau de Sourdis, arzobispo de Burdeos. Prefirió reembarcarse precipitadamente, perdiendo más de 700 hombres muertos, 100 prisioneros y seis cañones.

Asistió Duque de Estrada al Capítulo general de la órden en Roma, como prior que era ya del convento el año de 1645, ocasion que aprovechó para pasar por Nápoles, y como el virey Duque de Arcos le informára de la guerra de Francia, refiere en sus memorias la invasion en Orbitelo, describiendo la plaza y el sitio; el socorro que metió el Marqués del Viso con las galeras de Nápoles; la batalla naval que el general D. Francisco Diaz Pimienta ganó á la francesa, con muerte de su Almirante Armand de Maillé-Brezé, y las operaciones sucesivas hasta el fin, á que asistió con 12 frailes más al cuidado del hospital [1].

Vuelto al convento de Cerdeña, concluyen los apuntes de una vida tan azarosa.

[1] Del sitio de Orbitelo y batalla naval traté incidentalmente en mi discurso *Mateo de Laya.* Matías de Novoa lo refiere con bastante extension.

DON ALVARO DE BAZAN,

SEGUNDO MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Cuando murió el invicto conquistador de las Azores, tenía éste su hijo y discípulo diez y siete años: habia nacido en Nápoles el 13 de Setiembre de 1571. En la carta de pésame que le escribió el rey D. Felipe ofrecia tener cuenta de sus servicios [1], oferta cumplida el 31 de Marzo de 1597, en que se firmó el título nombrándole Capitan general de las galeras de Portugal, y ascendiendo sucesivamente al mando de las de Nápoles [2], España [3], y al más alto cargo de Teniente general de la mar [4]; como suplente y consejero del príncipe Filiberto de Saboya, por término de cuarenta años seguidos se mantuvo á bordo, asistiendo á un número de acciones de guerra tan crecido, que embaraza la cuenta, con la fortuna de salir victorioso en todas aquellas que dirigió como jefe.

Ántes de la fecha en que empezaron los vireinados del Duque de Osuna, habia paseado gloriosa por los mares de Levante la bandera española. En 1604 corrió el Archipiélago y asaltó por sorpresa la ciudad fortificada de Isla Longo, poniéndola á saco y á fuego; murieron allí, entre las personas de cuenta, el capitan Francisco Gines, el alférez D. Diego de Ayala y el ayudante de sargento mayor D. Alonso de Cardona, hijo del Marqués de Guadalest, siendo peligrosamente heridos los capita-

1 Véase *La Armada Invencible*.
2 En 15 de Agosto de 1603.
3 En 13 de Agosto de 1616.
4 En 6 de Junio de 1621 y 24 de Setiembre de 1624.

nes D. Antonio de Velasco, D. Diego de Alderete, Juarez, Caño, Villalobos y el secretario del general, Francisco Ruiz Villegas, por donde se puede juzgar del calor de la accion.

Las ciudades de Usali y Estancho sufrieron la misma suerte que Longo, sin tanta resistencia; en cambio, la ofreció mayor Durazo, puerto de Albania, por las murallas y castillo que la defendian, con más de 40 piezas de artillería gruesa. Atacada por mar y tierra con 26 galeras, hubo de acudir tambien al asalto, destruyendo por completo aquel nido de piratas, cuyos cañones se llevó por trofeo.

Ocuparon su actividad, en los años de 1608 á 1610, las operaciones de la toma de Larache y expulsion de los moriscos de España, junta su escuadra con las demas de galeras, y sabido es que la plaza africana costó sangre y tiempo, en repetidas tentativas, no tanto por la decidida defensa de los moros, como por las condiciones de la costa, batida de mar brava.

Desde 1611 se hallan en la narracion del Duque las memorias de sus hechos : los Querquenes, la Goleta, la toma de Oneglia, en la guerra de Saboya ; las dos expediciones frustradas del príncipe Filiberto. ¡ Cuánto deseaba por entónces Osuna tenerlo á sus órdenes !

Duque de Estrada refiere cómo en la campaña de 1623 apresó un navío holandes, incendió los de los corsarios de Túnez dentro del puerto, y al combate del año siguiente, contra los cuatro galeones turcos, dedicó el poema de que queda hecho mérito. Muerto por entónces el príncipe Filiberto, y quedando á su cargo la mar, batió

este mismo año otra escuadra berberisca frente á Puerto-Farina, rindiendo tres navíos y echando á fondo dos; pasó despues al Adriático en persecucion de las galeras de Argel y Biserta, que juntas habian hecho mucho daño, y como se guarecieran en una caleta, á cubierto de ciertos escollos, las atacó sin vacilacion, alcanzando señaladísima victoria el 13 de Julio, por cuanto ni una sola escapó de sus manos; cuatro echó á fondo, tres se incendiaron durante la funcion y las seis restantes rindió á fuerza de armas, siendo una éstas la Capitana de la escuadra de Barcelona, que cuatro años ántes habian tomado los Argelinos.

Encendida la guerra en Italia, con participacion de los franceses, acudiendo la armada de esta nacion al puerto de Génova, que por tierra pensaba sitiar el Príncipe del Piamonte, en 1625, tomó el puerto el Marqués, ahuyentó las naves enemigas, y salvó á la ciudad.

Cerró la lista de las empresas navales con la conquista de las islas francesas de Santa Margarita y San Honorato, en la costa de Provenza, que hizo en combinacion con la escuadra del Marqués de Villafranca el año 1635; mas no dejó de añadir otras de guerra en los períodos en que sirvió los cargos de gobernador de Milan y de las armas de Flándes, siendo muy honrada la del socorro de la plaza de Brujas. En Palacio tuvo el de mayordomo mayor de la reina D.ª Isabel.

Mantuvo el Marqués cordiales relaciones con el Duque de Osuna, y algunas de sus cartas y despachos están insertas en la *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII.

DON OCTAVIO DE ARAGON.

De D. Cárlos de Aragon, palermitano, duque de Terranova, Grande de España, caballero del Toison, gobernador de Milan y presidente del Consejo de Italia, apellidado *el gran siciliano*, fué hijo D. Octavio, destinado desde niño á la carrera de las armas para que siguiese las pisadas de sus antepasados. Sirvió á su costa en Flándes, á las órdenes de Alejandro Farnesio, hasta el año de 1587, en que mereció una compañía española de lanzas. Estuvo con ella en la empresa de la Esclusa; en Francia, en el socorro de París, presa de Legni y Corbiel, y de vuelta en Flándes se distinguió en muchas ocasiones de batalla, siendo honrado con plaza en el Consejo de guerra, con ser de poca edad. En Lombardía sirvió tres años el cargo de la caballería de Milan, asistiendo con honra en la guerra de Saboya y rompiendo al enemigo en Briquerasco, en Val de Moyra y en Chilo, donde tomó diez banderas.

Volvió á Flándes cerca de la persona del archiduque Alberto, hallándose en todas las ocasiones de pelea hasta sufrir un arcabuzazo en la cabeza, recibiendo merced de una compañía de lanzas en Sicilia, con renta de 25.000 escudos al año; pero prefiriendo el servicio de mar, á solicitud suya se le nombró gobernador de las seis galeras de aquel reino, y por ausencia de D. Pedro de Leiva, general de ellas, las tuvo á su cargo, haciendo un viaje á Cartagena el año de 1609 para asistir,

como asistió, á los cruceros y servicios de la expulsion de los moriscos de España.

En Cádiz le eligió por maestre de campo general el Marqués de San German para la jornada de Larache, y tomada la plaza, como quedase en España D. Pedro de Leiva, volvió á hacerse cargo de las galeras y las condujo á Sicilia. Los servicios prestados bajo el vireinado del Duque de Osuna, la bizarria con que se condujo en los combates y las repetidas victorias que consiguió sin perder nunca bajel, referidas quedan.

Á principios de Mayo de 1614 llegó á Sicilia el General propietario de las galeras, D. Pedro de Leiva, y quedando sin destino D. Octavio, lo recomendó encarecidamente al Rey el Duque de Osuna, sin que se le acordára por ello merced ni cargo nuevo. El Virey le dió interinamente el de General de la caballería de la isla, repitiendo las recomendaciones, y le defendió despues con calor en la demanda injusta contra la parte de presas que con su valor habia ganado.

Pasando el Duque al vireinato de Nápoles lo llevó consigo, honrándolo y considerándolo mucho; dióle el mando de las galeras miéntras D. Pedro de Leiva, promovido á la capitanía general desde la de Sicilia, no se presentó á servirlo, y entónces mandó las de su propiedad, asistiendo voluntariamente á las campañas en que recogió tantos nuevos laureles, cuando tenía en tierra cómodo y honroso destino. Dos veces vino á Madrid con comisiones reservadas del Duque, relativas á los proyectos que meditaba contra venecianos ó turcos, llevando las pruebas de confianza á escogerle por director y

maestro de su hijo D. Pedro Giron, en el servicio de las armas. Por sus repetidas recomendaciones, cuando don Pedro de Leiva dejó el mando de las galeras de Nápoles, obtuvo D. Octavio título de General en ellas [1], con plaza en el Consejo colateral del reino, y como tal General mandaba las seis galeras con que salió del vireinato Osuna, recibiendo órden del Cardenal Borja de estar á las del viajero, sirviéndole y asistiéndole con toda puntualidad.

Al marchar de Marsella, sin avisarlo siquiera al Duque, tuvo tan secreto el pensamiento, que dejó en tierra abandonada mucha gente de la escuadra, del modo mismo que desembarcó y abandonó en Cadaqués el equipaje, sin prevencion de su dueño, afeando más la accion con el envío á la córte de D. Pedro de Mendoza, portador de un billete dictado por la conciencia, pues se excusaba, aunque en motivos indignos. Cuáles fueran los términos del papel no consta; de ellos trató el Consejo, consultando á S. M. «que no alegaba causa bastante que le excusára en dejar al Duque de Osuna en Marsella; ántes se advertia que en el billete decia muchas palabras indecentes, sin que fueran necesarias para su defensa, con que venía á agravar la culpa, y así era de parecer que S. M. mandára hacer con él alguna demostracion que fuera de ejemplo.»

Ántes de providenciar quiso el Rey que se oyeran sus descargos, y los envió en larga carta fechada en Paler-

1 En 27 de Mayo de 1618. *Docum. inéd.*, tomo XLVI, pág. 395.

mo á 6 de Enero de 1621 [1], esforzándose en probar que fué su conducta guiada por el mejor servicio, pues tenía empeño el Duque de Osuna en que entrára con las galeras dentro de la cadena del puerto de Marsella, y esto, que es falta militar, le estaba expresamente prohibido por el cardenal Borja. Viéndose en el aprieto; que al mismo tiempo le iban faltando las provisiones y le parecia no ser conveniente pedir en Francia lo que hubiera menester, y que la residencia del Duque se dilataba por gozar de las fiestas con que le brindaban, tomó resolucion de dejarle. Que anteponiendo el servicio á cualquiera otro respeto humano, hizo arbolar el estandarte con las insignias de S. M., abatiendo el que llevaba con las armas del Duque, pues si ya habia navegado ántes con esta bandera, fué cuando las galeras eran suyas; mas en este viaje ya no lo eran, por haberlas consignado el Duque á la Cámara de Nápoles, y éste no tenía más autoridad que el respeto que se debia á su persona.

Á esta torpe declaracion agregaba la reseña de sus servicios, apelando al testimonio de la persona que habia ofendido para que declarase cómo en las cosas más graves se habia servido de él, y bajo su mando habia tomado nueve galeras turcas de fanal, 15 bajeles redondos de corsarios enemigos, y 20 bergantines, cautivando 1.800 esclavos, entre ellos cuatro beis y muchos capitanes, tomándoles banderas y estandartes; pero ni el Consejo, ni el Rey, entendieron, como es razon, que las

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVII, pág. 467.

acciones gloriosas con que habia ilustrado su carrera podian servir de escudo á la accion ruin hecha con aquel á quien la ocasion de la gloria debia, y fué sentenciado á encierro en un castillo de Sicilia.

Ántes se habian cruzado las siguientes cartas, no publicadas hasta ahora, que yo sepa[1]:

Carta de desafío del Duque de Osuna á D. Octavio de Aragon, por habello dejado en Marsella y venídose con las galeras á España sin decir nada al dicho Duque. Año de 1620.

«Señor D. Octavio de Aragon.—Yo llegué á Marsella el lúnes por la mañana á 27 de Julio, y viérnes último del mes comenzó á embarcarse ropa para seguir mi viaje; hoy sábado, por la mañana, me han venido á avisar que V. S. zarpaba con las galeras la vuelta de España, llevando en ellas toda mi ropa y de los que han quedado en tierra. Habiendo de embarcarme esta noche, mi detencion en este puerto ha sido de cinco dias, y sin haber hecho en todos cuatro tiempo para pasar el golfo; y aunque yo hubiera hecho la cuenta de mi detencion, debo dársela á mi Rey. Ya V. S. me ha dejado en Francia y más de 200 españoles, gente tan principal como V. S. verá por esta lista, á quien de persona á persona no osára V. S. ofender, obligando á dar qué

[1] Várias copias existen en Madrid: en la Bibl. Nac., H. 53; en la de San Isidro, cód. núm. 11; en la de Marina, *Colec. Navarrete*, tomo x, núm. 19, y en la Acad. de la Hist., *Colec. de Jesuitas*, tomo XCII, núm. 31.

pensar y hablar á todo el mundo, y á mí, y á esta gente, á riesgo de otros mil peligros evidentes. Que V. S. se haya partido por falta de alimentos, no puede ser, pues como V. S. verá por este papel, firmado de los oficiales del sueldo, llevan en la caja de S. M. 1.500 escudos; y el capitan Pedro Lobay, de mi parte ofreció á V. S. todos los bastimentos que fueran menester, y lo propio hizo el capitan Viciguerra y el Proveedor de las galeras deste reino; ni V. S. me ha pedido bastimentos, ni dineros; díchomelo, ni por escrito, ni enviándomelo á decir la causa de su partida, de donde infiero que desacato tan grande á mi persona, en un hombre como Usía no puede ser, ni atreverse á ello, sin expresa órden de S. M. en que mande á V. S. me deje en Francia, con las circunstancias que V. S. ha dicho, y cuando esto fuera así, V. S. sabía bien hasta donde se extiende la licencia que los ministros tienen de replicar á las órdenes de S. M., y del ejemplo de V. S. se puede haber aprendido de mí, en su mesma persona; pues cuando llegué á Sicilia hallé á V. S. en tan baja fortuna, que por sentencia del Consejo de Italia estaba V. S. cesado del servicio de S. M. y suspendido de todo género de oficios, y mandado restituir mucha hacienda, por los delitos que cometió en Mesina durante el oficio de Estratico; y comenzándome á servir de la persona de V. S., por compasion de sus trabajos, me llegó órden de Su Majestad con D. Melchor de Borja, en que me mandaba quitase á V. S. el gobierno de la escuadra de aquel reino préviamente, y lo entregase al dicho D. Melchor para la jornada de los Querquenes. No sólo repliqué á

esta órden de S. M., doliéndome de la honra de V. S., por habérseme echado á mis piés lastimosamente; pero embarqué 800 españoles sobre las ocho galeras de aquella escuadra, y siendo V. S. siciliano le envié gobernándolo todo. Tuve consecutivamente en respuesta de mi carta, segunda y tercera órden de S. M. para desposeer á V. S. de aquella escuadra y entregalla al dicho D. Melchor de Borja, á que tambien repliqué, manteniendo á V. S. en el gobierno de ellas cuatro años. Y finalmente, todos los acrecentamientos que V. S. hoy tiene, así de puesto como de rentas y sueldos, ha venido por mi mano, que no son tan cortos, que de honores son los que S. M. tiene que dar en Sicilia y en Nápoles, en Consejos de Estado de aquellos reinos, y de sueldos y rentas, importáran 11.000 ducados al año, sin 200.000 escudos de que V. S. se ha aprovechado, que no sé que haya español que se halle en este estado en tan poco tiempo; y pues V. S. estaba ya contento cuando llegó á Sicilia, con sólo capitan de la milicia ó una galera de la escuadra de aquel reino, yo he hecho en todo esto lo que piden las obligaciones de mi nacimiento, y V. S. en el estilo que ha guardado conmigo, las que piden las del suyo; y por último, aseguro á V. S. que si en esta navegacion de Nápoles á España he rehusado muchas veces de ir embarcado en galeras, y navegado en salvo, no ha sido tanto por los malos tiempos y la mar, como por la vida y costumbres que V. S. tiene en ellas, temiendo el castigo que cada dia se puede esperar; y aunque creo que V. S. me debe entender, todos los españoles que en mis dos galeras fueron y vol-

vieron de España el año pasado temiendo lo mismo, y quien tuviese hoy en dia alguna curiosidad, hallará en la misma amistad y desdicha á V. S. que llevaba consigo [1].

» En todo lo que V. S. respondiere contra esto miente como muy ruin caballero, y tambien miente si niega que es vil é infame término el que ha usado conmigo; y aunque de la persona de V. S. á la mia hay en todo la desigualdad que el mundo sabe, sustentaré á V. S. con la espada en la mano ser un ruin caballero, en cualquier lugar donde V. S. me llamáre; y como ha sido pública á los ojos del mundo la injuria que V. S. ha intentado de hacerme, lo será esta carta tambien.»

Respuesta de esta carta, de D. Octavio de Aragon al Duque de Osuna.

«Señor D. Pedro Giron, conde de Ureña y Duque de Osuna.—Yo soy D. Octavio de Aragon, que basta para cosas mayores.

» Un papel me han dado que, en sólo verle, aunque viniera sin firma, conociera ser de V. S., porque ni es cartel, ni carta, imperfecto en todo para ambos efectos; para carta, viene de todo punto descomedida y desbaratada, como de V. S. se puede esperar, pues dice en ella cosas, que ni tuviera ánimo V. S. para decillas delante de mí, ni de ningun caballero ni soldado que me conoce, por no tratar palabra de verdad ni apariencia de

[1] Así en el original.

ella; y para cartel, viene de todo punto falto de estilo puntual y honrado, muy debido en semejantes casos. Porque siendo V. S. el reo, como á vista de todo el mundo se quiere hacer ator, como si la vanidad de Usía y estado, último refugio de V. S., y con que tanto se honra, bastase á quitar las manchas de casos feísimos de que V. S. tiene lleno y escandalizado el mundo.

»Algunos disculpan á V. S. de estas desórdenes, pues ni por profesion de caballería, ni experiencia de armas tiene obligacion de saber más de estas materias. Y aunque yo, ni ningun caballero honrado ni soldado, tenía obligacion de responder á lo que no merece respuesta, para que V. S. no quede sin ella y yo satisfaga en parte á quien soy, y á la Real sangre de donde desciendo, me ha parecido satisfacer á la llamada carta ó cartel de V. S., y digo lo primero:

»Que en Marsella y otras partes se detuvo V. S. sin causa, con harto libres demostraciones, mucho más tiempo de lo que á su honra convenia, y yo aguardé á Usía con las galeras todo el tiempo que pareció bastar hasta no poner en peligro la mia.

»Dice V. S.: Que de la causa de su detencion le ha de dar cuenta á su Rey y no á otro ninguno, con que le parece á V. S. haber cerrado las puertas á todos los cargos que le podian hacer en este particular; pero no será así, porque de mi descargo, que es el más llano y verdadero, nace el desengaño, muy por entero, y cargo eficaz contra V. S.

»Yo partí de Marsella con las galeras de mi Rey, que estaban á mi cargo, y mi partida fué muy considerada,

y con muy grandes y honrados fundamentos, de que daré cuenta, como estoy obligado, al Rey, de quien soy, no á V. S., que no le conozco por superior en ningun caso.

»Dice V. S. que no me partí por falta de bastimentos, pues estaban sobrados 1.500 escudos en la caja de S. M. para el sustento de las galeras; á que respondo: Que el dinero de S. M. nunca pudo V. S. disponer á su albedrío, como piensa, ni á mí me estaba bien, ni me fuera bien notado gastarlo en Francia inútilmente por solo gusto de V. S., tan en perjuicio de mi Rey; y ni tampoco quise hacer caso de las palabras de V. S., que dice dijo al capitan Pedro Lobay, en razon de darme bastimentos, considerando el mucho gasto de las galeras y los cortos alimentos que le dan á V. S. de que poder dispensar, habiéndosele acabado el gobierno de Nápoles.

»Dice V. S. que el desacato tan grande que un hombre como yo hice á la persona de V. S., dejándole en Francia, no pudo ser sin expresa órden de S. M., y que cuando yo la hubiera tenido, habia de replicar y no dejarle así solo con tanto riesgo de su persona, sabiendo la licencia que los ministros tienen de replicar y suspender los Reales mandatos; y para ello pone V. S. por ejemplo las muchas mercedes que dice haberme hecho, con tantas y tan expresas órdenes de S. M., y sobre esto discurre V. S. muy á lo largo, persuadiendo ser muy lícito y necesario contradecir los ministros los mandatos de su rey cuando les parece, á lo cual respondo: Que mi partida de Marsella fué, como tengo dicho, muy mirada y considerada, y lo demas fuera muy en detrimento de

mi honra y notorio peligro de las galeras. Á mi rey he servido desde que nací en cuantas ocasiones de mar y tierra se han ofrecido, con muy gran fidelidad, como quien soy, como honrado aventajado caballero y soldado, por lo cual, y por la esclarecida memoria de mis pasados, he merecido y merezco mucho más que V. S. que S. M. me haga merced, y de sus reales manos reconozco las recibidas, y no de otro ninguno del mundo.

»Y el no cumplir con puntualidad las órdenes de S. M., que V. S. tanto facilita, en ninguna manera me puede parecer bien, ni parecerá á ningun caballero que esté con atencion á los puntos de honra y estado; y así yo desde luégo repruebo la opinion de V. S., como muy contraria á la fidelidad que se debe al rey, y muy peligrosa al estilo y órden de caballería.

»Y no piense nadie autorizar una opinion errónea con las réplicas que en Nápoles hizo V. S. al Cardenal Borja, al tiempo de su partida, porque éstas han parecido tan mal, y fueron tan escandalosas y perjudiciales, que si aquel reino no estuviera conforme en la debida obediencia de su rey, fueran ocasiones de perderse. De donde infiero que los caballeros en todos estados han de obedecer á sus reyes sin réplica, y sin pedir causas, porque lo demas, por mucho que se dore, tiene especie de traicion.

»Dice V. S. que contra órden de S. M., y siendo yo siciliano, me entregó las escuadras de aquel reino con 800 mosqueteros españoles para la jornada de los Querquenes, á lo cual respondo, jurando como juro solemnemente, en ley de caballero, que si yo hubiese sabido

que contra la voluntad de mi rey me enviaba V. S. á aquella jornada, no tan solamente no fuera á ella, pero tuviera contra V. S. el sentimiento que el lugar y ocasion me permitiera, sin detrimento de mi honra, y de suyo se ha de entender que por pensar que D. Octavio de Aragon habia de servir al Duque de Osuna, es imposible tan grande, que no hay nadie que le ignore. Pero apurándose en este caso, yo confieso que fuí á aquella jornada por mandado de V. S. y en ella me porté con tanto valor como el mundo sabe: imitando yo á mis pasados y V. S. á los suyos; yo al buen D. Alonso de Aguilar y V. S. al Conde de Ureña tercero.

»Dice V. S. que en todas sus acciones ha procedido como quien es y que yo he procedido en todo como quien soy; y en esto sólo me conformo con V. S. y confieso llanamente ser así, y en toda la llamada carta ó cartel no viene razon ni palabra que traiga forma de verdad sino ésta, de que quedo satisfecho y contento.

»Tambien dice V. S. que no se atreveria á venir en mi galera, temiendo las desgracias que por mi vida y costumbres podrian suceder, y otras cosas cifradas á este propósito, harto dignas de direccion; á lo cual respondo: Que si V. S. predicase por el mundo libertad de conciencia, ninguno hubiera en él que no creyese salirle del corazon y del alma; pero predicar V. S. recatos, santidades y escrúpulos de su propia persona, entienda V. S. que se creyera con mucha dificultad, ántes tengo por seguro no haber nadie que lo crea, y ansí sobre este punto digo que las propias obras de V. S., y el mundo entero responda por mí. Y es cierto que saben todos el

recato con que yo vivia cuando V. S. entraba en mi galera, que como le conozco, y tan bien, que es incurable enfermedad que á V. S. tanto persiguió, temia, y con mucha razon, alguna notable desgracia, como incendio ó cosa semejante, donde pagasen justos por pecadores.

»Acaba V. S. su carta y cartel con decir que si yo dijera lo contrario de lo que en él dice, miento como ruin caballero, y tambien dice miento si negase que soy vil y infame, y que aunque entre la persona de V. S. y la mia hay tanta desigualdad, sustentará V. S. con la espada en la mano ser un ruin caballero, á todo lo cual respondo: Que si V. S. lo fuera, y fuera de las calidades que se imagina, y hubiera profesado Órden de caballería, como todo caballero y honrado soldado es obligado, no desmintiera tan fuera de propósito á quien no sabe si ha dicho ó piensa decir; por lo cual, la injuria que contra tal acto pensó hacer, se queda sobre V. S., que ni pudo ni supo inventarla.

»De mí sé decir que desde que nací dije verdad, y la diré, mediante Dios, aunque pese á V. S., en tanto que viviese.

»Y en lo demas que decís cerca de levantar vuestro linaje más que el mio, y vuestra persona más que la mia, mentís como infame y ruin caballero, y esto os lo haré conocer con las armas en las manos en cualquier lugar sujeto al Imperio romano, en cualquiera de las partes del mundo que quisiéredes escoger, como no sea en tierras sujetas á turcos y moros, porque en esto sería seguir á vuestra persona y no á la mia, por la causa que vos bien sabeis; pero quiero daros esta ventaja, que así como

escogísteis las armas escojais el campo, para que el mundo vea la poca estimacion que hago de vuestra persona y fuerzas; y por ésta, firmada de mi nombre, prometo buen tratamiento á cualquier caballero ó escudero que me enviáredes con esta razon, como traiga conclusion fija.»

Conocido el carácter de Osuna, es de presumir que sin la prision y vicisitudes que le acabaron, por estos lamentables documentos hubiera tenido lance personal con D. Octavio, personificacion de la miseria humana. En la *Coleccion de documentos inéditos* se hallan las órdenes en que efectivamente, y con repeticion, prevenia el Rey que el mando de las galeras de Sicilia se entregára á D. Melchor de Borja; inserta asimismo ciertas cartas de la Marquesa de Ladrada, hija de D. Pedro de Leiva, con graves inculpaciones contra D. Octavio, entre las que se nota la de haber tomado las órdenes sagradas por escapar á la justicia; inculpaciones de que con calor le defiende el Duque, escribiendo á S. M. La carta de desafío, salvo la forma y los reproches, en cuanto al agravio del abandono en Marsella y desacato á su persona es racional, ofreciendo por la contestacion insolente la mejor prueba de ser D. Octavio de Aragon un ruin caballero.

Muerto Felipe III, la desgracia del Duque dióle á entender que se habia de juzgar de otro modo su conducta; sin embargo, la repeticion del memorial con excusas, en que nada nuevo decia sino pedir descaradamente honra y favor á sus servicios, no halló en el Con-

sejo disimulo, pues consultó á S. M. que la prision que sufria habia sido merecida y saludable para demostracion y efecto; inclinándole, sin embargo, á la piedad, proponia que cumplidos cinco meses de castillo se le diera la ciudad de Palermo por cárcel, y así se cumplió.

Parece que por rehabilitarse consiguió ser enviado con ocho galeras al canal de Constantinopla en Setiembre de 1622, y que verificando un desembarco, al regreso, en Modon, tuvo escaramuza con los turcos é hizo algunas presas: lo refiere Duque de Estrada; mas desde esta fecha no vuelve á sonar su nombre en las expediciones marítimas que salieron de Sicilia ó de Nápoles.

DON PEDRO DE GAMBOA Y DE LEIVA.

Segundogénito del famoso D. Sancho de Leiva, virey de Navarra, era este D. Pedro, natural de Arteaga, si son exactas las noticias del Dr. D. José Julio de la Fuente, que dice fué señor de aquel castillo [1]; pero es posible y probable que el Señorío procediera de doña Leonor de Gamboa y Arteaga, con quien casó, anteponiendo entónces el apellido de la esposa al del padre, como se advierte en su firma y en los documentos oficiales, que en muchos otros de la época se le nombra D. Pedro de Leiva.

1 *Memoria acerca del Instituto vizcaino.* Bilbao, Imp. de Delmas, 1870.

Dedicado al servicio en la mar, anduvo en las galeras de la guarda de las costas de Andalucía, teniendo á su cargo la comision de trasportar desde Berbería los restos mortales del rey D. Sebastian. Despues, nombrado capitan general de las galeras de Sicilia, hizo el año de 1595 un lucido desembarco en Patrás, volviendo á España en 1599 con licencia para negocios propios. El año siguiente se le ordenó acudiera á servir su cargo y hubo de reiterársele el mandato en otras ocasiones. Asistió en 1609 y 10 á la expulsion de los moriscos de Valencia y toma de Larache, despues de lo cual se volvió á Madrid sin licencia, siendo por ello reprendido y desterrado á Carabanchel. Alzada la prohibicion de entrar en la córte en 1612, con órden precisa de marchar á Sicilia, donde sus galeras andaban al mando interino de D. Octavio de Aragon, como se ha dicho, tres veces se le reiteró, contestando siempre que iria tan luego como se lo consintieran sus negocios.

Satisfecho el Duque de Osuna del general que habia sabido alcanzar una tras otra sonadas victorias contra los turcos, no le vió llegar de buen grado, sobre todo desde el momento en que, como general propietario, reclamó el quinto de todas las presas que se habian hecho, accion que no fué alabada, y puso pleito á D. Octavio de Aragon, que sostenia su derecho; el Duque lo despachó á la costa de Génova, para asistir á la guerra de Saboya, á las órdenes del Marqués de Santa Cruz; se halló, por tanto, en la toma de Oneglia, y al volver á Sicilia se quejó repetidas veces á la córte de no guardarle el Virey las consideraciones á que le hacian acree-

dor sus años y servicios, esto principalmente porque el Duque no le consentia que interviniera en las galeras de su propiedad particular, y al irse el Virey á Nápoles pretendió que dichas galeras le fueran entregadas, formulando nuevas quejas. Fué ascendido en 1617 al mando de las galeras de Nápoles, con harto sentimiento de Osuna, para cuyos proyectos y actividad habia de ser rémora: tardó ocho meses en cumplir la órden, entretenido en Sicilia con los pleitos que seguia á D. Octavio de Aragon, y empeñado, como se ha visto, en mandar la escuadra del Adriático, por la codicia perdió la ocasion de apoderarse de alguna plaza de Istria, demostrándolo con el reparto, ó más bien saqueo, de las presas, contra las órdenes expresas del Virey. Sin ellas abandonó despues el puesto, marchando con las galeras á Sicilia é impidiendo, por tanto, el progreso de la guerra contra los venecianos.

Reprendido del Virey, repitió las quejas de *no honrarle como merecia*, pidiendo licencia para venirse á España, en la inteligencia de que si tardaba, se vendria sin ella, por no aventurar la honra y la vida, y aunque fué desaprobado el proceder, y de órden de S. M. se le cocomunicó haberse excedido [1]; se le acordó la licencia, que equivalia á dimision del cargo, y al avisarlo al Virey, respondiendo decia con la claridad de su genio: «Recibí las cartas de V. M. En lo que toca á D. Pedro de Leiva y

1 *Docum. inéd.*, tomo XLVI, pág. 122. En este tomo, en el anterior y en el siguiente se hallan las comunicaciones entre el Duque de Osuna y D. Pedro de Gamboa.

al Conde de Elda, no pienso que se agraviarán de nada, pues há muchos años que tienen las orejas hechas á todo..... Procuraré acomodar esto lo mejor que se pueda, considerando que nada tiene tanto inconveniente como que D. Pedro de Leiva y el Conde de Elda manden; pues al fin se sabe que, cuando sean menester las manos, han de hacer lo de siempre: el uno se contenta con hacerse enfermo, y el otro con asistir á sus pleitos. Vuestra Majestad ponga en estas escuadras los que conviene para su real servicio y reputacion..... y á D. Pedro de Leiva y al Conde de Elda mucho tiene V. M. en qué poder hacelles merced..... [1]»

No obstó el informe de capacidad para que, ascendidido el Marqués de Santa Cruz al puesto de teniente general de la mar en 1620, cubriera la vacante que dejaba en la capitanía general de las galeras de España [2], en cuyo concepto quiso la suerte que trasportára desde Nápoles á Málaga á la Duquesa de Osuna el año siguiente, y ántes del viaje, desde el 21 de Enero al 27 de Febrero, tiempo en que el cardenal Zapata, virey de Nápoles, asistió en Roma al Cónclave, tuvo la lugartenencia del reino.

Este mismo año de 1621 logró hacer una presa de consideracion en los bajeles de la caravana de Alejandría, suceso que él mismo refirió en estos términos:

«Pasando ayer á mediodía sobre la isla del Zante,

[1] *Colec. de docum. inéd.*, tomo LXVI, pág. 558.
[2] Se le expidió el título con fecha 2 de Julio de 1621.

vino una feluca en que me remitió el Cónsul de S. M. un pliego de S. A., donde venía una carta vuestra de los 8 del pasado, que yo os prometo me consoló harto, así por saber las buenas nuevas que me enviais de todo, como de que mi hija y nietos están con salud, y no ménos de vuestra mejoría.

»Los tiempos nos han ayudado tan poco, que no nos dejaron pasar adelante; pero habiéndonos llevado al canal del Ramo, fué Dios servido de que encontrásemos la caravana que venía de Alejandría y la tomásemos en este paraje, á la vista de veintidos galeras que la venian acompañando hasta el canal, donde por temor de la armada se pusieron guardadas de aquella fuerza. De la caravana se han quemado, echando á fondo y restituido á griegos que venian esclavos, eceto seis bajeles, los de más consideracion, con que parto para la vuelta de Italia, aunque hallándonos en *Portogualla*, apretados del tiempo, fué necesario dejar los dos menores. Por la prisa que tengo y ocupacion no he escrito á Palermo, pero haréislo vos dando estas buenas nuevas y que voy con salud. De lo del capitan Ferrer estoy con cuidado; por vida vueŝtra sabréis cómo está, y porque aquí va la relacion que contiene el viaje, donde podeis ver lo que pasa, no digo más. Yo quedo en el paraje de la Cefalonia, donde pienso ocuparme hoy en que se haga agua y no perder punto en llegar á Mesina, como me manda S. A. Dios guarde, 8 de Octubre de 1621.— *Don Pedro Gamboa de Leiva* [1].»

[1] *Colec. Navarrete*, tomo XII, núm. 26. La relacion que se cita no está.

El año siguiente volvió á Levante por órden del príncipe Filiberto, llevando las escuadras de galeras de España, Sicilia, Florencia y Génova, y alcanzó sobre los turcos victoria de que se publicó relacion particular. Fué la última; falleció el 10 de Julio [1].»

Contra el juicio particular del Duque de Osuna, don Pedro de Gamboa y de Leiva gozó reputacion de valeroso y de entendido marinero. Parrino publicó retrato y elogio suyos. Fué caballero de la Órden de Alcántara, comendador de Esparragosa y Lares y del Consejo colateral del reino de Nápoles.

D. FRANCISCO DE RIBERA.

El expediente de pruebas para el hábito de Santiago, que por galardon de la victoria de Celidonia concedió el Rey al almirante D. Francisco de Ribera [2], y los datos que D. Luis de Velez Guevara reunió al escribir su *Comedia famosa*, *El Asombro de Turquía* y *Valiente toledano*, con algunos más, completan las noticias consignadas en las páginas que preceden, acerca de la vida y hechos de tan insigne marino.

Nació en Toledo por los años de 1582, siendo sus pa-

[1] El citado Sr. D. José Julio de la Fuente pone su muerte en 1626, y dice dejó por manda testamentaria al Señorío de Vizcaya doce piezas de artillería de su propiedad.

[2] Hállase este expediente, que es voluminoso y muy notable por los incidentes, en el *Archivo histórico* de Madrid.

dres Pedro Fernandez de Ribera, hidalgo, natural de Leon, mayordomo del Obispo de Lugo, é Isabel de Medina, natural de Mascaraque. Fué bautizado en la parroquia de San Antolin, y quedó huérfano á los cuatro años de edad, atenido á los pobres recursos de la madre, con los cuales ni la educacion literaria fué esmerada, ni la perspectiva se le ofrecia halagüeña á no ver por entónces en la carrera de las armas la que el buen ánimo queria forjarse. En travesuras, galanteos y pendencias pasó la adolescencia del futuro mareante, como de ordinario acontecia á los hidalguillos de su tiempo, hasta que, huyendo de la justicia como su paisano don Diego Duque de Estrada, aunque no era tan linajudo, fué á parar á Cádiz, donde sentó la plaza de soldado en la armada de D. Luis Fajardo. Otro lance, en que mató á un capitan, siendo ya alférez de adquirido concepto, le dió alas buscando la impunidad en nuevo reino.

A la fama de las empresas del Duque de Osuna acudió á Sicilia, refiriendo Velez de Guevara su presentacion al Virey en estos términos floreados :

Una noche que quisieron
prenderme, á seis hombres juntos
les dí tantas cuchilladas,
que habiendo ya muerto á uno,
en los demas que quedaron
me entretuve por mi gusto,
hasta que los envié
á cuchilladas al uso.
Viendo, pues, que ya en mi patria
no podia estar seguro,
llevado de mi valor,
seguí los marciales rumbos:

fuíme á la ciudad de Cádiz
á tiempo que en ella estuvo
el señor don Luis Fajardo,
General y fuerte escudo
de la armada Real; senté
plaza de soldado, en cuyo
ejercicio ya ocupado,
nuevos alientos me puso,
pues el bélico instrumento
imperio en el alma tuvo,
tal, que su aliento sonoro
calificó mis anuncios,
pues partiéndose la armada
en busca de la del Turco,
procuré ser el primero
que en la guerra se introdujo;
y en la primera ocasion
en que ganamos algunos
navíos al enemigo,
fuí el primero que entre el humo,
cuajado de balas gruesas,
me arrojé en el mar profundo;
y asiéndome de un navío,
rémora fuí de su curso,
haciéndole detener
hasta que por él me subo;
y dando la muerte á cuantos
en él estaban sañudos,
los envié á los infiernos,
siendo el agua su sepulcro.
   Obligado de esta accion,
tan celebrada de muchos,
me honró con una bandera
mi general, y dispuso
traerme siempre á su lado
miéntras en la guerra estuvo,
que fué el primer escalon

en que Fortuna me puso
para derribarme luégo;
pero no de todó punto,
que como no me subió
á la cumbre de sus muros,
de un escalon arrojado,
poco mal hacerme pudo.
Dando pues la vuelta á Cádiz,
entre otros infortunios,
me sucedió que una noche,
sobre un pequeño disgusto
me desmintió un capitan;
pero yo que nunca sufro
atrevimientos de nadie,
para castigo del suyo,
tomé en su sangre venganza
con un puñal tan agudo,
que de sus heridas fué
despachado al otro mundo.
Mi general, informado
por lisonjeros del vulgo,
me persiguió de manera,
que yo ausentarme procuro
dando la vuelta á mi patria,
adonde mis deudos juntos
me esperaban victorioso
entrar en ella con triunfo,
y entré solo y arruinado,
á pié, cansado y desnudo,
y sin más premio que haber
servido á mi Rey augusto,
que como soldado y pobre
no le ofrecí más tributo.
Supe, gran señor, que vos,
recto, generoso y justo,
amparais á los soldados
y á vuestro favor acudo.

El Duque, nada escrupuloso con gente de brío, conservándole el empleo de alférez le confió el mando de un galeon de 36 cañones, con que muy luégo se distinguió en Berbería, acabando por entrar osadamente en la Goleta, al finalizar el año de 1615, accion que, segun se ha visto, elogió mucho Osuna, proponiendo para el empleo de capitan al toledano.

El poeta citado, figurando que participan al Virey la hazaña, la cuenta de esta guisa:

Ese que hiciste, capitan famoso,
ese que el mundo por edades nombre,
de cuyo aliento Marte está envidioso,
de cuyo nombre tiembla cualquier hombre,
á quien se debe el triunfo victorioso,
á quien se le atribuye por renombre
ser vencedor de aquesta accion primera,
ya sabes que es el capitan Ribera.
Cabo le hiciste de tu armada, cuando
parte animoso, y busca al enemigo,
el salado elemento iba buscando,
fiando en el valor que va consigo;
trémulo el viento obedeció soplando,
y para no cansarte en lo que digo,
con los cinco navíos que llevamos
á la vista de Túnez nos hallamos.
Conoce el enemigo nuestro intento,
con diez navíos en el mar se arroja;
viendo los nuestros el contrario aumento,
el ánimo parece les afloja;
Ribera entónces, con mayor aliento,
la pasion y la cólera le enoja,
y sin temor alguno de la muerte,
habló á sus capitanes de esta suerte:
«Muchos son los contrarios, pero el cielo

ha de ayudar á quien su fe confiesa :
el Virey, mi señor, con santo celo
la ejecucion me ordena de esta empresa :
quien tuviere temor ó algun recelo,
vuélvase luégo, que mi fe profesa
de no volver hasta volver triunfando,
ó morir como noble peleando.»
Estas, señor, de su valor razones,
á vuestra gente la dejó animada,
ármanse de furor los corazones
para embestir á la enemiga armada,
y enarbolando de la fe pendones,
accion de su valor determinada,
para dar la batalla se dispone
y á la defensa cada cual se pone.
Embiste con valor, prueba su suerte
y con tanto denuedo le combate,
que con estar el enemigo fuerte
le dejó desvalido al primer bate,
y con temor de su cercana muerte
alas de viento en su defensa late;
Ribera, sus intentos conociendo,
hasta abordar con él, le fué siguiendo.
Entra en el muelle, pone á cinco fuego
de las contrarias y furiosas naves;
tres echa á fondo, y de resulta luégo
(mira si es justo que la accion alabes)
dos á remolco trae, y á pensar llego
que ha de poner á su arrogancia llaves,
pues ya le tiembla, viendo tal hazaña,
como á columna y defensor de España.
Tres mil vidas quitó de turcos fieros,
que el agua guarnecian de turbantes;
ochocientos te ofrece prisioneros,
dos naves, treinta tiros arrogantes;
éstos sus triunfos son, y los primeros
que ofrece al mundo de su fama Atlante,

pues le concede el cielo tanta gloria
de llegar á tus plantas con victoria.

Trasladado Osuna al vireinato de Nápoles, llevó consigo á Ribera entre la comitiva de *sus bravos*, como de los más á propósito en la ejecucion de los proyectos marítimos que acariciaba. Guevara pone en boca del mismo Ribera el resultado de las operaciones, en esta arenga:

Valerosos soldados,
hijos de Marte, rayos animados,
cuya intrépida llama
fomentando cenizas á su fama,
parece que á porfía
abraza los designios de Turquía;
si saber mis intentos
pretendeis todos, escuchadme atentos:
Para aquesta jornada,
de Trápana salimos con armada
de cinco galeones,
que áun en el nombre dicen ser leones.
Surqué el mar de Levante
á buscar la del Turco, que arrogante
contra España se atreve,
porque el castigo su arrogancia lleve.
Ya sabeis que llegamos
á Celidonia, donde peleamos
dos horas no cabales,
tomando diez y seis caramuzales
de corsarios, que lloran sus ruinas,
y despues, en el puerto de Salinas,
con Alí, renegado,
y diez bajeles, hemos peleado.
Defendióse valiente,
pues en esta refriega, frente á frente,
el fuego competia
uno con otro, tal, que parecia

que entre el orgullo ciego
estaba junto la region del fuego,
ó que el mar se abrasaba
y la nieve en volcanes se trocaba.
  Al uno puse fuego,
y saqueándole cinco, huyeron luégo
con solos cuatro á tierra.
  Quedamos victoriosos de esta guerra,
y yendo á Famagusta,
porque de pelear mi afecto gusta
con valores altivos,
tomando cinco barcas de cautivos,
con un bajel de Grecia,
que en gran tesoro su valor aprecia,
aviso hemos tenido
que viene á Celidonia prevenido;
costea sus fronteras,
y son cincuenta y cinco sus galeras.
  Sólo cinco bajeles
tenemos, y un patache, tan crueles
estando guarnecidos
de nuestros corazones atrevidos,
que aunque el caso es temible,
y parece vencerlos imposible,
por traer (¡caso grave!)
once galeras para cada nave;
nadie desmaye, todos muestren brío,
Dios es de nuestra parte, en Él confio,
y en su Madre sagrada,
que viene por patrona y abogada
en el Real estandarte,
que en la guerra será de nuestra parte.
  Ea, nobles soldados,
en esta accion quedais eternizados,
el honor os importa;
rayos de fuego el corazon aborta:
hoy la ocasion os llama,

laureles os dará la eterna fama;
seguid mi pensamiento,
ó vencer ó morir es lo que intento.

Ganada esta batalla naval de Celidonia que, segun Gil Gonzalez Dávila, tuvieron por prodigiosa los del tiempo, habiendo puesto en asombro y miedo al Turco, y frustrado sus designios; recibido el capitan en Nápoles con salvas y agasajos, ensalzado en toda España y premiado por el Rey con el título de Almirante y la venera de la Órden de Santiago; el poeta referido, por una de las libertades lícitas en su caso, supone que Ribera acudió á la presencia del Soberano y que, instado á referir los sucesos de su carrera, lo hizo desembarazadamente:

Oiga Vuestra Majestad:
Obedeciendo, señor,
¡oh gran monarca del mundo,
que el cielo mil años guarde,
para que indomable yugo
á la cerviz enemiga
sujete el valor augusto!
Obedeciendo el mandato
que tu persona me puso,
no arrogante, no soberbio,
sin episodios ni rumbos,
de mi historia los sucesos
os diré en breve discurso.
Pobre soldado llegué
á Sicilia, donde estuvo
el de Osuna por virey
en tal ocasion, que pudo,
de mi valor informado,
en la armada que dispuso
de solos cinco navíos,

hacerme capitan de uno.
Diversas veces partimos,
que referirlas no es justo,
por no cansarte, mas puedo
decirte que nunca tuvo
el enemigo victoria,
porque el cielo lo dispuso
tan en favor de su fe,
que no se volvió ninguno
de los nuestros sin vencer;
con que quedaron seguros
los puertos de mil corsarios,
que los asolaban, turcos.
Conociendo mi valor
el Virey, en nombre tuyo
me hizo cabo de la armada,
y yo, que ocasiones busco
para ejercitar en ellas,
con este cargo segundo
partí á Túnez, donde estaba
Sanson, corsario y verdugo
de los cristianos, tan fuerte,
tan guarnecido y seguro,
por estar dentro del muelle,
que aunque animoso me juzgo,
pude dudar, no temer,
que nunca en mí el temor cupo;
pero obedeciendo el órden
del Duque, que por ser suyo
dice: ó morir ó vencer;
los capitanes consulto,
y puesta la gente en órden
los acometimos juntos.
De diez navíos contrarios
quemé los cinco, y ninguno
se me escapó, que desotros
tres entré á fondo, y acudo

á esotros dos que quedaban
con más de ochocientos turcos,
y me los traje á remolco
sin que se librase alguno.
Cuando volví victorioso,
el Virey (con prémio justo)
lo era de Nápoles ya,
y con licencia que tuvo,
me nombró por almirante
de la mar: partíme al punto,
y en diversas ocasiones
algunas empresas hubo,
que por no ser memorables
aquí no las introduzgo;
y una entre todas, señor,
que por la mayor la juzgo,
fué, que saliendo á buscar,
como otras veces, al turco,
por el mar de Celidonia,
apénas sus ondas surco
para buscar al contrario,
cuando de léjos descubro
cincuenta y cinco galeras
que, apresurando su curso,
sobre nosotros venian:
no es mucho, señor, no es mucho,
viendo el número tan grande,
que se temiesen algunos
de los nuestros, porque veian
(aunque aquí lo dificulto)
cinco navíos no más
y un patache, y de los suyos
cincuenta y cinco, que habia
once para cada uno
de los nuestros: allí fué
donde el valor se detuvo;
titubearon los alientos,

y casi, casi, se puso
en duda la ejecucion,
por no arriesgar, mal seguro
de tanta opinion ganada,
los laureles y los triunfos;
pero yo, que en este pecho
fulmina Marte iracundo
rayos de fuego, que aborto
incendios con que destruyo,
puesta la esperanza en Dios
y en María, cristal puro
sin mácula de pecado,
que con el retrato suyo
en el estandarte Real
caminábamos seguros,
disponiendo la batalla,
ánimo á todos infundo.
Llegué á tiro de cañon
al enemigo que, astuto,
nos iba cerrando apriesa;
mas yo, que valiente acudo,
plegué las velas, excepto
gavias y trinquetes, cuyo
volátil viento quedó,
y acometiendo sañudos,
peleamos tan valientes
que apénas la fama pudo,
viendo la igualdad de entrambos,
darle la victoria al uno.
El enemigo, que ufano,
con el amparo del humo
se fué metiendo debajo
de la artillería, propuso
darme asalto muchas veces,
pero nuestra armada tuvo
la defensa en los pedreros,
tan valerosa, que muchos

genízaros que subieron,
fué para castigo suyo.
Tres dias nos vió constante
el cuarto planeta rubio,
y otros tantos nos dejó
en la palestra ó tumulto
del mar; pero al tercer dia,
once galeras del Turco
á nuestra vista tuvieron
entre los peces sepulcro,
y á la Real del enemigo,
que con la nuestra se opuso,
con otras quince á su lado,
á los diez y seis de Julio,
que fué el último, quedaron
desarboladas, con mucho
deshonor, pues que sin órden
se valieron del refugio
de la mar, y retirados,
fué la victoria y el triunfo
por nosotros, cuando estaba
tan cercano de ser suyo.
Esta, señor, es la historia,
y fué la mayor que el mundo,
desde aquella de Lepanto
que con celestial impulso
por el señor don Juan de Austria
alcanzó el imperio tuyo,
se ha conocido hasta hoy;
pues de la gente del Turco
murieron más de seis mil:
sólo á Dios se lo atribuyo,
que de las fuerzas humanas
por imposible lo juzgo,
y de los nuestros murieron
cuarenta y tres, aunque muchos
heridos y maltratados,

de los cuales fuí yo el uno,
pues en el rostro una herida
vivo carácter me puso
por timbre de mis hazañas
fijando bien en su escudo.
Á tus armadas, señor,
he ofrecido por tributo
más de sesenta navíos,
sin que perdiese ninguno
de los que llevé á mi cargo,
y de mi valor presumo
que no he empezado á servirte,
ni me parece que cumplo,
hasta que pierda la vida,
para que conozca el mundo
tu poder y mi valor,
tu grandeza y mis impulsos,
tu justicia y mi lealtad,
pues en un supuesto junto,
con mil victorias serán
gloria mia y honor tuyo.

Escrita la comedia *El Asombro de Turquía* el año de 1616, bajo la grata impresion de la memorable victoria de Celidonia, si en los sucesos sigue con fidelidad á las noticias, sin exageraciones de que rara vez prescinde la poesía, desvirtúa un tanto el carácter del héroe, presentándolo arrogante y jactancioso. Las cartas que en este libro se trascriben muestran, por lo contrario, que la fortuna no hizo olvidar á Ribera aquellos términos mesurados de la modestia que más enaltecen el valor. No refiere, naturalmente, Velez de Guevara más que lo ocurrido hasta aquella fecha, cuidando de que conste en el consabido fin teatral de la época.

Y aquí el poeta, señores,
á cuanto supo en la historia
del español toledano
da fin, y humilde se postra.

¿Quién sabe si en segunda parte desconocida proseguiria narrando las proezas del Almirante en el Adriático? Si lo hizo, no se dice en los catálogos, ni yo he tenido la suerte de descubrirlo; mas D. Diego Duque de Estrada, toledano tambien, puso en sus memorias, como se ha visto, las ocurrencias de la campaña, dando testimonio de la pericia y la serenidad con que la condujo.

Vino el relevo de Osuna y desbarate de su escuadra particular á cortar las alas de la Fama: siguió Ribera con el cargo de Almirante; obtuvo aún algunos triunfos, mas no de aquellos que tenian en suspenso los ánimos. En 1621 trasportó con tres galeras á Génova tropas para Milan, é hizo nueva sorpresa en la Goleta, incendiando los buques corsarios que allí se guarecian; tuvo luégo á su cargo la guarda de las costas de Sicilia, cruzando por sus aguas hasta que de una vez se acabó con la marina de D. Pedro Giron, ó sea el año de 1623, en que recibió órden de venir á España con los bajeles de su cargo.

Por entónces se prevenia con gran afan la expedicion destinada á desalojar del Brasil á los holandeses, ofreciendo el Gobierno á D. Fadrique de Toledo elementos de mar y tierra que bastáran á la recuperacion de la bahía de San Salvador [1], y entre los primeros se contó la

[1] Puede verse la biografía de D. Fadrique, que publiqué en el almanaque de *La Ilustracion Española y Americana*, y otros datos en las *Disquisiciones náuticas*.

todavía nombrada *escuadra de Nápoles*, compuesta de los galeones *Concepcion*, Capitana, de 60 cañones; y *Anunciacion*, de 54, y de los pataches *Cármen*, de 14, y *San Jorge*, de 16; Ribera tenía ya título de general de esta escuadra, conservándolo hasta la muerte.

Al llegar á Gibraltar escribió al Rey una carta, que trascribo con la propia ortografía, lamentándose de que despues de tanto tiempo trascurrido no se hubiera todavía despachado la cédula del hábito de Santiago, por dificultades antepuestas á la consideracion de sus servicios; decia:

Señor.—A V. m^{d} he supplicado despues de Aber Acabado el biaje, fuese serbido de darme licencia para que me fuese A echar A sus pies, pidiendo á V. m^{d} mandase se despachase el Abito que V. m.^{d} me hizo mrd A 4 Años y que V. m^{d} A sido serbido de onRarme en mandar que contínue su Real serbicio, que sin yr yo A la Corte, se me Ara mrd. yo S.^{r} Ago y are de aquí A que muera, todo lo que se me mandare, mas no puedo dejar de significar á V. m^{d} mi desdicha, para que V. m^{d} como tan gran Rey la Remedie, ques grande, tener detenido, el Abito tantos Años, estando yo de dia y de noche, desbelandome, como mejor poder Acer el serbicio de V. m^{d} y cada dia, me parece que empiezo, y desto beo por la gracia de dios que V. m^{d} esta satisfecho, pues en las cartas que V. m^{d} me A mandado escrebir, se da por bien serbido, pues siendo Así, no permita V. m^{d} que puedan mas mis enemigos, que la grandeza de V. m^{d}, y mis serbicios por los que, Aunque Ubiera Alguna cosa dudosa, se debria Atropellar quando no fuese por mi,

por Animar A los que sirben, y empiezan A serbir, que lo que desta bida pretendo sacar es Una onRada mortaja y el dia de oy que ay tantos Abitos en la gente de gueRa, en lugar de Alegrarme, me aflijo quando los veo, por ber que no se Acabe de despachar el mio, Supp^{co} á V. m^{d}, contoda Umildad que mande se despache brebe y bien, que de V. m^{d} no quiero otra mrd que solo esta me basta para bibir Alegre y no faltar en toda mi bida Al Real serbicio de V. m^{d} q^{e} g^{e} dios como la Christiandad A menester, jibraltar, febr^{o} 23 de 1623—Fran^{co} de Ribera[1].

Parece que realmente cayó sobre el sufrido almirante la desgracia que se extendia á todas las hechuras de Osuna. Los caballeros encargados de hacer las pruebas de nobleza, habiendo entre ellos eclesiásticos, mostraron una escrupulosidad, ó más bien un empeño, de que habrá pocos ejemplares. Hicieron extensísimas informaciones en Leon, Toledo, Mayorga, Villamayan, Madrid, Valladolid y Nápoles, examinando más de cien testigos, á más de los protocolos y archivos, informando al fin que no habia en el agraciado las condiciones necesarias para ingresar en la Órden de Caballería, porque si bien su padre y su abuelo habian sido de notoriedad hijosdalgo, de una manera algo dudosa, aparecia relacion de parentesco de una tatarabuela con un tal Diego de Ordás, de sangre de judío; que en Mayorga vivia un Rodrigo Ribera, boticario, tio del demandante, y que su

1 Original olígrafo en el Archivo histórico nacional. Pruebas de la Órden de Santiago.

madre, Isabel de Medina, estaba asentada entre los pecheros de Mascaraque. El Consejo de las Órdenes negaba, por consiguiente, la concesion deteniendo el expediente, como medio ménos mortificante, y acaso no tuviera fin si con la oportunidad de la jornada del Brasil no coincidiera el empeño de altas influencias á que recurrió Ribera. Por ellas llegó un breve del Papa Urbano VIII, dispensando con indulto cualquiera de las irregularidades que se alegaban, y con su vista, por decreto de 2 de Febrero de 1624, ordenó el Rey al Consejo que no se prosiguieran las diligencias, y no obstante las dificultades que en la calidad se ofrecian, fuera concedido el hábito, lisa y corrientemente, sin expresar en la concesion ni en el título la dispensacion. Otorgó ademas á D. Francisco Ribera la encomienda de Castilleja de la Cuesta en la misma Órden de Santiago, justa compensacion de las amarguras que habia sufrido y premio de los servicios que siguió prestando.

Vencidos en el Brasil los holandeses, sabido es que sufrió la armada al regresar un furioso temporal, que obligó á D. Fadrique de Toledo á embocar el estrecho y fondear en Málaga. Ribera consiguió tomar el puerto de Cádiz con los dos galeones y un patache; el otro, el *San Jorge*, habia zozobrado á la altura de las Azores, ahogándose toda la gente. Sucedia esto en 1626, y pocos dias despues de la arribada se presentó en la bahía la escuadra inglesa, que fué rechazada, contribuyendo honrosamente á la victoria el mismo Ribera. Posteriormente estuvo en Lisboa y cabo de San Vicente, encargado de escoltar las flotas de Indias, concluyendo las noticias á

fines del año mismo de 1626, en que es de presumir su fallecimiento, aunque no contaba más que cuarenta y cuatro años de edad. Un memorial suscrito en 1646 por su hijo Pedro, solicitando la referida encomienda de Castilleja de la Cuesta, dice haber quedado por muerte de su padre con poca hacienda, y acredita que el general habia casado con D.ª Olimpia Campilongo, natural de Nochera de Pulla, en el reino de Nápoles.

DON PEDRO ANTONIO COLOMA,

CONDE DE ELDA.

Este personaje, que no merecia al Duque de Osuna el mejor concepto, era de los más nobles y calificados señores del reino de Valencia; hijo primogénito de don Juan Coloma, primer conde de Elda, virey de Cerdeña; hermano de D. Cárlos, clásico historiador de las guerras de Flándes, de D. Alonso, obispo de Barcelona y de Murcia, y de D. Francisco, general de galeones de Indias. Don Pedro Antonio Coloma y Calvillo fué, como su padre, Virey de Cerdeña, y en 10 de Julio de 1604 recibió título de Capitan general de las galeras de Portugal, reemplazando en este cargo al segundo Marqués de Santa Cruz.

Navegando á Sanlúcar con tres de las dichas galeras en 1606, á tiempo que se habian celebrado las paces con Inglaterra, encontró un corsario de esta nacion, que continuaba las hostilidades en su provecho y contestó con insolencia á las intimaciones que le hizo; roto el

fuego por ambas partes, se defendió, causando á las galeras treinta muertos y muchos más heridos, por lo que, apénas rendido, lo mandó ahorcar el Conde de una verga.

En 1610 acudió á la expulsion de los moriscos de Valencia, reuniéndose en la costa 13 galeras de España, mandadas por D. Pedro de Toledo, que tuvo el mando general; 17 de Nápoles, con el Marqués de Santa Cruz; nueve de Sicilia, con D. Pedro de Leiva; 15 de Génova, con el Duque de Tursi; cuatro de Portugal, que eran las que llevaba Elda; cuatro de Barcelona, con D. Ramon Domps, y 14 galeones de la armada de D. Luis Fajardo; de suerte que venía á ser la fuerza de 62 galeras y 14 galeones, con 7.700 soldados de desembarco. Es de presumir que no desempeñaria satisfecho este servicio el de Elda, sacando de la tierra, entre tantos expatriados, á sus propios vasallos.

Asistió despues á la toma de Larache, ascendiendo á la Capitanía general de las galeras de Sicilia en 1615; mas no se dió prisa en acudir al nuevo servicio, disculpando la ausencia, de modo que en Real cédula de 23 de Mayo de 1616 se dispuso que no se le descontáran los sueldos de diez y nueve meses que faltó de las galeras. Asistió, como se ha visto, al combate naval del Adriático, y acabado, desde Brindisi se fué con las galeras á Mesina, sin órden, á pretexto de andar moros en la costa, que fué lo que motivó la queja del Duque de Osuna.

Tratando de su casa y familia el Marqués de Mo-

lins [1], consigna que fué caballero de eximia piedad, fundador del convento de Franciscanos del pueblo de su título. Casó tres veces: la primera con doña Beatriz Corella, hija del Conde de Concentaina, la cual no tuvo hijos, pero adoptó como tales á los pobres, fundando en Elda un hospital que áun subsiste, bien que despojado de los bienes que le legó su fundadora. Casó luégo el Conde con doña Francisca Manrique y con doña Juana Enriquez, no teniendo sucesion sino de la última, y murió siendo General de las galeras de Sicilia [2].

DON DIEGO PIMENTEL.

Cuatro hijos del Conde de Benavente, virey que fué de Nápoles: D. Alonso, comendador de Castrotorafé, en la Órden de Santiago; D. Jerónimo, que lo era de la Esparra en la de San Juan de Malta; D. Manuel y don Diego, sirvieron en las galeras de aquel reino, á las órdenes del Marqués de Santa Cruz, asistiendo á las jornadas que contra los turcos se hicieron; pero más que los otros se distinguió en la mar D. Diego, que obtuvo nombramiento de teniente general de la referida escuadra de Nápoles. En 1604 estuvo en la toma de las ciudades de Longo y Durazo, tocándole en la última el ataque por mar. Dos años despues dirigió en jefe otra

[1] Discurso contestando al de D. Alejandro Llorente en la recepcion pública de éste en la Academia de la Historia.
[2] Haro, *Nobiliario*, tomo II, pág. 270. Condado de Cantillana.

expedicion, con 10 galeras, á los mismos parajes, y en 1611 llevó con seis la vanguardia en el ataque de los Querquenes. El reconocimiento que verificó en Navarino; el combate con dos galeras turcas de su misma fuerza, á vista de la armada enemiga, y el regreso á Sicilia con las presas, perseguido largo trecho el año de 1614, son de las acciones más valerosas y brillantes de la marina de su tiempo. Gil Gonzalez Dávila refiere que al llegar á Mesina salió del puerto el Marqués de Santa Cruz y le saludó en la Capitana, haciéndolo con los cañones toda su escuadra. Entró solo D. Diego con las suyas y las dos rendidas; fueron los demas generales y el Virey á darle la enhorabuena, y entraron en la galera del vencedor, estando el mar lleno de bajeles y las riberas de escuadrones formados, que le hicieron salva, juntamente con los castillos, ántes que D. Diego hiciese las que debia. Llevaba las dos galeras turcas á remolque, con las popas por delante, los estandartes puestos en la suya de manera que arrastraban por el agua, y los trofeos de gallardetes y flámulas al reves, como de vencido. Al acercarse abatió tiendas la galera Real para honrar la entrada de un capitan que se hacía por el hecho conocido en el imperio de su Rey y famoso en el de sus enemigos. Llegó escaramuzando entre la arcabucería y mosquetería; los cristianos librados del cautiverio, con lágrimas de alegría, y la Real respondió al saludo, cosa no acostumbrada, por grande honor. Al desembarcar llevaban á D. Diego en medio el Virey y el Marqués de Santa Cruz, siguiéndoles el pueblo en muchedumbre; fueron á visitar al príncipe Filiberto, el

cual salió al encuentro con demostracion de señalada cortesía. Entónces dió cuenta Pimentel de los pormenores del viaje y accion, alabándola los generales como extraordinaria, teniendo en cuenta que eran las dos galeras sencillas y á 700 millas de Mesina, y á la vista del enemigo osaron atacar y rindieron á dos Capitanas, trayéndolas por la proa de la escuadra turca; y queriendo ensalzar el mérito y valor de D. Diego, le concedió el Príncipe en el acto las dos presas.

En la serie de combates y de triunfos conseguidos despues en el vireinado del Duque de Osuna, ya con el Marqués de Santa Cruz, ya con D. Pedro de Leiva, tuvo siempre participacion Pimentel, hallándose en las funciones del Adriático y de Berbería, y cuando cesó aquel Virey, en 1621, fué á la Goleta con seis galeras, é incendió varios corsarios bajo el fuego de los castillos.

Murió gloriosamente, por accion de guerra, del modo siguiente:

Envalentonados los turcos y berberiscos, que cubrian la mar de corsarios, con ocho galeras de Nápoles, cuatro de Florencia y tres del Papa, cruzó persiguiéndolos todo el verano de 1624. Estando en Cerdeña logró saber al fin que una escuadrilla de tres navíos y tres pataches habia aparecido sobre las islas de San Pedro, y saliendo de noche los descubrió al amanecer el 3 de Octubre. Rompióse el fuego de una y otra parte, con la fortuna en las galeras de desarbolar uno de los navíos y partirle el timon, por lo que lo abandonó su gente, pasándose á la Capitana; el otro fué abordado y rendido, y la

misma suerte tuvieron los tres pataches; sólo la Capitana, buque de 36 piezas, resistia, causando notable daño á las galeras que se aproximaban. Quiso D. Diego Pimentel dar el ejemplo, iniciando el abordaje, y al arrimarse recibió en el estómago una bala de mosquete; bastó, no obstante, su mandato, para que las otras galeras se arrojáran como lebreles á la presa, en cuyo momento, el corsario, que tan bizarramente habia resistido, puso fuego al navío, que se voló con los defensores. Las galeras condujeron las cinco presas al puerto de Caller, en Cerdeña, sin las demostraciones de alegría acostumbradas en las victorias; el general D. Diego Pimentel falleció á las treinta horas de recibir la herida, el 4 de Octubre de 1624.

JORGE DE OLISTE.

La familia de los caballeros de Oliste ó Doliste, arraigada en Ragusa, prestó de tiempo atras importantes servicios á España. Los nombres se ven escritos en los documentos con mucha variedad, principalmente el de Estéfano Dolisti de Ivella, á cuyos apellidos se agregan á veces los de Tasoverich y Ohumuchicuíchgargurich. Todos ellos eran grandes marineros y constructores, habiendo logrado fabricar galeones, en los que *con maravillosa bondad habian sacado la quinta esencia* [1].

[1] *Disquisiciones náuticas*, tomo V, págs. 365, 370.

Con ellos sirvieron en la armada española en muchas ocasiones, singularmente en las jornadas de las Terceras y en la de Inglaterra. Posteriormente hizo asiento Estéfano ú Estéban de Oliste para servir por cinco años con una escuadra de doce galeones á su mando, con título y sueldo de general de ella. Llamábase escuadra de Iliria. Pedro de Ivella, de la misma familia, y general tambien de escuadra por asiento, pereció en naufragio sobre la costa de Galicia el año 1596.

Jorge de Oliste sirvió activa y lealmente al Duque de Osuna, influyendo en los buenos oficios de la República de Ragusa; asistió con dos galeones de su propiedad á la guerra contra Venecia, y mantuvo frecuente correspondencia con el Virey y con el secretario de Estado Antonio de Aróstegui, informándoles de cuanto ocurria en Oriente, por la facilidad de sus relaciones. En la *Coleccion de documentos inéditos*, tomos XLV, XLVI y XLVII, hay várias cartas suyas haciendo relacion del combate del almirante Ribera contra los venecianos en 1617; de la muerte del Gran Turco, sucesion, acontecimientos en Constantinopla; pérdidas sufridas en la armada de Venecia por el anterior combate y sucesivo temporal; toma de Manfredonia por los turcos en 1620.

Otra, dirigida á D. Francisco de Quevedo, se halla en la *Coleccion* de las obras de éste, que publicó D. Aureliano Fernandez-Guerra, tomo II.

Solicitó plaza en el Consejo colateral de Nápoles, y parece le fué concedida, atendiendo á sus buenos servicios.

Relacion de los servicios de diez capitanes que con recomendacion envió á S. M. el Duque de Osuna, virey de Nápoles.

EL CAPITAN MANUEL SERRANO RIBERA.

Há que sirve veintitres años, comenzándolo á hacer los cuatro primeros en la armada Real, y de allí pasó á Flándes, donde sirvió once años contínuos, en tiempo de guerra. Hallóse en el entrego de Larache, en cuya fuerza entró tres veces con hábito de frances á reconocer aquella plaza, y asimismo reconoció despues el puerto y sitio de la Mamola, entrando dentro de él disfrazado; y hallándose con las galeras de España á la toma de dos navíos turquescos, fué el primero que entró en el mayor dellos á rendille, y volándose el bajel, cayó á la mar muy maltratado, por lo cual, y por lo bien que acudia á lo demas que se ofrecia, escribió D. Pedro de Toledo á S. M. le emplease en las ocasiones de mar por ser de mucho provecho en él; y últimamente se ha hallado en las ocasiones que han tenido los bajeles del Duque de Osuna, que están á cargo del almirante Francisco Ribera, llevando siempre á cargo la Almiranta; y en los Consejos de Estado y Guerra hay relacion de estos servicios.

EL CAPITAN VASCO DE ACUÑA.

Há diez y ocho años que sirve á S. M. en los reinos de Nápoles y Sicilia, hallándose en las jornadas que se han hecho á Levante con el Marqués de Santa Cruz, y despues en la expulsion de los moriscos de España, toma de Larache, Cirere, Querquenes y las de las siete galeras turquesas; y habiéndole enviado D. Pedro de Leiva á reconocer el puerto de los maynotas si estaba en él la armada del turco, y no hallándola, fué enviado segunda vez al puerto de Castil-Rojo para el dicho efecto, donde, hallando que habia partido, y saltando en tierra, trujo un griego que dió lengua del armada. Hallóse en la presa de la Capitana de Azan-Mañol, y las dos veces que entró el almirante Francisco de Ribera á quemar los bajeles de la Goleta, fué por cabo de uno de los galeones, y en otra toma de bajeles debajo de las Salinas de Chipre, y en la rota que tuvieron los seis galeones con el armada del Turco, y últimamente, en el mar Adriático fué por cabo de uno de los quince galeones que pelearon con la armada de Venecia, y queda sirviendo con su compañía y cabo de un galeon.

EL CAPITAN ÍÑIGO DE URQUIZA.

Há que sirve diez y ocho años; fué de sargento al Estado de Milan, donde se le dió una bandera; y ha-

biendo sido reformado, pasó á las galeras de Sicilia con quince escudos de entretenimiento, con los cuales se halló en las ocasiones que se ofrecieron, y en particular en las entradas que el almirante Francisco de Ribera hizo en la Goleta, donde llevó á su cargo un bajel, gobernando la gente de mar y guerra dél, y con el mismo se halló en sacar los bajeles que estaban debajo de las Salinas de Chipre, y asimismo en la rota que los seis galeones tuvieron con el armada veneciana; y habiendo venido á esta ciudad, volvió á salir della por cabo de dos galeones que fueron á juntarse con los del dicho Almirante, y al presente tiene á su cargo un bajel junto con su compañía.

EL CAPITAN DIEGO DE BALMASEDA

Há que sirve veintidos años. Hase hallado en muchas presas de bajeles en España y en Italia, y en la de una galeota en que fué muy mal herido. En la jornada de Tripol, Argel y otras, fué sargento, y de alférez reformado tuvo una galera á su cargo, y se halló en lo de Larache. En la expulsion de los moriscos de España llevó á cargo uno de los seis bajeles que armó el Duque de Osuna, con el cual se halló en la entrada que hicieron en la Goleta, donde, estando la Capitana muy empeñada, se juntó con ella y estuvo peleando hasta que salió con tres bajeles de los enemigos y con la Capitana de Argel. En el reencuentro que se tuvo con el armada del Turco

socorrió al Almiranta, estando muy apretada, por lo que se le dió una compañía de infantería; y habiéndose embarcado en una de las dos galeras que fueron á Levante á tomar lengua, tomaron la galera Capitana de Sabonique, en las ocasiones del mar Adriático; y el Duque de Osuna le envió con tres galeras reforzadas á un servicio, y á la vuelta volvió á salir con cuatro bajeles de alto bordo á buscar los del cargo del dicho Almirante, y al presente es capitan de infantería y cabo de un bajel.

EL CAPITAN D. JUAN CEREZO.

Há que sirve quince años, los seis en Flándes, con veinte escudos de entretenimiento en la infantería, hallándose en las ocasiones que se ofrecieron hasta que se hicieron las treguas, y con licencia vino á Lombardía, donde asentó plaza con diez escudos particulares, hallándose en la jornada de Larache y expulsion de los moriscos, en particular en las sierras de Espadan y otras, y en algunas tomas de bajeles, hasta que fué alférez. Despues sirvió en los viajes que hubo de Sicilia á Levante, así de galeras como de galeones, y en particular en el golfo de Satalia; saltó en tierra en puerto veneciano por cabo de cien españoles, y ganó los puestos que los turcos tenian ocupados debajo del castillo, para defensa del puerto; cortó los cabos á cuatro bajeles que se sacaron dél, y fué á tomar lengua y á reconocer diferentes bajeles. Ha sido comisario general de las torres y

guardias marítimas del reino de Sicilia, con patente de capitan de armas, y últimamente se ha hallado en todas las ocasiones del mar Adriático con los bajeles del cargo del dicho Almirante, llevando siempre uno á su cargo, y en particular en el reencuentro que se tuvo con el armada veneciana, y agora queda sirviendo con su compañía y cabo de un bajel.

EL CAPITAN D. DIEGO BERMUDEZ.

Há que sirve diez y siete años en el armada de las Indias, donde fué alférez y entretenido cerca de la persona de su general; hallóse en diversas ocasiones peleando con navíos de enemigos, hasta que pasó á Sicilia en ventaja, y de allí salió para la jornada de Larache, expulsion de los moriscos, entrada de los Querquenes y interpresa de Chicin, donde fué uno de los nombrados para un puesto de importancia, toma de bajeles redondos y otros, y en las dos entradas que se hizo en la Goleta, donde peleando se sacó la Capitana de Argel con otros bajeles, llevando la primera vez á su cargo la artillería de la Capitana, y la segunda vez gobernando la infantería que iba en una urca, con la cual se halló á sacar los bajeles debajo de las Salinas de Chipre y en la rota que los seis navíos hubieron con el armada turquesa; y habiendo vuelto á este reino, se le dió una bandera, con la cual se halló en las ocasiones del mar Adriático, y despues se le dió una compañía, y con ella y con un ba-

jel que llevó á su cargo se halló en el reencuentro que se tuvo con el armada veneciana, con cuyos cargos queda sirviendo al presente.

EL CAPITAN ALONSO DE TALAVERA.

Há que sirve desde el año 1598; hallóse en la pérdida de Corcubion y en la jornada de Falamua, de donde pasó á Flándes, y allí se halló á pasar el Rhin, hacer los fuertes, ganar á Vercarlin, el castillo de Bruhl, sobre la isla de Bomel, y en hacer el fuerte de San Andres, en hacer y defender el de Durango sobre el dique de Grave, en el socorro de Arnenque, y despues pasó con licencia á España, donde ayudó á levantar una compañía de infantería, con la cual pasó de cabo de escuadra á este reino, y se halló en la toma de Durazo, en Pozzoli, con el Marqués de Santa Cruz. El año de 609 pasó de sargento á España, y sirvió en la expulsion de los moriscos, donde, habiendo sido alférez, se le dieron ocho escudos de ventaja para Sicilia, y viniéndolos á gozar lo cautivaron y lo estuvo dos años y medio; y habiendo tenido libertad por el Duque de Osuna, le honró con un bajel, que fué uno de los seis que llevó á cargo el almirante Francisco de Ribera que pelearon con el armada del Turco; pasó á Nápoles y se le dió una compañía de infantería, y habiéndose embarcado en un bajel lo llevó á su cargo, hallándose en el reencuentro que se tuvo con el armada veneciana.

EL CAPITAN ALONSO DE AGUILAR Y CASTRO.

Há que sirve treinta años, hallándose en las ocasiones del mar Océano contra ingleses; siendo allí soldado y sargento, pasó á Italia y se halló en las de Provenza y Piamonte, de soldado y alférez, y habiendo dejado la bandera, el señor Duque de Saboya le dió treinta escudos de entretenimiento cerca de su persona. El año de 96 pasó con veinticinco escudos de entretenimiento cerca de la persona del Condestable de Castilla en la jornada de Borgoña, donde fué empleado en muchas ocasiones particulares, y habiendo ido á España se le mandó ir á servir en el armada Real con diez escudos de ventaja, y se halló en las jornadas que hicieron D. Diego Brochero y D. Luis Fajardo, y en particular de Larache, donde fué ocupado por cabo de un patache, y á ponerse en puesto donde habia de venir el enemigo, y fué enviado con gente á reconocer donde se entendia estaba. Por estos servicios y por los de tres hermanos que murieron en servicio de S. M., le mandó levantar una compañía en España, con la cual pasó á este reino, y está al presente continuándolo, teniendo tambien á su cargo un galeon.

EL CAPITAN JUAN NIETO DE VILLEGAS.

Há que sirve diez y ocho años, los doce en el armada Real, hallándose en las ocasiones del tiempo de D. Die-

go Brochero y D. Luis Fajardo, en el reino de Irlanda y sitio de Esquirzal, toma de Larache y la Mamola, y siendo alférez gobernó una compañia por espacio de dos años, con la cual se halló en la guerra de los navíos que hizo D. Rodrigo de Silva en las islas del Mogador y en otras muchas ocasiones con bajeles de enemigos. Habiendo pasado á Italia se halló en la toma de Chicin, siendo uno de los siete alféreces nombrados para el petardo, y de los primeros que entraron en la tierra, y en los viajes que D. Octavio de Aragon ha hecho á Levante, y en los bajeles que sacaron debajo las fuerzas del puerto veneciano, donde peleó con los enemigos que estaban fortificados en tierra, y en otras ocasiones con bajeles turcos, y en el viaje que hizo á la Damiata y otras partes, llevó á su cargo la almiranta, y se halló con los bajeles del cargo del almirante Ribera en la rota que se dió al armada del Turco, y en sacar los bajeles de las Salinas de Chipre; últimamente en todas las ocasiones del mar Adriático, hallándose por cabo de uno de los quince galeones que pelearon con el armada veneciana, con el cual y su compañía está sirviendo.

EL ALFÉREZ DIEGO RODRIGUEZ.

Há quince años que sirve; los cinco en la armada Real, hallándose en las jornadas de Irlanda y en la de las Terceras, con bajeles ingleses; pasó á Sicilia, donde fué sargento, y habiendo sido reformado se le dió los

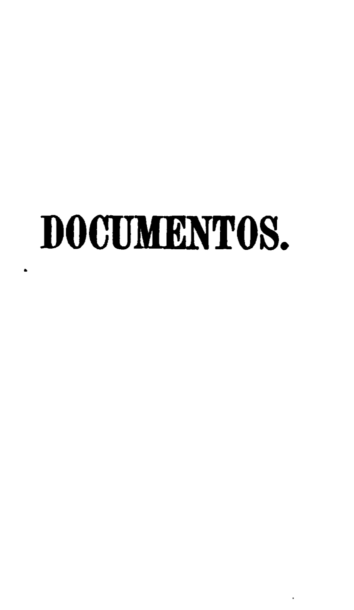
seis escudos de ventaja. Hallóse en la expulsion de los moros de España, jornada de los Querquenes y en los bajeles de Levante; en tomar la Galipia, en Berbería; quema de los bajeles en la Goleta, y en la presa de Chicin fué á arrimar las escaleras de la tierra; en otros viajes que se hizo en Levante, fué por cabo de la infantería embarcada en un bajel, y en la rota que se hizo á la armada de los turcos, con los seis bajeles que llevó á cargo el almirante Ribera, el cual, habiéndole enviado á reconocer un bajel de turcos, peleó con él y le tomó, y en la quema de los dos bajeles en Chipre, y en sacar los bajeles debajo del puerto de las Salinas, y últimamente en los viajes que ha hecho el dicho Almirante al mar Adriático, donde fué sirviendo una bandera, la cual ha dejado de órden del Duque para servir, como al presente sirve, de cabo de la gente de mar y guerra de un bajel.

EL CAPITAN FELIPE MARTINEZ
DE ECHEVARRÍA.

Por una cédula copiada en la *Coleccion de documentos de D. Juan Enriquez*, fecha el año de 1622, que concede á este capitan seis escudos de ventaja, se conocen sus méritos, fundando la concesion «en veinte años de servicios en la armada, y en particular porque en el combate con siete galeras de fanal, del turco, que don Octavio de Aragon tomó en el cabo de Creus, fué el primero de los que saltaron en una de ellas y la rindió; y

por lo que se señaló en la guerra de los navíos de cosarios de la Goleta, y en la toma de dos galeotas, que acometiéndolas él con las chalupas de cuatro galeones de Nápoles, las rindió y remolcó; y por lo que se distinguió en las ocasiones del mar Adriático, y principalmente porque, navegando en el año antecedente (1621) en la armada del Océano, sirviendo de sargento mayor de la infantería de la escuadra de Vizcaya, y peleando en el Estrecho de Gibraltar en el galeon *San Pedro* con otro de guerra de turcos, fué al abordaje y le echó el arpeo, y viendo que cortaban los turcos el cabo, se arrojó solo en el bajel para estorbarlo, en que se le opuso un turco á quien mató, quedando él mal herido, por lo que cargaron sobre él otros turcos y le derribaron á chuzazos, dándole muchas heridas mortales, hasta que atracó su galeon y le socorrió su gente, con lo que pudo levantarse y continuar peleando hasta rendir dicho navío, que tenía diez y seis cañones, quedando con un ojo ménos y el rostro muy mal parado.»

DOCUMENTOS.



DOCUMENTOS.

NÚMERO 1.

Las mocedades del Duque de Osuna, por D. Cristóbal de Monroy y Silva.

. . . .
Escuchadme, si os sirvo
en referirlo: En Sevilla,
de aquel esférico libro
del orbe el mejor discurso,
dió de su valor indicios,
como sabeis; de la puerta
de Triana, en que prodigios
fué dando á la emulacion
su valor nuevos motivos,
le mudaron la prision
de Arévalo al gran castillo [1],
cuyas soberbias murallas,
compitiendo con los siglos,
son de inclemencias del tiempo
inexpugnables testigos.

[1] Á 6 de Mayo de 1600 dice Cabrera de Córdoba: «Han enviado llamar al Duque de Osuna, el cual mandaron se recogiese en Osuna cuando le sacaron de la prision de Arévalo, donde estaba por sus excesos.

Hallóse en esta prision
el Duque tan oprimido,
que, siendo en su libertad
el cuidado más remiso,
muy prolijo el sentimiento
y el pesar muy conocido,
se entristeció de manera
que Alonso Gonzalez, hijo
de Marte, capellan suyo,
que en las armas y los libros
fué asombro de Salamanca,
nos dió de su pena aviso
á D. Miguel de Ribera
y á mí; y los tres, revestidos
de valor más que de armas,
más que de industria de bríos,
á cuarenta arcabuceros
que le guardaban contínuos
embestimos una noche.
Procuraron resistirnos,
más no les valió su esfuerzo
vano, soberbio y altivo;
porque D. Miguel fué un rayo,
y el buen clérigo, no he visto
quien con más lindo despejo
y mas sazonado aliño
pelee, porque enfaldada
la sotana, dió principio
á la pendencia, esgrimiendo
un montante, sin que tiros
le ofendieran, que entre el humo
parecia un torbellino.
Perdonad si en referir
aquesto os escandalizo;
que San Pedro, padre suyo,
otra noche hizo lo mismo
por librar á su Maestro;

yo fuí, al fin, quien ménos hizo,
pero bastamos los tres
á dejar todo aquel sitio
desocupado de gente,
y sin estorbo subimos
á la torre. Á nuestro Duque
libramos de aquel peligro,
y á la posta desde allí
aquesta noche partimos,
ántes que en brazos del Alba
saliese durmiendo Cintio.
  Entramos, al fin, en Francia,
con acuerdo y con designio
de pasar todos á Flándes [1]
en defensa de Filipo,
adonde el Duque restaure
su gracia con sus servicios,
en una aldea de Francia,
que es jornada del camino,
donde una noche llegamos
(y bien mojados), tuvimos
un disgusto y un enfado
de cuidado y de peligro;
porque al huésped, un frances
soberbio y descomedido,
le maltrató. Llegó el Duque,
y con cortesía quiso
reportarle, mas no pudo,
y empeñado ya su altivo
corazon, de bofetadas

[1] «Estaba recogido con guardas el Duque de Osuna en un lugar del Condestable, su tio, por sus excesos, al cual trataban de traer aquí, y á deshoras se ha huido sin saberse el camino que haya tomado, mas de que se cree habrá ido á Flándes, que lo deseaba mucho; el cual no sacó criados consigo, sino que los debió tomar despues de la gente perdida de que se solia acompañar.» — Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, año 1602.

le dió. El frances, ofendido,
acaudilló en un instante
á sus parientes y amigos,
cercaron toda la casa,
embistieron atrevidos;
resistímosles valientes,
matamos á cuatro ó cinco,
alborotóse el lugar,
toda la justicia vino,
tocaron luégo á rebato,
siendo la aldea un abismo
de confusion y de armas,
de llanto, voces y gritos;
de más de doscientos hombres
la cólera resistimos;
y pues á mí, D. Octavio,
que al temor no he conocido,
me parecieron doscientos,
que eran muchos más colijo;
no bien satisfecho el Duque,
con valor, arrojo y brío
pegó fuego aquella noche
á la aldea, y ¡vive Cristo!
que ardia que era un contento;
eran, segun nos han dicho,
herejes, y él quiso hacer
un auto del Santo Oficio;
salimos al fin, señor,
de la Troya de poquito,
á pié y no poco cansados,
y al fin, desde allí partimos
á París, donde una dama,
toda garbo y toda brío,
cuyos soñolientos ojos
despiertan al más dormido,
le pescó dos mil escudos,
sus amorosos motivos

entreteniendo; y aunque ella
procuraba resistirlo,
entró una noche en su casa
y á la voz de un ¡Ay, Dios mio!
con bellidos ojos, que
nunca fueron tan bellidos
por lo traidores, y más
descansada que un Domingo,
dijo que se retractaba
del pacto del compromiso,
porque tenía hecho voto
de ser monja á San Francisco.
El Duque, con desenfado,
«Mal se compadece, dijo,
querer ser monja, y que yo,
sin haberlo prometido,
guarde el voto de pobreza,
haciéndoos vos dueño mio
y de mis joyas tambien;
mas la religion estimo
de suerte, que ya que el voto
de castidad ha querido
guardar vuestro honor, ahora
que guardeis, reina, os suplico,
el de la obediencia.» Y luégo
yo, que quiso ó que no quiso,
por su mandado la testa
de una celada le visto,
poblada de candelillas;
y desnuda, aunque hacía frio,
sacándola de su casa,
la dejamos en un sitio
donde no la dejó nadie,
pues al alboroto vino
tanta gente, que la pobre,
como no via entre el bullicio,
más esquinas tomó que

un predicador perdido.
Esto es, señor, lo que pasa;
y aquí está desconocido
el Duque, porque pretende
no darle cuidado á Enrico,
rey de Francia, de las lises
clodoveas noble asilo.

NÚMERO 2.

Relacion de lo sucedido al Marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, en la jornada que hizo á Levante.

Salió de Malta á los 20 de Mayo, y con buen tiempo llegamos á hacer la aguada en África, al cabo de Buen Andrea, y de allí fuimos á reconocer la isla de Candía, y tuvimos un maestral tan reforzado, que nos obligó á dar fondo en la isla de la Cristiana, diez millas de Candía, y saliendo de allí otro dia ántes de amanecer, topamos una nave veneciana cargada en Alejandrieta y Chipre, y habiéndola reconocido, hallamos que traia ropa de turcos y judíos, y para sacarla fué menester ir á Policastro, que es en la isla de Candía. Junto al cabo Salomon dieron nueva los venecianos que la habia en Chipre, de que 50 galeras de S. M. y 23 navíos iban sobre aquella isla, y que así creian que la caravana vendria á recaudo. Por esto pareció á S. E., habiéndolo comunicado con el general de Malta, que debia tomar lengua en Rodas ó otra de aquellas islas, de lo que habia de la caravana, ántes que ir á las cruceras de Alejandría ni al puerto Caracol, porque los maestrales que reinan en

aquella costa son tan grandes, que no se podria proejar con las galeras, porque aunque iban armadas cinco á cinco, como la gente era nueva, caia mucha enferma y no podian hacer fuerza. Entramos en Archipiélago junto á la isla de las Dos Hermanas: dimos ala á tres navíos del Duque de Florencia, y habiéndolos reconocido nos dijeron cómo ellos, con las siete galeras de Florencia (en que venía embarcado D. Berginio Visino), habian querido intentar ir á Negroponte, y por estar avisados no habian hecho nada: que de Negroponte habian venido estos tres navíos á San Juan de *Palmos*, donde les habian dicho los griegos que habia pasado por allí el Virey de Alejandría con 20 galeras á acompañar la caravana, y que á éstos se habian de agregar la guarda de Alejandría y Chipre y Damiata, y que habian mandado que ningun caramuzalí partiese ántes de la caravana, y que venian tambien cuatro galeones de la Sultana, y que el Archipiélago quedaba puesto en armas con las galeras del Duque de Florencia.

Con esto resolvimos no ir á la caravana, por quedar inferiores en número de galeras, porque por lo ménos serán 26 ó 27 las que vienen con ella, ni ir tampoco la vuelta de *Esmira*, así porque estaba puesta en arma, como porque era menester caminar en una noche 40 millas por no ser sentidos, porque *Esmira* está situada en lo último de un golfillo que es tan estrecho, que aunque vayan las galeras desarboladas, si es de dia se reconocen de entrambas partes. Y así determinamos de ir á Longo, que es una isla muy fértil y rica, aunque hay más de 2.000 turcos y un castillo con baluartes y trave-

ses á la moderna; y habiendo tratado con gente plática si se podia tomar el castillo con escalada ó petardos, nos resolvimos á que no se intentase, por tener un foso tan grande que en él se fabrican galeras, y puente levadizo y 400 soldados de guarnicion dentro, que si no es por batería no se puede tomar de otra manera.

La ciudad es cercada, con dos puertas y un arrabal grande. Ordenó S. E. que los petardos fuesen delante con 50 caballeros de San Juan, y el capitan Francisco Giner de Torres con otros 50 de su compañía, y luégo el capitan Gonzalo de Vera con 200 infantes, el cual llevaba órden de tomar el paso que habia entre la ciudad y el castillo, para que no dejase entrar ni salir á nadie en ella. Don Antonio de Velasco, capitan de la patrona (que iba este dia por capitan de los entretenidos y aventajados de galera), le seguia con una manga de 150 infantes, y el capitan D. Luis de Leyva con otros 150 de su compañía, que iban á entrar en la ciudad y saquealla, peleando con los turcos que estuviesen en las casas y terrados. Al capitan D. Juan de Castro y don Diego de Vera se les encomendó el escuadron volante, con 50 picas y 100 arcabuceros, y en el escuadron que iban las demas picas, el general de San Juan y D. Diego Pimentel, hijos del Conde de Benavente, D. Diego de Ayala, cabo de la infantería, todos en compañía de S. E. Las galeras quedaron encomendadas á D. García de Toledo. Habiendo determinado esto, partimos de las Dos Hermanas, yendo encubiertos por islas despobladas, sin ser descubiertos. Domingo á las seis de este dia de Pascua de Spíritu-Santo, tres horas ántes de ama-

necer, les dimos el Santiago, y aunque á poco que se comenzó á marchar fuimos sentidos y se empezó á tocar al arma en la isla, nos dimos más prisa á caminar; los caballeros de Malta y el capitan Giner, que llevaba el petardo, toparon algunos turcos en el arrabal que les hicieron hacer resistencia; pero matando unos y huyendo otros, llegaron á las puertas de la ciudad, que estaba todo puesto en arma, y los recibieron tocando flautas y dulzainas, á su usanza, habiendo dado una rociada de mosquetería á la muralla y levantando el petardo, el uno salió y el otro hizo ménos efecto, porque no se pudo entrar; pero ayudando los soldados con unos maderos y hachas, derribaron la puerta y entraron dentro peleando con los turcos que toparon en las calles, y siguiéndolos hasta el castillo, donde se habian recogido muchos. Gonzalo de Vera substentó su puesto, aunque le mataban gente y á él le habian herido con muchas piedras, resistiendo él y D. Antonio de Velasco y D. Luis de Leyva los turcos que salian del castillo, matando muchos: saqueóse la tierra y tomáronse 189 esclavos y esclavas y mucha ropa cortada. Púsose fuego á la judería, que á lo demas, por haber muchas casas de griegos y iglesias, ordenó S. E. que no se quemase, y dióse libertad á 12 húngaros y cinco húngaras, que estaban cautivos en el castillo, ciudad y arrabal; murieron más de 400 turcos, y entre ellos Fatima, nieta de Alí-Bajá, general de la armada del turco que se perdió en Lepanto; trayéndola presa dos soldados de Malta, la mataron sobre cuya habia ser. Murieron 30 soldados, entre ellos el capitan Franxiner, el alférez de D. Diego de Ayala, el ayudante

del sargento mayor y D. Alonso de Cardona, hijo del Marqués de Guadaleste: hieron á D. Antonio de Velasco de un flechazo en una pierna; al capitan D. Diego de Aldrete muy mal de una pedrada, que está muy peligroso; al capitan Suarez de un arcabuzazo, y al capitan Cano en la cara, que se cree quedará ciego; al capitan Villalobos de otro arcabuzazo, y á Francisco Ruiz de Villegas, secretario de S. E. Pelearon los turcos muy bien, y los capitanes y entretenidos pelearon con mucho valor. Ha sido presa de mucha consideracion, por ser ésta la mejor isla de todo el Archipiélago, fuera de Rodas y demas turcas. Retirámonos con muy buena órden á las galeras, siguiéndonos algunos turcos, con quien iba la retaguardia escaramuzando: embarcóse toda la gente, y de allí fuimos la vuelta de San Juan de *Palmos*, donde hicimos la aguada, y pasando por *Necsia* y *Paris* y *Anteparis*, la rehicimos en *Cherfanto*, y de allí aferramos en la Morea ó cabo de *Santanchel*, donde topamos dos naves venecianas que iban á Constantinopla: llevaban ocho judíos y cuatro judías y un turco, que les tomamos, y la ropa que traian para los judíos de Constantinopla y turcos y criados del Gran Turco, sin hacer á los venecianos de estas naves ningun género de agravio, sino pagádoles sus nolitos.

Quisimos en la Morea saquear á *Calamatay;* por haber tomado lengua en *Brazo de Mayna* que las galeras de Florencia lo habian querido hacer y habian sido descubiertas, lo dejamos, y yendo á la isla de *Zante*, rescató S. E. los judíos (por no ser buenos para el remo) por 1.800 cequíes, donde tuvimos aviso que el Adelantado

de Castilla andaba en aquella costa con siete galeras, y otro dia le descubrimos junto á la *Chafalonia*, y juntándonos con él determinamos de ir á *Durazo*, y por tomar una nave aragonesa cargada de brea para el Gran Turco, que nos dijo en la *Belona* éramos descubiertos, que está 40 millas de *Durazo*, lo dejamos, dando la vuelta á Nápoles por falta de bizcocho.—(Ms. *Colec. Navarrete*, t. XII, núm. 2.)

NÚMERO 3.

Verdadera relacion donde se declara la gran victoria que ha tenido con el Gran Turco el famoso Osarto, griego, descendiente de los emperadores de Constantinopla, siendo socorrido por el Rey nuestro Señor, con el gran Duque de Osuna, visorey de Sicilia, en este presente año de 1611.—Con licencia del ordinario, impreso en Granada, por Sebastian Muñoz [1], fólio.

Siendo pedido socorro á la católica Majestad del Rey nuestro Señor D. Felipe III, amparo y defensa de la fe de Cristo, por el gran Osarto Justiniano, griego, descendiente de los emperadores griegos de Constantinopla y fiel cristiano, le fué dado por el gran Duque de Osuna, visorey de Sicilia, como adelante se dirá.

Despues que el Gran Turco, con todo su poder y armada Real, ganó la isla de Chipre y ciudad de Famagusta, en la cual preso murió Constántino Justiniano, padre que fué del dicho Osarto, que arriba va declarado, el cual, despues de haber muerto en una batalla, le que-

1 Se reimprimió por el mismo en 1612.

dó un solo hijo, al cual crió y amparó una noble dueña, y como el Turco hubo ganado la tierra, fueron cautivos y sujetos á servidumbre. Y visto estas cosas por la Señora de Venecia, y que el Turco les ganó la tierra sin que ellos lo pudiesen remediar, enviaron embajadores y mucha cantidad de moneda para rescate de algunas gentes nobles, y se trujo este niño con esta dueña que lo criaba, y fué traido á la ciudad de Venecia y fué dado á criar en casa de un caballero noble, y le enseñaron toda la suerte de buena crianza; y como fué creciendo tomó inclinacion á las armas, y así salió tan diestro en ellas, que todos los que le veian se holgaban de ver su destreza, y de esta suerte se crió fuerte y robusto, y de veintitres años fué á la guerra, y para pasar á Hungría pidió licencia al Senado y llegó con mucho dinero que aquellos señores le dieron. Llegado que fué al campo del Emperador, se juntó con otros caballeros aventureros y andando el tiempo se halló en algunos encuentros con los turcos, y á poco tiempo vino el Turco con grande ejército contra el Emperador de Alemania, y en esta batalla perdió el Emperador y cautivaron muchos cristianos, entre los cuales fué este caballero, y fueron llevados á Constantinopla por esclavos del Turco, y como él viese tantos prisioneros mozos, se holgó mucho, y entre todos se inclinó á este caballero, por ser más dispuesto, y así mandó quedase en su palacio con los genízaros de guarda, con intento de que renegase y darle algun cargo honroso, y como él era discreto, por más que le apretaron, no pudieron con él que renegase, y como sabía la lengua turquesca, arábiga y griega, se ha-

bia bien con todos y le amaban. Y visto por el Turco no habia querido renegar, le tomó ódio y mandó que lo echasen al jardin, para que allí gastase las fuerzas, y á cabo de pocos dias le vió la Reina Sultana, la cual se aficionó del hortelano, y como cada dia le viese, con el amor que le tenía buscó traza cómo hablarle en secreto, y él, visto el peligro en que estaba y el gran amor que la Reina le tenía, le rogó le diese libertad para irse, la cual ella le dió con muchas joyas de gran valor. Y se salió de Constantinopla en hábito de turco hasta llegar á la ciudad de Salonique, y pasó en un barco á Brazo de Mayna, puerto en la provincia de Morea, en Grecia, y allí halló un soldado natural de Manates, que lo conoció, y de allí lo llevó á las villas, donde manifestó á los griegos quién era. Y visto que era de Grecia, natural y descendiente de sus emperadores, todos le ofrecieron sus haciendas. Y visto esto por Osarto, determinó de pasar á Mecina, en el reino de Sicilia, adonde halló al valeroso Duque de Osuna, visorey de ella, que, confiado en su valor y por su gran fama, fué á besarle las manos acompañado de muchos caballeros, y habiéndose abrazado y hecho sus cumplimientos, le declaró todo lo que tenía tratado con los griegos manates, que así se llaman, declarando cómo se le habian ofrecido con sus personas y haciendas, y le habian dado palabra que si pasase con armas y gente se proponian de entregarle la provincia de la Morea, y así S. E. mandó armar seis navíos con muchas armas y artillería de batir, con mucha pólvora y balas, bastante todo para armar 80.000 hombres, y le dió 500 españoles y 800 italianos

y algunos griegos y albaneses que estaban en la propia isla de Sicilia, y con todo esto partió de Mecina con estas armas y gente, y llegó al puerto de Brazo de Mayna, que está de Sicilia 120 leguas, sin que nadie le impidiese la ida, y llegó dentro de ocho dias; y cuando los manates lo supieron, bajaron á recibirle con mucho contento y alegría muchos griegos y albaneses, que estaban avisados, de otras tierras, para tomar las armas cada y cuando que se las diesen, y el valeroso Osarto hizo desembarcar las armas, artillería, gente y municiones, y asimismo mandó volver los navíos á Mecina, dando aviso al buen Duque del buen suceso que habia tenido hasta desembarcar en el dicho puerto de Brazo de Mayna, donde al momento mandó armar toda la gente con que habia ido, y los que habian concurrido de griegos y albaneses, que eran sinnúmero los que cada dia acudian á servirle, y por estar avisados de secreto por los manates, que vino á hallar juntos 8.000 hombres armados, y con ellos marchó la vuelta de la ciudad de Coron, la cual tenía griegos avisados dentro, y así llegó con su campo y puso cerco á la tierra, y como los griegos los viesen, tomaron las armas que habian prevenido, y al tiempo que acudieron á las murallas comenzaron á dar en los turcos, y los nuestros, por afuera, dieron el asalto y ganaron la ciudad, pasando todos los turcos y judíos á cuchillo, así mujeres como hombres, y quemaron las mezquitas, y se enarbolaron banderas de cristianos en las murallas por el rey D. Felipe III, que Dios guarde muchos años.

En 17 de Agosto de 611 fué Dios servido de dar esta

tan grande victoria, y dejando la ciudad guarnecida pasó adelante prosiguiendo su derrota; fué la vuelta de la ciudad de Modon y Chavarrin, que son dos ciudades y puertos famosos donde estaba el Sanjiacho de toda la Morea, que habia venido á cobrar las parias que pagan los griegos al Turco, de tres hijos el uno, y habia cuatro ó cinco dias que habia llegado, el cual traia 4.600 criaturas consigo, cuando por sus jornadas llegó el famoso Osarto con su campo á vista de la ciudad, y le puso cerco, y plantó el artillería, y por no querer rendirse mandó disparar el artillería, la cual, por ser muy fuerte, derribó en un proviso un gran lienzo de muralla, por donde los nuestros entraron, y así fué todo á fuego y á sangre, reservando las casas de los griegos cristianos, y en esta ciudad y puerto se remediaron todos los soldados, y ansí andan alegres y contentos, y más por haberles quitado tantas criaturas al dicho Sanjiacho, el cual nunca quiso rendirse ni darse á prision, y así murió peleando con la demas gente que traia. Con esto el valiente general guarneció la ciudad con muchos albaneses y griegos y con los naturales de la ciudad, y mandó reparar todas las murallas, y con estos apercibimientos muchos pasó la vuelta de la ciudad de Chavarrin, que es llave y fuerza de toda la Morea, la cual estaba tan fuerte, que si no se la dieran asaltos de noche y de dia, no parando el artillería, fuera imposible rendirla; pero fué Dios servido que se rindió, aunque con pérdida de los nuestros, que murieron al pié de 700 hombres. Sucedió á 11 de Octubre, y este dia se ganó la ciudad y puerto tan famoso, en el cual se cogieron seis galeotas

de turcos corsarios ladrones, que estaban amarradas al muelle, y se les dió libertad á los cautivos cristianos que traia dentro, dejando todos los demas al remo, y con las propias galeotas envió el general Osarto un presente de cautivos y cautivas y otras cosas de valor y estima al gran Duque de Osuna, agradeciéndole mucho su valor. Y en este estado está el animoso Osarto, con estas tres ciudades y puertos, que no son de poca importancia para ganar esta provincia, y así están fortificados dentro, y cadia acuden griegos á servirle, que por la libertad de su patria se exponen á ello, y ansí tiene espías la tierra adentro para saber lo que el Turco hace, y ansí mismo ha levantado templos y han acudido clérigos griegos. Todo sea para honra y gloria y aumento de la santa fe católica. Amen.

NÚMERO 4.

Relacion de la victoria que el Marqués de Santa Cruz tuvo en los Querquenes á 28 del mes de Setiembre de 1611. Con licencia en Granada, por Martin Fernandez. Año de 1612, fólio [1].

Á los 12 de Setiembre de 1611 partió el Marqués de Santa Cruz de Mecina con doce galeras de su escuadra, diez de Génova, siete de Sicilia y cinco de Malta; llegó á Malta á los 15, y habiendo comunicado con el gran Maestre la jornada que S. M. era servido se hiciese, y

[1] Otra relacion ha publicado en la *Colec. de docum. inéd.*, t. LIV.

aprobándola el mismo dia, salió de allí para la cala de San Pablo, adonde y en el golfo le detuvo el mal tiempo tres dias, y aunque todavía era muy ruin, considerando cuán adelante estaba, se resolvió de partir, y haciendo fuerza tomó la isla de Lampadosa; allí se empeoró el tiempo y le obligó á detenerse otros tres dias. Á los 23 partió y dió fondo cerca de los Secos, por no ser descubierto. Y ordenó á D. Diego Pimentel que con seis galeras y otras tantas falúas fuesen á tomar el paso que hay entre los Querquenes y la tierra firme, y fué navegando con las demas galeras el mismo dia, teniéndose á la mar por no ser descubierto de tierra y por esperar que las galeras tomasen su puesto, entrando en la canal; y hubo un viento calma, que en un dia navegó muy poco camino. Algó se pasó adelante buscando el canal con la sonda, porque los pilotos no lo sabian, aunque en Malta se ofrecieron á meter el armada.

Á los 27 llegaron al desembarcadero, y habiendo reconocido algunos moros de á caballo y de á pié, que estaban en una torre y trincheras que tenian, dió órden el Marqués que la gente desembarcase luégo en una playa abajo de la trinchera. Acudieron los moros á querer impedir la desembarcacion, pero el artillería de las galeras les hizo alargar, y en muy poco tiempo se puso en tierra toda la gente, que estuvo toda la noche acuartelada en puesto. Otro dia al amanecer se comenzó á marchar en tres escuadrones, para reconocer la isla. Uno de la gente de Malta, á la mano derecha; otro del reino de Nápoles, en que iba el maese de campo D. Sancho de Luna, á la mano siniestra; otro de los tercios de Sici-

lia y Lombardía, á cargo de D. Luis de Córdoba, hermano del Duque de Córdoba. Los escuadrones iban media legua uno de otro, y delante D. Antonio de Mendoza, castellano de San Telmo, á cuyo cargo iban 50 caballos ligeros. En esta forma se marchó dos dias, discurriendo y quemando diez ó doce casares que hay en ella, tomando gran cantidad de ganado, sin descubrir ningun moro de quien poder tomar lengua.

Viendo esto el Marqués, determinó ir con el tercio de Nápoles y la gente de Malta á la otra parte de la isla, que divide un estaño, y el puerto se llama Larga-Molleras, y que D. Luis de Córdoba, con los tercios de su cargo, quedase en la isla y enviase algunas tropas de caballos é infantería á tomar algunas lenguas. Estando para ejecutar esto, le envió D. Diego Pimentel un moro de 23 que habia tomado en un barco, que iban á tierra firme, y prometiéndole libertad el Marqués, ofreció mostrar el puesto que tenian los moros. Con esto partieron una hora ántes de amanecer, y el Marqués dió órden á los caballeros de Malta fuesen por un lado, para impedirles por allí el paso, y á D. Antonio de Mendoza que se fuese con la caballería para el mismo efecto.

Á las ocho del dia llegaron á la parte que habia dicho el moro, que era una isla, donde los enemigos estaban atrincherados, con un brazo de mar en medio de mil pasos de ancho. Y porque iba creciendo la marea, ordenó el Marqués al maese de campo D. Sancho de Luna, y á D. Luis de Cardona, que de sus tercios hiciesen arremeter dos compañías de arcabuceros, y que

les siguiesen luégo las picas á veinte por hilera, y no más por ser el paso angosto y excusar que apartándose de él no diesen en mucho cieno donde se atollasen los soldados y caballos. Y á D. Antonio de Mendoza ordenó el Marqués que no embistiese con la caballería hasta que la infántería hubiese puesto pié en tierra; la cual comenzó á esguazar con el agua hasta la cintura. El duque de Noguera, el duque de Cherches, D. Juan de Ávalos, hermano del marqués de Pescara; el marqués de Anij, el marqués de Torrecuso, que fueron aventureros, hallándose á caballo y deseando señalarse sin tener órden para ello, se empezaron á adelantar, y D. Antonio por no dejarlos los siguió, y habiendo igualado con la vanguardia de los chuzos, al último tercio del estaño, salieron hasta 100 moros, quedando al parecer otros 300 en las trincheras; empezaron á pelear con los nuestros matando los caballeros que iban á caballo, y por desviarse del puesto dieron en un gran cieno, donde cayó el caballo donde iba el duque de Cherches, y acudiendo los moros lo mataron, peleando como honrado caballero con gran valor. Don Antonio de Mendoza, el duque de Noguera y marqués de Torrecuso salieron heridos; quedan ya mejores.

La caballería hubo de tomar la vuelta, y por hacerlo por donde estaba el batido, desbarataron las dos primeras hileras de infantería, con lo cual tomaron los moros ánimo y mataron 13 que estaban atropellados, y en ellos á D. Antonio de Leyva y á un hermano del marqués de Cusa, y á D. Juan de Herrera, hijo de Diego de Herrera, del Consejo de Hacienda de S. M.; volvie-

ron á cerrar con los enemigos, matando los que se defendieron.

Salvóronse de los enemigos 20; ganaron las trincheras y huyeron los que las ocupaban, y siguiéndoles la infantería por el estaño donde se retiraron, hirieron y tomaron más de 500 moros, peleando valerosamente con ellos en el agua, y tomáranse más de los enemigos, sino que se metieron por los estaños más de cuatro leguas y en barcos huyeron á la tierra firme, quedando muertos y heridos más de 300. Y si la caballería hubiera guardado la órden que se le dió, no hubiera muerto ninguno de los nuestros.

El duque de Tursi ha servido muy particularmente á S. M. en esta ocasion; hallándose al esguazo con una pica el maese de campo D. Sancho de Luna. Tambien ha servido á S. M. con mucha puntualidad D. Luis de Córdoba, y por el consiguiente D. Juan Maldonado, veedor general de las galeras, y D. Octavio de Aragon, asistieron cerca de la persona del Marqués, sirviendo á S. M. muy valerosamente, con mucha satisfaccion. Y lo mismo han hecho los caballeros entretenidos que sirven á S. M. en las galeras.

Embarcó el Marqués su gente con buena órden sin parecer enemigo, y á los 2 de Octubre partió con las galeras la vuelta de Sicilia, donde queda con todos.

NÚMERO 5.

Verdadera y notable relacion donde se declaran tres batallas navales que han tenido los dos valerosos principes Duque de Osuna y Marqués de Santa Cruz, en 23 dias del mes de Mayo de este presente año de 612. Declárase la gran victoria que tuvieron y el rico despojo que sacaron de estas empresas. Trata asimismo de un gran presente que el Duque de Osuna ha enviado á Su Majestad del rey D. Felipe nuestro Señor. Tambien se declara lo bien que se porta el excelentísimo Duque, virey y capitan general de aquel reino, en las cosas de su gobierno, particularmente en las de guerra, y en todas con mucha prudencia, y otras cosas dignas de eterna memoria, todas en servicio del Rey nuestro Señor, á quien Dios guarde y prospere.—Impreso con licencia en Granada, por Bartolomé de Lorenzana, año de 1612, fólio.

Son tan grandiosas cosas que hace y ordena que hagan en Sicilia el Excmo. Duque de Osuna, todas en órden al buen gobierno de aquel reino que está á su cargo, cuando se deben creer y esperar de un tan heroico príncipe como lo es S. E., y no ménos desinteresado que resuelto en hacer justicia, premiando al bueno y castigando al malo, y esto con mucha igualdad en todos los súbditos de aquel reino, sin exceptuar alguno, como es notorio en estas partes y en todas las de Europa.

Habiendo mandado juntar el Duque á todos los senadores, cónsules y potentados de Palermo y Mecina, á los últimos dias del mes de Abril de este presente año de 612, dentro del Consistorio ó Parlamento de la dicha ciudad de Mecina, donde S. E. se halló y asistió por su

persona, en su trono y asiento de virey, lo que allí propuso fué todo enderezado á la defensa y amparo de aquel reino, en caso que fuese cierta la bajada del Turco en aquellas costas, de que se tiene bastante noticia, y para contrastar las fuerzas de un enemigo comun y tan poderoso, era bien desde luégo prevenir lo necesario, pues resultaria de hacerlo beneficio y seguridad grande al reino y no menor servicio á S. M. y bien de sus vasallos. Obró en los del Parlamento tan eficazmente lo propuesto por S. E., así por quererle y estimarle tanto, como lo hacen, como por ver el riesgo grande que podria correr de no venir todos en ello, que fué menester muy poco para condescender con la buena intencion y voluntad de S. E. cerca de estas materias, como todos unánimes lo hicieron, y de otras que tambien les propuso del servicio de S. M., á que se ajustaron, ofreciendo de bonísima gana sus personas, vidas y haciendas en su Real servicio. En cuya demostracion, como leales vasallos, le hicieron un gran servicio, que fué el dar á Su Majestad libres y desempeñadas todas las tratas del reino, que es una cosa de grandísima consideracion, para que disponga de ellas á su voluntad, dándolas á quien le pareciese, ó aplicándolas á su Real servicio, como más fuese servido.

De estas tratas (que valdrán, un año con otro, sobre 400.000 ducados) se pagaba de lo ordinario la gente de guerra que sirve en los presidios y galeras de aquel reino, que están para su guarda y defensa, y todas las demas expensas y gastos tocantes á este ministerio, y otros aparatos de guerra, y áun no habia harto, segun

lo mucho que se gastaba en ellos. Y para que las goce S. M. libremente, en la forma que se ha dicho, los dichos senadores y cónsules, persuadidos de las razones del Duque, y á su instancia, se han encargado de servir al Rey con toda la costa y gasto que le hacía la gente de guerra, que andaba sirviendo á su sueldo, parte en los presidios y parte en las galeras, pagándola de hoy más el reino por su cuenta, sin que en esto gaste Su Majestad cosa alguna de su Real patrimonio.

Demas de lo cual le han ofrecido y hecho otro servicio no ménos considerable que el arriba dicho, de cantidad de 700.000 ducados en cada un año, de nueve años que ha de durar el donativo de ellos, que vendrán á montar en todo el dicho tiempo 6.300.000 ducados, cosa por cierto bien grandiosa y digna de tan grande, rico y opulento reino, que con razon se debe estimar y tener en la memoria por uno de los mayores servicios que rey ni monarca del mundo ha recibido de sus vasallos, y por haber sido el favor de este servicio y de los demas referidos en esta relacion S. E. del Duque, es cosa justa y puesta en razon que S. M. le haga favores y mercedes de su Real mano, como á quien tan bien las merece, ya que de otras no las ha querido recibir.

Dicen los de Palermo y Mecina, en particular, y todos los sicilianos en general, con grandes muestras de contentamiento y grande aplauso, que no se ha visto jamas tal modo de gobernar como el del Duque, ni virey que tan bien lo merezca ser de aquel reino, como su Excelencia.

Habiendo llegado á noticia del Duque, por aviso de

un turco que cogieron las galeras de Sicilia yendo la vuelta de Catania, que habiéndole apretado para que dijese quién era, confesó era venido allí de Túnez por espía de Simon Dancer, inglés cosario, confederado con pichilines y con turcos. Confesó asimismo que el dicho cosario tenía hechos y aprestados 10 bajeles, navíos redondos de alto bordo muy fuertes, para ir á robar en las Indias del Poniente, y que muy en breve saldria del puerto de Túnez, donde hacía dias que estaba rehaciéndose de pertrechos y municiones de guerra, con gran número de holandeses, pichilines y turcos.

Enterado de esta verdad el Duque, á toda priesa hizo aprestar y envió seis galeras, muy reforzadas de soldados viejos y remeros mozos, fornidos y fuertes, cinco y seis por banco. Fué por capitan general de ellas D. Antonio Pimentel, deudo del conde de Benavente, y en la patrona el capitan Hernando de Aledo, soldado viejo de Flándes, muy arriscado y práctico en cosas de mar y tierra. Los cuales se dieron tan buena maña en su navegacion, con haberles corrido viento contrario, que en breve tiempo se pusieron á vista del puerto de Túnez, en parte donde no podian ser vistos, y casi á media noche, que era harto lubrecana, muy á la sorda se entraron dentro de él, á tiro de mosquete de las naos del dicho pirata, que estaban sobre el ferro y su gente embarcada para salir, durmiendo muy al descuido.

Los nuestros, viendo tan buena ocasion, echaron en las chalupas de las galeras una tropa de más de 100 soldados repartidos en ellas, y muchas bombas é invenciones de fuego, con las cuales, sin ser sentidos, se ar-

rimaron á las naos y les pegaron fuego á siete de ellas, echando dentro gran cantidad de bombas ardiendo, con que se abrasaron sin poderse remediar unas á otras, hasta que todas se fueron á fondo hechas ceniza.

Sacaron á remolco un navío grande de hasta 1.000 toneladas de porte, lleno de muchas riquezas y mercadurías, y tras de éste otros dos menores y ménos ricos que el primero, que por las señas que ya llevaban de ellos sabian en la parte que estaban, que era algo apartados de las naos del pirata, y los botaron á la mar sin ofensa del fuego, con ser mucho.

Los demas bajeles pequeños que habia de armada se abrasaron sin reparo, y se fueron á fondo con todo lo que tenian embarcado de bastimento, municiones y gente de mar.

Los turcos, sobresaltados de tan repentino fuego y daño no pensado, no se supieron defender, porque aunque tiraron muchos cañonazos desde un fuerte de un bastion que habian hecho, y mataron algunos soldados, no fué parte para que se dejasen de quemar los bajeles que estaban más en tierra, y así los turcos quedaron, unos atónitos, otros abrasados y otros que se echaron al mar ahogados, y desta manera feneció toda la armada, acabando todos miserablemente.

Hecha esta hazaña se salieron del puerto casi al amanecer todas las galeras y chalupas, llenas de banderolas y gallardetes, disparando las piezas de crujía en celebracion de tan feliz suceso, dejando asombrada la ciudad, arruinada y deshecha la armada de tan perjudicial cosario, sus naos abrasadas y muertos sus soldados y

marineros pichilines y turcos y de otras naciones en muy gran cantidad.

Yendo navegando las galeras la vuelta de Sicilia, topáronse con siete galeras de Nápoles que andaban en corso por mandado del Marqués de Santa Cruz, su capitan general, y las unas y otras, en forma de armada, aunque divididas en dos partes ó escuadras, y siguiendo la una á la otra, entraron ambas en el puerto de Biserta, que es poblacion de turcos cercana á Túnez, donde supieron los nuestros habia un nuevo atarazanal lleno de grandes provisiones y aparatos de municiones de guerra, pólvora y otras muchas jarcias, y se entraron sin hallar resistencia, abrasándolo todo y saqueando el lugar lo mejor y más brevemente que pudieron, llevándose lasc osas de él que les parecieron eran de valor, de que fueron las galeras bien llenas y bastecidas, con muchos turcos cautivos, y nuestros capitanes y soldados victoriosos y ricos de despojos. De los cuales soldados nuestros faltaron pocos ó ningunos, porque los más fueron heridos de los cañonazos que disparaban los turcos desde el bastion del fuerte que está á la entrada del puerto de Túnez.

En la entrada del puerto de Biserta, que es donde quemaron el atarazanal de los turcos, murieron sólo 10 soldados, y de los turcos sobre 500, sin los cautivos.

Acabada esta batalla, las dos escuadras se fueron prosiguiendo la vuelta de Sicilia, no con menor regocijo que el de la primera empresa, y á 20 millas de navegacion, cerca del cabo de Bona, dieron caza á un bergantin y le tomaron, con 35 moros, y lo quemaron con una

bomba de fuego que le tiraron desde las arrumbadas de la capitana, á proa, porque era muy ligero y se les iba saliendo de entre los remos de la dicha galera, del cual bergantin no se escaparon más que tres turcos, que salieron á nado, por estar cerca de tierra.

De estas hazañas y proezas va haciendo el Duque de Osuna y los capitanes que están á su órden, y mayores se podrán cada dia esperar de su mucho valor y osada determinacion, para las cuales y otras semejantes envia á pedir S. E. gente de guerra á S. M., que será bien menester, mayormente si bajase el Turco á las costas de Sicilia, Calabria y Nápoles, como se tiene noticia que lo hace este año, con 60 galeras Reales, todas de fanal.

De Sicilia envió el Duque á S. M. un gran presente de hacaneas pías y turcos de los que cautivaron en esta jornada de Túnez, y á los tres duques de Lerma y Uceda, sus consuegros, joyas, bordados, carrozas y colgaduras, todo lo cual dicen está en Alicante para traer en esta córte.

Gran señor es el Duque de Osuna, y mayor lo irá siendo al paso que va gobernándose tan bien. Guárdele Dios como puede, para honra suya y servicio de S. M. y amparo de aquel reino, que tanta necesidad tenía de persona tal para su gobierno. *Soli Deo honor et gloria.*

NÚMERO 6.

Relacion de la gran presa que hizo el Duque de Osuna en dos navíos y otros bajeles que por órden del Turco venian á reconocer y quemar las armadas que hubiese en Mesina, con otras cosas notables que su Excelencia ha hecho durante su gobierno.—Impreso, con licencia, en Málaga. Año de 1613, fólio.

Á los 28 de Agosto, dia de San Agustin, de este año de 1613, llegaron al puerto de Mesina dos naves, diciendo ser venecianas y que traian vidrios, cristal y papel y otras mercaderías, y por traer algunos indicios de sospecha consigo y haber tenido el Duque de Osuna, príncipe de sumo valor, virey de Sicilia, aviso de Constantinopla de haber salido de allí algunas naves de guerra en traza de mercaderes, sin saberse los designios que llevaban, quiso S. E. visitarlos por su persona, dando á entender que gustaba de las curiosidades de los vidrios, espejos que traian, enseñándole muchas y muy buenas, como traidas de propósito para deslumbrar con ellas los ojos de los católicos.

No le pareció al Duque gente muy segura, considerando la mucha y buena prevencion de artillería que traian, habiendo en los navíos más número de personas que convenia para mercaderes, admitiendo tambien que la mayor parte de ellos quebraban el acento en la garganta, conforme la costumbre turca, aunque el lenguaje era veneciano. Despidióse el Duque mostrando mucho regocijo de lo que habia visto, y sin perder coyuntura mandó al capitan Irrizaga, vizcaíno, que fuese con una

escuadra de españoles, y con color que S. E. llamaba al patron y algunos de los más principales para informarse de ciertas cosas de Venecia tocantes al servicio de S. M., los trujese presos á tierra, ordenando que asestasen toda la artillería del muro, en caso que no quisiesen obedecer; mas no osando contravenir á lo que se les mandaba, fueron con harto sentimiento suyo, aunque disimulándolo con buen semblante. Pusiéronse luégo dos compañías de guarda á los navíos, apoderándose de sus armas y municiones.

Procuró S. E. con blandos medios descubrir su ánimo, y visto el poco fruto que hacía, dió á dos ó tres tormento, confesando todos de plano como eran navíos del Turco y que venian con órden suya á quemar cuantos bajeles y armas del Rey nuestro Señor hubiese en Mesina, por haber corrido la voz en Turquía que se prevenia de secreto otra armada semejante á la que llevó Andres Doria contra Argel, y que surtiendo buen efecto habian de pasar á Malta á intentar lo mismo, quemando las galeras de la religion de San Juan con quien tienen tanta ojeriza, trayendo para mejor ejecucion por lengua dos renegados de la tierra llamados Azaga y Escander, á quienes mandó ahorcar S. E. juntamente con los patrones y arraez, poniendo los demas al remo en las galeras de Sicilia, que ellos querian quemar, como lo hubieran efectuado á no intervenir la prudencia de tan gran príncipe, que deseando dar un tronido despues de haber desbalijado los navíos, hallándose en ellos mucho vidrio, coral, espejos, papel, muchas piezas de seda de Levante, con grande multitud de bombas y otros varios

artificios de fuego que traian disimulados, entendiendo que venia en resguardo suyo una escuadra de cuatro galeras con algunas galeotas á cargo de Azan-Bey, para estar á la mira de sus sucesos y socorrerlos cuando fuese necesario, quedándose hácia el cabo de Aliche, ordenó que D. Alonso Pimentel, hijo del conde de Benavente, teniente del Marqués de Santa Cruz, que habia llegado á Mesina en aquella ocasion con una escuadra de las galeras de Nápoles, en conserva de otra escuadra de Sicilia á cargo de D. Gonzalo de Cárdenas, partiese de boga arrancada á darles un Santiago á los otomanos.

Dieron con ellos junto al rio de Esquilache, donde habian saltado en tierra más de 200 turcos á hacer aguada y otras faenas, y sin poderlos recoger sus galeras se pusieron en huida en divisando los nuestros; mas apretando la mano los cómitres, alentada la chusma con otro mejor rebenque de buen refresco de vino griego que se les dió, pudieron dar caza á las enemigas, embistiendo con la una la patrona de Nápoles, que con el espolon le abrió un costado y le llevó casi toda la palamenta de una banda. Saltaron luégo algunos dentro con espadas y rodelas por las arrumbadas, y aunque los turcos valerosamente se defendian, no pudiendo comportar el coraje español, se rindieron. La otra galera, viéndose acometida de tres ó cuatro cristianas y que en las primeras rociadas le habian muerto la mayor parte de la gente, desbaratándole la popa con un cañonazo, se fué hácia tierra, señal de rendirse, consiguiéndose esta victoria con sola pérdida de cinco nuestros.

Dieron caza asimismo á tres galeotas, rindiéndolas despues de una pequeña refriega, y recuperaron un navío de Cartagena que yendo á Génova cargado de lanas derrotó con temporal y dió en manos de estos turcos. Cautivaron más de 300 y libraron del remo más de 200 cautivos cristianos. Hallaron en las dos de ellas más de 20.000 cequíes de oro y más de 22.000 reales de á ocho y de á cuatro, que habian quitado al navío cristiano.

Los turcos que quedaron en tierra se retiraron á la sierra; mas desembarcando algunas escoltas de soldados y saliendo la caballería napolitana, parte murieron alanceados, parte fueron cautivos, sin que escapase ninguno.

Volvieron las galeras á Mesina con este felice triunfo dia de San Mateo, recibiéndolas el Duque con mucha alegría, y honrando con generosas palabras, particularmente al príncipe de Terrigena, al baron de Sicana, Fabricio Ventimiglia y Camilo Colona, con otros nobles caballeros sicilianos que se quisieron aventurar en esta ocasion, tocando á S. M. del despojo más cantidad de 150.000 ducados.

No sólo S. E. acude con este particular cuidado á las cosas de la guerra, mas en las políticas y urbanas muestra su generoso ánimo, ganando cada dia la voluntad de aquel reino, que ha escrito á S. M. se sirva de prorogar su trieno.

Estando faltas de chusma las galeras, no sabiendo cómo reforzarlas con brevedad para salir en coso, entendió cómo andaban vagando artículo de pobres, mucha copia de hombres que serian importantes para este

ministerio, fingiéndose algunos enfermos y lisiados, y mandó dar un pregon que para cierto dia se juntasen en su palacio todos cuantos pobres hubiese, de cualquier edad y condicion que fuesen, porque queria repartir una gran limosna. Al són de esta campana llovió luégo un enjambre increible, y juntos en un patio mandó poner el Duque una viga en proporcionada altura, diciendo que á todos los que la salvasen en un salto daria ocho reales: fueron cayendo con este cebo muchos golosos sin reparar en el anzuelo, entendiendo que lo hacía Su Excelencia por entretenerse, como príncipe que gustaba algunas veces de novedades. Á todos los viejos, niños, mujeres y enfermos dió á medio real y los despidió, y á los demas que habian hecho prueba de su ligereza, y huian de ejercitar en ganar de comer, los puso en las galeras, con que las basteció suficientemente, con mucha satisfaccion y gusto del reino, limpiándolo tan suavemente de tantos vagamundos zánganos de la limosna debida á los pobres verdaderos [1].

Ha sido otro duque de Maqueda en Cataluña con foragidos y bandoleros, reparando calzadas y edificando murallas sin molestia del reino y sin costa de S. M., haciendo S. E. otras obras dignas de un César, preciándose de parecer en todo á aquellos antiguos maestres Girones, sus pasados, á quienes se debe la mayor parte de la restauracion de España, cabeza y señora del mundo, por un Felipe III á quien guarde Dios los años de Nestor. *Laus Deo.*

[1] Referido queda cómo repitió el ardid en Nápoles.

NÚMERO 7.

La verdadera relacion de la insigne victoria que consiguieron las galeras de Sicilia contra ocho galeras de fanal, del Gran Turco, sacada de la carta y relacion de todo el subceso, que envió á S. M. el Excmo. Duque de Osuna, Conde de Urueña, Virey y Capitan general del reino de Sicilia. Con la más solemnísima procesion que en hacimiento de gracias se hizo por tan gran victoria. Subcedió por el mes de Septiembre del año pasado de 1613. Lleva el número cierto de cautivos cristianos á quien se dió libertad, y la cantidad de esclavos turcos que se cautivaron, y otras cosas. Impresa con licencia en Sevilla por Alonso Rodriguez. Año 1614. Fólio [1].

En hacimiento de gracias de tan señalada victoria ordenó el Duque se hiciese procesion en la ciudad de Palermo, la cual se hizo en 27 de Septiembre en esta forma.

Primeramente salió una compañía de arcabuceros de vanguardia y tras ella el maese de campo y castellano don Manuel Ponce de Leon, muy bien vestido y armado, con insignia de maese de campo ; luégo siguió el guion del Virey y Capitan general en este reino, que es un cuadrete de raso negro, bordado, con la insignia de la Concepcion, al cual acompañaban todos los entretenidos á caballo y armados : tras ellos seguian todas las religiones con sus velas grandes y en gran número. Siguió luégo el estandarte que el Virey ha hecho á su galera capitana, y el de Sinan-Bajá, que se ganó en la batalla, que

[1] Se omite la parte relativa al combate por no diferir del texto.

es de damasco verde con unas letras de oro bordadas á la turquesca. Tras dél iban mil doscientos esclavos cristianos que se libertaron en la presa de las siete galeras, de cuatro en cuatro, con ramas de olivas en las manos. Tras de ellos se seguia la clerecía, el Cabildo de la iglesia mayor y de la capilla Real de Palacio, con sus cruces y velas encendidas en las manos. Tras ellos las arcas de las vírgenes Santa Ninfa y Santa Cristina, patronas de Palermo, con muchas luces, y detras la reliquia de la Vírgen Santísima, que hay en la capilla Real de Palacio. Luégo el cardenal Doria, vestido de pontifical. Luégo los caballeros, con luces; seguian todos los Consejos tras ellos, y el Virey, vestido de negro bordado de plata, espada plateada y banda negra, sombrero negro con plumas blancas, coleto de ámbar y una gola plateada, y baston negro guarnecido de plata, botas y espuelas. Llevaba á su lado á D. Otavio de Aragon, vestido de negro con plumas rojas; al lado izquierdo el Pretor y toda la ciudad; al lado de D. Otavio los capitanes de galera, á quienes los duques, príncipes y títulos del reino, que iban en aquel puesto, llevaron junto á sí. Detras iban los capitanes de infantería española que se hallaron en la jornada, con sus ginetas, y pajes de rodela delante, armados; mezclados entre ellos los capitanes arraeces que se cautivaron, siguiéndolos seiscientos turcos esclavos, y por los costados, á la deshilada, nuevecientos soldados que fueron los que se hallaron en la empresa, con sus armas. Detras de esto iban los caballos de los que iban en la procesion, ricamente aderezados, y seis del Virey con telillas y sillas de brida bordadas.

Salió la procesion de Palacio; entró por la iglesia mayor; fué por todo el Casaro, en el cual estaba todo el ventanaje ricamente aderezado, habiendo venido de todo el reino, unos á ver la suntuosidad y grandeza y otros á conocer sus padres, hermanos y á sus maridos, y siendo un dia tan alegre para nosotros y de dolor para los esclavos. Llegóse á Nuestra Señora del Pié de Gruta, adonde, con gran salva del castillo, galeras y baluartes de la ciudad, fué recibida la procesion.

Dijo misa de pontifical el cardenal Doria; predicó el confesor del Duque en honra de la limpísima Concepcion de Nuestra Señora, diciendo lo que habia subcedido, y es que siendo la devocion de la casa de los Girones este santísimo misterio, labró el Virey para sí una galera de treinta bancos, que hoy sirve de capitana en la escuadra de Sicilia, la cual se comenzó á labrar dia de la Concepcion, y acabada de labrar, preguntando el Virey al cabo maestro: «¿qué nombre le pondré?», dijo que no podia ponérsele ninguno porque el dia que la cubrió la puso *La Concepcion*, sin advertir que se habia comenzado á labrar aquel dia, y el que se hubo de pelear, acaso se halló dado por nombre [1] Nuestra Señora de la Concepcion, y embistiéndose las galeras, el estandarte de la Concepcion tomó al estandarte de la capitana turquesca, que todo parece milagro, siendo el primer viaje el de esta galera.

Acabóse la misa, y por ser tarde, ordenaron se despidiesen los cautivos cristianos, habiendo dado el Virey

1 Esto es, por seña.

á cada uno un escudo de oro, y mandando en los puertos los llevasen con comodidad á sus patrias, llevando todos insignia de la Concepcion y los Girones á los piés. Á los turcos llevaron á sus galeras.

Murieron de los nuestros cinco soldados y el capitan D. Martin de Arres, del hábito de San Juan, natural de Antequera, cuyas vidas costaron infinitos turcos.

Envió el Virey al Sr. Duque de Lerma el estandarte turquesco para que lo presentase á S. M., lo cual sea para honra y gloria de Dios.

NÚMERO 8.

Relacion de las dos entradas que en los meses de Julio y Agosto deste año de 1613 han hecho en Berbería y Levante las galeras de la escuadra de Sicilia, que salieron á ellas por mandado del Excmo. Sr. D. Pedro Giron, duque de Osuna y conde de Ureña, caballero de la insigne órden del Tuyson, virey y capitan general del reino de Sicilia, llevándolas á su cargo D. Otavio de Aragon, teniente general de aquella escuadra, sacada de las cartas y relaciones que el dicho Duque envió á S. M. de 4 de Octubre[1].

Habiendo entendido el Duque por aviso del Virey de Cerdeña que en las costas de aquellas islas andaban algunos bajeles de cosarios, mandó á D. Otavio de Ara-

[1] Impreso en Madrid en ocho hojas 4.°; portada con viñeta de la Purísima Concepcion y errata en el año, que pone 1513.

En la licencia certifica Juan Gallo de Andrade que Sebastian de Aguirre, agente del Duque de Osuna, presentó ante los señores del Consejo una relacion de las entradas, y con su vista dieron licencia para imprimirla los dichos Señores, tasándola á cuatro maravedís cada pliego.

gon, teniente general de la escuadra de Sicilia, que con ocho galeras della saliese en busca de aquellos cosarios, y no los hallando, pasase á Chicheri, lugar en la costa de Argel, de que era gobernador un turco, que en la desgracia que sucedió en la Mahometa la habia socorrido, y que echando gente en tierra la saquease y quemase.

Don Otavio, conforme á la dicha órden, salió del puerto de Palermo, en la isla de Sicilia, con ocho galeras, que fueron la *Concepcion*, que sirve de Capitana en la dicha escuadra, galera fabricada por mandado y á costa del Duque, despues que está en el gobierno de aquel reino; la *Patrona*, la *Milicia*, *San Pedro*, la *Escalona*, la *Fortuna*, la *Osuna* y la *Peñafiel*, todas muy bien pertrechadas de lo necesario y con ochocientos soldados en ellas. Y habiendo llegado á las costas de Cerdeña, y no topado con los cosarios, pasó á la costa de Argel, al lugar de Chicheri, donde echó la gente en tierra y formó con ella dos escuadrones, el uno volante, con que acometió á la tierra, y el otro firme, para resistir el socorro que viniese, con tan buena órden, que aunque de la tierra y de los casares salieron à la defensa, los nuestros tomaron la tierra y el castillo, porque los moros abrieron la puerta, entendiendo estorbar la entrada con una pieza de artillería pequeña que pusieron en el desembocadero de una calle. Degollaron los nuestros trescientos hombres y tomaron en prision al gobernador, herido en un brazo; saqueáronla, habiendo hecho esta faccion doscientos mosqueteros, cincuenta arcabuceros y cien picas, porque el resto de los ochocientos infantes quedó fuera de la tierra, peleando contra el socorro y la gente que habia

en unos jardines, hasta que se dió órden que se retirasen, como lo hicieron, y uno y otro de manera que en la retirada no se perdió un hombre de los nuestros, aunque fueron más de seis mil moros los que cargaron sobre ellos; y en la entrada del lugar murió el capitan Juan Ruiz de Castañeda y un soldado, y salieron treinta heridos, y de los enemigos murieron en la campaña más de quinientos, sin los que quedaron muertos en la toma del lugar y castillo: esclavos se hicieron pocos, por haber peleado toda la gente; pero fué de importancia el saco, así en dinero como en sedas, telas y cantidad de aljófares que se hallaron en la villa. Tambien saquearon y echaron á fondo cuatro bajeles que habia en el puerto.

De la victoria se alegró tanto Palermo, que no quiso que ningun herido entrase en el hospital ordinario, sino llevarlos á uno particular, donde los cuidaron con tanto cuidado y regalo que ninguno dellos ha peligrado.

Entre tanto que D. Otavio estaba en la empresa de Chicheri, tuvo aviso el Duque que la Armada del Turco salia, y aunque le decian que no vendria á las costas de Italia, le pareció ser necesario asegurarse más y enviar tomar lengua de ella, y para poderlo hacer como convenia mandó tener en órden los bastimentos y municiones necesarios para el apresto de las galeras con que esto se habia de hacer; y luégo que llegó D. Otavio con las ocho que habia llevado á la jornada, mandó que se despalmasen y reforzasen de chusma fresca, que habia quedado en el puerto, y poner sobre la galera capitana ciento y sesenta mosqueteros, y en cada una de las demas cien mosqueteros, un capitan de infantería con

su alférez y sargento, sin los entretenidos y gente de cabo, y siete buenos cañones en cada una, ordenando que desde el capitan hasta el atambor todos llevasen mosquetes, y en cada galera cincuenta medias picas de respeto y veinte rodelas, y por si fuese menester desherrar alguna chusma cristiana en ocasion que fuese necesario pelear, mandó tambien se metiesen cincuenta chuzos por galera; y por las desgracias que suelen suceder, por no excusarse con puntualidad las órdenes de los generales, el mismo Duque por su persona reconoció, no solamente la gente y las armas, sino toda la jarcia y velámen de las galeras.

Estando todo puesto en órden, tuvo aviso de una escuadra de doce galeras que andaba en guarda del Archipiélago, y de que Nasuf-Bajá, general de la mar, no salia con la Armada porque se quedaba en Constantinopla para las cosas de Persia, y que venía con ella Mahomet-Bajá, hombre de poco ánimo y de ninguna experiencia ni soldadesca. Y advirtiéndoselo á D. Otavio, teniendo por sin duda que las ocho galeras, como iban armadas, podrian hacer algun buen efeto, pues de la manera que estaban podrian acometer á algunas más, y en caso que fuesen en número excesivo, retirándose no podia arriesgar nada.

Don Otavio partió del puerto de Palermo á los 12 de Agosto, y siguiendo su navegacion topó un bajel que venía de Modon con ropa de turcos y algunos esclavos, que envió á Palermo, tomando dellos lengua que la Armada del Turco estaba fuera. Entrando en el Archipiélago, en Nino le dieron nueva que la Armada andaba

fuera, y que en el Archipiélago habia algunas pocas galeras que estaban cobrando el tributo que pagan los griegos al Turco, y pasando adelante, en Naqueria reconoció un bajel de griegos que le dieron aviso que dos galeras turquescas, cerca de aquel paraje, en la isla de Samo, le habian tomado cinco barriles de pez, y que cerca dellas andaban otras ocho. Determinóse de ir á encontrarlas, y habiendo hecho esta resolucion, un piloto griego y un esclavo del Duque muy plático de las cosas de Levante, le llevaron al canal de Samo, en la Natolia, y al anochecer le pusieron en el cabo del Cuervo, navegacion que le dijeron que habian de hacer forzosamente las galeras turquescas.

La falúa se puso en la punta del Cuervo, y habiendo dado refresco á la gente de media noche abajo, al despuntar el alba, á los 29 de Agosto, descubrieron bajeles, y aclarando más, reconocieron una escuadra de diez galeras, en que venian cinco en la vanguardia, dos en la batalla y tres en la retaguardia, y que todas eran de fanal. Don Otavio tenía dadas las órdenes por escrito tan á tiempo y con tanta distincion, que no fué necesario más que pasar boga la Capitana, siguiéndola las demas. Embistiéronlas con tanto valor, que en una hora estaban rendidas la Capitana y seis galeras, y las otras tres, que se hallaron más léjos, sin osar llegar á pelear, hicieron vela y se escaparon huyendo, y de las siete, las dos embistieron en tierra, de manera que sólo se tomaron las galeras y los cristianos que habia en ellas, escapándose los turcos, y las otras cinco se tomaron peleando, y todas las marinó D. Otavio lo mejor que pudo, y

enderezó su viaje la vuelta de Sicilia. Y habiendo pasado tiempos forzadísimos, encontró treinta millas de Palermo un bergantin, que tambien tomó, con diez y siete turcos. Y llegando al cabo de Solanto, diez millas de Palermo, les sobrevino un temporal de agua, viento, truenos y relámpagos tan grandes, que habiendo el Duque, luégo que descubrió fanales, salido á la marina, se vió casi ahogado dos veces de viento y agua. La Capitana y tres galeras tomaron el puerto milagrosamente, porque si no fuera por la luz de un relámpago, que les descubrió el muelle y la torre de la Lanterna, la embestian y se perdian. Las galeras hicieron toda la fuerza posible, y al amanecer se vieron todas con maestre tramontana, que es la travesía de aquella costa, á tres millas de tierra, llevados los timones de golpes de mar; toda la chusma y marinería rendida, y perdida no solamente la presa que se habia hecho, pero toda la escuadra. Reforzaba el viento y la mar, y para que el caso fuera más miserable y lastimoso, habia salido todo el pueblo á la marina por testigo de ello, acordándose algunos de la tormenta que el emperador Cárlos V, que santa gloria haya, tuvo en la playa de Argel. Dudaban si esto tambien era alguna hechicería, lo cual, entendido por el ilustrísimo cardenal Juanetin Doria, arzobispo de Palermo, que se hallaba con el Duque en aquella ocasion, con notable cuidado envió por un religioso lego descalzo de la órden de San Francisco, llamado fray Inocencio, hombre de santa y ejemplar vida y grande aprobacion en aquel reino, al cual mandó, dándole sus veces, que conjurase la mar, y despues de haber estado

un rato en oracion, al mismo punto que comenzó á conjurar y bendecirla, se trocó la travesía de maestre tramontana en jaloque, que es Levante, y quietándose la mar, se echaron setenta barcos y barcas con gumenas y ferros para ayudar las galeras, y fué Dios servido que de todas no tocasen en tierra sino dos, tan milagrosamente, que dando una sobre una peña no se rompió el buco, y otra dió en un arenal, habiendo multitud de escollos al rededor. Todo lo cual se ha tenido por milagro evidentísimo, pues habiendo estado perdidas desde las doce de la noche hasta mediodía, á la una de la tarde estaba toda la escuadra de las quince galeras en salvo, sin haberse perdido un cabo de cuerda, cosa que parece imposible naturalmente.

La presa que hicieron fué siete galeras de fanal, las seis de á 26 bancos, y la Capitana de á 28; era general dellas Sinan-Bajá, que en la naval de Lepanto fué cómitre Real y á quien por sus servicios dió el Gran Turco el estandarte, haciéndole general de 12 galeras, y que aunque salió herido, murió en Melazo, más de pena que de las heridas que tenía. Recibieron libertad 1.200 cristianos que andaban al remo, y tomáronse esclavos 600 turcos, y quedó en prision Mahamet, bey de Alejandría, hijo de Piali-Bajá, el que mandaba la Armada turquesca en la batalla naval, y dos mujeres suyas, el cual iba á Axio á tomar los baños para una enfermedad que tenía en las piernas; es tio deste el Gran Turco, y por esto no puede ser bajá, pero siéntase al igual con ellos; ha sido siempre gobernador y gobernado á Egipto y Alejandría. No fueron presos más que

dos capitanes de galera, porque los otros cinco murieron en la batalla, unos peleando y otros ahogados. Habíanse descubierto hasta 4 de Octubre que se escribieron las cartas, 60 turcos de rescate. Y para que la victoria sea más digna de ser estimada, de los nuestros murieron solamente cinco soldados y el capitan don Martin de Arres, caballero de la religion de San Juan, natural de la ciudad de Antequera, y salieron 30 heridos, que todos han sanado. Ha sido esta victoria insigne y la mayor que ha habido despues de la naval, y con que aquella escuadra queda con grande reputacion, pues siendo de ocho galeras acometió á 10 de fanal, y las tres le huyeron y rindió y tomó las siete, que las seis eran del Gran Turco, salidas de Constantinopla, y la otra de Sinan-Bajá, su general.

El saco de los soldados fué muy bueno, aunque no tan grande como pudiera, porque aquellas 12 galeras habian salido de Rodas, y pasando delante las dos á avisar y las 10 juntas á cargar de bizcocho en Alnolo, para el servicio de la Armada del Turco, que juntas habian de ir contra los rebeldes, cargadas de soldados y municiones; y así se tomó mucha pólvora, cuerda y balas.

Es muy de estimar haber entrado estas ocho galeras en Levante estando toda la Armada del Turco fuera, y sus propios mares, y á vista della tomarles siete galeras de fanal, con tanta cantidad de esclavos cristianos y turcos, y metellas remolcando en el puerto de Palermo, á vista de 33 galeras que salieron á socorrellas.

Y en hacimiento de gracias de una victoria tan señalada, mandó el Duque que se hiciese procesion en la

ciudad de Palermo, la cual se hizo en 27 de Setiembre en esta forma:

Primeramente salió una compañía de arcabuceros de vanguardia, y tras ella el maese de campo y castellano D. Manuel Ponce de Leon, muy bien vestido y armado, con su insignia de Maese de Campo. Luégo siguió el guion del Virey y Capitan general deste reino, que es un cuadrete de raso negro bordado con la insignia de la Concepcion, al cual acompañaban todos los entretenidos á caballo y armados: tras ellos seguian todas las religiones por su órden, con velas encendidas, en grandísimo número. Luégo siguió el estandarte que el Virey ha hecho á su galera Capitana, de damasco negro, de doce canas de largo, y en él bordada la imágen de Nuestra Señora de la Concepcion. Seguia luégo el estandarte de la Capitana de Sinan-Bajá, que se ganó en la batalla, que es de damasco verde, con unas letras de oro bordadas á la turquesca. Tras dél iban 1.200 esclavos cristianos que se libertaron en la presa de las siete galeras, de cuatro en cuatro, todos con ramos de oliva en las manos. Tras dellos seguia la clerecía, el Cabildo de la iglesia mayor y de la capilla Real de Palacio, con sus cruces y velas encendidas en las manos. Tras ellos las arcas de las santas vírgenes Santa Ninfa y Santa Cristina, patronas de la ciudad de Palermo, con muchas luces encendidas, y detras la reliquia de la Vírgen Santísima, que hay en la capilla Real de Palacio. Luégo el ilustrísimo y reverendísimo señor cardenal Doria, vestido de pontifical, y tras de su señoría ilustrísima todos los caballeros y barones, con luces encendidas; luégo en

la misma órden todos los Consejos, y tras ellos el Virey, vestido de negro bordado de plata, espada plateada y banda negra, sombrero negro con plumas blancas, coleto de armar, y una gola plateada, y baston negro guarnecido de plata, botas y espuelas. Llevaba á su lado derecho á D. Otavio de Aragon, vestido de negro con plumas rojas. Al lado izquierdo el Pretor, y toda la ciudad. Al lado de D. Otavio de Aragon todos los capitanes de galera, á quienes los duques, y príncipes y títulos del reino, que iban en aquel puesto, llevaron junto á sí. Detras iban los ocho capitanes de infantería española que se hallaron en la jornada, con sus pajes de rodela delante, armados, y con sus ginetas en las manos; y entre ellos mezclados los capitanes, arraeces y gente particular que se tomaron esclavos. Tras ellos iban 600 turcos esclavos, de cuatro en cuatro, y por los costados, á la deshilada, 900 soldados, que fueron los que se hallaron en esta empresa, con sus armas en las manos. Detras de todo iban todos los caballos de los señores y caballeros que iban en la procesion, ricamente enjaezados; y del Virey seis con telillas y sillas de brida bordadas. Salió la procesion de Palacio, entró por la iglesia mayor, fué por todo el Casaro, en el cual estaban aderezadas todas las ventanas riquisímamente, con grandísima cantidad de pueblo, siendo un dia maravilloso de ver tanto contento y regocijo, así en los cristianos libertados, como en toda la gente del pueblo, y de muchas partes del reino que vinieron á vello y á buscar, unos á sus hijos, otros á sus padres y á sus madres, y la tristeza y llanto de los esclavos, de suerte que lo uno

movia á alegría y lo otro á compasion, por enemigos que fuesen. Llegóse á Nuestra Señora de Piedegruta, adonde con gran salva del castillo, galeras y baluartes de la ciudad, fué la procesion recibida. Dijo misa de pontifical el ilustrísimo y reverendísimo señor cardenal Doria, con gran devocion y autoridad. Predicó en veneracion de la limpia Concepcion de la Vírgen el padre fray Martin de Ateca, de la órden de San Agustin, confesor del Virey, trayendo en devocion de este santo misterio lo que en esta ocasion ha sucedido, y es, que siendo la devocion de la casa de los Girones la limpia Concepcion de la Vírgen Santísima, labró el Virey para sí una galera de 30 bancos, que hoy sirve de Capitana en la escuadra de Sicilia, la cual casualmente se comenzó á labrar dia de la Concepcion, y acabada de labrar, preguntando el Virey al cabo maestro qué nombre le pondria, dijo que no podia ponérsele ninguno, porque el dia que la cubrió la puso *La Concepcion*, sin advertir que se habia conmenzado á labrar aquel dia, y el que se hubo de pelear, acaso se halló dado por nombre Nuestra Señora de la Concepcion; y embistiéndose las galeras, el estandarte de la imágen de la Concepcion tomó el estandarte de la Capitana turquesca, que todo parece milagro, siendo el primer viaje que esta galera ha hecho. Acabóse la misa y sermon á las cuatro de la tarde, y por la muchedumbre de gente, así de la procesion como del pueblo, pareció al ilustrísimo y reverendísimo Cardenal que se volveria muy tarde y con gran confusion de tanto esclavo cristiano y turco, y tanta gente de guerra como habia, siendo imposible de noche volver

con órden, y así las religiones volvieron á sus conventos, los cristianos á una iglesia donde estaban recogidos, y los esclavos turcos á sus galeras, habiendo hecho particular oracion por la salud de Su Majestad y acrecentamiento de sus reinos. Quedaron en Nuestra Señora de Piedegruta las arcas de las Santas y reliquias de Nuestra Señora. Y el Virey volvió á Palacio á caballo, con la compañía de arcabuceros, entretenidos y guion de vanguardia, toda la nobleza de la ciudad y Consejos, en la misma forma que habia salido, con D. Otavio de Aragon al lado derecho y la ciudad al izquierdo, y detras toda la infantería española. Quedó el lugar con notable regocijo y todas las ciudades del reino, adonde por tres noches se hicieron luminarias y grandes fuegos. Dió la ciudad ocho dias de comer á todos los esclavos cristianos, y despues el Virey sus pasaportes y un escudo á cada uno, llevando todos por insignia en sus vestidos una imágen de bronce de Nuestra Señora de la Concepcion, y las armas de los Girones á los piés. Dióse órden en todos los puertos que los embarcasen con toda comodidad y hízoseles grandísimas limosnas por los lugares por donde pasaron.

Y en 7 de Octubre despachó el señor Duque de Osuna un correo, que llegó á esta villa de Madrid á los 7 de Noviembre con cartas suyas y el estandarte que se habia tomado en la Capitana, y órden á Sebastian de Aguirre, su agente en esta córte, para que en nombre de Su Excelencia lo entregase al señor Duque de Lerma, para que lo presentase á Su Majestad, que con él mostró haber recibido contento.

NÚMERO 9.

Verdadera relacion conforme á muchas cartas que han venido á esta ciudad de la felice victoria que tuvo don Antonio de Aragon [sic], hermano del Duque de Gandía y sobrino del Duque de Lerma, contra las galeras de Chipre y Rodas, en la isla de Sio, á mediado Agosto de este año de 13, con otras presas que han tenido las galeras de Venecia, Florencia y los navíos del Conde Mauricio. Con licencia, impreso en Sevilla, año 1613.

Estando la cristiandad suspensa este verano pasado de 613 con el aparato y máquinas que prevenia el Turco en Constantinopla, donde juntó una lucida Armada de más de 200 bajeles para bajar contra Malta, cuyas galeras son terror de su potencia, saqueándole contínuamente las flotas que vienen de Alejandría y el Cairo, la Santidad de Paulo V hizo en Roma muchas rogativas á la Vírgen del Pópulo, y los cristianos reyes de España y Francia, con otros príncipes y potentados católicos, hicieron liga para resistir las fuerzas de este bárbaro; mas Dios permitió que sin gasto ni molestia de su pueblo se librase su Iglesia de este azote que la amenazaba, destruyendo el ejército infiel con una grave pestilencia que acabó la mayor parte de la gente sin poder lograr sus designios ni salir Armada del puerto. Á la fama de esta empresa se convocaron los más nobles y poderosos vasallos de la casa otomana, y por no volver á sus casas sin derramar sangre cristiana, suplicaron al Gran Turco les diese licencia para salir en corso á destruir las costas de Italia, tan acostumbradas á padecer semejantes

molestias y ruinas. Pareciôles á los visires del Consejo secreto ocupar en algun efecto las reliquias de tan grande estruendo, y mandando reforzar 30 galeras de las mejores, salieron de Constantinopla con próspero viento por el mes de Julio pasado, con ánimo de vengar los daños que habian recibido en Túnez por D. Luis Fajardo, y en Duranzo, Estanchon y los Querquenes por el Marqués de Santa Cruz, y en otras partes del Archipiélago por las galeras maltesas, genovesas y florentinas, concediendo el califa de Babilonia, como Sumo Pontífice del Alcoran, ciertas gracias y perdones á los que se empleasen en tan santa jornada, sirviendo á su falso profeta Mahoma.

Tuvieron noticia de esta venida el Conde de Lémos y Duque de Osuna, vireyes de Nápoles y Sicilia, guarneciendo cada uno las costas de su gobierno para que la arrogancia turca hallase otro hospedaje del que presumia. Saliendo á darle la norabuena el Marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, con la flor de aquel reino, teniendo por punto de honra y caso indecente que viniese el enemigo á hacerle fieros dentro de su propia casa. No quiso parecer inferior al *Marqués don Antonio de Aragon*, sobrino del Duque de Lerma y hermano del de Gandía, teniente de D. Pedro de Leyva, general de las galeras de Sicilia [1], que á la sazon estaba en Madrid, y aunque con ménos bajeles y no tan bien armados, partió de Mecina con ocho galeras reforzadas, bien guarnecidas con los mejores soldados del

[1] Entiéndase que se trata de D. Octavio de Aragon.

tercio, y acompañado de los mejores caballeros sicilianos. Tomando la derrota del Archipiélago por divertir al enemigo, embarazándole en la defensa de su casa, para que dejase de molestar la ajena, dió vista á algunas islas; mas sobrevínole un recio temporal y se recogió á una caleta en la isla de *Sio*, abrigo comun de las naves que allí aportan derrotadas.

Habíanse dividido los turcos en tres escuadras, cada una de diez galeras, para que tuviese mejor parto la preñez de sus ánimos, y corriendo la costa de *Sio* las galeras de Chipre y Rodas, descubrieron los árboles de las sicilianas, que viéndose arrinconadas en una estrecha caleta, y creyendo que era la Armada junta de las 30 galeras, tuvieron por cierta su pérdida. Aunque animados con la presencia de tan valiente capitan, menospreciando el peligro con militares palabras, hicieron de presto la empavesada y los baluartes necesarios con los capotes, ferreruelos y jarcia de galera, y viendo que no habia otro remedio sino abrir camino por en medio de las armas enemigas, se dijo la oracion de la batalla; y tocó el clarin de acometer, apellidando los españoles Santiago y los italianos San Jorge, con mayores esperanzas que á los principios, reconociendo que el número de las velas no pasaba de diez.

Tomaron los turcos la boca de la ensenada, juzgando por suya la vitoria por ver á los nuestros como encarcelados; mas D. Antonio de Aragon, con el ánimo de un Scipion, embistió con su Capitana, á quien se adelantó á recibir el bey de Chipre, que así llaman los turcos á sus generales, y despues de haberse dado con increible

coraje la primera rociada, tuvo nuestra galera tan felice suerte, que disparando la pieza de crujía, del primer balazo, dándole por aguas vivas, echó á fondo á la Capitana de Chipre, anegándose miserablemente casi toda la gente, salvo algunos que se escaparon á nado. Con este milagroso suceso cobraron los cristianos mayor brío, y acabando de desenredarse de la caleta, ganaron el barlovento, con que luégo se comenzó á inclinar á su parte la victoria, viéndose malparado y herido el bey de Rodas, salió huyendo con su Capitana y otra galera, á quien fueron dando caza dos de las nuestras, aunque dejaron de seguirlas luégo por acudir á socorrer las compañeras, á quien hallaron ya celebrando la victoria de las siete turcas, que ya estaban rendidas con el favor de Dios.

Dieron gracias á Nuestro Señor por tan singular beneficio, siendo éste uno de los mayores golpes que ha recibido el Turco despues que el Sr. D. Juan de Austria le quebrantó en Lepanto, aunque no sin fatiga y mucha costa de sangre, por haber sido una de las más reñidas batallas que han sucedido en el mar Mediterráneo, como lo manifestaba bien todo aquel contorno cubierto de cuerpos muertos. Sin muchos heridos, murieron de los nuestros 226 y de los turcos más de 1.300, cautivándose vivos 458, y entre ellos algunos *Berlebeyes y Sanjaques* y otros capitanes de consideracion, librándose del remo 2.220 cristianos cautivos. Débese, despues de Dios, esta victoria al valor de tan valiente capitan, que hallándose atajado, como otro Marqués de Santa Cruz cuando lo de Felipe Strozi en la Tercera, hizo de la necesidad vir-

tud, determinándose á morir ántes que degenerar de su clara sangre, peleando como un particular soldado, con una espada y rodela, cuando la ocasion lo requeria, ganando honra para su nacion, y enriqueciendo á sus soldados con el rico despojo que repartió amigablemente, hallándose en las galeras ricos aderezos y vajilla de plata, con muchas joyas y zequíes que quitaron á los turcos, por venir á esta empresa lo mejor de Grecia, señalándose mucho (como siempre) los soldados españoles.

En comprobacion de la ruina y desolacion de los turcos que significó la última conjuncion magna, no sólo han recibido estas pérdidas este año, más otras muchas notables. Habiendo echado en la Calabria en tierra las cinco galeras de Viserta 400 turcos, le mataron la mayor parte dellos, y yendo á rehacerse á la Belona, en la boca del golfo de Venecia encontraron con las galeras de la Señoría, y tomaron las tres dellas, huyendo las otras dos. Los navíos del conde Mauricio, viniendo en busca de cosarios este mes de Agosto, encontraron la Capitana y Almiranta junto á las Berlingas, islas enfrente de Lisboa, con dos navíos de turcos, y despues de haber tenido con ellos una sangrienta refriega, los rindieron, cautivando más de 80, que dieron á S. M. para el servicio de sus galeras de Portugal, echando al mar, cosidos en las velas, algunos foragidos de su nacion que hallaron entre los cosarios. Santurce, almirante de la escuadra de Vizcaya, hizo presa de otro navío de turcos de á nueve piezas por banda, en la costa de Algarve. Las galeras de Florencia tomaron en Córcega dos bergantines de á 16 bancos. Gracias á Dios que así mira por

su Iglesia, sin permitir que se la trague este comun enemigo de la cristiandad.

NÚMERO 10.

Relacion de las prevenciones que hace el excelentísimo Duque de Osuna, conde de Urueña, virey y capitan general del reino de Sicilia, por haber tenido razon cierta de la gruesa Armada que el Gran Turco hace contra Sicilia, donde asiste el dicho señor Duque, por el gran sentimiento que ha tenido de la toma de sus siete galeras. Dase razon de todo ámpliamente, con otros avisos de mucho gusto. Enviada por don Gines de Avendaño, capitan de infantería. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez, año de 1614. Fólio.

Aunque el Duque de Osuna, virey de Sicilia, estaba muy solícito de la Armada que Mahamet Sultan juntaba en Constantinopla, no podia comprender el ánimo del Turco, ni tener cierta noticia de sus últimos designios, sobreviniendo cada dia diferentes nuevas con que se hallaba más confuso, asegurándole algunos indubitablemente que entraba por el golfo de Venecia y los estados de Esclavonia, confirmando esta opinion algunos avisos que se tenian de los cónsules de la Señoría. Otros afirmaban que despues de haber puesto en órden algunas cosas del mar Negro, se bajaria sobre Malta, que parecia lo de ménos fundamento, por haber hecho el Turco tan á su costa experiencia del valor de la religion, cuando le compelió á levantar el cerco del Burgo don García de Toledo. Fuése S. E. á invernar en Palermo, como es costumbre de todos los vireyes, advirtiendo á

D. Octavio de Aragon, teniente de las galeras de Sicilia, que procurase tomar lengua de las pretensiones del enemigo, porque en caso de bajar sobre Sicilia no los hallase dormidos, como sucedió en la Goleta, arruinada por su poca prevencion y por fiarse de nuevas fabulosas. Despachó D. Octavio algunos bergantines y tartanas la vuelta del Archipiélago, no pudiendo salir en coso con las galeras por ser el corazon del invierno. Principió el mes de Diciembre, en cuyo dia llegó á Mesina un bajel de turcos, de quien se tuvo toda la luz que S. E. deseaba.

Habíalo despachado el Turco para el bey de Túnez con un chauz ó embajador, y llegando al Archipiélago, saltaron en tierra en una de sus islas los marineros y chusma á hacer leña y aguada, quedando sólo el chauz con tres ó cuatro personas y criados que venian en su compañía, bajándose todos al abrigo de la cámara de popa. Traian consigo siete cautivos franceses, y pareciéndoles buena coyuntura para hacer un buen lance, clavaron el escotillon y cortaron el cabo del áncora, previniéndose primero de alfanjes y arcabuces, con que recibieron el arraez y marineros que venian de tierra en el esquife, no sin recelo de lo que pasaba. Viéndolo hacer á lo largo llegaron á abordar; pero como no traian reparo, fueron muertos y echados á fondo, tomando los franceses la vuelta de Mecina con el embajador y demas pasajeros, que se dieron á prision porque no los matasen.

Llegó, pues, á Sicilia este bajel en esta conyuntura, y luégo al momento despachó D. Octavio el chauz con sus criados y el pliego del Turco á Palermo, donde á la sazon estaba S. E. Abrió la carta del bey de Túnez, que

en sustancia contenia cómo el Turco determinaba bajar el verano siguiente contra Sicilia para ganar aquella llave de la cristiandad, y castigar al Duque de Osuna, que con tanto atrevimiento procuraba irritarlo, y que luégo le enviasen el mayor número de oficiales que pudiese para acabar de poner en órden 200 galeras que aprestaba en el arsenal de Constantinopla, para cuya guarnicion tenía aprestados 8.000 genízaros, y que asimismo le tuviese aprestados otros 2.000 de los más aprobados del reino de Túnez, para que sirviesen en la ocasion y de la forma que se les ordenase.

Declararon asimismo el chauz y sus compañeros y secuaces, cómo los turcos se hallaban mal con el gobierno de Mahamet, por ser de ánimo mujeril é inclinado más á pasatiempos y regalos que á estruendos de guerra, y que, olvidado del antiguo valor de la casa otomana, se dejaba llevar del amor de una hermosa judía tan ciegamente, que por ella no atendia al necesario gobierno de su Imperio, habiendo repartido exorbitantes pechos, particularmente á los judíos sujetos á su corona, á quien manda contribuir con un millon para los gastos de esta Armada, guarnecida con lo mejor de los presidios de Hungría y Macedonia, que ha entresacado para este objeto, escribiendo á la casa de Meca que hagan nuevas plegarias y rogativas por él á su profeta Mahoma.

Envió el Duque originalmente este pliego á Su Majestad para que acordase lo que más conviniese, que, visto en el Consejo de Guerra, se le enviaron nuevas órdenes para la forzosa prevencion de aquella provincia, que, median-

te el buen gobierno de S. E., se halla con fuerzas y disposicion para resistir la potencia turquesca.

Primeramente ha hecho S. E. recoger en los alolíes públicos la mayor copia de trigo que ha sido posible para distribuirlo adonde pida la necesidad en sus ocasiones, de manera que la república no padezca, juntando grandísima máquina de materiales é instrumentos de guerra, pólvora, alquitran, balas cuerdas y otros muchos y diversos ingenios, enviando á Milan por artilleros y arcabuces, fortificando á Mesina y otros lugares marítimos con nuevos baluartes y trincheras.

Ha labrado asimismo cuatro galeazas con mucha y muy gruesa artillería, capaces de poder hacer cualquier buen efecto en las ocasiones necesarias.

Mandó pregonar que todos los vecinos tuviesen arcabuces en sus casas, y que á cualquiera hora pudiesen traer espada y daga, poniendo maestros públicos para que enseñasen á los que no supiesen tirar, señalando terreros, obligándolos con graves penas y apremiando que los que no estuviesen pláticos en jugar el arcabuz, fuesen en cuerpo á cierto sitio señalado, donde se ejercitar, ordenando un batallon á modo de Castilla, haciendo alarde en todas las fiestas, donde se halla personalmente S. E., asistiendo, como buen capitan, á todos los ejercicios militares.

La Congregacion de los mercaderes se ha obligado voluntariamente de servirle por todo el mes de Abril con 10.000 hierros de lanzas y otros tanto morriones, y 10.000 arcabuces y 5.000 mosquetes con sus frascos.

Ha hecho levantar muchas armerías públicas para

que los que no tienen armas con qué pelear, se puedan proveer de ellas en tiempo de necesidad. Ha reconocido los más fuertes pasos de las sierras, para que si los turcos se quisieren desmandar, sepan los naturales cómo han de ofender y defenderse.

Don Francisco de Castro, embajador de Roma, hermano del Conde de Lémos, virey de Nápoles, vino por la posta á verse con su hermano, en estando certificado de estas nuevas, para consultar lo que convenia al servicio del Rey nuestro señor, y desde allí dar calor á las cosas del Duque, á quien escribieron con la cortesía de tan grandes príncipes, que le envidiaban la ocasion que tenía de servir á S. M., que por su parte no faltarian á lo que debian, pues para poderle acudir en tan importante defensa armaba Nápoles 30 galeras, que saldrian á cargo del Marqués de Santa Cruz, su general. Y el Duque de Tursi con todas las de Génova, á quien se juntarian las del Papa y Florencia, como á bien comun, avisándole asimismo como en la costa de Calabria habian dado al traves dos tartanas de turcos, donde habian preso 100 turcos con mucho despojo que habian robado á cristianos, y que el galeon de Miguel Vaez, hombre famoso en el mar de Levante, habia tomado un navío poderoso en Oriente, con más de 100.000 ducados.

Habiendo partido de Córdoba el cardenal Atristain, por órden de Su Santidad, á levantar en Alemania dos tercios de tudescos para comun defensa de Italia y asegurar á Roma de cualquier riesgo que podia correr de los turcos, que con toda su potencia quieren oprimir

la Iglesia católica como tienen á Hierusalen. No por las prevenciones humanas deja el Duque las divinas, ántes acude á ellas como más necesarias, ofreciendo á Nuestra Señora de Pié de Gruta una rica lámpara de plata, que robaron ladrones dando fuego á la puerta de la iglesia. Haciendo asimismo otras diligencias necesarias á la seguridad de Sicilia, resplandeciendo en todos sus actos como descendiente de aquellos antiguos Girones que restauraron á España.

NÚMERO 11.

Carta del almirante Francisco de Ribera para el Duque de Osuna, virey de Nápoles, en que le da cuenta del reencuentro que tuvo con los turcos.

Ilustrísimo y Excmo. Señor.—Sabe Dios el cuidado en que he estado porque sé el que V. E. terná de no saber de sus bajeles. Bien creerá V. E. que pues no he avisado hasta ahora, que el tiempo no me ha dado más lugar: por ésta sabrá V. E. todo lo que me ha sucedido de los 18 de Junio acá, que del cabo de Celidonia envié un caramusal cargado de arroz.

Á los 15 del dicho partí la vuelta de Chipre por tener avisos ciertos de cinco navíos de cosarios; fuí reconociendo el puerto de Bafa y Lemaso á los 18; no hallé nada. Llegué á los 21 sobre las Salinas, y desde fuera vi que habia 10 bajeles, y uno muy grande, que era de flamencos. Entré en el puerto con todos mis bajeles y di fondo entre ellos; pelearon dos, aunque poco; huyóse la gente en tierra; sacáronse cinco y quemóse uno; los

demas se encallaron. La fuerza me tiró muchos cañonazos y tambien los llevó tan buenos ó mejores, porque ella no me acertó, y seguramente se le metieron muchas balas dentro: alarguéme luégo y izé bandera de rescate, por ser cosa que no importaba llevar á Sicilia, que la carga era sal y algun arroz y plomo; saqué el plomo y lo demas di por 2.100 reales de á ocho: tomé lengua como los cosarios estaban en Famagusta; hice vela para ir allá, y en el camino, á los 23, hice embestir en tierra dos caramuzales; quemáronse. Á los 24 por la noche tomé tres barcas de griegos, que salian de Famagusta; éstas me dijeron como habia veinte dias que los cosarios estaban en el puerto y debajo de cadena, que no era posible entrar una barca. Visto esto, me hice á la mar con disinio de volver allí á cuatro dias, á ver si los podria topar fuera. Volví á los 29, y tomé dos barcas con 30 esclavos; pelearon mucho con las fragatas que llevaba á su cargo mi alférez; salió malherido y murió con ocho soldados. En las barcas iba un *candí* con su mujer; salió malherido y murió á pocos dias: halláronse en un ceston 550 reales de á ocho, y los soldados se aprovecharon bien, porque era gente de pasaje y todas llevaban ropa y dineros sobre sus personas. Éstos me dieron aviso como todavía estaban en el puerto los cosarios, mas que estaban de partida, porque tenian aviso que yo habia ido á Alejandría, y que por eso habian salido ellos: holguéme con esta nueva, y fuíme llegando á la isla: di caza á otro bajel á los 30; entróseme en el puerto, que no me dió poca pena por el aviso que era fuerza diese de mí.

Estando en esto, á 1.° de Julio tomé un navío de griegos que venía de Constantinopla; dijéronme por aviso cierto que el Turco habia vuelto el estandarte al general pasado, y que á la sazon se hallaba en Xio con 45 galeras, y que se juntarian hasta 60, y sin falta me buscarian. Con este aviso dejé de apretar los cosarios, considerando que si la armada me topaba junto con los cinco bajeles, que era fuerza perder más que ganar; así me arrimé luégo á la Caramania y hice agua, porque no me cogiesen con falta de ella, y desaparejándome no tuviese lugar de hacerla. Hecha el aguada fuí costeando á la armada; llegué á los 11 de Julio, y como no hallé, llamé á consejo á los cabos y pilotos, y traté como V. E. nos habia enviado á pelear con el armada para divertir los disinios del Turco, y que ya sabiamos estaba en Xio, y ántes que se juntára más fuerza convenia ir allá y entrar en el puerto, pues es capaz para andar en él á las vueltas, y que allí hariamos el deber y cumpliriamos con la órden de V. E. Los pilotos todos dijeron que, segun los vientos corren por este tiempo, no era pusible llegar allá en mes y medio; parecióme que era poca gana de pelear, y tambien no me pareció bien ir, porque abrigadamente, segun se ve los que acá reinan los ponientes maestres, era muy mala la ida y peor la vuelta; así me determiné estar sobre el cabo, creyendo cierto que el armada me vendria allí á buscar, como lo hizo, que apareció á 14 del dicho con 55 galeras. Viniéronse á mí con una prisa terrible; como lo vi, puse bandera de juntar bajeles; estando juntos amainé en seco, y les di por órden que el Almiranta, *Carretina* y

Urqueta estuviesen siempre juntos, y si fuese calma muerta se diese cabo por los costados tres, y que si por desgracia echasen alguno á fondo, que los demas le salvasen la gente, y si le desarbolaban le diesen cabo, y que en todas necesidades fuesen socorridos unos de otros. Al patache ordené que no se me quitase de la proa, y á la Capitana vieja á mi lado izquierdo, con órden que si embistiesen al patache le pusiésemos en medio, de modo que fuese bien defendido. Yo me puse en cuerno derecho de mis bajeles y los llevé juntos como pudieran ir si fueran galeras: hice vela dadas estas órdenes la vuelta de el armada; ya habia un poco de viento, y llegando á tiro de cañon plegué las velas, ecepto el trinquete y gavia baja, que esto no se excusaba para que el bajel gobernase.

Empezóse á pelear á las nueve de la mañana y duró hasta la oracion, y se alargaron, dado á la banda ocho galeras y desarboládoles una: nuestros bajeles tuvieron su recaudo. Acomodámonos aquella noche lo mejor que se pudo y di órden que todos pusiesen fanal, y yo puse dos, porque desta manera yo les via y ellos me vian, y siempre estábamos juntos, y si uno se apartaba ó se juntaba demasiado, con su barca se ponia bien. Llegó la mañana y llegó la armada á pelear, poco más de tiro de mosquete, donde asistió hasta las nueve de la mañana, que se determinaron á embestir á mí y á la Almiranta, á la que fué el Bey de Rodas con 25 galeras; la *Carretina*, que estaba á su lado, se atravesó é hizo en las galeras gran estrago: dejaron la Almiranta y vinieron á ella, mas presto se desasieron. La *Urqueta*, que estaba á la

banda siniestra del Almiranta, se atravesó con su barca y hizo cuanto pudo, que no fué poco. Á mí se llegó la Real con seis capitanas á sus lados y hasta 30 galeras, y abordo pelearon poco más de media hora, que si asistieran más, fuera peor para ellas. Recibieron daño tan notable, que no acertaban á retirarse. La propia Real me quitó la fragata de popa, que al precio que la llevó, podria V. E. dar otra. Retiráronse y pelearon desde fuera hasta las dos de la tarde, y siempre estaban tan cerca que el artillería del patache les alcanzaba largamente. Este dia dieron á la banda 10 galeras para aderezarse, y dos se le quitaron los árboles. Bien podrá imaginar V. E. que tambien nos daban buenos cañonazos en los bajeles, árboles y aparejos, como allí se verá.

Lo que duró del dia y toda la noche nos estuvimos remediando y alistando para otro dia. Este dia me hirieron en el rostro; quiso Dios que no fuese cosa que me estorbase acudir al servicio de V. E. Visité los bajeles, y algunos tenian falta de municion; saqué de los que tenian más y igualélos; entró la noche y hice mis fanales acostumbrados.

Llegó el armada otro dia, que fueron 16, con gran bonanza; hicieron señal de embestirme tres veces, y la propia Real me vino á reconocer todo el costado, no se fiando de lo que le dijo una barca, que con el humo se metian debajo del artillería, y pudo dar buena relacion del artillería, que estaba aparejada. Llegaron á embestir con la *Carretina;* atraveséme con la Capitana y hice disparar: alargáronse luégo, aunque siempre peleaban cerca.

Duró hasta las tres de la tarde, y la Real se retiró dos horas ántes que todas sus galeras, y estuvo dada á la banda, y sospecho que el general va herido ó muerto, porque en la popa le dieron dos cañonazos, y como he dicho, se retiraron detras de sus gàleras y en dos horas no peleó, y hasta entónces la galera más arriscada era la Real. Este dia se les echó una galera en fondo, y á dos les quitaron los árboles, y 17 quedaron dadas á la banda. Retirándose, como he dicho, á las tres de la tarde, y como entró la noche, se fueron sin hacer fanal. Como amaneció otro dia y no las vimos, no me pesó nada, ántes me holgué mucho, porque sobre todos mis daños, que eran muchos, no tenía pólvora para pelear seis horas.

Dejáronme con el árbol y entena de gavia y entena de cebadera hechos pedazos; los demas árboles con tantos cañonazos, que ninguno es de provecho; desaparejáronme de manera que fué menester hasta la jarcia de la jareta para remediarme, ademas que hacía muchísima agua, que hasta Candía los soldados han venido dando á la bomba, y la *Carretina* ha hecho muchísima agua. Dime priesa á tomar á Candía; llevóme de remolco la Capitana vieja, hasta que me aderecé. Hanme muerto en la Capitana 15 soldados y [heridos] al sargento de Castillo y marineros, que ya casi todos están buenos. En la Almiranta mataron cuatro soldados y dos marineros y hirieron 26; en la *Carretina* mataron 10 y hirieron 25; en la Capitana vieja mataron dos; en el patache mataron uno y hirieron dos.

La relacion de los nombres de todos envío al sargen-

to mayor: esme fuerza dar fondo en Mesina porque no traigo agua ni vino, y á reforzar algo el árbol del patache, que por tenerle roto le llevo á remolco. No tengo más que decir á V. E. sino rogar de nuevo que me ocupe, para que pueda yo satisfacer parte de muchas honras que de V. E. he rescibido. — Guarde Dios á V. E. muchos años.—De la mar y Agosto de 1616.—Francisco de Ribera.

Bibliot. central de Marina. *Colec. Navarrete*, t. v, número 21.

NÚMERO 12.

Carta del Duque de Osuna comunicando la victoria de D. Francisco Ribera.

Señor.—Por la carta del capitan Ribera entenderá V. M. el fin con que mis bajeles fueron á Levante y las órdenes que llevó, sólo enderezadas al servicio de Vuestra Majestad y á perderse en él, que para mí es el mayor interes que puedo tener. Él ha dado honrada cuenta de sí, como yo entendí siempre, y esperando esta ocasion, he dejado de suplicar á V. M. se sirva de considerar, que al tiempo que mis bajeles deshicieron la Armada del Turco, la estaban esperando con harto temor en las costas de Calabria y Sicilia, y dando V. M. priesa á todas las escuadras de la cristiandad para defensa de ella, pues sólo se hallaban en estos mares seis galeras, cuyo estandarte, áun para salir á reconocella, se habia de desarbolar ó quedar en el puerto, cosa á mi parecer

no de mucha reputacion siendo de V. M. Ni tengo por de ménos servicio que la cristiandad y la Turquía conozcan que, de poder á poder, basta el de un vasallo de V. M. á pelear contra el del Turco. Juzgarán esto por demasiada arrogancia los que ni saben ni pueden hacello, ni más de mormurar mis acciones, no digo con designio de que las armas de V. M. no tengan el lugar que deben, pero con envidia de que el mundo vea que soy yo quien las mantiene en él. Podrá ya V. M. si fuese servido conocello, pues há mucho tiempo que dura, confirmándolo tantos buenos sucesos como cada dia se han ido dando la mano unos á otros, y esto sería bastante premio á mis servicios. Suplico á V. M. se sirva de que el capitan Ribera tenga el que merece, que de su persona no digo otra cosa sino que lo que ha hecho ahora lo volverá á hacer siempre que yo le enviáre á ello, y de mí, que cumpliré con mis obligaciones. Nuestro Señor, etc. En Nápoles, 5 de Setiembre de 1616.—*Bibliot. Nacional*, ms. H. 16, fól. 25.

MÚMERO 13.

El Rey se muestra complacido de la victoria.

El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, primo, mi Virey, Lugarteniente y Capitan general del reino de Nápoles. Por vuestra carta de 11 de Setiembre y los papeles que acusa del capitan Ribera, he entendido la refriega que tuvieron las bajeles que enviasteis á Levante con las 55 galeras de la Armada del Turco en el cabo de Celi-

donia, y he holgado mucho del buen suceso que han tenido y el valor con que han peleado, y ha sido faccion como guiada por vuestra mano, y así os doy muchas gracias por lo bien que lo habeis dispuesto, y al capitan Ribera se las daréis de mi parte, y se queda mirando en hacerle merced, y al alférez Urquiza que trujo unos despachos. De Toledo á 27 de Octubre de 1616. —*Biblioteca Nac.*, ms. H. 16, fól. 25 v.

NÚMERO 14.

Relacion verdadera de la victoria que 10 galeras del Duque de Osuna, en que entraban algunas de Nápoles y Malta, tuvieron contra 12 de turcos, en que venia por general un renegado, de nacion calabres. Dase cuenta de la muerte del renegado y cautiverio de dos hijos suyos, con otras cosas del mismo propósito. Impreso con licencia en Málaga, por Juan René, año de 1616. Fólio.

El Excmo. Duque de Osuna tuvo aviso como de Constantinopla habia salido un famoso cosario renegado, llamado Arzan, de nacion calabres, con 10 galeras, para con ellas correr todas las costas del mar de Levante y hacer el mal que pudiese. Y así determinó S. E. atajarle los pasos con toda la diligencia posible, para lo cual hizo aprestar ocho galeras, acompañando á éstas otras dos de Malta, y las 10 salieron en busca de las 12 del Turco, que ya habia algunos dias que andaban por aquellos mares; y aunque las nuestras hicieron todo lo posible, no pudieron encontrarlas en más de catorce

dias, en los cuales los enemigos habian hecho algun daño en algunos lugares pequeños de aquellas costas, de que sacaron algunos cautivos, tomando juntamente dos embarcaciones de unos mercaderes genoveses, con alguna cantidad de moneda y otras mercaderías muy ricas. Empezaron finalmente á hacer sus presas, hasta que les fué á las manos la Armada de las 10 galeras cristianas, de las cuales tuvieron vista á 2 de Setiembre, aunque con poco miedo, así por estar confiados en sus fuerzas, como por echar de ver que las nuestras galeras eran ménos que las suyas.

El dia siguiente, que fueron 3 del dicho, se embistiéron unas á otras, y entre ellas se halló una brava y sangrienta escaramuza, con harto daño de ambas partes. Duró la batalla desde las diez del dia hasta que la noche les puso treguas, sin que se conociese notable ventaja en ninguna de las Armadas, porque aunque los enemigos habian perdido una de sus galeras, no por eso habian desmayado, ántes gastaron toda aquella noche en curar los heridos y en rehacerse de algunas cosas que la escaramuza pasada les habia destrozado, para con la mañana volver á su comenzada porafí. No se descuidaron los nuestros en hacer lo mismo, aunque no habian recibido tanto daño, porque los heridos no llegaron á 60, pasando los enemigos de 200, sin los muertos, que de los cristianos fueron 17 y de los turcos más de 75.

Amaneció el dia y volvieron á embestirse las Armadas, con tanta fuerza y de nuevo, como si por ellas no hubiera pasado el estrago del dia de ántes. Fué esta batalla más reñida que la primera, aunque duró ménos,

porque los nuestros le embistieron luégo á su Capitana, y entre las dos se trabó una reñida y sangrienta batalla; porque como estas dos galeras eran las que tenian más fuerza y las que llevaban mejores chusmas, habia cada cual menester mostrar todo su poder para defenderse de la otra. Sucedieron en el encuentro de estas dos galeras algunos hechos notables y de valor, que no son para tanta brevedad; pero sólo referiré el de un soldado español, por nombre Francisco Roel, el cual, tomando una espada y rodela, fué el primero que saltó en la galera enemiga, habiéndose ambas embestido, y en ella estuvo peleando solo un gran rato, por no dar los enemigos lugar á poderle socorrer. Recibió por esta causa algunas heridas de riesgo, y sin duda perdiera la vida, aunque no la honra de tan gloriosa hazaña, si á este tiempo no le favorecieran otros soldados, que corridos de verle solo dentro, rompiendo los enemigos, se arrojaron en la galera contraria, rindiéndola á pesar de los turcos, que pretendieron defenderse. Hízose el renegado fuerte en el castillo de popa, y acompañado de dos hijos suyos y de algunos soldados, peleó como hombre valeroso y desesperado; pero al fin hubo de morir, sin que se pudiese averiguar cuál de los cristianos fué el dueño de esta hazaña, porque con la confusion no se echó de ver quién le diera, aunque le vieron venir al suelo con dos estocadas penetrantes y otras heridas, de que luégo murió, y los suyos, desanimados, se rindieron, estando ya tan cansados que no se podian menear. Costó esta galera muchas muertes de ambas partes, aunque de la nuestra, demas de ser ménos, no murió persona principal ni de nombre,

aunque el capitan, que se llamaba D. Iñigo Zapata, salió malherido en un brazo, pero no de riesgo.

Perdida la Capitana empezaron á aflojar todas las demas, y así peleaban ya como hombres vencidos, de cuya cobardía nació más ánimo á las nuestras, y así les dieron ruciadas tan recias, que les echaron una galera á fondo, y en las demas hubo infinitos muertos y heridos, por lo cual, las que estaban en la retaguardia se empezaron á preparar para huir, y al fin lo hicieron, dejando á las de vanguardia, que eran cuatro, las cuales se rindieron luégo, y siendo entradas por los españoles, quitaron del remo á los cristianos, dejándolos en libertad, y fueron los que en este dia la alcanzaron 325. De los turcos heridos murieron muchos, así por la desesperacion de verse esclavos, como por la falta de cura que ellos tuvieron en aquella noche y dia. Fueron con todo los moros que quedaron cautivos 250, sin dos hijos del renegado, uno de catorce años y otro de diez y seis, ambos mancebos de gentil disposicion y brío, aunque el mayor quedó falto de un ojo, que perdió en esta refriega. Hallóse en las galeras del enemigo alguna parte de las ropas que habian cogido en las naves de los mercaderes genoveses, que despues se volvió á su dueño. Lo demas fué todo de poca importancia, porque sólo se hallaron armas y municiones; salvo que en la cámara de popa de la Capitana se tomó la vajilla del general, que valia más de 10.000 ducados, y un alfanje de mucha estima, sembrado el pomo de muchos diamantes engastados en oro. Por los dos hijos del renegado se espera un buen rescate, con lo cual quedará esta victoria de más importancia.

Con las nuevas de este suceso dieron nuestras galeras la vuelta á Sicilia, donde fueron recibidas con extraordinaria alegría de todos, disparando toda la artillería de las fuerzas, habiendo tres noches habido fuegos por toda la ciudad. Túvose particular cuidado con curar los heridos, premiando á todos conforme la calidad de su persona. Permita Dios que todo esto sea para más aumento de la Iglesia católica y destruccion de nuestros enemigos.

NÚMERO 15.

Carta del Duque de Osuna á S. M. con noticia de una jornada de D. Octavio de Aragon.

Señor.—Don Octavio de Aragon ha vuelto de Levante; tomó tres caramuzales, un bergantin y cien esclavos; trae de la Armada del Turco los avisos que he enviado á V. M. de cuán malparada la dejó el capitan Ribera. Tambien la he tenido de haber dado garrote en Constantinopla á un fraile francisco con quien me correspondia, harto hombre de bien. El Bayle de Venecia ha hecho en esto lo que V. M. puede esperar siempre de los negocios que cayeren en sus manos; están presos los padres Jesuinos; he escrito al embajador de Francia y algunos esclavos mios que allí pueden, para que les ayuden, poniéndoles en algun temor de que si se hace justicia de ellos, la haré de otros tantos esclavos que tengo de Constantinopla, y de consideracion. De lo que sucediere daré cuenta á V. M. En Nápoles, 9 de Noviembre de 1616. —*Bibliot. Nac.*, ms. H. 16, fól. 26 v.

NÚMERO 16.

Carta del Duque de Lerma al de Osuna, pidiéndole ayuda para armar galeras por su cuenta.

S. M., á mi instancia, me ha hecho merced de concederme licencia para armar una escuadra de cuatro galeras que resida en el puerto de Denia y otros de aquellas costas, como verá V. E. por la carta que va con ésta. Este armamento he determinado que se haga en Génova, y como para él son menester tan diversas cosas, y S. M. tiene por bien que se me den de sus almagacenes las que en ellos hubiere, como lo escribe á V. E., deseo saber con lo que V. E. me podrá ayudar de ese reino, porque es la principal ayuda que para este armamento se ha de tener, y así suplico á V. E. me avise de ello con la mayor brevedad que fuere posible, porque á sólo esto aguardo para proveer de Génova lo necesario. Dios, etc. De Madrid á 19 de Noviembre de 1616. —M. P. Suplico á V. E. me haga merced de ayudarme para que estas galeras puedan salir á navegar esta primavera, y V. E. con su ejemplo me ha animado á pretender esto y á emprenderlo y tener el puerto de Denia.—El Duque y Marqués de Denia.—*Biblioteca Nacional*, ms. H. 16, fól. 28.

NÚMERO 17.

Carta del Duque de Osuna á S. M. acerca de armamentos y disposiciones contra Venecia.

Señor.—Viendo el cuidado con que algunos, por fines particulares, en las orejas de V. M. dan diferente nombre á mis acciones del que el mundo les da, no me parece vivir descuidado, pues de las cartas y órdenes de V. M. se conoce claro cuánto pueden en esto, no siendo, como no es, razon que yo crea se despachan sin la atencion que tales materias piden. Don Pedro de Leiva me ha enviado la copia de carta que V. M. ha sido servido de escribirle, con el capítulo siguiente:

«No sólo acudiréis á la defensa de esas costas, como conviene, sino tambien á hacer los buenos efectos que ofrecieren las ocasiones; iréisme avisando de todo lo que ocurriere y estaréis advertido que si mi Virey de Sicilia os ordenáre que con escuadras ó la parte dellas que pareciere, asomeis en el mar Adriático para hacer alguna diversion por aquella parte á venecianos, en esta sazon de las diferencias con el archiduque Ferdinando, que pasan tan adelante, lo ejecutaréis en conformidad de lo que avisará el Marqués de Villafranca, siendo á tiempo que la Armada turquesa no pueda hacer daño á esas costas, pues á la guarda y defensa dellas se ha de acudir en primer lugar.»

Y yo he recibido otra de V. M. con la cláusula que sigue:

«He resuelto que las galeras en que han venido el Conde de Lemos y el Marqués de Santa Cruz vuelvan desde luégo para allá á cargo del conde de Elda, en conformidad de la órden que para ello se ha dado, de que va aquí copia, y que todas las mis escuadras de Italia se junten este verano en Mesina con las de los potentados que les envío á pedir, y para que el Gran Duque acuda con las suyas, le escribo la carta que va con ésta, del tenor que veréis por ser copia. Vos se la remitiréis y procuraréis que las envie luégo, ganando en ello todo el tiempo que se pudiere, pues estando tan adelante, importa lo que sabeis no perderle en esta ocasion, que yo seré servido dello, y de que por vuestra parte se acuda al despacho y apresto desa escuadra, enviándola muy en órden y proveida de todo lo necesario para los efectos que hubiere de hacer, advirtiendo de lo que se ofreciere á D. Pedro de Leyva, á cuyo cargo han de estar todas el tiempo que estuvieren juntas.»

Paréceme, segun leo, que de tres personas á quien V. M. encarga los progresos de este verano, se ha servido de escogerme á mí por proveedor de las galeras de Nápoles, pues mandando á D. Pedro de Leyva que obedezca las órdenes que le diese el Virey de Sicilia, en órden á asomar al mar Adriático, mal haria D. Pedro en seguir mis advertencias. No me pasa por la imaginacion que lo que avisáre el Marqués de Villafranca, estando con el ejército y armas de V. M. en la mano, no sea lo que se debe hacer en conformidad de lo que trae á su cargo en tierra para socorrerle con las véras y diligencias que V. M. ordena ; mas háceme novedad y ad-

miracion que el Virey de Nápoles no sea dueño de todas las empresas y facciones que se han de hacer en el mar Adriático y Levante, no estando en Italia el general de él y siendo su frontera las plazas deste reino, así en tierra como en golfo. Esta consideracion he entendido se ha tenido siempre con todos los vireyes que aquí ha habido, sino que tengan la culpa mis muchos y buenos servicios, ó haberle parecido á V. M. que acontecimientos que no han de llegar á ejecucion no se me deben encargar, pues desacatos tan públicos como los de los venecianos no pueden curarse con ensalmo, ni yo lo sabria hacer ni aconsejar, y para que V. M. vea con el tiento que estas emulaciones me hacen vivir, tan en daño del servicio de V. M., viendo cuán adelante pasaba su desórden y aprieto del Archiduque, no sólo tuve resuelto enviar las escuadras á sus mares, aunque para ello levantára gente en este reino, acompañada con mis bajeles, pero tambien hacer bajar toda la caballería dél, la vuelta de Civitela del Tronto, apercibiendo doce mil infantes del batallon en su seguimiento, en caso de necesidad; esto propuse en el Colateral, y todos concluyeron se debia hacer: no lo ejecuté con parecerme más que conveniente, porque tras el ruido que mis galeones hicieron de su viaje á Levante, no quise aumentar más las calumnias que cada dia crecen; pero asegúrese V. M. que ni los venecianos hubieran osado navegar los suyos, ni las marinas del Archiduque recibido tanto daño, que el suceso de mis bajeles solos con la Armada Real del Turco asegura el que hubieran tenido de la de venecianos, tanto inferior con cincuenta galeras de V. M. No

quiero alargarme á otros buenos efectos de las ocasiones que V. M. pone en las manos de D. Pedro de Leyva, ya que ellos le han quitado el trabajo en que podia poner la Armada turquesca, y á V. M. el cuidado que esto le daba, como lo significa de sus cartas y órdenes. Sólo suplico á V. M. fie de los que estamos hoy en Italia, hará cada uno lo que hasta aquí ha hecho, que con esto quedarémos conocidos y premiados. Nápoles, 1.º de Diciembre de 1616.—*Bibliot. Nac.*, manuscrito H. 16, fól. 29.

NÚMERO 18.

Carta del Duque de Osuna para D. Pedro de Toledo, gobernador de Milan, refiriendo las contrariedades que sufre de la Córte.

Hoy he recibido una órden de S. M. juntamente con la carta de V. E., en la cual me manda procure evitar el pasar á la infantería que viene de Holanda para venecianos; por esa copia de carta que envio á V. E. podrá conocer cuánto he deseado que S. M. tome con véras la materia más importante que hoy tiene en su corona, de más consecuencia y reputacion; meses muchos há que hubiera prevenido este servicio y otros muchos que, como á S. M. represento, es notable trabajo andar buscando disculpas á los buenos sucesos que Dios me ha dado en su Real servicio, y mayor que el Consejo de Estado ayude á esto, como si el interesado en ello no fuese S. M., y así me atan las manos, bien contra mi vo-

luntad, prometo á V. E.; pero ya que S. M. ha comenzado á dispensar en estas materias, aunque tarde, despacho á V. E. este correo con las copias de lo que á S. M. escribo en este negocio, por donde verá V. E. como siempre salgo á recibir esos sucesos. Lo que querria es que, ó los tomasen de véras ó dejasen, pues si me hubieran creido, bastára por remedio. En fin, señor, yo hago leva de ocho mil napolitanos, con otros ocho mil del batallon de la caballería ligera y hombres de armas de este reino; meterse en órden mil caballos; levantarse mil caballos albaneses, y al Duque de Matalon le he ordenado haga leva de quinientos corazas, que serán en número dos mil y quinientas caballos. Querria que fuesen las dos mil corazas, y quinientas lanzas, pues V. E. me avisa cuán proveido se halla de arcabucería de á caballo. Junto en este reino la mayor cantidad de bajeles redondos y galeras que pudiere, que con los mios, tan perseguidos, puedan acudir con esta gente á donde S. M. ordenáre, si ya no gusta pasen por tierra, que fácilmente podrán hacerlo en la forma que se irá disponiendo, sin que nadie se lo impida. Pienso que los oficiales y gente será buena, porque nadie se vale de más intercesiones que sus servicios ni se da lugar para otra cosa que la razon, con que he podido dar buena cuenta de lo que hasta ahora se me ha ofrecido. En esta conformidad puede V. E. hacer sus levas, que esta gente procuraré esté en órden por todo Abril. V. E. mande que se nos labren tres mil corazas, porque en este reino no las hay, y esto sea con la brevedad que requiere, que aunque yo envío persona que trate desto, lo impor-

tante ha de ser la órden de V. E., y no hay otra cosa que pueda retardar esta expedicion.—M. P.—V. E. me responda luégo y vea lo que se le ofrece advertirme en su servicio y en el de S. M. Acábese esto de una vez, señor mio, ó dejaré de perder tanto como cada dia se pierde y nos añaden nuestros amigos. Nápoles, 7 de Enero de 1617.—*Bibliot. Nac.*, ms. H. 16, fól. 33.

NÚMERO 19.

Carta del Duque de Osuna al de Uceda tratando del estado lamentable de la política que se sigue.

Este despacho va con toda diligencia, así por lo que importa llegue con ella á manos de S. M. como por estar el tiempo tan adelante, y aunque envío á V. E. las copias dél, me ha parecido necesario referir en ésta algunos puntos: quedará V. E. más enterado dellos para tratallos con S. M. y con los demas que hablasen en estas materias, y yo puedo más abiertamente conferillas con V. E. que escribillas al Rey. El mayor servicio que nadie puede hacelle en este tiempo es desengañándole del estado en que hoy se halla su reputacion, sus armas y la nacion española, y no aguarde V. E. á que otro lo haga por hacelle mal. De todas estas cosas se está riendo hoy el mundo, y los que en él tenemos algun puesto, escondiendo la cara de vergüenza y de lástima. Tres años há que teniendo S. M. paces en Flándes, Ingalaterra y Francia, y guerras civiles entre la gente que más

se podia temer, desembarazadas sus armas y sus reinos, le sustenta guerra el Duque de Saboya, perdiendo un ejército cada año, mudando generales y con tanta confusion toda la gente de mando, que ellos se deshacen sin que al Duque le cueste más trabajo que estarse en sus plazas, imponiendo cada dia todos cuantos desacatos le vienen á la imaginacion. Que en España corra con alguna modestia el hablar en esto, no es de maravillar; pero en los demas reinos del mundo se representan comedias de la monarquía de España y del gobierno de ella, como V. E. verá por ese libro, cuya respuesta la habian de hacer las armas y no las letras, y ni lo hacen unas ni otras; en fin, hoy comienza á florecer la guerra en el Piamonte, y cuantos tratan de su acomodamiento no crea V. E. que es con fin de religion y de paz, sino de dejar ejecutoriadas en el mundo afrentas y vituperios de España, que con este nombre han de salir en las historias. Mire V. E. si se les olvidará nombrar los reyes y los ministros por quien se gobernaban con grandísimo tiento, encaminado hasta ahora en hablar en estas materias. Porque no me pongan nombre de inquieto los que con su descanso quieren comprar la desautoridad del Rey, bien sabe esto V. E., pues sólo de haber tratado en el Consejo Colateral que la caballería de este reino se fuese arrimando á Civitela de Otronto, ya me publicaban por turbador de la paz, y de aderezar cuatro bajeles me hacen los propios cargos que se hicieron á Draque, como si me hubieran servido de otra cosa que de acordar que hay rey de España y que tiene vasallos que saben mostrallo. Hase servido ahora de mandarme

estorbe el paso de la gente que viene de Holanda en socorro de venecianos, tan tarde como todas las órdenes que se me envian, y los temores que á V. E. he representado, me han estorbado hallarme hoy puesto en órden para lo que se me manda. Haré todo lo posible, y viendo que D. Pedro de Toledo á este mismo tiempo me escribe que sin mi ayuda no puede hacer nada, me ha parecido que en dársela como conviene, cuando se pudiera cuanta hacienda y gente tiene S. M., no era igual á lo que se gana en salir con reputacion de un negocio que ya el mundo le juzga por perdido, pues con el buen suceso dél se cobra todo. Estas son las razones por donde me he movido á levantar diez mil napolitanos, ocho mil hombres del batallon y mil y quinientas corazas y mil caballos de la caballería ligera y hombres de armas. Esto en órden puede pasar por donde S. M. quisiere de tierra y de mar, y junto con las fuerzas de D. Pedro de Toledo, acabar esta guerra en tres meses. Mi persona no tengo que ofrecella á V. E. ni al Rey, pues cada dia tengo más obligaciones de no excusalla á ningun peligro ni trabajo, y así, hablando sólo como español, confieso á V. E. que á órden de un valon iria con más gusto á que esto se acabase, que tener cuantos cargos S. M. me pueda dar, porque en este puesto S. M. muestra lo que puede dar á un vasallo, y en el otro lo que un vasallo puede y debe hacer por su rey. Llena hallará V. E. esa Córte de hombres que contradirán esto, pero en esta carta me protesto con V. E. y con S. M. de paces y acuerdos indignos á la grandeza del mayor rey que hoy se conoce y demas reinos y vasallos, y pido á V. E., pues

nada debo desear como sus acrecentamientos, de su parte haga el mismo protesto, que para ningun tiempo será dañoso. Á D. Pedro de Toledo he escrito la gente que voy previniendo y á S. M. que cuanto se dilata de ejecucion se pierde de crédito: estaré esperando lo que se me ordena con más temor de que se me haya de ir á la mano que de que S. M. me mande ejecutarlo.—Nápoles, 12 Enero de 1617.—*Bibliot. Nac.*, manusc. H. 16, fólio 36.

NÚMERO 20.

Verdadera relacion de la victoria que tres galeras del señor Duque de Osuna tuvieron en el mar de Levante contra seis galeras del Gran Turco, en que venia por general el hijo de un famoso corsario llamado Mahomat Asan, en 30 de Marzo. Dase cuenta de cómo el dicho corsario salió de Constantinopla á vengar algunos agravios, y de cómo fué desbaratado y muerto, con pérdida de todas sus galeras. Impreso con licencia en Sevilla, por Francisco de Lyra, año de 1617. Fólio.

Bastantes ocasiones habian tenido las galeras del Gran Turco y de sus corsarios para no querer volver á probar ventura en los mares de Levante, viendo cuán mal les habia sucedido en todas las empresas pasadas; pero como siempre los una vez agraviados inspiran y pugnan por tomar venganza de sus enemigos, aunque claramente conozcan lo que la fortuna á banderas desplegadas favorece las partes contrarias. No faltó en Constantinopla un Mahomat-Asan, hijo de otro Asan,

corsario, á quien algunas galeras del Excmo. Duque de Osuna habia desbaratado, que deseando satisfacerse dé la muerte de su padre, pidió licencia al Gran Señor para con seis galeras que á su costa habia armado, correr las costas de Levante, haciendo en ellas todo el daño posible. Dióle el Turco la licencia que pedia, y áun visto su buen propósito, le mandó dar veinte mil ducados para ayuda de costa, sin otro infinito número de armas, municiones y otras cosas necesarias para el efecto de su intento, y prometiéndole juntamente, que si en esta empresa hacía lo que de él se esperaba, tomando la justa venganza de sus enemigos, que demas del gusto y provecho particular que de esto le resultaria, él le daba su Real palabra de hacerle general de su Armada, y áun subirle á otros cargos mucho mayores de los que él mismo supiese desear.

Apartóse Mahomat-Asan de la presencia del Turco, lleno de arrogancia y confianza, así por el buen aparejo y gran fuerza de sus galeras, como por las nuevas mercedes que el Gran Señor le habia hecho, que suelen éstas dar ánimo á los ménos atrevidos, cuanto y más á los que de suyo lo son. Trató luégo de su partida, y como el tiempo fuese oportuno, no quiso perder ocasion, ántes haciendo recoger su gente, se hizo á la mar con notable alegría de todos, por ser las galeras tan lucidas y bien armadas. Empezó á correr las costas de Calabria, en las cuales hizo algunos daños en lugares pequeños donde sacó no pocos esclavos, por tomarlos á todos desapercibidos y descuidados. Dió en algunos lugares del reino de Sicilia, donde tambien hizo no pequeño daño, su-

cediéndole todo tan prósperamente que le parecia que ya la ventura de los cristianos se habia pasado de su parte.

Tuvo aviso de estos daños el señor Duque de Osuna; y deseoso de repararlos, como siempre lo habia hecho en semejantes ocasiones, mandó que luégo se apercibiesen tres galeras que estaban en el puerto de Nápoles, las dos de aquel mismo reino y la otra de Malta, y que con ellas y otros dos bajeles pequeños saliese D. Pedro Pimentel á estorbar los designios del contrario. Salieron con buen tiempo, pero como no tenian nuevas ciertas del Armada contraria, pasáronseles muchos dias primero que la pudiesen encontrar, de que no andaban poco pesarosos, conociendo que toda la dilacion de hallarlos servía de añadirles más fuerza y de darles más lugar á que ejecutasen sus dañados intentos, en los que no podian resistirle. En este tiempo topó nuestra Armada una fragata ó embarcacion pequeña de mercaderes turcos, de la cual supieron por nueva cierta cómo las galeras contrarias habia tres dias habian estado por aquel mismo paraje, y que no podian haberse desviado mucho, con lo cual se desterró el disgusto que tenian por no poder hallar los enemigos. Finalmente, al cabo de doce dias tuvo nuestra Armada vista de la enemiga ya cuasi al anochecer, y así se anduvo entreteniendo toda aquella noche á una y otra parte, hasta aguardar la mañana para embestirlas, haciendo farol la Capitana, porque viéndolo los contrarios, la codicia de la presa los detuviese. Amaneció el dia siguiente, y viéronse las dos Armadas una á otra con general alegría de entrambas, porque si la contraria, satisfecha de sus fuerzas, tenía por cierta y segura la vic-

toria, la nuestra no tenía ménos esperanza de ella, fiada en la poderosa mano de Dios, contra quien no valen fuerzas humanas. Pusiéronse luégo en órden de pelear, así los de una como de otra parte, animando los generales y capitanes á sus soldados, y poniéndoles por delante la honra y provecho de la victoria; con esto se embistieron una á otra, tocando de ambas partes diversos géneros de instrumentos bélicos que incitaban los corazones á guerra y derramamiento de sangre. Trabóse la de Malta con la Capitana contraria, y ambas se comenzaron á convidar con muy gentiles cañonazos; y como estas dos galeras fuesen de mucha fuerza y de más escogida gente, fué batalla harto sangrienta, aunque duró poco, porque la de Malta la embistió con tanta fuerza, que no siendo la suya de importancia, á pesar de toda resistencia, aunque no tan á poca costa que no se perdiesen muchas vidas de algunos comendadores y de otros soldados de estima, y salieron cuasi todos heridos por razon de la resistencia que al embestir la galera hallaron en los enegos, que como tan poderosos, no fué menester poco para poder vencerlos.

Rendida esta galera, y habiéndose echado otra á fondo, empezaron las otras á desmayar; y viendo que el defenderse era cosa imposible, procuraron ponerse en huida; pero conociendo las nuestras su intento, las cercaron y pusieron en medio porque no se les pudiesen escapar, aunque no pudo ser tan á gusto que dejasen de huirse las dos de ellas, y las demas se rindieron y fueron entradas por los cristianos, matando la mayor parte de turcos que se les ponian por delante.

Tomáronse en esta presa dos galeras, con la Capitana, porque de las otras cuatro se escaparon las dos y se echaron á fondo otras dos. Murió en esta batalla Mahomat-Asan, de un balazo que le llevó una pierna, aunque duró un dia despues de herido, y se cree que él mismo se quiso dejar morir, viéndose vencido y preso. Dióse libertad á más de trescientos veinte cristianos, y fueron los cautivos que se hicieron cerca de otros tantos. La demas presa fué de más honra que provecho, pues como estas galeras salieron de Constantinopla á sólo pelear, no traian otras riquezas que pólvora, balas y municiones, de lo cual se halló gran cantidad, y solamente alguna plata y ropa del servicio de Mahomat-Asan, que se repartió entre los soldados. Todo sea para más honra y gloria de Dios, á quien se deben dar las gracias de todo.—*Laus Deo.*

NÚMERO 21.

Carta escrita por Diego de Ibarra, mercader vizcaino, vecino de la córte de Madrid, á Juan Bernal, su correspondiente en la ciudad de Córdoba, donde le da una breve relacion del estado de todas las cosas notables que hoy pasan en Europa, particularmente de los buenos sucesos del Duque de Osuna, con la presa que últimamente hizo de tres galeras, con más de cuatrocientos mil ducados. Impreso en fólio en Córdoba por Francisco Cea, año 1617.

.....La Armada del Gran Turco estaba de partida para Constantinopla con setenta galeras y diez bajeles redondos, con órden de visitar las costas de Nápoles, y

que si los venecianos hubiesen menester su ayuda, que se la diesen.

La guerra de los archiduques y uscoques con venecianos está muy trabada.

Las galeras de Nápoles y galeones del Duque de Osuna tienen el mar de los venecianos de manera que no les puede entrar nada por la mar, con que padecen hambre y otras necesidades. Enviaron tres galeras con cuatrocientos mil ducados para socorrer á la Armada del Turco, para que con más brevedad fuese á socorrerlos. Encontrólas D. Pedro de Leyva, general de las de Nápoles, y tomólas, que ha sido una muy gran presa y de que los turcos han quedado con harto sentimiento.

La Armada de galeras y galeones en el mar de Venecia tiene tan apretados á los venecianos, y los hacen comer con tanta cuenta y razon, que dicen vale una hanega de trigo más de diez ducados, y las presas que en aquella mar se han hechò y hacen y la que últimamente hizo D. Pedro de Leyva, ha desanimado y puesto en grande aprieto á los enemigos y dado grande ánimo á los nuestros.

De Portugal salió una lucida Armada de muchos galeones para limpiar la mar, de que es capitan general D. Alonso de Noraña. Pocos dias despues de salidos del puerto tuvo esta Armada vista de cuatro bajeles de moros, en los cuales venía por cabo un renegado italiano; diéronles caza dos dias sin poderles alcanzar, por ser tiempo de calmarias; pero al tercer dia refrescó el tiempo y sin resistencia los cogieron, echando primero á fondo uno de ellos; en los demas se tomaron algunas mu-

niciones, dinero y otras cosas que valdrian hasta treinta mil ducados; dióse libertad á más de cuarenta cristianos y murió el renegado que venía por cabo de estos tres bajeles.

La Armada del mar Océano se está aprestando con el nuevo capitan general D. Fadrique de Toledo.

Las galeras de España se están aprestando para llevar al Marqués de Santa Cruz, que escapó de la muy peligrosa enfermedad para ir por capitan general de todas las galeras y escuadras de galeras y navíos del mar de Levante, para recibir el Armada del Gran Turco.

Es de considerar el gasto de todas estas Armadas, junto con las de galeones y flotas, así de las Indias orientales como de las occidentales; tantos ejércitos y presidios en tantas y remotas partes, el cuidado y gobierno de tantos consejeros y ministros superiores, y el que toca á S. M., cuya vida guarde nuestro Señor muchos años para conservacion y aumento de la Monarquía de España.

NÚMERO 22.

Verdadera relacion de la gran victoria que dos galeras del señor Duque de Osuna tuvieron contra dos galeras y otras dos embarcaciones pequeñas del Turco, en que iba un bajá turco con toda su casa, á quien tomaron más de doscientos mil ducados, captivándole á él y á otros muchos turcos de su acompañamiento. En los primeros de Mayo de 617. Impresa con licencia en Cádiz por Fernando Rey, año de 1617, fólio.

Habiendo tenido avisos ciertos el señor Duque de Osuna de algunos griegos, como por los meses de Abril

cumplian el término de sus gobiernos los vireyes de la isla y reino de Cipro, y que salian de ordinario á principio de Mayo de la ciudad de Famagosta en dos galeras que de Constantinopla traian al nuevo bajá y virey. Y así sabiendo esto el Excmo. Duque, armó dos galeras, reforzándolas de chusma escogida y metiendo en cada una de ellas cien mosqueteros y cincuenta piqueros y algunas alabardas para la gente de cabo, con mucha municion de pólvora y balas, y enviando por cabo de ellas á D. Diego de Vivero.

Salieron de Nápoles á 19 de Abril, tomando el camino de Mesina, donde llegaron á 27 del dicho; allí tomaron algun refresco, y habiendo estado dos dias, se partieron para la Fosa de San Juan, de donde tomaron su derrota para la isla de Corfú, donde encontraron una galera veneciana que venía de Candía, la cual les dió noticia de cómo de léjos habia visto dos ó tres bajeles grandes, aunque no supieron decir si eran de cristianos ó turcos, por no haberse atrevido á reconocerlos, por lo cual se pensó que podian ser los bajeles del mismo señor Duque que andan por aquellos mares, y así partiendo de allí llegaron á la pequeña isla de Estival, adonde las dos galeras hicieron agua, adonde haciéndose á la vela llegaron en otros dos dias á la antigua Creta, que hoy llaman Candía, adonde de un pequeño bajel tuvieron noticia de tres caramuzales que venian cargados de seda, azúcar y especería. Y así al mismo punto se hicieron á la vela y tomaron su camino y derrota por el golfo de Cetelia, que por estar el mar en bonanza, aunque suele ser algo borrascoso, le pasaron con brevedad,

por tener el viento en popa, y quiso la suerte que habiendo partido á las diez horas del dia de Candía, á las cinco de la tarde ya estaban las dos galeras sobre los tres bajeles, que pensando ser galeras del Turco, del canal de Constantinopla, no hicieron demostracion ninguna de defensa, y hasta que las galeras estuvieron encima de ellos no echaron de ver si eran amigos ó enemigos, por llevar para esta ocasion sus turbantes y demas traje á la turquesca, órden y acuerdo del señor Duque.

Y ansí, habiendo embestido cada galera con el suyo, los entraron y rindieron con facilidad, por no haberse puesto en defensa. El otro quiso ponerse en huida, aunque luégo fué alcanzado, y haciéndose la visita de los bajeles hallaron gran cantidad de mercadurías de todas suertes, como sedas, especerías, tapetes, cantidad de piedras de valor y aljófar. Tomáronse cautivos treinta y seis genízaros, algunos de ellos casados, y más de otros cincuenta marineros y pasajeros, sin los mercaderes turcos y judíos, cuyas eran las mercancías. Dióse libertad á diez y nueve cristianos cautivos, naturales algunos de Sicilia, que dijeron ser éstos mercaderes riquísimos y naturales de Alejandría.

Este dia se tomó resolucion en la empresa del Bajá, y para esto se mandaron pasar todas las mercadurías al uno de los caramuzales, con toda la gente, y los dos se mandaron echar á fondo. Y luégo al mismo punto, habiendo metido á la cadena los turcos y demas cautivos en el mismo caramuzal, y poniendo de guarda en él veinte y cinco mosqueteros y algunos de los cris-

tianos á que se dió libertad, se partieron las dos galeras á reconocer la isla de Cipro, habiendo estado primero en alto mar desarboladas para no ser vistas de la tierra, hasta las ocho de la tarde, que comenzaron á acercarse á la isla, y habiendo entrado la noche, echaron al agua la fragatilla de la Capitana, y metiéndose en ella Francisco Lascari y Pedro Leon, muy prácticos en la lengua turquesca y arábiga, y dos esclavos sicilianos de los á que se dió libertad, que por muy prácticos en la tierra los enviaron con los dos espías.

Echados todos cuatro en tierra, se emboscaron hasta que por la mañana se entrasen en la ciudad á tomar lengua de la embarcacion del Bajá. Las galeras se hicieron luégo á la mar, á vista del caramuzal, y habiendo pasado la noche y el dia siguiente, á hora de anochecer, la galera *Santa Margarita* se acercó á tierra, y echada la chalupa hallaron los cuatro soldados dichos, que habian vuelto ya de la ciudad con el aviso, y habiéndolos recogido con alegría general, volvieron á la Capitana, donde dieron noticia de cómo de allí á dos dias se habian de hacer á la mar las dos galeras del Bajá, por tener ya embarcada toda su ropa, y así de comun acuerdo aquella misma noche se dobló la punta y cabo de Trenisol, tres millas arriba de la ciudad, por donde las galeras del Bajá habian de pasar, y metiéndose en una cala que tiene la misma punta y desarboladas, echaron en tierra en lo alto de una montaña diez mosqueteros por centinelas para avisar de mar y tierra, y habiendo estado emboscadas de esta manera dos dias y medio, al tercero se descubrieron las galeras del Bajá, y habién-

dolas dejado doblar el cabo, las embistieron nuestras galeras con tanta fuerza, que la confusion no les dió lugar á disparar su artillería, habiéndoles la nuestra hecho muy grande estrago.

Opusiéronse luégo algunos genízaros y turcos á la defensa, y entre los de una y otra parte se trabó una brava escaramuza. Por haberse la galera *Santa Margarita* embarazado más de lo que fuera menester en poner el árbol, no salió tan á tiempo que no tuviese gran ventaja la otra galera turquesca para volver á doblar el cabo hácia la ciudad, haciéndole entender el miedo que toda la escuadra de Malta, Sicilia y Nápoles venía sobre ellos. Diósele caza con toda diligencia posible, tirándole dos cañonazos que, dándole en la popa, se la hicieron pedazos, y dándola otros dos cañonazos en la banda, en medio cuarto de hora la rindieron; y dando la vuelta con ella adonde estaba la Capitana, hallaron entrada y rendida á la del Bajá y dada libertad á ciento treinta cristianos, cautivo el Bajá y su mujer y tres hijos, muertos muchos turcos, y solamente heridos diez y ocho cristianos.

Halláronse en dinero, plata y cosas de su servicio más de doscientos mil cequíes de oro, con que los soldados se dieron un buen dia. Armaron con toda priesa de chusma y soldados cristianos á la Capitana del Bajá para traerla segura. Á la otra galera, por estar tan mal tratada de los cañonazos, la echaron á fondo, y con esto, dando gracias á Dios por la victoria, dieron la vuelta á la isla de Candía, y dende allí tomaron el camino de Nápoles, donde fueron recibidos con notable alegría de

todos. Importó la presa de estas dos galeras más de doscientos mil ducados, sin la gloria de la victoria, que se debe estimar más que todo, dando á Dios las gracias por ella, como autor de todas.

NÚMERO 23.

Despacho de S. M. al Duque de Osuna, ordenándole defender sus derechos en el Adriático.

El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, primo, mi virey y lugarteniente y capitan general en el reino de Nápoles. El Marqués de Bedmar avisa las fuerzas que venecianos juntan para echar del mar Adriático los bajeles que hubiere en él, y particularmente los que vos habeis enviado, caso que no quisieran salir por bien, y así os encargo y mando que si los buscasen para pelear con ellos, ordeneis á quien los tuviese á cargo, que hagan el deber, y que no salgan de allí, pues están en mis mares por las costas de ese reino y no se debe pasar ni admitir la pretension que tienen de ser dueños de dicho mar Adriático, supuesto que es más antiguo ese reino que la república, y que son muchos y de calidad los lugares que tiene en la costa dél, de que se infiere que es intruso el derecho que pretenden venecianos, y para que esto esté más bien entendido, os encargo hagais buscar en los papeles de esos escriptorios lo que pasó sobre esta materia durante el gobierno del Duque de Alcalá, de que me enviaréis razon, y procuraréis mantener siempre el derecho que tengo en aquellos mares, haciendo

entrar en ellos los bajeles que os pareciere, cuándo y cómo conviniere, sin consentir que venecianos los echen dellos, y si sucediere ser tan superiores las fuerzas que los obliguen á retirar, puedan volver á entrar despues. Vos os gobernaréis en esto como espero de vuestro mucho cuidado y celo de mi servicio y iréisme avisando á menudo de todo lo que se fuere ofreciendo. De Madrid á 20 de Junio de 1617.—Yo el Rey.—Antonio de Aróstegui.—*Bibl. Nac.*, ms. H. 16, f. 71.

NÚMERO 24.

Relacion de lo que sucedió á los galeones del Excelentíssimo Duque de Osuna con toda la Armada de venecianos en el mar Adriático á 21 de Noviembre del año pasado de 1617, habiendo peleado un dia, y cómo se retiró la Armada veneciana con grande afrenta y cobardía, etc.—Impresa con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra[1], año 1618, en fólio.

Notorio es en toda la cristiandad el dolor general que han causado las guerras de Italia de estos dias pasados. Y así la santidad de Paulo V, nuestro beatísimo Pontífice y señor, y los potentados católicos, deseando la concordia y paz, han hecho extraordinarias diligencias para que cesasen estas guerras y se tomase asiento en ellas. Y habiéndole acabado, se hicieron con el Excmo. Duque de Saboya, y en una de las condiciones de ellas era, que se habian de hacer con los venecianos. Vínose en

[1] Hay otras ediciones de Madrid y de Málaga.

esto por las causas justas que para ello hubo, y así se despidieron los campos y empezaron á restituirse de una parte y otra algunas plazas, y se iba continuando la paz en esta conformidad.

Escarmentados los venecianos de haberse enseñoreado del mar Adriático (que ellos llaman suyo), los galeones del Excmo. Duque de Osuna, por cuya causa habian padecido tan grandes trabajos, aflicciones, necesidades y temores, pues que no se escapaba un barco que no fuese visitado y registrado de los dichos galeones, duro yugo para su libertad y sentimiento interior, sin poderlo remediar. Pareciéndoles, pues, que era buena ocasion haber asentado ya las paces con España, y que á su salvo podrian repararse y prevenirse para adelante, se juntaron á Consejo, y de comun acuerdo salió que se hiciese un famoso fuerte, grande y bien pertrechado de lo necesario, en una punta de la isla Zarragocesa (señoría que ella se gobierna), por ser como boca ó entrada del mar Adriático, y en el mesmo; con lo cual se prometian tener segura su entrada, y que ninguna nacion sin su beneplácito no embocase en el dicho golfo, y desta manera demasiarse á lo que les pareciese, y no volverse á ver en los aprietos pasados.

El Duque de Osuna, que aunque asentadas las paces, conociendo partes y sabiendo sus designios, no se descuidaba un instante en el servicio de Dios nuestro Señor, y del Rey, ordenó á D. Francisco de Ribera, almirante de su Armada, fuese con ella al mar Adriático á reconocer y saber la verdad, y si lo fuese, lo impidiese. El cual se partió y hizo su viaje al dicho golfo, y en una

carta escrita en el mar dél, da cuenta al Duque, su fecha á 21 de Noviembre de 1617, y es como se sigue, sin quitar ni añadir palabra[1]:

«Vuestra Excelencia dé gracias á Dios por los buenos sucesos que le da contra sus enemigos, porque la jornada ha sucedido de la forma siguiente:

»Á 9 de éste llegó la nao *Carretina* á Mesina y escogí la dicha y así con los demas bajeles salí de Mesina con mis 15 galeones, y á los 19 llegué sobre Ragusa, y enviado á tomar lengua, lo estorbaron dos galeras que dieron caza á la falúa, y de allí á dos horas salió toda la Armada veneciana, que eran 18 galeones, 28 galeras, 6 galeazas y 7 barcas de albaneses; espéreles todo el dia, y cuando llegaron á mí era tarde. Hice dos fanales en mi galeon y ordené que cada bajel hiciese el suyo. Y otro dia, tres horas ántes de amanecer, me empezaron á cañonear con una bonanza muy grande. Al punto que comenzaron reconocí sus fuerzas, y que me tenian hecha una media luna; me determiné á correr por medio por obligarles á que con brevedad se acabase el pleito. El tiempo era bonísimo en bonanza y que se podian juntar ambas Armadas; estando en medio las aguardé dándoles con toda la artillería, y las galeras y galeazas, que me daban mate, empezaron á ciar muy apriesa; y la Capitana de los galeones con el galeon *San Márcos*, tambien se largaron. Recogí toda mi Armada. Duró el combatir hasta las diez y se largaron por no irles muy bien. Y á las doce, que me pude acercar, que no hice poco,

[1] La carta, copiada del Archivo de Simáncas, se ha publicado en la *Colec. de docum. inéd.*, tomo XLVI, p. 203.

por estar al sotavento, empezó con más furia mi gente á pelear, y duró hasta la oracion, que fué la hora que se les quitó la gana de pelear, y así se retiraron y fueron huyendo vergonzosamente. Yo me he puesto en medio del golfo, á donde asistiré para cumplir lo que Vuestra Excelencia me mandáre.

»Los muertos nuestros fueron 12; heridos, 30; los bajeles quedaron maltratados, pero se aderezarán. Á D. Pedro de Mendoza envio para que dé cuenta á Vuestra Excelencia de todo, y me lo torne á enviar, porque le hallo muy celoso del servicio de S. M. Guarde Dios nuestro Señor á V. E. los años que puede. Del golfo Adriático, 21 de Noviembre de 1617.—Don Francisco de Ribera.»

NÚMERO 25.

Despacho del Rey mandando al Duque de Osuna impida que los venecianos fortifiquen á Santa Cruz, haciendo hostilidad si fuera necesario, pero con el nombre particular del mismo Duque y no del Rey de España.

El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, etc. El Marqués de Bedmar me escribe el intento con que van venecianos de hacer un fuerte en el puerto de Santa Cruz de la república de Ragusa, y el pretexto que para ello habian tomado, y aunque segun lo que me habeis escrito estábades enterado de todo y habíades ordenado al que llevó á cargo los bajeles de ese reino socorriese á los raguseses, todavía por lo mucho que importa atajar el designio de venecianos y que no se apoderen de aquel puerto

ni molesten república que está debajo de mi proteccion, y tan afecta á mi servicio, os encargo y mando que la asistais y ayudeis de manera que venecianos no salgan con su intento, mayormente siendo tan perjudicial para la vecindad de ese reino y libre comercio del mar Adriático. Y caso que venecianos se hubieren apoderado del íslote que está á la boca del dicho puerto y empezado en él la fábrica del dicho fuerte, procuraréis se deshaga y eche por tierra, si los de Ragusa os pidieren favor, y si no le pidieren, se podrá hacer lo dicho y lo demas que pareciere convenir en nombre vuestro, sin que se entienda que yo emprendo la defensa con mis armas sin pedirlo ellos, y avisaréisme de lo que se hiciere procurando, como se os dice en otra, excusar nuevas causas de rotura, que yo seré servido de ello. Madrid á 29 de Noviembre 1617.—*Bib. Nac.*, ms. H. 16, f. 74.

NÚMERO 26.

Relacion verdadera de diversas victorias que el señor Duque de Osuna ha tenido en el mar de Levante, desde Octubre pasado de 617, hasta agora. Dase cuenta por extenso de las salidas que D. Otavio de Aragon hizo con el Armada de S. M., y de las presas que tomó. Impreso en Sevilla por Juan Francisco de Lyra, año 1818.

Sabiendo el señor Duque de Osuna que en los mares de Levante andaban algunos turcos que, olvidados del daño que sus galeras ordinariamente recibian del Armada cristiana, de nuevo se atrevian á correr aquellas cos-

tàs, le pareció necesario acudir á estos daños ántes que la falta de remedio los pudiese hacer mayores, y así lo primero que hizo fué enviar un galeon, tres naves y un pataje, juntamente con seis galeras de S. M. Fué esta Armada encaminada á la Goleta con órden de abrasar y pasar á cuchillo á todo género de corsarios que hallasen, como lo hicieron, quemando diez bajeles gruesos de enemigos que encontraron, en los cuales iba el Virey de Túnez, que se metió en la Goleta viendo la pérdida de su Armada.

No se tomó en esta presa cosa de consideracion por cuanto el fuego no dió lugar á que los soldados hiciesen lo que deseaban, pero con todo entraron en algunos bajeles ántes que se quemasen, y saquearon lo que hallaron, que fueron armas, ropas y algunos zequíes de oro.

Iba por general de la Armada cristiana D. Otavio de Aragon, que agora es regente de la Viquería, el cual iba embarcado en una galera que llaman *La Negra*, que á dicho de todos es la más fortísima y de más extremada chusma que hoy navega. Navegaron once dias despues del encuentro pasado, en que quemaron los diez bajeles, al cabo de los cuales encontraron con doce galeras del Turco, con las cuales trabaron una reñida refriega en la que le tomaron las siete de ellas, de las cuales fué una la Capitana en que venía un gran bajá que habia sido virey de Saloní, al cual mandó el señor Duque servir y tratar con todo el respeto posible. Suplicó á Su Excelencia que debajo de su palabra y dejando juntamente un hijo suyo, de edad de catorce años, en rehenes, le diese licencia para llegar á Constantino-

pla á buscar su rescate. El Duque hizo lo que le pidió, y sin esto le dió quince esclavos que llevase para el servicio de su persona, sin que por ello quisiese ningun rescate. Con esto se partió, y dentro de pocos dias le envió á Su Excelencia un gran presente de diversas cosas, entre las cuales hay unos vasos contra ponzoña, que echándoles dentro el veneno se quiebran y saltan.

Volvió á salir la Armada de D. Otavio y junto á la Fosa de San Juan encontraron una galeota de 22 bancos, la cual tomaron con alguna mercaduría, pólvora y municiones. En esta galeota iba una doncella y dos esclavos, de nacion calabreses, que habian cautivado en una barca que tomaron. Diéronles libertad á todos tres, y ellos contaron cómo andando algo desviados de tierra, holgándose en aquella barca, les habian cautivado y muerto á otros compañeros, y que la doncella era hija de un ciudadano y hermana de uno de los dos.

Despues de estas presas volvió á salir D. Otavio de Aragon con sólo dos galeras despalmadas, todos á la turquesca y su estandarte con la divisa de ellos, porque se tuvo noticia de una espía que había de pasar un cuñado del bajá del Turco y que llevaba muchas riquezas, y dentro de dos dias sucedió como esperaban, porque pasó el Turco en una galera de 22 bancos, á la cual embistieron las dos galeras de D. Otavio y la rindieron despues de alguna resistencia y cautivaron á todos los que venian dentro. Este bajá era natural de la isla de Cerdeña; cautiváronle de edad de doce años, y aunque renegó, todos los cristianos decian bien de él por el buen trato que les hacía. Tomóse en la galera alguna canti-

dad de moneda, mucha seda, la plata del servicio del bajá, un alfanje rico y otras cosas de estima. El bajá no trata hasta ahora de su rescate, dice que aguarda para ello la vuelta del Turco á quien el señor Duque dió licencia para ir á Constantinopla como queda dicho.

Con esta presa se estuvo D. Otavio de Aragon algunos dias sin volver á salir, al cabo de los cuales le ordenó el señor Duque que procurase acabar de desbaratar los cosarios turcos que andaban por aquellos mares. Hízola D. Otavio así, y pocos dias despues de haber salido tuvo vista de cinco galeras que iban á pasar por la Fosa de San Juan. Era esto ya sobre tarde y así pareció ser conveniente no seguirlos hasta el otro dia, por lo cual amainaron toda aquella noche, quitando los faroles para no ser sentidos de los enemigos. Amaneció el dia siguiente y mandó D. Otavio que con la priesa posible siguiesen al enemigo, porque los contrarios parece que, adivinando su daño, procuraban escaparse; pero por haberles ganado el barlovento, fué fácil alcanzarlos ántes de las diez del dia. Pusiéronse los enemigos en órden de aguardar batalla, formando una media luna, y pareciendo en los castillos de popa y proa muchos turcos que pensaron con su vista espantar á los cristianos; los nuestros hicieron lo mismo y la batalla se empezó como á las doce del dia. Eran nuestras galeras tres y un pataje, bien armadas y apercibidas para cualquier trance. Acometióles D. Otavio y duró la escaramuza hasta más de las cinco de la tarde, que los moros no pudieron resistirse más. Y así se rindieron; de sus galeras se echaron dos á fondo, las tres se entregaron y de ellas se to-

mó alguna municion, que como eran de cosarios, no tenian otra mercancía. Dióse libertad á 45 cristianos, y los que la recibieron en las presas ya dichas fueron más de 90. Los cautivos que en estas tres galeras se cogieron fueron cerca de 80, con los cuales dió la vuelta D. Otavio y hasta agora no ha vuelto á salir. *Laus Deo.*

NÚMERO 27.

Jornada que las galeras de España, Nápoles y Florencia han hecho á Barcelona y Berbería en servicio de Su Majestad.—Dase cuenta en esta relacion de avisos de las famosas presas que las galeras de España hicieron yendo del Puerto de Santa María á Barcelona. Y de la que hicieron los capitanes Francisco de Correa y Gregorio de Sosa con la nueva galera «San Jorge» y «La Toledana». Y famoso hecho del alférez Juan de Correa con un moro gigante.—Hácese relacion de cómo ocho galeras de Florencia y cuatro de Nápoles, de que fué por general D. Mucio Espineli, y por cabo D. Juan de Cañas, fueron al puerto de Viserta, y por industria de un renegado frances hicieron rica presa y quemaron algunos bajeles y saquearon la Mahometa. Y cómo don Juan de Oquendo pasó á cuchillo mucho número de moriscos que andaban robando por la mar en dos navios. Sacado todo de una carta que envió D. Cristóbal Olivares, gentil-hombre del Duque de César, virey del reino de Cataluña, á D. Fernando de Zayas, camarero del Excmo. Conde de Lémos. Y de otra que el capitan Pedro Bermudez envió desde Nápoles al capitan Francisco de Aguirre, entretenido de Su Majestad.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas. Año de 1618.

Avisan de Nápoles que á 4 de Abril llegaron á aquella ciudad las ocho galeras de Florencia, bien dispues-

tas y aderezadas para servicio de la Armada Real, y en ellas venía un frances renegado, natural de Òrleans, capitan de infantería francesa y muy favorecido del mariscal de Biron, su maese de campo general, al cual Mariscal le cortó Enrique cuarto la cabeza por ciertos tratos que tenía contra él, en que este renegado era cómplice, por lo que fué desterrado y inhabilitado de oficios Reales, el cual dicho renegado se fué á Marsella y se embarcó en un bajel de corsarios y se pasó á Bervería, donde renegó y fué á la Belona, y se casó con hija del alcaide de ella, y viendo su suegro en él valor y ánimo de valiente soldado y plático en las cosas de guerra, le entregó tres bajeles con que hizo mucho daño en el mar Mediterráneo, hasta que el año 1617 las galeras de Florencia le cogieron en la isla de *Estringol* y le pusieron en la fortaleza de Liorna, donde estuvo preso hasta éste de 618, que salió por haberse reducido á la Iglesia romana por amonestaciones que por parte de Su Alteza se le hicieron, prometiéndole si lo hacía grande merced, honra y entretenimiento, lo cual se cumplió con él puntualmente. Este frances fué á besar las manos al Excmo. Duque de Osuna y le dió una carta de Su Alteza, la cual leida, le hizo mucha honra y hizo alojar honradamente. Á 6 de Abril tuvo aviso el Excelentísimo Duque de Osuna, que en el puerto de Viserta habia nueve galeras de Argel y ocho galeotas y otros muchos bajeles redondos que estaban despalmándose y poniendo en órden para andar en corso en las costas de la Toscana y playa romana, y que sería muy fácil tomarlas, para cuya empresa llamó al dicho frances y se

la comunicó, y él ofreció quemar todos cuantos bajeles hubiese en el puerto, cuya entrada le sería fácil, por ser práctico en la Berbería. Agradecióselo mucho el dicho señor Duque y le prometió grandes mercedes si salia con lo dicho. Mandó luégo Su Excelencia llamar á don Mucio Espineli, general de las galeras de Florencia, al cual ordenó que fuese con sus ocho galeras y cuatro de Nápoles, en las cuales iba por cabo D. Juan de Cañas, y con todas 12 fuese á Viserta y siguiese en todo el parecer del dicho frances, reservando á su buen juicio lo demas. Con esta órden, y habiendo bastecido de lo necesario las galeras, salieron de Nápoles á 10 de Abril con más de 2.000 hombres de guerra y mucho número de caballeros del órden de San Estéban, todos animosos y de extremado valor: llegaron con buen tiempo á Lipari, adonde las galeras hicieron agua; aquí se entró en consejo y tomó resolucion de ir á Tabarca á tomar lengua, que es una isleta pequeña apartada de la costa de Berbería como dos tiros de arcabuz, adonde hay una buena fuerza de un caballero genoves de la casa Centurion, lo cual propuesto se ejecutó luégo, pues en un dia se hallaron las galeras cerca de la fortaleza, habiendo primero ido á avisar en la falúa el capitan de la galera *Médicis*, con la cual volvió el capitan de la dicha fortaleza á besar las manos al General, que lo recibió con mucho amor, el cual dió nueva del descuido con que podian ser cogidos y maltratados los bajeles que estaban en el puerto de Viserta, y que el mismo daño se podia hacer en la Mahometa, por estar la guarnicion fuera á coger los tributos que se pagan á los turcos de aquel presidio.

Entendido por el dicho General, habiendo regalado y despedido al alcaide, se trató con el renegado el órden que se habia de tener en aquella empresa, el cual dió y fué de aquesta manera: que á la prima rendida saliesen de allí las galeras y sin ser sentidas se fuesen á meter en el cabo de Dragut, que es una milla de Viserta, y que allí se echasen en tierra 1.300 infantes, los cuales fuesen 500 arcabuceros, 300 mosqueteros y 500 picas, y llevando dos piezas de campaña embistiesen la tierra, y que á la lengua del agua fuesen ocho galeras por lo que se pudiese ofrecer, que él con las otras cuatro embestiria el puerto, y quemaria y echaria sus bombas de fuego á las galeras y bajeles de él, la cual entrada sabía él como tan plático en aquella costa y puerto. Pareció bien lo dicho al General y á los demas, y como se ordenó se puso luégo por obra, y llegando al cabo dicho, se echó en tierra la infantería con la órden dada y demas municiones, con tanta brevedad y silencio, que ántes del dia estaba ya la infantería sobre la ciudad, á la cual llegados por la parte del foso, vieron ser profundo de largo y hondo, y así se determinaron de embestir las tiendas de campaña donde habia toda la palamenta y árboles de los bajeles y mas de 1.000 hombres que allí estaban de los dichos bajeles y gente de la tierra, lo cual se hizo con tanta presteza, que aunque fueron sentidos, primero que se pudieron poner en cobro, mataron y cautivaron más de 700 personas. Al ruido se alborotó la ciudad y la gente que habia en el puerto. Por lo cual fué necesario ponerse en escuadron y disparar las piezas de campaña, que oido por el renegado frances, entró en

el puerto con sus cuatro galeras, y comenzó á echar sus bombas de fuego en todos aquellos bajeles con tanta braveza, que no habia quien osase esperar el ánimo y determinacion de aquellos caballeros y soldados, aunque algunos moros y turcos que se habian quedado á dormir en ellos se pusieron á la defensa esperando el socorro de tierra, el cual les fué á esta sazon impedido por nuestra gente, que se habia metido marchando en el muelle, adonde tenian alguna artillería y el embarcadero. Iban por momentos acudiendo multitud de moros y caballos, por lo cual, contentándose los nuestros con el daño hecho en mar y tierra, y teniendo nuestras galeras puestas las proas en tierra, se fueron todos embarcando con órden y concierto, que aunque á este tiempo habian ya acudido gran número de moros, peones y caballos, la mosquetería y cañones de crujía los tenía bien á lo largo, con lo cual se embarcaron, y hechos á la mar vieron quedarse abrasando todos aquellos bajeles. Lleváronse de camino tres galeras y una galeota nueva. Este mesmo dia se determinó de dar en la Mahometa, como se hizo, que fué con tanta diligencia, que sin haber podido ser avisados de Viserta, dieron sobre ella y la saquearon, pegando fuego al burgo y á algunas barcas y bergantines. Con estos buenos sucesos se vinieron las galeras á la *Lampedosa*, á Trápana y á Palermo, adonde el Virey festejó al General y demas capitanes y caballeros: descansaron y vinieron á Nápoles, donde fueron recibidos con grandes fiestas, y Su Excelencia agradeció mucho al renegado frances el famoso hecho y su industria, á quien hizo capitan de una galera,

con sueldo aventajado, y dió una cadena de mil escudos de peso y un cintillo de diamantes de mucho valor. Avisan de Barcelona que las galeras de España cogieron cuatro navíos de corsarios ladrones piratas y dos galeotas de turcos en otro sitio en que hicieron buena presa sin mucho trabajo. Y asimismo que al capitan Francisco de Correa (que lo era de la galera *San Jorge*, que se perdió junto á Cádiz en unas peñas) le dieron en Barcelona otra famosa galera nueva con el mismo nombre, y el dia que se la entregaron hizo mucha fiesta, y de allí á dos dias avisaron que allí cerca pasaban tres buenos navíos de enemigos, y pidió por merced á Su Alteza le dejase ir á reconocerlos. Su Alteza se lo concedió, mandando fuese con él el capitan Gregorio de Sosa (que lo era de la galera *Toledana*), los cuales á toda priesa fueron al sitio por donde andaban los enemigos, que luégo se pusieron á punto de guerra y se defendieron más de dos horas, hasta que *San Jorge* se metió por un lado á una de ellas y le echó gente que con espadas y rodelas hicieron riza en los enemigos en breve tiempo, con que rindieron el navío, y la *Toledana* hizo lo mismo con otro, y el otro se rindió, y todos tres los trujeron con mucha gente y ricas presas que habian robado, entre la cual presa traian más de 70 cristianos españoles, genoveses y napolitanos que habian tomado junto á Marsella que iban á Génova. Entre los que se señalaron en esta empresa fué con mayor demostracion, y que primero entró y mató mucha gente, el alférez Juan de Correa, hijo del capitan Correa, mozo de hasta veintiseis años, animosísimo y de gentil disposicion: dicen una cosa

notable, que le hizo cara un moro casi negro, tan disforme que parecia gigante, el cual, aunque procuró ofenderle, jamas pudo, y al contrario, el alférez le dió cuantas heridas quiso, hasta que cayó á sus piés. Volvieron á Barcelona con la presa, donde fueron bien recibidos.

Tambien se avisa que D. Juan de Oquendo tomó dos navíos de moriscos españoles que andaban en corso robando por la mar, y aunque se defendieron muy bien, los venció con muerte de muchos de ellos en la refriega, y á los que quedaron pasó á cuchillo, los cuales le pedian de merced la vida, diciendo que siempre habian vivido y vivian como cristianos, á que les respondió don Juan que él lo creia, que muriesen como tales, que para ellos sería lo mejor, y que confesasen con su capellan si querian, que no tenía remedio el dejar de morir. Murieron todos como perros, que no confesaron sino siete, á quienes hizo merced de la vida y envió á galeras.

NUMERO 28.

Despacho del Rey al Duque de Osuna ordenando procure desbaratar á los holandeses que van á Venecia.

El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, etc. Aunque en otra carta de la data de ésta se os dice como se ha tenido aviso de que el socorro de Holanda habia partido para Venecia, todavía, porque esteis con más particular noticia de todo, he querido enviaros la copia que aquí va de lo que el archiduque Alberto, mi hermano, me escribe sobre ellos, y encargaros de nuevo procureis des-

baratarle, avisando luégo al que trae á cargo los bajeles de ese reino que lo procure y haga todas las diligencias posibles para esto.—*Bibl. Nac.*, ms. H. 16, f. 74 v.

NÚMERO 29.

Carta del Duque de Osuna al Rey, tratando de los bajeles que quiso adquirir en Inglaterra.

Señor: He recibido la carta de V. M. de 17 de Febrero, por donde se me advierte el descuido que he tenido en no haber dado primero cuenta á V. M. de la conducta que pretendia hacer de bajeles ingleses, y cual mal visto los herejes que ha traido Venecia para su servicio; responderé en satisfaccion de esto. Lo primero, que á estos bajeles no se les daba por órden que trujesen herejes, y cuando no hubiera católicos con que armallos, no imaginé que el Papa no permitiria lo que casi ha aprobado con venecianos, no habiéndoseles opuesto al pasaje de los holandeses, ni como príncipe ni como cabeza de la Iglesia, pues, por cualquiera de estos títulos podia y debia hacello, juntando sus armas con las de V. M., ó descomulgándolos si no los despedian. En esta parte he dicho lo que todo el mundo ha visto.

Lo segundo es que esta gente no habia de traer predicantes, sino servir en el ejército de V. M., y en la misma forma que han servido en Flándes ingleses, loreneses y alemanes, y no me pareció esta consideracion erraba más que en mudar el país. Sobre esta materia me escribió el cardenal Borja, á quien respondí la carta cuya copia envío á V. M., y cierto que en lo que hice, la

mayor fuerza, como V. M. verá por ella, para pensar que no erraba, fué ver que esta gente, que parece cosa tan mal mirada que yo la trujese al servicio de V. M., se les deje contratar en todos los reinos de V. M. y en las tierras del Papa, trayendo mercancía, y que sólo se diferenciaba la mia en traer armas, pues en Sevilla pasa el Sacramento por las calles, y están los ingleses y holandeses con los sombreros en las cabezas viéndole pasar, cosa que en este reino no se habia de permitir, y porque la materia es un poco fuerte, y yo, quien siempre he tratado della á V. M. con la pureza que como cristiano y vasallo debo, áun cuando no me tocase más de servir á V. M., suplico á V. M. pase los ojos por la copia de esa respuesta á una carta que recibí de V. M. en Peñafiel á 16 de Agosto de 1608, y por lo que desde Flándes escribí al Duque de Lerma, de Bruselas, á 22 de Febrero del mismo año, y áun me está bien mostrallas para recordar á V. M. he cumplido siempre con mis obligaciones, cuando muchos han faltado de las suyas. Siento que V. M. vea cumplido lo que por ellas pronostiqué, y ver las cosas en estado que se pueda temer ántes mayor daño que el remedio.

Los bajeles y gente de Flándes procuraré que vengan, y si de Inglaterra no tiene V. M. por inconveniente que vengan algunos con católicos ó *nolejados* sin gente de guerra, serviráse V. M. de conceder esta licencia, si bien entendido que aquel reino no la concederá á unos ni á otros, si ya venecianos no fortifican sus inteligencias. —Dios, etc.—De Nápoles, á 14 de Abril de 1618.—*Bibl. Nac.*, ms. H. 16, f. 79. v.

NÚMERO 30.

Carta del Duque de Osuna al Rey, proponiendo campaña contra Turquía.

Señor: Mándame V. M., en carta de 17 de Hebrero, para que en caso que se asiente la paz en Italia diga á V. M. en lo que me parece se podrian ocupar este año las fuerzas que V. M. tiene mandadas prevenir, y aunque no veo señal ninguna de que haya de tener efecto, respecto de estar el tiempo tan adelante y el Duque de Saboya tan fuera de cumplir con su obligacion como V. M. habrá entendido de D. Pedro de Toledo, y venecianos revolviendo el mundo y armando en todas partes, y especialmente en Holanda é Inglaterra, veintidos bajeles de guerra, y arrimando al estado de Milan los holandeses de la segunda leva, con parte de lo que tenían en el Friuli, con el fin que llevan siempre de disminuir la reputacion y corona de V. M., y quedarse señores del golfo, todavía, si se viniese á ajustar, juntándose en este reino lo que V. M. tiene en Italia, escuadras de potentados, y lo que tengo pedido de España, se podrian en Levante conseguir algunos efectos de reputacion y provecho, por el mal estado en que hoy se hallan las cosas del Turco, pues últimamente se han roto el persiano y los cosacos del Mar Negro, y con las novedades que corren despues de la muerte del Gran Turco, hay dentro de Constantinopla mucha desconformidad, como V. M. mandará ver por esos avisos que me ha enviado la República de Ragusa, y mayormente por

no poder tener ogaño Armada de consideracion, podrian llegar las armas de V. M. á tan buen término, que hiciesen solevar parte de las provincias de aquel Imperio, y particularmente las de Macedonia, Bosnia y Albania, donde tengo buenas inteligencias y muchas voluntades ganadas, y se podria poner pié en la Belona, que está tan cerca de este reino, que en veinticuatro horas se podria socorrer; pero en oliendo venecianos cualquier cosa de éstas lo han de estorbar por los caminos que ellos lo saben hacer, y ansí en primer lugar converná que V. M. lo mandase ajustar, pues entre tanto no podrá V. M. gozar con quietud lo que tiene en Italia, de intentar cosa de su Real servicio que no lo estorben, V. M. mandará lo que más sea del, que siempre seré el primero en obedecelle.—Dios, etc.—De Nápoles, á 14 de Abril de 1618.— *Bibl. Nac.*, ms. H. 16, f. 83.

NÚMERO 31.

Carta del Duque de Osuna rehuyendo la responsabilidad de lo que pueda ocurrir por cumplimiento de las órdenes que ha recibido.

Señor: Despues de haber escrito el despacho que lleva D. Lope de Valenzuela, he recibido una carta de V. M. en órden á sacar los bajeles del mar Adriático, que tanto he deseado podella ejecutar. Hubiérase hecho mucho ántes si las demas órdenes de V. M. vinieran con la distrucion que ésta, como he suplicado, sin dejar á adbitrio mio el mover aquellos bajeles conforme viese

que se disponian las cosas de Italia, y así era forzoso gobernarme por los ejemplos y experiencias que tengo de los que han dado buena cuenta de sí y por lo que he visto y aprendido, y porque de diferentes ministros de V. M. he entendido que invidiosos de mis acciones y buena fortuna en el Real servicio de V. M., pues enemigos no puedo decillo, no habiendo dado á nadie causa para ello; como caballero me culpan de que por mi respeto se dilata la paz de Italia, y que pretendo perturbar á V. M. con guerras, habré de satisfacer á V. M de que esto no tiene más fundamento del que he dicho, para que V. M. se entere de lo contrario. Mucho ántes que viniese á servir á V. M. en este cargo hallé comenzada la guerra del Piamonte, socorriéndose de este reino, y en el rompimiento de ella tuve tan poca parte como Vuestra Majestad sabe, ni hice en ella más motivo de ofrecer á V. M. desde Sicilia mi persona para serville con una pica. Cuánto deseé que ya que estaba comenzada se acabase con buen fin, se conocerá del consejo que di en Mesina, á 17 de Setiembre de 1614, al príncipe Filiberto, cuya copia envío á V. M., y la respuesta que se sirvió de escribirme en agradecimiento de él. Pues sin duda su ejecucion, en el estado en que todo se hallaba entónces, fuera el fin de aquellos rumores. Desde este reino he socorrido á D. Pedro de Toledo con lo que V. M. me ha mandado, dando cuenta particular de todo, y á lo que puedo juzgar, con satisfaccion de V. M., por las gracias que se sirve de darme en carta de 15 de Abril de 1617. De este servicio en esta parte no sé qué muestras he dado que no hayan sido las que se deben, de que aquello

sea causa por guerra ó paz, por reputacion de las armas de V. M.

Cuando entré en el mar Adriático con bajeles redondos, fué por divertir á venecianos los socorros que daban al Duque de Saboya y para estorbar los daños que con su Armada podian hacer á las marinas del rey de Bohemia y enflaquecer sus fuerzas por aquella parte. Todos tres intentos se consiguieron felicísimamente, y no tuve por el ménos importante restituir á V. M. en la posesion de aquellos mares, ya tan perdida, que en los mismos puertos de V. M. no osaban entrar galeras de este reino, de que dí á V. M. particular cuenta, á que se me responde que es intrusa la soberanía que venecianos pretenden de aquellos mares, y mandó V. M. que sustente la posesion perdida y meta más ó ménos los bajeles que para este efecto me pareciere. Esto se ha ido continuando con tanta reputacion de los estandartes de V. M. como el mundo ha visto, de forma que en este caso no sé tampoco en qué haya excedido. El no haber sacado los bajeles, no sé cómo podia excusallo miéntras V. M. no me ordena que desampare la posesion que me mandó ocupar, armándose cada dia venecianos de nuevo para quedar soberanos. En este punto, no sólo por la posesion que pretenden, sino confirmándola por fuerza de armas, siempre me he correspondido con D. Alonso de la Cueva, que se ha aventajado en entender y en tratar estas materias, y ajustándome con él, he dado á V. M. cuenta de todo, sin haber excedido ni fomentado más guerras de las que hallé empezadas, y ya que en esto he dicho lo que se me ofrece, obedeciendo á V. M. en sacar los baje-

les del mar Adriático, diré lo que entiendo de la ejecucion de esta órden.

Pienso, Señor, que en no obedecella hago un grande servicio á V. M.; pero ni mis invidiosos me dan ya lugar á replicar, ni á V. M. para que conozca de mí que desde que mando sus armas, ni en consejos ni en obras he errado, ni en ninguna otra cosa de las que han pasado por mi mano, ni de las personas á quien lo he encargado. Quizá tiene V. M. hoy pocos á quien siga esta buena suerte; creo que es la principal causa de mis emulaciones y no sé si en deservicio de V. M. pongo á V. M. en consideracion la fuerza que han hecho venecianos para que estos bajeles salgan del golfo, mostrándose mal seguros por su asistencia en Bríndis, como si no fuera puerto de V. M. ó yo pretendiera hacerles alguna hostilidad, sino sólo el libre comercio de aquellos mares, y que digan les desasosiegan mis pretensiones, como si las que he hecho de bajeles en Flándes y en Inglaterra no hubiesen sido despues de las suyas, y con tanta distincion que primero pedí á aquel reino que ni á ellos ni á mí nos concediese bajeles, ni me los diese sino en el caso que ellos los trujesen, pudiendo pedille lo contrario, pues la libre navegacion de aquellos mares toca tanto á sus vasallos como á los de V. M., y por ser beneficio comun pudiera valerme de todos los príncipes interesados en esto, cosa que no he querido hacer, porque se haya visto que sólo las armas que á lo presente tiene V. M. en este reino se han bastado para las facciones que ellos han visto, sin haberme ayudado de otras del dominio de V. M.

Vuestra Majestad habrá tenido cartas del Marqués de Bedmar, y habráse visto por ellas que ni cesan de armarse, ni en todo lo que han tratado con él le han hablado jamas en el libre comercio de aquellos mares, como si yo me hubiera detenido en ellos con otro fin ó pudiese ser oida mi pretension, y al mismo tiempo que están haciendo demostraciones de querer paz, envian á Constantinopla un gentil-hombre veneciano á procurar que el Turco junte su Armada con sus fuerzas; negociacion tan pública, que no es aviso de hombres confidentes, pues no hay en toda Constantinopla casa donde no se hable en esto, y es de maravillar que muestran queja de que con todas máquinas y otras que V. M. sabe, yo me arme, como si en razon no debiera prevenirme para los efectos que de esto se deben esperar, ni puedo excusar de decir á V. M. que si con estas fuerzas se hallan juntas, viendo que estos bajeles faltan de Italia dejen de intentar algo ellos, ó la Armada del Turco á su persuasion, ni puedo pensar qué han de hacer de esta gente y estos bajeles que traen de Poniente por año y medio, pues no empleándola en algo, se les ha de volver contra ellos gente tan licenciosa, ó les han de permitir que se hagan piratas, queriendo con sus artes encubrir ha sido con su consentimiento. Heme acautelado de lo que puede suceder, y agora quiero que V. M. sepa, que aunque mi obligacion es de obedecer á V. M., en esta materia es interes propio, por lo que he sentido hallarme embarazado á no poder enviar estos bajeles la vuelta de España, que segun me avisan y he visto por las cartas de V. M., la tienen sitiada gente tan ruin, que de seis bajeles mios fueron

huyendo de estos mares, y se recogieron á Argel, habiéndoles tomado su Capitana y otros cuatro bajeles debajo de la Goleta, quemándole seis y hecho dar al traves sesenta bajeles de su armamento en la costa de Berbería. No pongo duda que enviando, como los enviré á buscar, la vuelta de Argel, hasta el Estrecho, los desharán, si los topan ó ellos, si saben que estos bajeles andan en busca suya, segun me avisan cien esclavos de Argel que D. Octavio trujo con mis galeras; y porque en esta materia tengo alguna experiencia, escribiré á V. M. en carta aparte lo que juzgo por más á propósito para deshacer estos corsarios y prevenir que adelante no los haya, que lo uno sin lo otro es de poco ó ningun provecho.

Este reino queda sin bajeles redondos; la escuadra de Génova, segun me avisa D. Cárlos Doria, manda Vuestra Majestad que vaya á España y toda la defensa que habrá en Italia para lo que quisieren intentar venecianos y la Armada del Turco, será la escuadra de este reino y el de Sicilia, pues la de potentados vendrá cuando y como les estuviere mejor. Es bien que V. M. lo entienda así, y el Consejo de Estado, para saber á quién se ha de echar la culpa si sucediere algun trabajo, Dios, etc. De Nápoles, á 30 de Mayo de 1618.—*Bibl. Nac.*, ms. H. 16, fól. 87.

NÚMERO 32.

Carta del Duque de Osuna proponiendo el medio de acabar con los corsarios berberiscos.

Señor: Por el deseo que V. M. muestra en sus cartas de acabar con estos corsarios, que con daño tan general

han perturbado el comun comercio, pues no sólo han llegado ya á estado de ser fuertes por la mar, pero de hacer invasiones en tierra, he querido proponer á V. M. por el camino que con más facilidad se puede conseguir.

Vuestra Majestad sabe que despues de haber llegado don Luis Fajardo á la Goleta y quemado los bajeles que allí halló, los corsarios que quedaron se recogieron á la Mamora, y echándolos tambien de aquel puerto, quemándoles algunos bajeles, volvieron á las islas de San Pedro, á donde asistieron todo un invierno, haciendo grandes presas el siguiente año. El Marqués de Santa Cruz y D. Octavio de Aragon, con las escuadras de Nápoles y Sicilia, tambien en la Goleta les tomaron algunos bajeles, y yo el tercer año, con seis bajeles mios, les hice ir huyendo de estos mares, y se recogieron á Argel, habiéndoles tomado su capitana y otros cuatro bajeles debajo de la Goleta, quemándoles seis y hecho dar al traves sesenta bajeles de su armamento en la costa de Berbería. Despues pasaron á Argel, de donde, en las Canarias, la Tercera, la isla de la Margarita y en la costa de España han hecho tantas y tan grandes presas en mar y tierra. Esto se irá continuando cada dia, porque el interes que esta gente saca es muy grande, y mayor la facilidad del armamento, y yo tengo en que hoy se rompan todos los que andan en este oficio.

Es fuerza haber de tomar V. M. á Túnez y á Argel, porque quedando en pié estas dos ladroneras no hay seguridad que otro año no vuelvan á la mar, habiéndose visto cuán poco há que no conocian bajeles redondos, y hoy desarman las galeras para armarlos. Despues que

V. M. tome estas plazas ha de ocupar dos ejércitos para sustentallas, y no por eso dejará de haber corsarios, pues los que se recogian á ellas se abrigarán en Santa Maura, Rodas y Chipre, y en la Belona y Navarino, y cuando vinieran á estos mares, en Tripol de Berbería, ni osarán venecianos negalles sus puertos, así por temor suyo como por no disgustar al Turco, que con particular gusto suyo los permite, y ya han comenzado á caer en la cuenta en Constantinopla de valerse dellos, pues han hecho pasar á Xio ocho bajeles, los mejores de Argel.

Lo que tengo por forzoso es buscar á éstos que hoy navegan, y para lo de adelante conservar V. M, treinta bajeles armados en España, veinte en este reino y diez en Sicilia, y que precisamente sea esto á lo que se acuda en primer lugar. Los de España guardarán sus mares, los de Italia los suyos, y juntarse han en la parte donde hubiere más necesidad dellos. No los tendré por de poco provecho ni servicio en ocasion de Armada del Turco, y para todo lo que se puede ofrecer á un tan gran rey como V. M. es, no pudiendo la grandeza de la monarquía de España estar mucho tiempo en paz, y miéntras la hubiere, como crece la gente ociosa que se ocupa en la guerra, han de aumentarse los corsarios no tomándose este expediente, pues como no fabrican los bajeles que traen de corso, rehácense facilísimamente, y quedándoles una tartana, toman con ella un bajel de mercancía, y armándole toman otro, y de esta suerte, en haciéndose fuertes de cuatro bajeles lo son de ciento, porque ni les falta gente ni bastimentos, no llevando más que bizcocho y agua, y pelean con bajeles de mer-

caderes, que el que trae más guarnicion lleva treinta marineros, queriendo ántes ser esclavos que perder las vidas, y gente de tal condicion, que otro dia reniegan ó se meten en corso, y esles muy provechoso partido no topar bajel que no sea de presa, que no hay nacion á quien no hagan esclavos.

Será importantísimo que V. M. ordene que con los bajeles que se tomáre dellos se observe la órden que he dado al almirante Ribera, de echarlos á la mar, pues no es la menor parte de su osadía pensar que siendo esclavos, por trueque ó rescate han de salir y ver que es poco ménos mala la vida que tienen en las galeras de Vuestra Majestad de la que pasan en su tierra, pues la más de esta gente vive en ella con miseria y esclavitud de los que mandan, y si á esto se opusiere que ellos harán lo propio, no puede ser, porque saliendo á hurtar por el interes que tienen de los esclavos que hacen, no han de echar su hacienda y perder sus rescates y imposibilitar sus armamentos, ni tomáran bajel de guerra de los de V. M. si van armados como se debe, y la soldadesca pelea, por ser de iguales, así en ella como en los bajeles y la artillería, y si se puede temer que no sucederá esto en los bajeles de comercio, obligándoles con este rompimiento á que anden más bien armados y marinados.

Ninguna otra cosa se me ofrece por agora que avisar á V. M., ni preciso que la hay en esta materia, y convendrá no descuidarse en ella, pues ellos no lo hacen, y en Túnez y Argel hay quien les fomente cuando están haciendo tratados con V. M.—Nuestro Señor, etc.—De

Nápoles, á 2 de Junio de 1618.—*Bibl. Nac.*, ms. H. 16, f. 90.

NÚMERO 33.

Parte de campaña del capitan Simon Costa al Duque de Osuna.

Ilmo y Excmo. Sr.—Con ésta envío á V. E. las Pascuas. En cumplimiento de la órden de V. E. partí á los 22 del pasado desta ciudad de Ríjoles con las tres galeras de V. E., y habiendo hecho mi viaje con gran felicidad, llegué de vuelta á ella hoy sábado 29 de Diciembre, y caminando por la derrota que V. E. me ordenó, á los 3 de éste tomé un caramuzal debajo de la fuerza del Tasso, que iba cargado de arroz, trigo y otros bastimentos para provision del Armada del Turco, y prosiguiendo mi viaje tomé otro caramuzal grande debajo de la fuerza del Zufo, de donde nos hicieron mucha resistencia, que tambien iba cargado de paños para servicio de la gente de guerra. El primero mariné con el ayudante Sabeya, y el segundo con el ayudante Cuéllar; y habiendo entendido en Salonique que habia tres dias que partieron de allí la Real del Turco con dos galeras ordinarias, me obligó á seguillas, porque tambien iban maltratadas respecto de la borrasca que pasaron yendo desde Navarino, en que perdieron cinco galeras de las siete que habian sacado en su conserva. Finalmente, me llegué á la boca del canal de Constantinopla en su seguimiento, donde me entretuve dos dias, y desbalijé ocho saícas que huian y venian de Constantinopla, tocando arma á

los castillos, y á los 17 tiré la vuelta de Tenedo, y reconociendo la isla descubrí debajo de la fuerza un galeon grande de la Sultana, y le tomé á fuerza por haber hecho gran resistencia los turcos y genízaros que estaban en él, y asimismo de la fuerza; púsele de remolco con las tres galeras, y en cuatro dias le llevó al Cirico; tomé dentro del galeon ciento y veinte esclavos vivos, y cargó el viento á los Levantes, de manera que me obligó á dejalle al Cabo de la Sapiencia. Entendí hallarle aquí ó en Mesina; creo habrá ido á Zaragoza ó Malta. Dentro del galeon va el capitan Verdeguer con noventa mosqueteros y cincuenta marineros; tiene diez piezas de artillería y ocho pedreros, que se pueden muy bien defender de cualquier bajel de guerra, y así no me da cuidado. Tengo en las galeras ciento y cincuenta esclavos, éstos para el remo, de la presa, y un Cadí del Gran Cairo con su mujer é hija y otras doce mujeres. Iré á Mesina esta tarde á refrescar la gente, que lo ha menester harto, y los frios que corren son grandes. Alabado sea el Señor, todos están sanos; sólo seis soldados son los muertos, y todos han andado con tanto valor y gusto de pelear, que no sé como encarecello á V. E. Yo me detendré en Mesina hasta tener nueva del galeon y ponelle en salvo, porque es bajel de consideracion y á propósito para la guerra, y de primer viaje, y en llegando á esta ciudad daré cuenta á V. E. del estado en que he hallado todo Levante, y particularmente la interpresa de aquella plaza, que por muchos respetos convenia ponella en manos de Su Majestad.—Nuestro Señor, etc.—Ríjoles, á 30 de Diciembre de 1618.—*Bibl. Nac.*, ms. H. 16, f. 124.

NÚMERO 34.

Jornada á Levante del príncipe Filiberto. Año de 1619.

Tuvo diferentes avisos el príncipe Filiberto de que la Armada del Turco era de 68 galeras, inclusas las seis de Biserta, y habiendo visto por otras relaciones que era de 73 y que no podia sacar de Mesina más que 56, ménos bien armadas de gente de remo de lo que fuera menester, consideró algunas otras dificultades que se ofrecian, y entre ellas cuán en armas estaba lo de Levante y con cuánta sobra de gente, por haber vuelto la que habia ido á la guerra de Persia, se discurrió particularmente en lo que se podia hacer con esta Armada y pareció que era lo mejor tratar de tomar á Biserta ó á Susa. Lo primero no se intentó, porque se supo que las galeras que allí se recogian habian ido á Levante á juntarse con la Armada, y porque siempre se ha juzgado que esta empresa se ha de intentar cuando estén dentro, por tomarlas en el puerto, se desistió de ella y se trató de lo de Susa, para cuya ejecucion se dieron las órdenes de lo que se habia de ejecutar, por escrito, en esta forma:

Que el castellano de Capua, Antonio de Rojas, con 200 españoles y 100 de San Juan, fuese á dar el petardo á la puerta alta, y que D. Diego Pimental lo siguiese luégo con un escuadron volante de 500 soldados españoles. Que D. Diego Fajardo con 150 infantes fuese á dar la escalada por la parte que se le señalase. Que don

Pedro Sarmiento hiciese escuadron de la gente que quedaba de Nápoles y Sicilia, para dar calor á la que iba de vanguardia. Que D. Sancho de Monroy con 300 infantes hiciese trincheras y se fortificase para recoger la gente. Que las galeras de Florencia y de Génova que llevasen el tercio del maese de campo Roo, fuesen á desembarcar por la parte de Poniente y diesen el petardo y la escalada por otra puerta que allí hay. Con esta órden se salió de la Lampadosa y con buen tiempo se llegó á descubrir la costa de Berbería, reconociendo los pilotos la tierra, domingo á la noche, á los 18. Dió fondo la Armada juzgándose que estaba ya cerca de Susa, y el príncipe Filiberto envió los pilotos de Malta, Florencia y Sicilia, y á D. Gabriel de Chaves, capitan de la Real, para que con ellos reconociese el lugar. Volvieron diciendo que no le hallaban, y unos que quedaba atras y otros adelante. El Príncipe prosiguió su viaje, y volviendo los pilotos á hacer su diligencia hallaron el lugar y se empezó á desembarcar la gente una hora ántes de amanecer. Fueron sentidos, y así disparó la ciudad mucha artillería y hacer muchos fuegos. En cuando desembarcó la gente empezó á amanecer, pero con todo marcharon los del petardo y D. Diego Pimental con el escuadron volante. El intentar esto siendo descubiertos, fué por parecer que las fuerzas eran superiores, y que todo iba tan bien dispuesto por aquella parte, que si por lo que se les ordenó á las galeras de Florencia y al tercio de Roo diesen los petardos y escalada, hicieran la diversion de manera que no habiendo suficiente gente para acudir á ambas partes, sin duda

se consiguiera el intento. El castellano de Capua y don Diego llegaron á la puerta con gran bizarría, aunque de las murallas y castillos les tiraban muchos mosquetazos y alguna artillería. Dióse el petardo y rompió la puerta: la gente embistió y hallaron otra segunda, y estando poniendo otro petardo, mataron al petardero de Nápoles y hirieron muy mal al de Malta. La falta que hicieron fué grande, porque no hallando quien supiese poner el petardo, fué fuerza que la gente estuviese sufriendo la carga que se les daba desde las murallas, aguardando á que viniese persona que supiese poner el petardo, y en este tiempo mataron á los capitanes don Cristóbal de Rojas y Pablo Colon, y hirieron al castellano de Capua Antonio de Rojas y á los capitanes Íñigo de Urquiza y Sancho de Melgar y otros dos capitanes de Malta. Viendo D. Diego Pimentel la mucha gente que le mataban y herian, y que no se hallaba quien supiese poner los petardos, y que por ser las murallas muy altas no se podia dar la escalada, y estando tratando con los capitanes que hallí habia, qué puesto se tomaria para encubrirse, le dieron un mosquetazo por el hombro izquierdo, que dió con él en tierra, y ayudándole á levantarse volvió á caer, con que la gente, teniéndole por muerto, perdió el ánimo y se retiró con tan mala órden y sin poderlos detener los pocos oficiales que habian quedado vivos, ni el mismo D. Diego que les daba voces para que hiciesen alto. Á este tiempo llegaron las galeras de Florencia y el tercio de Roo, que habian de ser las primeras, se fueron la vuelta del mar pensando que Filiberto, por no ser descubierto,

habia hecho el mismo viaje, y es sin duda que si estas galeras hubieran llegado á tiempo y ejecutado la órden que llevaban, no hubieran muerto á los petarderos; don Diego hubiera tomado la tierra, aunque en ella, segun lo que se vió por las cargas que dieron, habia mucha más gente de lo que se pensó. El Príncipe preguntó al Marqués de Santa Cruz, despues de esto, si desembarcaria artillería, y respondió que con tan poca gente y en Berbería, donde los socorros son tan prontos, le parecia no se debia empeñar. Que S. A. le preguntase á D. Pedro Sarmiento y á los maeses de campo fray Lelio Brancacho y Roo, que él se remitia á lo que ellos dijesen, como soldados de tierra. El Príncipe lo preguntó á D. Pedro Sarmiento, y viendo era de parecer que no se desembarcase la artillería, porque faltaban explanadas y otras cosas necesarias, mandó que se embarcase la gente. Esto se hizo con buen órden, aunque algunos moros de á pié y de á caballo á su usanza entraban y salian por si habia algun desórden, para embestirlos; pero hallando todo bien prevenido con la fortificacion que tuvo hecha D. Sancho de Monroy, y la mosquetería de mampuesto que puso en barcas D. Pedro Sarmiento, se retiró la gente con tanta órden, que aunque cargaron gran golpe de caballería, no pudieron hacer daño alguno. Á D. Francisco Mesía, hijo del Marqués de la Guardia, hirieron de un mosquetazo en un brazo estando peleando en la puerta donde se dió el petardo, como muy honrado y valiente caballero.—Ms. de letra del tiempo, *Bibl. Nac.*, H. 52, f. 9.

NÚMERO 35.

Carta del Duque de Osuna dando cuenta de haber limpiado de corsarios la Goleta.

Señor: Cargaron tantos bajeles de corsarios este invierno sobre el reino de Sicilia, Malta y Cerdeña, que vinieron los cargadores de manera que lo tenian todo sitiado, sin que pudiese pasar un bajel de un puerto á otro, y al que salia lo cogian luégo; y viendo el estado en que esto estaba, ordené al almirante Ribera que reforzase seis bajeles de los de su cargo y con ellos fuese en su busca, y hase dado tan buena maña en el discurso de tres meses, que ha limpiado todos aquellos mares, y entrado en la bahía de la Goleta y quemado en ella con mucho valor cinco bajeles de guerra, habiendo sacado de los tres la artillería, y hecho dar al traves otros muchos en aquellas costas, tomando dos bergantines y hecho retirar en su casa á Soliman Sanson, con resolucion de deshacerse de su armamento y no salir por ogaño en corso, con que quedan aquellas costas y las demas de Italia libres de tan gran trabajo y opresion como mandará V. M. ver por esa relacion del almirante Ribera y copia del capítulo de carta del Gran Maestre. —Dios, etc.—De Nápoles á 10 de Mayo 1619.

Copia de carta del almirante Ribera al Duque de Osuna que se cita.

De Malta salí Miércoles Santo; dejé allí carta para V. E. dando cuenta de lo que hasta entónces me habia

sucedido en las costas de Sardeña y Berbería; ahora digo cómo llegué seis millas de la Goleta Sábado Santo á media noche, donde me calmó el viento, y no le hubo hasta otro dia por la mañana, por lo que fué fuerza ser descubierto. Entré dentro hasta llegar á tiro de cañon de cinco bajeles que habia dentro; dí fondo tan cerca, que pocos de los nuestros hubo que no tocáran con los timones; púdose hacer esto porque era bonanza; comenzamos á acañonear unos á otros, y al mismo punto envié las barcas con buena gente y D. Martin de Aragon por cabo dellos; anduvieron tan bien, que sacaron los tres y dieron fuego á los otros dos, en el puerto donde estaban, recibiendo muchas rociadas de mosquetería. Tambien quemé los tres, sacándoles la artillería que tenian; habia en ellos 26 cristianos: los turcos que estaban de guarnicion murieron algunos peleando, huyéronse otros y se han cogido algunos heridos. Dieron nueva estos cristianos cómo habia quince dias que Soliman Sanson tenía sus bajeles en Susa, con resolucion de no navegar más este año, por miedo de los mios. Dí fondo en cabo Bono y tomé allí dos bergantines de corso que venian á tierra de cristianos, muy en órden. Aquí anduvieron los soldados que envié con las barcas, con el valor que suelen los de V. E.: los turcos se echaron á la mar; fueron muertos algunos dellos; cogiéronse nueve y los demas se salvaron en tierra. Descubrí luégo cinco bajeles de guerra que venian de Argel, al amanecer, y aunque los procuré engañar con señas falsas, hicieron velas para escaparse. Mi Capitana y Almiranta dimos sobre dos, por venir los demas de mi escuadra algo lé-

jos, y despues de haber peleado valerosamente de una parte y otra, se volaron por no venir á nuestras manos, y por habérseme roto las velas de mi gavia y entrar la noche no pudimos dar sobre los tres. Fuíme hácia Biserta, donde encontré con una polaca de guerra; embistió en tierra; los turcos dieron tanta prisa en huirse con la barca, que se ahogaron todos, si no fueron tres moros y un inglés que los mandé recoger; quemé la tartana por no la poder sacar; hízose con trabajo, porque acudió gran cantidad de moros y turcos á defendella; hice en ellos gran mortandad, y de los nuestros mataron tres soldados. Volví á entrar en la Goleta y quemé dos bajeles que hallé allí, y con esto he dado la vuelta por el canal de Malta y librado estas islas de tan gran trabajo como el que tenian con tantos corsarios. He hallado aquí en pólizas los 20.000 ducados que V. E. ha sido servido remitirme, y en conformidad de la órden de V. E. partiré con toda esta Armada, embarcando toda la infantería que está alojada en la provincia de Calabria la vuelta de esa ciudad, para ajustar y poner en órden esta Armada, en el estado que conviene.—Dios, etcétera.—Rijoles, 22 de Abril de 1619.—*Biblioteca Nacional*, ms. H. 16, f. 139 á 141.

NÚMERO 36.

Carta del Duque de Osuna dando cuenta de la jornada hecha en Levante por D. Octavio de Aragon.

Señor: Hallándose estas escuadras con mucha falta de chusma por causa de 550 remeros que llevaron las dos

galeras que se sacaron de ella para formar la de Denia, y otros tantos que el General de la mar tomó este verano para armar la galera que traia para Real y reforzar la Capitana de España y las de D. Cárlos Doria, ordené á D. Octavio de Aragon que con seis galeras saliese en busca de alguna escuadra de galeras de la Armada del Turco, pues al retirarse es ordinario despedillas para que vuelvan á sus puestos, y aunque despues que partió de aquí le ha hecho siempre tiempos contrarios, ha sido tanta su diligencia y cuidado, que ha cogido la Capitana de Santa Maura, armada de 140 escopeteros, con el valor que V. M. mandará ver por la relacion que va con ésta, y de camino limpió las costas de este reino, habiendo asimismo habido una tartana armada que no dejaba embocar ni desembocar al faro bajel ninguno de tráfico, con que se rehará en parte la esclavería de estas galeras, y tendrá V. M. una más en esta escuadra, para su Real servicio.—Dios, etc.—De Nápoles á 20 de Diciembre de 1619.

Relacion que hizo D. Octavio de Aragon al Duque de Osuna de la presa de la galera Capitana de Santa Maura.

Á los 13 de Noviembre me mandó V. E. saliese del puerto de Nápoles con seis galeras de la escuadra muy bien reforzadas y en órden y por cualquiera en guarnicion dellas 100 soldados españoles, todos mosqueteros y pláticos por muchas embarcaciones en que se han hallado, así con galeras como con bajeles redondos, y con

estas galeras y gente fuese á la vuelta de Levante para que con ellas hiciese algun efecto, ó en mar ó en tierra, conforme el tiempo que diese lugar y la ocasion se representase. Fuí navegando hasta Mesina con mediocre tiempo: tuve necesidad de pasar allí por tres dias, y á los 20, aunque el tiempo no era muy favorable, quise ir á Ríjoles para hacer más provision de bizcocho considerando el tiempo que corria, y que habia de pasar muchos dias para ejecutar algo y volverme. Tuve noticia á los 21 por las costas cerca de Ríjoles, como por allí andaba una tartana que habia armado en Berbería, y iba haciendo mucho daño por la costa de Calabria, desbalijando bajeles, y que habia marinado dos cargados de trigo y castañas y enviádolos hácia allá: por hacer diligencia de hallar esta tartana y por el tiempo que era ruin, pasé hasta los 27 del mes, y á la mañana, cerca del cabo de Espartivento, descubrí la tartana que iba buscando, muy á la mar. Fuí dándole caza hasta la mitad del golfo de Esquilache, y poco más que á mediodia la alcancé, y tomándola supe que habia armado en Tripol de Berbería, y su armamento era de 38 esclavos y dos franceses entre ellos, habiéndola hallado en el paraje que digo, que pocas horas ántes habia desbalijado un bajel cargado de trigo y castañas, y en la caza le afondaron y por mis ojos le vi ir á fondo. Con la presa de esta tartana llegué la noche de los 27 á Cotron; dejé pasar la primer guardia, y á la segunda, porque el tiempo me pareció muy bueno, me hice á la mar poniendo la proa á una cuarta de Levante al Siroco; navegué todo lo restante de la noche, y el dia y la noche siguiente, como se mudaron los tiempos

puse la proa por la cuarta de Levante al Griego, y amanecí á los 29 á Cabo Cucato de Santa Maura. Cargóme el tiempo de Mediodía y Jaloques, y como se iba alzando el sol iba hácia el Leveche, hice todo aquel dia fuerza poniendo la proa por Poniente Maestro hasta la noche, con esperanza de tomar la isla del Pacso. Fué tan escuro el tiempo, que acercándome á la noche, no pudiéndola descubrir, por asegurar las galeras hice la resolucion de hacerme á la mar, aunque el tiempo era fresco y la mar gruesa. Pasóse con harto trabajo aquella noche, y dos horas ántes de amanecer hice resolucion de tomar la vuelta, poniendo la proa por Griego. Navegué hasta el amanecer y algunas horas del dia sin descubrir terreno hasta pasado mediodia, y descubrí las islas de Corfú. Fuíme acercando, y con dos horas de sol me hallé dando fondo en Nuestra Señora de Gasopoli, y por el tiempo que tuve, que fué de borrasca deshecha de mar y viento, no recibí ningun daño, sólo que de cuatro falucas que traia de remolco, perdí las tres, sin gente, que la tenía puesta toda dentro de las galeras. Allí hice mi aguada y se enjugó toda la gente y ropa muy cómodamente, y el dia siguiente me partí, navegando hasta la Chefalonia Piccola. Di parte á la noche en una cala, y ántes que amaneciese zarpé siguiendo mi camino hácia Casteltermes, que fué á los 2 de Diciembre, y navegando hácia el Prodano, á dos horas de noche, entre Casteltermes y el Castillo Viejo, cosa de 15 millas de mar, me vi por la proa de la Capitana una galera, que en descubriéndola yo, y ella á mí, volvió la proa y se puso en caza, y yo dándosela. Como la galera era buena, al prin-

cipio apénas la pude volver á descubrir; con todo eso, como esta Capitana camina mucho, me iba acercando y descubriéndola más. Mandé encender fanal para que las cinco galeras me viniesen siguiendo; dile caza á la galera más de dos horas, y viéndome tan cerca, ordené diesen fuego á la artillería, y embistiéndola, entró la gente por la escala de la mano izquierda, que cuatro tiros de la artillería les atemorizó de manera que tuvo la gente fácil la entrada; mas como esta galera era la Capitana de Santa Maura, la mejor galera que el Turco tenía, por ser el Bey gran corsario, y la traia muy bien armada de soldados, pues tenía 140 bocas de fuego y gente brava, volvieron á hacer rostro, y se estuvo peleando casi tres cuartos de hora, en el cual tiempo iban llegando las demas galeras. Llegó la galera *Santa Catalina* y embistió pasado el árbol á proa, con que vino á quedar la galera turquesca, Capitana de Santa Maura, rendida; el Bey que estaba en ella se echó á la mar dentro de un jaique, aunque estaba tres millas léjos de tierra, y por la carga de la gente se trabucó y se juzga que se haya ahogado, aunque sus turcos dicen que es gran nadador. Muchos han sido los muertos de esta galera y ahogados, y de los nuestros los muertos no han sido más que cuatro y tres hombres particulares heridos mortalmente, y siete ú ocho heridos, entre soldados y marineros. Nuestra gente peleó con tanto valor, que se podia desear más verla de dia que en una noche tan tenebrosa, que casi mezclados, con la escuridad, pensando de dar á unos se daban á otros, hasta que yo mandé encender hachas. Con eso se excusaron algunas desgracias

que podian suceder, y acabando todô esto di cabo á esta galera Capitana, y con bonísimo tiempo amanecí la mañana en la cala de la Chefalonia Pequeña, adonde he estado tres dias reconociendo dicha galera Capitana y componiéndola para que navegue de la misma manera que las mias. En esta Capitana de Santa Maura he hallado al remo 180 cristianos, y vivos 60 turcos, que los demas quedaron muertos y ahogados. Esta Capitana habia un mes que se habia despedido del bajá del Turco, que le dió licencia que se viniese á Santa Maura, habiéndose él entrado con toda la Armada en Constantinopla y dejado órden que 15 galeras de los Bais, y por cabezas de ellos el de Rodas, estuviese en guardia del Archipiélago y Morea. Se puede tener esta presa ser de importancia, porque esta Capitana era la que más daño hacía de contínuo en la costa del reino de Nápoles, y el que la mandaba, gran marinero y soldado, y que en la Armada del Turco, de ninguno se hacía más caso que de su persona y galera. Á los 5 en la noche me parto de esta cala de la Chefalonia Pequeña, y por haber hecho muchos dias ruinísimo tiempo, hasta hoy 28 en la tarde no he podido llegar sino á Cotron, de donde es fecha ésta.—*Bib. Nac.*, ms. H. 16, f. 177 á 180.

NÚMERO 37.

Relacion de las famosas presas que por órden del Excelentísimo Duque de Osuna, virey de Nápoles, tuvo D. Otavio de Aragon en fin del mes de Abril y principio de Mayo de este presente año en el canal de Constantinopla, Levante, costas de Berbería y de Valencia, en las cuales dichas partes tuvo reñidas batallas y tomó veinte vasos, galeras, galeotas, fragatas, saetías, barcos y navíos, con gran número de turcos y moriscos valencianos. Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año 1618,[1] en fólio.

Teniendo noticia el Excmo. Sr. Duque de Osuna de la gran cantidad de moros que andaban en corso en las costas de España, y en particular de que junto á Valencia andaban muchos navíos de ladrones moriscos españoñoles (cuyo capitan era Ali-Zayde, llamado Antonio Quartanet en Zaragoza, de donde era natural, valiente por extremo, y que habia jurado hacer cuanto mal pudiese en aquellos tres reinos), envió á D. Otavio de Aragon con seis galeras bien armadas, con órden que primero fuesen al canal de Constantinopla en busca de las galeras del Turco, que habian de entrar por el dicho canal.

Partió de Nápoles D. Otavio y en llegando al dicho canal se escondió y aguardó las galeras, que vinieron descuidadas de lo que les estaba guardado. Salió don Otavio á ellas con presteza, cañoneándolas, y se trabó una cruel batalla, que duró largo tiempo, con muerte de muchos turcos, y no más de catorce de los nuestros y al-

gunos heridos. Al fin rindió la Capitana, y la otra en tanto quiso huir; pero tiráronle un tiro y rompiéronle el árbol mayor, rindióse, y entrando los nuestros dentro, pasaron los turcos á nuestras galeras, y mucha cantidad de paños finos y otras cosas de precio, y se fueron á Sicilia, donde dejaron las galeras turcas y la presa, que montó muchos ducados.

De Sicilia vino D. Otavio á Valencia, y en el camino, en diferentes parajes, tomó una galeota, dos saetías, tres barcos grandes de bastimentos y cuatro fragatas de moros. En la galeota se hallaron veinticinco cristianos que los moros cautivaron, que iban á Roma; entre los cuales habia un canónigo de Orense y dos frailes de San Francisco, el uno guardian de Santiago de Galicia y el otro conventual de San Francisco de Salamanca, y más otro religioso descalzo de Nuestra Señora del Cármen, y un clérigo criado del obispo de Astorga y un viejo de ochenta y cuatro años, ermitaño, morador en la ermita de San Juan del Viso, media legua de Alcalá de Henáres, que iba á visitar aquella ciudad y sus santos lugares y á pedir á Su Santidad le concediese un jubileo para la dicha ermita; y asimismo á Jorge Demetrio Paleólogo, obispo griego, con dos niños hermanos suyos y ochenta y tres mil ducados en oro que Su Majestad le habia dado, y otros caballeros españoles, para rescatar los ornamentos, cálices, patenas, cruces, relicarios de plata y otras cosas del servicio de su iglesia, y ocho monjes de San Basilio, que estaba todo en rehenes en poder del Turco, hasta que le pagasen esta cantidad que le debian, del tributo que cada año le pagan, de algunos años que habia que no le

pagaban, el cual dicho dinero habia juntado en España en cuatro años; y á otro caballero romano con su mujer y dos hijas, doncellas grandes; y las demas personas eran de Barcelona y Valencia; á todos los cuales puso en libertad y dió lo que los moros les habian quitado, y modo como hiciesen su viaje más sin peligro, que ademas de ser gran soldado, D. Otavio de Aragon es muy caritativo.

Llegó, pues D. Otavio á Valencia, donde estuvo dos dias, y de allí envió al capitan Lezcano con dos galeras á reconocer aquella costa, el cual peleó con un navío de moros corsarios y le rindió, y dió libertad á nueve cristianos que habian cautivado en un barco, gente principal de Valencia, que iban á Denia; y tan en tanto que él andaba reconociendo las costas, tuvo nueva D. Otavio, de un navío genoves, que venía huyendo de moros, que andaban allí cerca doce velas gruesas de enemigos, y que ellos se habian escapado, que les venian dando caza, porque cuando amaneció se hallaron sin pensar cerca de ellos. Envió luégo un patache á reconocerlos, y volvió de allí á dos horas con nueva que se venian acercando ocho navíos gruesos, con buena órden y forma de batalla y dispuestos, á lo que mostraban, para pelear. Cuando llegó el patache con esta nueva, estaba comiendo D. Otavio con muchos caballeros que de Valencia le habian venido á visitar, y en las demas galeras estaban muchos ciudadanos, á los cuales despidió luégo, y mandó echar la gente ciudadana fuera de las demas galeras; pero ninguno de los caballeros quiso salir, y aunque D. Otavio replicó y pidió con instancia se fuesen á

tierra, no fué posible lo hiciesen, ántes dijeron habian peleado en otras ocasiones, y en ésta querian hacer lo mismo y servir á Su Majestad, y así luégo tomaron espadas y rodelas. De los ciudadanos, por ser muchos, echaron algunos, otros se quedaron, los más mozos y alentados. Andaba D. Otavio con gran priesa y vigilancia, dando órdenes y puestos, y previniendo lo necesario, y estando todo á punto, pareció el enemigo, que en la forma dicha venía hácia las galeras con bandera de guerra. Don Otavio los aguardó y teniéndolos cerca disparó la artillería, con que les hizo mucho daño, y echó á fondo un navío: ellos dispararon la suya, y fué Dios servido no recibiesen daño alguno los nuestros considerable; nuestra Capitana volvió á disparar, y á la del contrario le hizo un gran portillo, y se juntó y aferró con ella, y por el dicho portillo entraron los nuestros siguiendo á D. Otavio, que con espada y rodela se arrojó de los primeros; pero cuando él puso, con valor de gran soldado, el pié en el navío, ya estaba dentro Juan de Ariño, valenciano, que se arrojó al agua con la rodela á las espaldas y la espada en la boca, y entró por las espaldas de la batalla en la Capitana del enemigo, y dió de improviso en los moros, de los cuales tenía muertos á sus piés un buen palenque; el cual fué causa que desmayasen, viendo lo que Ariño hacía, y por otra parte D. Otavio y los suyos. Opúsose Quartanet, ó Ali-Zayde, á D. García Lope, caballero del hábito de San Juan, natural de Valencia, de los que habian venido á visitar á D. Otavio, y aunque era valiente el morisco, más lo es cualquiera que con semejante señal adorna su pecho: ven-

cióle á pocos lances, y viendo los demas rendido á su capitan, se rindieron. Á este tiempo se rindió la Almiranta á manos de D. Juan de Solís, natural de Salamanca, y de Pedro Jorge de Cárdenas y Sebastian Vicente Tafalla, ciudadanos de Valencia. De los cinco que quedaban dieron á huir dos, y los alcanzó y rindió el capitan Diego de Soria; cargaron todos sobre los tres, que hacian mucha resistencia, respeto de gobernallos un morisco andaluz, gran soldado y muy ladino, que algun tiempo sirvió en Flándes con diferente nombre y patria, natural de Motril; pero al fin se rindieron, habiendo durado la batalla nueve horas. Poco ántes de la noche habia apercibido el Virey de Valencia unos vasos que estaban en la playa para ir á socorrer á los nuestros, y cuando partian para allá, ya los nuestros venian victoriosos, á los cuales hicieron salva y acompañaron hasta el Grao, donde desembarcaron con la presa, dejando bastante guarnicion en galeras y navíos. Hizo salva el Grao, y acompañado del Virey y caballeros llegó D. Otavio á Valencia, donde le hicieron salva los baluartes, y habia muchas luminarias. Fueron á la iglesia mayor y hicieron oracion ante el Santísimo Sacramento, que estuvo descubierto, y en todas las parroquias y conventos, con muchas luces, miéntras duró la batalla, de donde fueron al Real palacio donde asiste el Virey, á descansar, de donde el dia siguiente salió D. Otavio en busca de muchos perros de agua, que el capitan Lezcano trajo nueva aquella mañana que andaban en aquellos mares. Dios sea loado.

NÚMERO 38.

Fuego que á la ciudad de Constantinopla y Armada del Gran Turco echó el alferez García del Castillo Bustamante, natural de esta ciudad de Sevilla.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año 1618, en fólio.

Habiendo de salir Jimusbey-bajá por general de la gruesa Armada que el nuevo Gran Turco tenía prevenida para ir contra Sicilia, mandó (por honrarle y obligarle) hacer grandes fiestas de juegos, invenciones, encamisadas y fuegos (como prometiéndose ya la victoria) para con ello animar más á los capitanes y soldados que habian de ir en la jornada; pero no sucedió como pensaban, porque en el medio que ellos andaban ocupados en sus algazaras y fiestas, les armaban (con ingeno y ánimo español) otra mejor fiesta para nosotros (aunque amarga para turcos y judíos), algunos de los cautivos cristianos de más confianza y que con más libertad andaban por Constantinopla, cuya cabeza de ellos y del heroico hecho fue el famoso sevillano, el alférez García del Castillo Bustamante, el cual cautivaron en una salida que hizo estando en la Mamora, y de amo en amo paró en Constantinopla, en servicio de Toquiés Subaxi, mayor de Constantinopla, que es lo mismo que presidente de la justicia criminal, del cual hacía su amo gran confianza, y le queria mucho por ser de claro ingenio, valiente, muy servicial y que le trataba mucha verdad.

Viendo Bustamante tan buena ocasion, y que anda-

ban los bajaes, cadiles, cheres, visirs, sanjacos y el beglerbey de la mar y otros señores, todos principales cabezas del gobierno de la ciudad y de las provincias del Turco y Armadas del mar, ocupados en sus fiestas, no la quiso perder, ántes dió parte de su intento al valeroso Márcos de Pinto, famoso arquitecto, natural de la insigne ciudad de Salamanca en Castilla la Vieja; el cual asistia dentro del alcázar y serrallo principal del Gran Turco, á quien estimaba por ser gran artífice y famoso en las labores mosaicas, y no ménos osado y valiente que el alférez.

Estos dos con muy gran secreto convocaron más de treinta cautivos cristianos, y dándoles cuenta de lo que querian hacer, ordenaron que el dia de San Pedro Mártir, domingo 29 de Abril en la noche (que era el quinto de las fiestas), en tanto que andaban divertidos y ocupados en los regocijos, cada uno á un mismo tiempo que señalaron, pegase fuego á la casa de su amo por alto y bajo, y lo mismo hiciesen en otras de otros vecinos, que ellos harian lo mismo en casa del subaxi y en el palacio del Emperador. Esto así concertado no lo encomendaron á perezosos, porque el dia concertado, á cosa de las nueve de la noche, parecia toda la ciudad de Constantinopla, mirada desde fuera, un cuerpo de luminaria, segun andaba listo el fuego saltando de unas en otras casas; hasta la mezquita mayor, una de las mejores, hermosas y más ricas fábricas del mundo, se abrasó toda por lo alto, y las puertas, que son cubiertas de bronce, de hermosas labores, se derritieron y se quemó la madera.

Está el palacio ó serrallo principal junto á la mezquita, y dispuso Márcos de Pinto tan bien el fuego, que no se escapó de hacer ceniza sino las piedras, de forma que hubo de salir á toda priesa el Gran Turco y sus mujeres.

Era tan grande la confusion de aquellos perros, y tanta la priesa que daban los bajaes á los ciudadanos turcos y judíos, que acudiesen al remedio de la gran mezquita y palacio, que por acudir á ello se quemaron otras dos mezquitas de famosa fábrica y más de cuarenta mil casas, con todo lo que habia dentro, y me contó un judío, que casi los más vecinos, en lugar de socorrer sus casas y haciendas, salian huyendo al campo, y éstos fueron discretos, porque la mayor parte de los que acudieron al socorro los cercó el fuego y los hizo ceniza.

Habia en el puerto más de doscientos vasos de guerra y de mercaderes, y viendo el fuego acudieron al socorro, dejándolos casi solos y estando en la parte de la mar escondidos el alférez Bustamante, Márcos de Pinto y casi todos los cómplices, dijo Pedro de Chaves, extretremeño: «Esos perros andan medrosos y confusos; demos en el Armada y abrasémosla»; al punto lo pusieron en ejecucion, y metiéndose en la barca que el Gran Turco tiene en la puerta falsa del palacio, que está sobre la mar para su recreo, dieron en una galera, donde entraron con facilidad por haber poca gente en guarda de ella, y de los forzados, y acudiendo unos á desherrar á los forzados cristianos, y otros á matar á los que no lo eran, se alzaron con ella, saltando en las demas y haciendo lo mismo con facilidad y casi sin ser sentidos, porque las voces y ruido de la ciudad lo encubrian todo.

Habiendo hecho esto, y dado libertad á los cristianos de las galeras, se repartieron en cuatro galeras más de dos mil cautivos cristianos de diferentes naciones, con las cuales y con barcas, en que saltaron algunos para el efecto con las bombas y artificios que tenian prevenidos para la jornada, pegaron fuego á las demas galeras y á todo el resto del Armada, sin que se escapase de abrasarse un solo vaso.

Viendo, pues, el alférez Bustamante cuán bien se habia negociado, á toda prisa, remando el que más podia, salieron del puerto sin ser impedidos de los centinelas y guardas de los castillos y baluartes, porque entendian que salian huyendo del fuego y en especial, viéndolas con la claridad del fuego del Armada y de la ciudad, ser galeras turquescas de las prevenidas para la jornada.

Escaparon de esta forma del puerto, dando infinitas gracias á Dios, y se encaminaron para Malta, no dejando en el camino enemigos á quien no diesen caza, pues cuando llegaron á Malta se habia hecho Armada de treinta velas, que habian venido tomando por el camino en diferentes pasos, de forma que pusieron en cuidado al Gran Maestre y á los ciudadanos de ella, previniéndose á toda priesa y acudiendo á los muros de la ciudad, y á los baluartes de la defensa de la mar, la cual confusion duró hasta que enarbolaron banderas blancas de paz, y con cruces, de que se maravillaron mucho los que estaban en los muros, hasta que saltó en una falúa el alférez García del Castillo Bustamante, Márcos de Pinto y otros seis camaradas, y con bandera de paz llegaron á Malta, donde los malteses los recibieron con

gran gusto y deseo de saber lo que sería, y así, acompañados de muchos caballeros, fueron á besar las manos al Gran Maestre, el cual los recibió con mucho amor y caricias; y despues de haber usado algunas cortesías, les contó todo el suceso, de que recibió tan gran gusto el Gran Maestre y los demas comendadores que estaban presentes, que de alegría se les saltaban las lágrimas.

Envió luégo el Gran Maestre al comendador D. Francisco de Vargas, capitan, y otros tres comendadores con órden que entrase la Armada en el puerto, la cual entró con gran bizarría, haciendo salva con toda la artillería, y respondiendo con la suya los baluartes y torres de la ciudad, repicando las campanas y haciendo otras muchas alegrías militares. Desembarcó toda la gente en órden, saliéndolos á recibir su capitan en compañía del Gran Maestre y comendadores, y así todos juntos, con el aplauso y grandeza que pudiera entrar en Roma triunfando, en tiempo de los romanos, fué llevado y su gente, dándoles á voces el pueblo el parabien de tan famoso hecho, hasta la iglesia de San Juan Bautista, donde fueron recibidos con *Te Deum laudamus.*

Habiendo hecho oracion, hizo alojar á todos, encargando los regalasen, lo que no habia necesidad de encomendar, porque todos los vecinos acudieron con mucho gusto á llevar á su casa los que su posible alcanzaba á poder regalar. El Gran Maestre aposentó en su palacio á García del Castillo Bustamante y á Márcos de Pinto, y los demas caballeros llevaron á sus casas algunos que parecian ser principales. Mandó aquella tarde

prevenir con que se vistiese cada uno á su usanza, y habiendo pasado la tarde en pasear por la ciudad y en contar por diferentes corrillos el principio y fin del suceso, se encendieron á la noche luminarias, disparando la artillería y haciendo los comendadores una famosa encamisada.

El dia siguiente se hizo una solemne y vistosa procesion, acompañándola con velas encendidas los victoriosos, y los caballeros con sus mantos, clerecía y música, llevando en ella en una rica custodia con un bizarro palio el Santísimo Sacramento, la imágen de Nuestra Señora, de San Juan Bautista y de San Luis, rey de Francia, y el rico tesoro del *lignum crucis*, reliquia que los antepasados de aquellos caballeros trajeron de Jerusalen, llevando á trechos de la procesion los gallardetes y estandartes turquescos por el suelo, al són de cajas bélicas. Pasó el dia entretenido todo en fiestas, y el siguiente mandó el Gran Maestre aderezar las galeras á la española, y meter chusma y municion de guerra, y acompañándolas dos galeras de Malta, todas seis fueron á llevar la gente á Nápoles y Sicilia, con mandato expreso que, echada la gente en tierra, entregasen las cuatro galeras á cualquiera de los dos vireyes, para servicio de S. M.

La noche del incendio se fué huyendo el Turco á la ciudad de Pera, que está por mar un tiro de arcabuz de Constantinopla, y por tierra cuatro leguas, donde esotro dia le llevaron la triste nueva, diciéndole se habia abrasado su palacio con el tesoro, joyas, vestidos y las cosas de su servicio, caballos y más de quinientos genízaros,

gente de mucha estima para la guerra; y la mezquita mayor, con las dos famosas que hicieron Sultan Mahometo y Sultan Bayaceto, dentro de las cuales habia muerto abrasado Lutfi-Cadí, alfaque mayor de Constantinopla, con más de doscientos alfaquíes, y se habian quemado en la ciudad más de cuarenta mil casas con sus haciendas y mercaderías, que importaban más de veínticinco millones, y que faltaban más de doce mil personas, entre las cuales echaban ménos el general de la Armada y el primer Visir de Constantinopla, y dos bajaes y otros gobernadores, y que asimismo no habia quedado una tabla de toda la Armada. Sintiólo tanto, que llegó á la muerte y hizo atormentar y matar muchos cristianos para saber de ellos algo, hasta que trajo la nueva un mercader griego que se habia escapado de las cuatro galeras. Envió á pedir sus galeras y á los delincuentes al Gran Maestre, y que si no se los daba iria con todo su poder y cercaria á Malta hasta tomarla, y castigarlos como amparadores de quien tan gran mal habia hecho. Respondió que estaban ellas y ellos en Nápoles, y que aunque los tuviera, no se los diera, ántes los amparára con todas sus fuerzas, y que hiciese lo que quisiese, que ellos resistirian, como lo habian hecho en otras ocasiones.

Enojado de la respuesta, previene gruesa Armada, y el Gran Maestre fortalece la ciudad y ha enviado á Nápoles el gran galeon á dar aviso al Excmo. Duque de Osuna, para que esté á la mira de lo que sucediere.

NÚMERO 39.

Despacho del Rey mandando al Duque de Osuna vender los galeones.

El Rey.—Ilustre Duque de Osuna, primo, mi virey lugarteniente y capitan general en el reino de Nápoles. Demas de lo que se os escribe en otra carta que va con ésta acerca de los seis galeones que han de quedar y conservarse ahí de los seis que habeis vendido al patrimonio, y habrán de ser los que allí se nombran, he resuelto que los otros se vendan y que se saque dellos lo más que se pudiere, para ayuda al gasto de los seis que se han de sustentar como va dicho, pues por agora no se puede hacer más, respecto del estado en que está ese patrimonio; y ordenaréis que los dichos seis galeones estén á cargo de Martin de Rivera, con el título de Almirante que le habeis dado y él á órden del mi Capitan general de las galeras de esa escuadra, dándole la instruccion que os pareciere más conveniente para lo que hubiere de hacer, atendido á que limpie de corsarios el mar Mediterráneo y las islas, pues éste es el principal intento de conservar ahí esos bajeles, y con esto cesará el fin que se llevaba de hacer general á D. Otavio de Aragon, de que se os avisó ántes de agora, para vos solo. De Madrid á 28 de Enero de 1620.—Yo el Rey.—Antonio de Aróstegui.—*Bib. Nac.*, ms. H. 53, f. 576.

NÚMERO 40.

Relacion certisima de la gran batalla y feliz victoria que al presente han tenido 13 galeras cristianas, dos del Duque de Tursis, dos de Sicilia, seis toscanas y tres de Malta y el gran bajel de aquella religion y otro flamenco, contra 25 vasos diferentes de corsarios turcos y moros y del inglés Sanson. Refiérense hechos notables de los nuestros y grandiosa resistencia de los enemigos, la cantidad de la presa, muertos, heridos y cautivos, y el número de los cristianos que hubieron libertad. Dase cuenta asimismo de la famosa y rica presa que siete galeras de Francia hicieron á vista de Argel en aquel puerto. Carta original á la letra que de Malta enviaron á D. Francisco Zapata, caballero del Orden de San Juan y general de las galeras de Cataluña. Impresa con licencia en Sevilla en casa de la viuda de Clemente Hidalgo, año 1621.

Á los 12 dias del mes de Marzo deste presente año partieron de Malta tres galeras muy bien armadas y el gran galeon de aquella religion, guarnecidas de valerosos caballeros y soldados, en compañía del Almirante de las galeras toscanas, que con seis se habia recogido en aquella isla y puerto, por no encontrarse con 25 vasos de turcos que venian en su seguimiento, y por esta ocasion el Gran Maestre hizo armar el galeon y las tres galeras, las cuales partieron con buen tiempo en busca de los enemigos.

Á 14 de dicho á las cuatro de la tarde se juntaron con una nave flamenca, la cual habia pasado por medio de los enemigos, que aunque la cañonearon gran rato, se les escapó por tener viento muy favorable y por estar bien artillada y diestra en el pelear. Vínose con nosotros, habiéndonos dado noticia que era una escuadra de gale-

ras del Turco juntamente con el corsario Sanson, inglés. El otro dia, á 15 del dicho, poco despues de amanecer, descubrimos dos galeras de Sicilia que venian de hácia Poniente, y de allí á una hora, por la mesma parte asomaron otras dos del Duque de Tursis; llegadas á nosotros, concertamos de ir juntos en busca del enemigo, y aquella propia tarde despachamos una barca para que nos diese aviso en descubriéndole, para darle luégo batalla.

Á 17 tomamos una tartana contraria, la cual habian enviado para que les llevase nueva cierta del número de nuestros vasos. De la gente della supimos de cierto de las fuerzas del enemigo, que dijeron eran 12 galeras del Turco, á cargo de Ali-Rostan; seis bajeles redondos del corsario inglés Sanson y cuatro galeotas y tres tartanas de un otro famoso corsario llamado Mahomet Escabrig, turco de nacion, á quien por otro nombre suelen llamar *el Bravo de Argel;* todas ellas muy bien armadas y guarnecidas de famosos soldados turcos genízaros, muy experimentados en la guerra.

Los nuestros, aunque vieron que los enemigos eran muy fuertes y valerosos, no por eso desmayaron un punto ni por ver que era mayor el número de sus fustas, pues eran 25 y las nuestras 15, ántes con mayor ánimo y deseo esperaban la hora de descubrirlos por venir á las manos. Los turcos, aunque tenian noticia de nosotros, no nos huian, pero no nos buscaban, que si ellos quisieran, podian dos dias ántes haber dado fin á la batalla. Á 20 á las seis de la tarde los descubrimos, con la cual vista nos alegramos por ver ya llegada la hora de la pe-

lea; los enemigos hicieron grandes alegrías por habernos visto y se vinieron acercando á nosotros, que nos pesaba harto de que fuese tan tarde y no poder pelear hasta el otro dia, y temernos que el contrario no se nos metiese en el puerto de Xio, pues estábamos enfrente dél. Cerrada la noche encendieron fanales en todas sus fustas los enemigos, y nosotros hicimos lo propio en las nuestras, ordenándolo todo aquella noche con grande silencio, porque á la primera luz del dia pudiesémos dar la batalla. Á la nave flamenca pasaron 12 caballeros malteses á pedimiento y ardid de los flamencos, por ser ellos pocos en número, y venido el dia se escondieron todos con lindas espadas y rodelas aceradas, que en todo el discurso de la pelea jamas parecieron ni se vieron, hasta su ocasion. Puestos los nuestros en órden de batalla nos fuimos acercando al enemigo, llevando el galeon de Malta y la nave en medio; á mano derecha las seis galeras de Florencia y á la mano izquierda las dos galeras de Sicilia y las dos del Duque de Tursis y las tres de Malta. Los contrarios tambien venian con muy buen órden, hechos una media luna. Cuando estuvimos á tiro nos empezamos á combatir con gran furia, disparando el galeon y nave nuestra mucha artillería, por estar muy bien artillados. Los contrarios se defendian muy valerosamente, disparando con gran esfuerzo los bajeles del Sanson y las galeotas del Mahomet sin cesar, por ser las fustas muy bien artilladas. Duró el jugar la artillería, sin conocerse ventaja, más de cuatro horas: tres galeras del Turco acometieron y quisieron entrar en una del Duque de Tursis; viendo el Almirante de las galeras

de Florencia el peligro en que estaba, acudió con tres galeras á socorrerla.

Las tres galeras de los caballeros de Malta tenian en grande aprieto una galera de Mahomet, en la cual estaba el propio Mahomet, y habiendo saltado por dos veces los caballeros dentro, otras tantas los rebatieron é hicieron salir; tan valerosamente peleaban los turcos; mas si no les acudiera tan pronto el socorro, sin duda los caballeros la rindieran; pero las otras galeotas del dicho Mahomet fueron en su ayuda, y una galera y dos naves de Sanson. En efecto, iba tan encendida á esta hora la pelea, acudiendo unos y otros con muy gran diligencia y cuidado á socorrer á la parte donde habia más necesidad, que todas las fustas estaban mezcladas unas con otras, por donde no podian jugar la artillería. Á la nave flamenca la embistieron dos galeras y dos naves del Sanson y una tartana del Mahomet Escabrig; ella luégo, hecha una boca de defensa, hizo señal de rendirse, como estaba concertado, porque traia muy poca gente, fuera los 12 caballeros que estaban escondidos; de los turcos de las galeras saltaron muchos en la nave con muy grande alegría y algazara, pensando tener rendida á la nave, que (como dijimos) poco ántes se les habia escapado; pero saliendo por tres partes de donde estaban escondidos los 12 caballeros malteses, embistieron con sus espadas y rodelas á los turcos, que estaban bien descuidados de tal celada, y fué con tan grande esfuerzo y valentía, matando é hiriendo en los turcos de tal suerte, que muchos, con la priesa que llevaban de volver á saltar en sus galeras, caian en el mar. La Ca-

pitana de Florencia acudió á socorrer la nave con otras dos galeras y dos galeras de los religiosos. Estando todas estas galeras juntas unas con otras, peleando moros y cristianos muy valerosamente, de los florentines saltaron algunos en una galera de los turcos y en una nave del inglés Sanson, y aunque procuraron pasar más cristianos, tanto de los caballeros malteses como de los florentines, en su favor y ayuda, no les fué posible en la galera por haberse apartado de las nuestras en tanta manera, que nunca tuvimos remedio de poder volver á juntar con ella, aunque lo procuramos mucho, y así, los que en ella saltaron, los más murieron peleando valerosamente, y algunos de ellos fueron presos. La nave, que no tuvo suerte de apartarse, entrando en ella muchos de los cruzados pechos, y de los florentines, al cabo de buen rato de pelear la rendimos con muerte de muchos de los enemigos, algunos de los nuestros, y los demas dellos quedaban en la vencida nave cautivos.

Las dos galeras de Sicilia y las dos del Duque de Tursis estaban peleando valerosamente con las galeotas de Mahomet Escabrig, que con no ménos esfuerzo y valor se defendian, y habiendo saltado algunos sicilianos en una galeota, peleaban con instancia por rendirla; pero era tan grande el teson y defensa del enemigo, que si no saltáran algunos caballeros malteses en su ayuda, se esperaba mal suceso. En esta galeota murieron más de los nuestros que en todo el discurso de la batalla, porque todos los turcos peleaban con valor, señalándose en gran manera un renegado natural de Ciudad-Real, pues estando herido por muchas partes, jamas se rindió hasta

que lo desjarretaron, despues de haber muerto cuantos turcos iban en ella, que no quedaron sino cuatro que pudiesen jugar armas, y él se defendia y peleaba como un desatinado. Vivió solas diez horas, y murió arrepentido, pidiendo á Dios perdon de sus pecados. Una galera del Duque de Tursis rindió y tomó una tartana del mismo Mahomet Escabrig.

Las galeras de Ali-Rostan tomaron la derrota y se entraron en el puerto de Xio, á quien siguieron Sanson y Mahomet, y nosotros nos fuimos, dando gracias á Dios, porque habiamos menester descansar.

Murieron de los nuestros 84 y hubo algunos heridos; de los turcos murieron más de 362, presos y muchos heridos; tomamos un bajel de pelea á Sanson y una galeota y dos tartanas á Mahomet.

De Marsella se escribe que aquellas galeras han llegado allí con presa de una galeota de moros, una polaca, un zaique y una fragata, y han restituido dos bajeles de marchantes cristianos que los corsarios habian tomado y una hermana del bajá Alumet, que se iba á casar. Dieron libertad á 310 cristianos y dieron muerte á más de 400 moros, tomándoles buena presa; entraron una noche en el puerto de Argel y á vista de los moros tomaron la polaca con 56 turcos y moros. *Laus Deo.*

NÚMERO 41.

Famosa victoria y grandiosa presa que algunas galeras de Nápoles, Florencia y Sicilia alcanzaron de un renegado morisco natural de Osuna, general de ocho galeras del Turco. Miércoles 4 de Octubre, dia de San Francisco de este año de 1623. Con licencia en Montilla, por Pedro Navarro. Año de 1623.

Por muerte de Nisuf-Bajá, general de la mar (casado con hermana del Gran Turco, que por émulos y envidiosos murió degollado en su mesma casa y le quitaron gran suma de hacienda), entró en el generalato Mahomat Betico Sabiaco, morisco renegado español, natural de Osuna, que acá se llamaba Lázaro de Osuna, uno de los valientes que se hallaron en aquella gran peleona que se armó entre mucho número de rufianes que se desafiaron el año de 603 en Málaga, donde este morisco se señaló de forma que él solo bastó para poner en huida á los contrarios, dejando en tierra seis de sus compañeros. Echáronle en galeras, sirvió y libróse, y fué con los demas de su casta y granjeó tan gran suma de dinero, que con él subió de otros oficios que primero tuvo al de general de ocho galeras, porque el Turco cuantos oficios da son por interes, sin mirar méritos, y quien más da se le quita al que lo tiene y posee, y si este desposeido da mayor suma que el que le desposeyó, al punto le vuelven el oficio, y así andan todos unos con otros, hasta que suele el Gran Turco con pequeña ocasion quitárselo

tòdo con la vida y hacienda, y con todo no escarmientan, y viven á dure lo que duráre. Este morisco de Osuna, así como tomó la posesion, dió de reparar sus galeras y proveerlas de bastimentos y gente de guerra y remo; y esto así dispuesto salió de Constantinopla á los primeros de Setiembre, y rompiendo los mares de Sicilia, Nápoles y España, sin parar en ninguna parte, hizo muchas presas de barcos, carabelas, gente y ropa. Con el ruido que causó corrió la fama por todas partes, y en unas se decia traia 20 galeras, en otras 16 y en otras 12 y en otras ocho, y estas últimas fueron las ciertas. Finalmente salieron en su busca las de Malta, en cuya tierra comenzó á hacer robos y sacos; luégo las de Florencia y las de Nápoles y Sicilia, sin que en muchos dias pudiesen dar con él, hasta que dos galeras de Malta y cuatro de Sicilia, cabo el capitan Lezcano, dieron vista á un navío que aquella noche se habia escapado del renegado (que iba cargado para Nápoles desde Barcelona, con muchos pasajeros y entre ellos algunos frailes de San Francisco que iban á Roma al capítulo general que allí se ha de celebrar el dia de Pascua de Espíritu Santo): de este navío supieron el número cierto de galeras del enemigo, y cómo estaba cerca escondido en una caleta, y cómo habia captivado el dia ántes un navío que venía con ellos con mucha gente pasajeros, entre los cuales iban clérigos y frailes: tomaron bien la razon y fueron en su busca, y poco ántes de mediodía, por parte de tierra echaron un hombre que sabía bien aquel paraje y buen corredor de á pié, el cual volvió dentro de dos horas diciendo estaban descuidados, y que no habia más de

cinco galeras, y fué la causa que las tres habian salido en seguimiento del navío que se les escapó, y se alejaron en el alcance tanto por diferente camino del que llevaba el navío, que dieron en manos de cuatro galeras de Nápoles y seis de Florencia que las tomaron (como despues se dirá). Don Frey Ludovico de Antalor, capitan de las galeras de Malta, queria se dejára la batalla para la mañana del dia siguiente, dando razones como soldado experimetado, y porque decia habia poca tarde y no harian nada; pero á Lezcano no le sufrió el corazon aguardar, pareciéndole que si el enemigo los sentia se les habia de escapar, y así determinándose de acometerle le hubo de seguir D. Frey Ludovico, y llegaron como una hora ántes de la oracion adonde estaba Betico Sabiaco desconocido, que en conociendo las cruces se puso en arma y les salió al encuentro; pero tuvo mala suerte, que ántes de pelear le echaron á fondo con la artillería una galera, quedándole sólo cuatro y el navío dicho y otros vasos pequeños, que no dejaron de hacer su figura y pelear su parte, que duró poco, respecto de venir tan en breve como vino la noche, muy obscura, que los departió, sin que este dia hiciesen de una ni otra parte cosa considerable, más de la galera que se echó á fondo. Luégo los nuestros, hechos media luna con las galeras, los cercaron de modo que aunque hicieron diligencias por huir, no pudieron, hasta que otro dia por la mañana, 4 de Octubre, miércoles dia de San Francisco, volvieron á la batalla, que duró hasta las diez del dia; tanto por el teson del morisco, pero los nuestros se dieron tanta priesa á matar y desbaratar, que no se escapó turco mé-

nos de muerto ó preso, y echaron otra galera á fondo y le tomaron las tres, y más el navío, que tambien hizo un poco de daño, por traer buena artillería española. Pelearon con valor unos y otros, haciendo cosas notables el moro de Osuna; pero al fin fué preso con algunas heridas, llevándole con prisiones y á buen recaudo el capitan Frey Ludovico de Antalot con determinacion de darle cruel muerte; y conociendo el moro el desastrado fin que le aguardaba por mano de los cristianos, quiso él darse á sí mismo la muerte, y así amaneció otro dia por la mañana ahorcado con un cabo de la cadena de que estaba amarrado; y visto esto, no quisieron echar su cuerpo á la mar, por no ser digno de tal sepultura por mano de los cristianos, ántes saltaron á tierra unos soldados y hicieron su cuerpo ceniza, y así acabó un nuevo perseguidor que hacía notables daños. El que más se señaló en esta refriega fué Lezcano y Antalot, y un soldado de Écija llamado Antonio Castaño y otro de Búrgos, Francisco de Carrion; estos dos pusieron pié en el navío y rindieron al moro. Murieron dos de los nuestros y seis heridos. Pusieron los cristianos en libertad y la presa se estimó en más de trescientos mil ducados, que cada uno llevó su parte.

NÚMERO 42.

Relacion de la grandiosa victoria que Su Alteza el señor príncipe Filiberto de Austria, virey de Sicilia, alcanzó en mar y tierra, tomando ocho galeras turcas con rica presa y con muerte y prision de tres mil infantes y mil caballos turcos, que venian á saquear la ciudad de Noto, junto á cabo Pasaro, en la dicha isla de Sicilia, por venta de un renegado calabres, vecino de Noto, y de un turco que se huyó despues de haber estado trece años cautivo en la dicha ciudad. Refiérese el castigo que hizo en los traidores y el martirio que dieron en Constantinopla, por indicios de que los descubrió, á un caballero aragonés cautivo, que envió el aviso de la traicion á Su Alteza. Ganóse esta victoria sábado, al alba, dia de Santa Úrsola y las once mil vírgenes, 21 de Octubre de 1623 años. Con licencia del señor licenciado Veas Bellon, oidor de esta Real Audiencia de Sevilla, lo imprimió Juan Serrano de Vargas y Ureña, año de 1624.

Alicur Mahomad, natural de Constantinopla, hijo de ún renegado y de una noble turca, estuvo cautivo doce ó trece años en Sicilia en poder de D. Pedro Lentini, caballero principal de la ciudad de Noto, en aquel reino. Era tan servicial, agradable, entendido y diligente, que no sólo era más dueño de la casa de su amo que su mismo señor, sino que todos los de aquella ciudad le estimaban y regalaban, y mucho más cuando, poco tiempo ántes de la fuga que despues hizo, publicó que una imágen de Nuestra Señora (que está á la puerta del hospital de San Anton, junto á la casa de su amo) le aparecia de noche, estando durmiendo en su cama, y le decia: «Pedro,

deja tu ley, y sigue la de Cristo crucificado mi hijo, que es la verdadera, y gozarás del premio que gozan en el cielo los que fielmente la siguen y guardan.» Esto referia el turco muchas veces delante la dicha santa imágen, descubierta su cabeza, casi llorando, y haciéndole profundas reverencias en presencia de su amo y otros nobles ciudadanos, que oyendo lo que decia le persuadian á que se bautizase, prometiéndole todo favor y ayuda para que pasase con descanso todos los dias de su vida, y su amo libertad, ofreciéndole con ella lo necesario para comer y vestir en su misma casa. A lo cual respondia Pedro (que así se hizo llamar desde este dia) que lo haria cuando Dios quisiese. Desde entónces, todas las veces que salia y entraba en casa de su amo, en llegando al hospital, quitándose el bonetillo de la cabeza hacía reverencia á Nuestra Señora.

Sabía muy bien este turco las entradas y salidas de la ciudad de Noto y los parajes, caletas y emboscadas de mar y tierra, y vivia siempre con esperanzas de huirse de su amo, y viéndose en su tierra venir á saquear aquella ciudad el dia de las once mil vírgenes, que era muy á propósito para salir con su empresa, respecto de que en todo él no hay gente en aquella ciudad, porque todos ó la mayor parte de sus vecinos se van este dia cerca del mar á la ermita de estas santas mártires, desde media noche abajo, donde con general alegría celebran en su hermoso y ameno campo esta fiesta hasta la noche, que á más de las nueve de ella llegan á sus casas.

Tenía este turco gran amistad con un calabrés, vecino de Noto, y casado en ella, que sustentaba su familia con

un barco grande en que hacía viajes con pasajeros y otros fletes de una á otra parte de las ciudades y puertos marítimos de Sicilia, codicioso en extremo y en extremo ladron y de conciencia ancha; con el cual trató de darle mil escudos de oro (que con facilidad hurtaria á su amo por la mucha confianza que de él hacía), porque con todo secreto le embarcase y llevase al primer paraje de Turquía (pues le era fácil), asegurándole que aunque diese en manos de turcos él haria que volviesen á ponerle en salvo, de donde seguiria su viaje sin daño, haciendo de forma que los pasajeros no le viesen embarcar, ni la cara cuando desembarcase en Turquia ó entrase en cualquier navío de turcos que encontrasen.

Ciego el calabrés con la cantidad del oro ofrecido, admitió el contrato, remitiendo la ejecucion dél para otro viaje que habia de hacer á 1.º de Agosto, para cuyo dia en la noche habia de venir á su barco el turco esclavo con el oro prometido. No se descuidó Alicur en hurtar á su amo la dicha cantidad, ántes hallando buena ocasion tomó de una arca que abrió con ganzúa, un talego con tres mil doblones, que escondió en parte segura, hasta que avisado de la venida y despacho del traidor calabrés, fingiendo ir al jardin de su amo por fruta (como otras noches habia hecho), se fué ésta para no volver más, llevando consigo el talego, que, con los tres mil doblones, entregó al Arraez, su amigo, que le puso en cobro, y escondió al turco debajo de cubierta.

Poco despues fueron entrando los pasajeros, y estando todo á punto salió del puerto el calabrés, que dejando su camino tomó el de Turquía, donde al amanecer descu-

brieron una fragata bien armada de turcos corsarios, tan cerca, que viendo un pasajero ser imposible escapar de ellos, vuelto á su mujer (con quien se habia casado un mes habia en Noto, y la llevaba á Mesina, su patria), le dijo con suma determinacion que pidiese á Dios perdon de sus pecados, porque tenía por ménos terrible quitarle la vida que verla con manifiesto peligro del honor en poder de bárbaros. Inmediatamente le dió una puñalada en el corazon, de que la infeliz recien casada, niña y por extremo hermosa, espiró, nombrando á Jesus muchas veces, y al punto la echaron al mar. Apénas se hizo esto, cuando el corsario Zafer Mahomet, renegado calabrés, embistió sin hallar resistencia, y pasando la gente y hacienda á su fragata, dejó la barca suelta al arbitrio del viento.

Viéndose burlado el traidor calabrés, y de libre esclavo, determinó (persuadido del corsario y del esclavo) de renegar, como lo hizo en llegando á la ciudad de Galipoli, de donde fué en compañía de Alicur á Constantinopla, despidiéndose de Zafer, que dió al turco Alicur, por concierto, 1.000 doblones, y al nuevo renegado 100. Llegaron á Constantinopla, y pocos dias despues, á fuerza de presentes, negoció le diese audiencia el primer Visir, que le despachó muy bien, prometiéndole dar brevemente lo necesario para el saco que (si Dios no permitiera se descubriera) pretendia dar á la dicha ciudad de Noto y cautivar á sus moradores que cogiera descuidados bien cerca del mar el dia de las once mil vírgenes, celebrando su fiesta como tenian de costumbre; pero sucedióle al reves, porque nombrando

por general de diez galeras con 3.000 infantes y 1.000 caballos á Morath Bajasli, gran soldado, morisco español, natural de Albacete, en la Mancha, con ménos secreto del que les convenia, no recelándose de D. Jerónimo de Urrea, caballero muy calificado de Zaragoza de Aragon, esclavo del dicho primer Visir ó Presidente mayor del Consejo del Gran Turco, que tuvo traza para avisar, como avisó de todo á Su Alteza el señor príncipe Filiberto de Austria, virey de Sicilia, y Su Alteza avisó con todo secreto á los ciudadanos de Noto, y luégo les envió capitanes de infantería y caballos, con todos 4.000, á cargo de D. Francisco de Velasco, caballero del hábito de Santiago, con órden de que se juntasen con los de la tierra, y dejando guardada la ciudad, hiciese una emboscada al alba del dia, víspera de las once mil vírgenes, entre la ermita y la mar, al lado más vecino al dentro de la tierra; y otra entre la ciudad y la dicha ermita, en un atajo que iba del mar á la dicha ciudad, y que le dejasen al enemigo desocupado el bosque del Sr. D. Juan de Austria, donde se acostumbran á encubrir los turcos y corsarios en aquel paraje, teniendo á trechos centinelas, ligeros corredores de á pié que avisasen. Dando la misma órden á D. Pedro Fernandez de Azagra, cabo de ocho galeras bien artilladas, que se encubrió cerca de Noto, dejando de industria libre el paso al enemigo para cogérsele en entrando, como despues hizo, luégo que supo estaban dentro. Y tambien don Francisco con su gente este dia estuvo á punto en los sitios y emboscadas dichas.

Viérnes 20 del dicho, ántes del alba, llegó Morath

Bajasli, hallando libre el paso, y se encubrió con sus galeras aquel dia cerca del bosque de Noto, hasta la noche, que á cosa de las nueve echó con silencio en tierra toda su gente, que se emboscó en el sitio arriba dicho. Luégo avisaron de todo nuestras espías, y estando alerta D. Francisco y D. Pedro, los enemigos salieron de su emboscada á las tres de la madrugada del sábado (al ruido de la música de sonajas, violines y adufes que de industria hacian algunos de los nuestros en torno de la ermita, como hacian otros años), divididos en dos tropas, una que se encaminó á la ciudad por el atajo, guiada por Alicur, y ésta dió en nuestra emboscada, á cuyas manos quedaron todos muertos y presos, y los que escaparon dieron en manos de D. Francisco, que ya despues de gran destrozo y mortandad tenía rendida la otra tropa, que habia cogido por las espaldas.

Luégo que D. Pedro de Azagra oyó el ruido, cerró con sus galeras contra el enemigo, teniéndoles cogido ya á aquel tiempo el paso, y tomó sin trabajo las ocho, escapándosele las dos que llevaron la nueva á Constantinopla, donde por indicios fué acusado D. Jerónimo de Urrea y sentenciado á empalar. Su amo el Visir, que le amaba mucho por su buen ingenio y mucha cortesía, le rogó renegase y le libraria, lo cual no quiso hacer, ántes murió confesando á Cristo en la plaza de Admaydan, y al contrario el barquero renegado calabrés murió en su error, atenaceado y quemado vivo en Palermo; imitando á D. Jerónimo de Urrea el esclavo Alicur, que despues de bautizado y con el nombre verdadero de Pe-

dro murió pidiendo perdon á Dios, ahorcado en la plaza de la ciudad de Noto.

Alcanzóse esta famosa victoria de mar y tierra sábado, dia de Santa Úrsola y las once mil vírgenes, 21 de Octubre de este año de 1623, con sólo 50 muertos de los nuestros y pocos heridos.

NÚMERO 43.

Presa que D. Diego Pimentel (que esté en el cielo), general de la escuadra de Nápoles, hizo á la vista de las islas de San Pedro con ocho galeras de su escuadra, cuatro de Florencia y tres del Papa. Dase cuenta de la muerte de este General y de quién era el corsario á que venció, el valor de la presa, muerte de los turcos y libertad de muchos cristianos. Con licencia, impreso en Madrid por Juan Delgado, y por su original en Sevilla por Diego Perez. Año de 1624.

Salió de Nápoles D. Diego Pimentel á 8 de Setiembre, dia de Nuestra Señora, y fué á la isla de Elba, á puerto *Ferrarz*, donde le aguardaban las galeras de Florencia, y habiendo reconocido las islas de la *Chanosa*, corrió la costa de Córcega hasta las Bocas de Bonifacio, y no habiendo hallado lengua de las galeras de Biserta y Argel, en cuya busca iba, ni de otros corsarios, pasó á Cerdeña y la costeó por la parte de Levante, y llegó á la ciudad de Caller á los 26 del dicho mes, para ver si D. Juan Vives, virey del dicho reino, tenía algunos avisos, y no los habiendo hallado, el mismo dia partió la vuelta de las islas de San Pedro, por ser el puerto más frecuentado de los enemigos, y llegó á ella

á los 28 por la mañana, donde estuvo hasta los 2 de Octubre, haciendo las diligencias ordinarias de las descubiertas por las mañanas, y aquel dia mismo se fué á tierra firme, que estaba á poca distancia, á hacer la aguada, y una hora ántes que anocheciese, la guarda de arriba descubrió dos bajeles 20 millas á la mar, la vuelta de Leveche: dejó pasar parte de la noche y partió la vuelta de ellos, y al hacer el dia descubrieron las guardas seis bajeles por proa, á distancia de 15 millas, y porque habia poco viento y bonanza de mar, llegóse á ellos á las ocho de la mañana á tiro de cañon. Eran tres bajeles redondos, dos pataches y una tartana, la cual la desampararon, y habiendo ido la falúa de las galeras á reconocerla, halló un turco en ella y le trajo á la Capitana, y éste dió aviso que la Capitana estaba armada con 200 turcos y 36 piezas y los dos pataches con 50 hombres cada uno; el uno de los bajeles, que será de 400 á 500 toneladas, es de la *Inclusa;* iba desde Tabarca cargado de trigo á Nápoles y habia cuatro dias que le habian cautivado. El otro es un bajel nuevo, casi del mismo porte, que en Sicilia le sacaron del cargador de *Yaca*, sin gente ni artillería, y ellos lo armaron. Comenzóse á pelear, y el primero que se rindió fué el de la Inclusa: habiendo peleado cuatro horas, le rompieron el trinquete de un cañonazo, y de otro el timon, y saliendo los turcos que tenía dentro en la lancha se fueron á la Capitana; y de allí á poco se rindió el bajel que sacaron de Sicilia, y porque la Capitana peleaba con mucho valor, dió D. Diego Pimentel órden que todas las galeras disparasen á ella, y estando su Capitana

casi á tiro de mosquete tirando la artillería, y D. Diego dando órdenes en la popa, vino una bala de mosquete y le dió en la boca del estómago una herida mortal; y con todo esto estuvo un rato para ver si se rendia el bajel. Bajáronle á curar á la cámara, y hallóse que la herida era penetrante. Y estándole curando avisaron de arriba que los dos pataches se huian, y envió luégo órden á D. Francisco Manrique que con la patrona de Nápoles, en que él iba embarcado, y otras siete galeras fuese tras ellos, quedando las siete cañoneando la Capitana. Don Francisco alcanzó los dos pataches, y los embistió y rindió con mucha bizarría, y todavía la Capitana no se queria rendir, con haberle muerto 100 hombres, hasta que la desarbolaron á cañonazos. Y últimamente la gente comenzó á echarse á la mar y acudieron los esquifes y falúas, y el corsario, que se llama Azan Calafate, turco de nacion, arraez del bajel, ya que no pudo más, echó á la mar todas las armas y 80.000 reales de á ocho que tenía de presas, y voló una esclava rusa que traia para mujer suya, y dejó una mina en el bajel, que á poco rato, como él se echó á la mar se quemó. Peleó ocho horas con gran bizarría, y dicen que es el corsario de más opinion que habia en Argel, y que á los 4 de Abril salió en conserva de otros 12 bajeles al estrecho de Gibraltar, y que unos ponientes frescos los echaron á Levante, donde ha andado seis meses y enviado otras presas á su casa.

Murieron peleando más de 100 turcos, y se han tomado con este arraez 150 vivos, y D. Diego Pimentel murió de la herida, dia de San Francisco, 4 de Octubre,

á boca de noche, habiendo vivido treinta horas. Los dos bajeles y pataches han entrado en Caller, y la tartana se perdió miéntras se peleaba, y esta victoria se ha tenido con pérdida del General (que es gran pérdida), y un artillero y dos ó tres forzados.

Hoy 5 de Octubre en Caller se ha hecho la repartición de la presa, y los esclavos que se han tomado vivos son casi 200, y se ha dado libertad á 100 cristianos, y segun lo que refieren, con el bajel que se quemó y los que están en este puerto importará toda la presa 200.000 ducados, ántes más que ménos.

NÚMERO 44.

Verdadera relacion de las famosas presas que por órden del Excmo. Sr. Duque de Alba, virey de Nápoles, hizo el capitan Salmeron con cuatro galeras en la Goleta, y junto á la Baja Calabria, en el mes de Febrero de 1624. Refiérese la prision y castigo que se hizo en Nápoles al morisco Guadiano, zapatero, natural de Ciudad-Real, famoso corsario y capitan de tres galeotas, y otros moriscos españoles. Y asimismo se refiere el martirio que este perro dió al P. Fr. Buenaventura, capuchino, natural de Toledo, en la ciudad de Saler de Berbería, cerca de la Mamora. Es copia de una carta que de Nápoles envió á Madrid D. Antonio del Castillo, criado del Sr. Virey, á su agente en Córte.—Con licencia lo imprimió en Sevilla Juan Serrano de Vargas y Ureña. Año de 1624.

Estando surto con cinco galeras de Malta el General de ellas en la isla de Zimbalo, que está frente de la Goleta, esperando un galeon turquesco de que habia nue-

va que, cargado de moneda y cosas ricas, habia de pasar de Argel á Levante, sucedió que á causa de una tempestad que una noche les sobrevino, dos de ellas que sólo pudieron zarpar, corrieron tal borrasca, que les fué preciso echar á la mar hasta la artillería, y así destrozadas, una aportó á Palermo y otra á Nápoles. La capitana con las dos restantes, no pudiendo zarpar con la brevedad á que el tiempo obligaba, tocando en los escollos se hicieron pedazos; la gente se escapó, y tomando tierra, estuvieron ocho dias sin que el tiempo permitiese que ni de la cristiandad se les enviase socorro, ni la nueva del naufragio llegase á Berbería. Entre tanto, un traidor, mal cristiano, forzado de las galeras perdidas, llamado Aníbal, retirándose á uno de los tres montes de la isla, hizo seña con fuego, á la cual acudieron turcos de Túnez (avisados de la Goleta), que vista la rota, y dando en Biserta la nueva, armaron todas cuantas galeras habia en ella y los bajeles que pudieron, con ánimo de cautivar al General, á los caballeros y demas soldados, en la isla, donde los cristianos atrincherados, peleando valerosamente, mataron muchos de los turcos que, alborotados, intentaron la empresa. Durante la pelea llegó de socorro una nave que á toda priesa despachó el señor príncipe Filiberto de Austria, virey de Sicilia, con buena artillería y buen número de infantería española, que en llegando á la dicha isla comenzaron por su parte la batalla con tanta bizarría, que hicieron retirar toda la multitud de bajeles enemigos, con que el General pudo embarcar su estandarte y gente, quedándose tan solamente algunos turcos y moros esclavos de

las galeras que se huyeron, y por no detenerse los dejaron gozar de su suerte y libertad.

Luégo que la galera arriba dicha aportó á Nápoles, el Excmo. Sr. Duque de Alba, virey de aquel reino, despachó con toda brevedad (habiendo hecho repasar, aderezar y proveer la dicha galera de Malta) al capitan Salmeron con cuatro galeras bien armadas y proveidas de soldados, las cuales, junto con la dicha galera tomaron su viaje en demanda de la dicha isla, á donde llegaron pocas horas despues que la nave de socorro arriba dicha se habia ido de aquel paraje á Sicilia, y viendo tantos bajeles de enemigos, dieron sobre ellos, y aunque algunos se escaparon, tomaron otros, echando algunos á fondo y abrasando con fuego á otros, con muerte de muchos turcos y prision de más de ciento, escapándose los demas en la isla, á quien siguieran de buen grado los nuestros si lo consintiera el capitan Salmeron, que les estorbó saltar en tierra so graves penas. El cual habiéndose informado del suceso del general maltés, de los turcos prisioneros, se fué á Palermo, donde le halló y llevó á Malta (por habérselo así ordenado el señor Virey de Nápoles) junto con sus dos galeras. En el camino encontró con cinco galeones de cristianos corsarios, armados en Nápoles, Sicilia y Malta, que le contaron cómo en el golfo, fuera de la isla de Rodas, habian peleado tres dias, sin viento alguno, con diez y seis galeras del Turco, tan valientemente, que no sólo se libraron, pero destrozaron de manera las galeras turquescas, que dentro dellas no se oian sino gritos, lloros y quejas, y que al fin, teniendo buen viento, se vinieron victorio-

sos, y por mofa de los turcos les echaron al agua un gallo y dos gallinas, atadas sobre una tabla, y que los turcos (aunque acibarados de la befa) los sacaron del agua y entraron en sus galeras.

Habiendo dejado el capitan Salmeron en Malta al dicho general, tomó la derrota para Nápoles (por dar cuenta á S. E. de todo lo arriba referido), y en el camino, junto á la Baja Calabria, dió con tres galeotas de moros y moriscos españoles, cuyo capitan era un famoso corsario morisco español, natural de Ciudad-Real, en el reino de Toledo, zapatero de obra prima, que era su nombre, estando en España, Manuel de Guadiana, y despues se hizo nombrar Moratquivir Guadiano, el cual era vecino y morador del Alcazava, fuerza y guarda de *Saler*, ciudad de Berbería cerca de la Mamora, cuyo sitio está poblado de moriscos españoles que allí asisten de guarnicion y presidio. Con el cual peleó más de seis horas con tal teson, que en la resistencia se echó bien de ver el valor español que en sus perros pechos tenian aún encerrado, por el nacimiento y crianza de tal tierra. Pero con todo, Salmeron y los suyos probaron ser causa justa, mostrando en los hechos con el valor de españoles invencibles, la nobleza de sus claros linajes, y así, con ayuda de ellos, el dicho capitan Salmeron al fin le rindió, cautivó y tomó las tres galeotas, con gran número de haciendas y ricas mercaderías, y más de sesenta cristianos que habia cautivado en diferentes parajes, sin otros muchos que traia al remo, y ochenta moros y moriscos españoles vivos, echando los demas muertos y mal heridos á la mar. Llegó Salmeron con esta rica pre-

sa á Nápoles, donde tomando el Sr. Virey la parte que tocaba á S. M. (sin reservar cosa alguna para sí) repartió lo demas con el dicho capitan y soldados, y encarcelando á los moriscos españoles les envió religiosos que les amonestasen á morir como cristianos, y al cabo de ocho dias los sacaron á ahorcar, muriendo solos siete confesando nuestra santa fe. Los demas fueron entregados á la multitud de muchachos que acudió, bien atadas las manos, que tuvieron fiesta doble con ellos este dia, rematándola con luminarias que á la noche, que á poder de leña hicieron en un campo con sus cuerpos, en quien habian ejecutado todo el dia castigos increibles. El morisco corsario murió (como cristiano, confesando á Dios y á su santa ley, con muestras de contricion y arrepentimiento) atenaceado y empalado por haber confesado muchos delitos en el tormento que se le dió, por haberle acusado un cristiano, su esclavo, que con hábito español entraba en Málaga, Gibraltar y otros puertos á hurtar niños pequeños; y que habiendo cautivado junto á Barcelona á un fraile capuchino, natural de Toledo, llamado Fr. Buenaventura, con quien se puso á tratar de nuestra santa fe, diciendo cosas muy feas y blasfemias en deshonor de Dios Nuestro Señor y de su Madre Santísima, por lo cual el religioso le escupió á la cara, y al punto el morisco le metió un puñal por el cuerpo, y ántes que muriese le echó en el calderon de la brea con que estaba dando carena, donde rindió su alma al Señor que la crió, como valeroso mártir.

NÚMERO 45.

Famosa y admirable relacion de la gran victoria que el Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz ha tenido contra las galeras de Biserta y Argel, echándoles siete á fondo y tomándoles otras seis, despues de haber hecho otra presa de cuatro galeones de Túnez con grandísima riqueza, y iban á Alejandría. Año 1624. Impreso en Sevilla, con licencia, en la imprenta de Juan de Cabrera.

El famoso Marqués de Santa Cruz, gran capitan, general que fué en esta famosa Armada de las galeras de España, y agora lo es del Armada de las galeras de *Micina* por el Rey nuestro Señor, que Dios guarde largos años, queriendo imitar á su famoso padre, tan gran guerrero por tierra y mar, en servir al rey Felipe (que está en gloria), tuvo noticia que andaban las ocho galeras de Biserta y Argel, que son las más corsarias que andan por todas las costas de Italia hasta las de Cataluña y las islas de Mallorca y Ibiza, captivando toda la gente de los navíos mercadantes y las barcas del trato que andan de un lugar á otro llevando los bastimentos necesarios y saqueando la gente de los lugares marítimos pequeños que hay en estas costas, de que habemos hecho relacion, deseoso de encontrarse con ellas, porque muchas veces lo habia intentado, y siempre que habia salido en su busca no habia podido encontrarlas, aunque en su seguimiento habia procurado el alcance algunas veces.

Lúnes 20 de Mayo de 1624 partió de Palermo en su busca, habiendo apercibido su escuadra de galeras, que eran catorce de la escuadra de Sicilia y otras catorce de Malta, gente muy lucidísima que habia acompañado por órden del príncipe Filiberto de Austria de muchos y principales potentados de aquella provincia, y reforzando sus galeras de buenas boyas para el remo, armando cada banco de siete en siete y con todos los bastimentos y armas, pólvora y municionos para dos meses, apénas habia navegado tres dias cuando tuvo aviso que andaban la vuelta de Palermo, porque desde un castillo que está ántes de llegar al *Bulcan* diez leguas, las habian visto pasar, y así el Excmo. Marqués mandó toda aquella noche pasar el golfillo, cuando al amanecer, como á seis leguas, el marinero que iba subido en la gata de la galera Capitana haciendo su posta, las descubrió, y dando aviso á las demas galeras, todos se animaron á tan dichosa empresa, y los enemigos, cuando vieron el Armada, amainando las velas se pusieron todas en ala (porque son gente muy belicosa y ya cursados en estas refriegas), y el famoso Marqués de Santa Cruz, llegándose cerca con sus galeras, envió la falúa con doce marineros, yendo en ella el famoso alférez Juan de Quesada, gran soldado, y otros diez soldados, con órden de que el General les pedia que abatiesen los estandartes al de la corona del cristianísimo rey D. Felipe, el mayor monarca del mundo, y el cabo de las galeras de Biserta respondió con mucha cortesía al alférez (que era un turco, gran caballero de quien el Rey de Argel tenía gran satisfaccion) que no traia órden para

ello, ántes le exhortaba se volviesen y excusasen batalla, porque ellos iban la vuelta de Argel, y vista el Marqués la resolucion, se apercibió á la batalla disparándoles su artillería, y el enemigo hizo lo mismo, forzado de necesidad de no poder huir, y fué tanta el artillería que se disparó de una y otra parte, que del humo de la pólvora, balas y vocería, parecia otra naval, animando el valeroso Marqués su gente, poniéndoles por delante la fe de Cristo y obligacion que al Rey nuestro Señor tenemos; y así animados, procuraba cada uno ser un Atlante, tomando sobre sus hombros el peso de esta batalla, y á la primera rociada le mataron más de 100 personas, aunque de un balazo le llevaron un brazo al capitan Serafin Salot, de la Capitana de Biserta, de que murió; cuando de nuestra Capitana de Malta comenzaron á dar voces, «Victoria, victoria; viva el rey D. Felipe; viva la fe de Cristo», desmayaron los enemigos procurando ponerse en huida; mas aprovechóles poco, porque las galeras nuestras les echaron á pique las siete, que se escapó alguna gente nadando, los cuales se les dió acogida en nuestras galeras, quedando sujetos al remo en las galeras, y cogió las otras seis con toda la gente, pólvora y municiones que traia de guerra, con más de 400 captivos, á los cuales se les dió libertad, y mandó el príncipe Filiberto repartir entre los soldados los despojos de esta venturosa victoria, de que debemos á Dios las gracias, pues cada dia permite vaya en aumento suyo la santa fe, y la del Turco en menoscabo.

Pocos dias ántes de esta dichosa vitoria habian en-

contrado estas mismas galeras, la vuelta de Ibiza, cuatro galeones de Túnez, cargados de mercaderías, que iban á Alejandría. Pelearon con ellos cinco horas, y fué Dios servido les faltó el viento dejándolos en calma, y la gente de las galeras los rindieron por las popas, matando muchos dellos y con poca sangre de los cristianos; los cogieron con todas las mercaderías que traian de gran riqueza (por cierto famosa y alegre nueva para la cristiandad). Don Francisco Mexía, capitan de la Patrona Real, y el capitan Gabriel de Salazar hicieron como valerosos caballeros soldados en estas refriegas.

De esta dichosísima victoria tuvo nueva el Excmo. Duque de Tursi, capitan general de las galeras de Génova, hijo del famoso príncipe de la mar, Andrea Doria, de quien hay tanta fama de sus grandes servicios, el cual avisó de ello á algunos particulares amigos de esta ciudad, despues de haber tenido aviso S. M. de ello. Sírvase Dios con todo para gloria y honra suya, en vida y salud de nuestro gran monarca Felipe IV, y de nuestro pontífice y señor Urbano VIII.

NÚMERO 46.

Segunda relacion muy famosa de la gran victoria que las escuadras del Marqués de Santa Cruz, y la de Nápoles y Malta han tenido, por haberse encontrado todas en el golfo de Venecia con trece galeras turquescas, las seis de Biserta, cinco de Argel y dos de Rodas, y las rindieron, y echaron á fondo tres y cogieron las demas. Entre las cuales cogieron la Capitana de Barcelona que los turcos habian cogido los dias pasados, y el número de cristianos á quien se dió libertad. Dase aviso del socorro que Su Alteza el principe Filiberto, que está en gloria, envió para este efecto, que fueron otras cuatro galeras de Génova, y cómo cautivaron en la presa una señora muy principal, parienta del Gran Turco, que fué á 13 de Julio, año 1624. Impresa en Sevilla, con licencia, en la imprenta de Juan de Cabrera. Año de 1624.

Despues de la refriega pasada que en la primera relacion se hizo mencion que se huyeron aquellas galeras de Biserta, y Su Excelencia D. *Pedro* de Bazan [así], marqués de Santa Cruz, rindió tres navíos y echó á pique dos delante Puerto Farina, sucedió que volviéndose por el mismo camino desde las africanas playas barbarismas, hácia las venecianas olas, y surcando aquellas con regocijo y contento de la venturosa presa, enviándola, como dije, á muy buen recaudo á sus queridas patrias, tomaron lengua como seis galeras de Biserta, cinco de Argel y otras dos de Rodas, que todas juntas eran trece, las cuales estaban muy bien artilladas y se habian puesto al paso en el dicho paraje, que está dentro del estado veneciano. Al punto fueron en su busca con deseo de ha-

llarlas, y hallándolas que estaban dentro de una cala, las asitiaron bravísimamente porque no pudiesen salir.

Enviaron luégo un despacho á Su Alteza avisando como las tenian allí cercadas. Luégo el serenísimo príncipe Filiberto, que supo la nueva de semejante ventura, dió órden que se proveyese socorro para la dicha empresa, y así fué; pues envió la escuadra del señor Marqués D. Pedro Bazan, y en su compañía llevaron otras cuatro galeras de Génova, que en aquella sazon estaban en Mesina, porque como allí estaba Su Alteza, acudian todas las galeras en ocasiones.

Las dos escuadras zarparon con mucho gusto para el dicho efecto, dando las velas todas al fresco viento, y navegando á remo y vela llegaron allá á los 12 del mes de Julio, que era de noche, y como habia llegado cansada la chusma, les dieron muy buen refresco.

Juntáronse estas dichas escuadras con las que allí estaban, que dias atras estaban en centinela guardando la boca de la cala. Á la mañana, que fueron 13 de Julio, tuvieron Consejo de guerra todos los capitanes con el General, para ver la órden que se debia tener, y se determinaron todos que embistiesen á los enemigos. Los cuales, aprestándose, puestas en Dios sus esperanzas, comenzaron la pelea, poniéndose todos á punto de guerra, levantando estandartes y poniendo pavesadas, y los soldados repartian á su lugar, cada uno dónde le tocaba, por las ballesteras, con sus arcabuces y mosquetes, mandando á los artilleros cargasen los cañones de crujía y las demas piezas, pues á ellos tocaba la mayor parte de este cuidado.

Luégo empezaron con los cañones á enviarles muy recios balazos, y con las gruesas piezas de crujía despedian balas enramadas, con que les dieron muy mal rato, de tal suerte, que en la rigurosa batalla volaban brazos y piernas rompiendo árboles y entenas de las galeras de los turcos, dando con ellos al traves, y con la furia tan brava de pechos tan animosos como tienen los nuestros, echaron á fondo las seis galeras de los enemigos, aunque tuvieron muy grande sentimiento los nuestros de la pérdida de los cristianos cautivos que en ellas venian, sin poderlos favorecer.

Y pasando más adentro los valerosos soldados en las galeras, llegaron á abordarse con los enemigos turcos, y allí mostró cada cual su valeroso y cristiano pecho, mostrándose un famoso Atlante, peleando muy valerosamente, como dicen, por su Dios, por su Ley y por su Rey.

Hicieron famosos hechos y muy heroicos, y como llegaron á abordar, pegaron fuego á tres galeras de ellos y se quemaron dentro muchos turcos, sacando los demas que pudieron vivos, y muchos cristianos cautivos que dentro venian, amarrados á las cadenas.

Sin eso tomaron las siete galeras que quedaron, entre las cuales hallaron la Capitana de Barcelona, que traian consigo los turcos por ser tan buena galera, que habia cuatro años que ellos habian cogido con su Patrona, la cual se supo que los turcos habian varádola en tierra por triunfo de su victoria, en Constantinopla, que no quiso la fortuna se hallára en esta escuadra enemiga, para que tambien volviera á su insigne patria y costa de Cataluña.

Tomadas que fueron las dichas siete galeras, mandó el General repartir los turcos presos por los bancos de nuestras galeras, los que por suerte tocó á cada una de las dichas escuadras, y que diesen saco á los soldados de todo lo demas que quedaba, y á los cómitres las velas de las galeras vencidas, porque á ellos tocaba.

Los turcos que en esta presa se hallaron vivos pasaron en número de 450, sin los cautivos cristianos, que fueron muy pocos ménos, que no fué de poca consideracion é importancia la estima de la deseada libertad que tuvieron (pues al punto se les dió), que habia muchas naciones, y particularmente de Cataluña y aquellas costas suyas.

Murieron muy pocos de los nuestros en la batería por la mucha diligencia que pusieron de ropa y velas debajo de las arrumbadas de proa, aunque pelearon por espacio de tres horas; mas con todo eso, no se dejaban de teñir las aguas de la sangre que salia de los heridos cuerpos, que donde las dan las toman.

Esto se sabe por muy cierto por haberlo escrito el secretario del Veneciano al Embajador de España, y por vía de Génova avisaron lo mismo por cartas á un mercader catalan de Barcelona. Y tambien avisan que en estas galeras turquescas traian una señora muy principal, que dicen es parienta del Gran Turco, que la pasaban á Alejandría, á la cual le hicieron mucha honra y con debido acatamiento la llevaron la vuelta de Mesina, donde estaba Su Alteza. Guarde Dios nuestro Señor gran caudillo Felipo III [así] para defensa y amparo de la cristiandad.

NÚMERO 47.

Memorial que la Duquesa de Osuna dió á S. M.

Señor: Pudiera llegar á los piés de V. M. con mucha confianza de pedir mercedes, por los aventajados servicios que el Duque de Osuna, mi marido, ha hecho á su Real corona, pues sabe V. M. que los que han llegado á su noticia despues que salió de la niñez, de las glorias de sus armas, y del terror que dellas han tenido sus enemigos, son ejecuciones del valor de mi marido, sin duda semilla de sus emulaciones y del trabajo en que se halla. No quiero por ahora suplicar á V. M. por mercedes y gracias, que como son en la moneda que pagan los reyes, estoy cierta que tenemos segura esta partida. Vuestra Majestad, Dios le guarde, es rey católico, por renombre, por ejercicio; justicia pido y desagravio.

Los enemigos de mi marido son los de su corona de V. M., para su grandeza pequeños gozques, para el Duque valientes perros, pues no contentos con ladrar contra su reputacion, han podido dar con él en una cárcel. Señor, el Duque de Osuna, que rompió al Turco, que venció y acorraló al Moro, que afrentó al Veneciano, que ayudó á castigar al Piamontés, que pasó la caballería de V. M., arbolados los estandartes, por los estados del Papa, que ayudó al Emperador á recobrar los reinos de Hungría y Bohemia, que asistió los estados de Flándes con gente y dinero, que restauró la quiebra de la navegacion de Filipinas con bajeles, armadas de artillería,

soldados y marineros, es el preso, el apresado con nombradía de delincuente, de que ofendia á V. M. Los libres son los que habiéndose atrevido á quitar un virey y llamar otro, reconocidos de su error y temores del castigo, buscaron calor para cubrirse en la fidelidad de tan gran ministro de V. M. como es, y ha sido el Duque mi marido. Si él ha delinquido en la lealtad que debe al servicio de su Real corona de V. M., coraje tengo yo, y sangre, para con mis manos, si me fuera lícito, quitarle la vida, ó á lo ménos á los piés de V. M. procurar con el rigor de su justicia sacar esta mancha; no habiendo en esto falta, como es imposible que la pueda allanar toda la malicia humana, no hay en el mundo delito que merezca esta prision: si debe el Duque, pague el Duque, que hacienda tiene él y dote yo, para que V. M. quede satisfecho, aunque á tan grandes reyes, las cuentas suelen ser de hazañas, no de maravedís, que esta partida es fácil de averiguar, cuanto y más, Señor, que 20.000 hombres de guerra y tales facciones ejecutadas con ellos, no se hacen sin dinero; la providencia del Duque los ha sacado, no de la hacienda de S. M., sino de los despojos que sus enemigos han dejado en las manos de sus victorias.

Vuestra Majestad tiene á sus piés una mujer, cuyos antepasados han acrecentado con su sangre mucho de su corona, y alguno de ellos dándole más hacienda y más vasallos que heredaron de sus padres los de Vuestra Majestad; merezca por ellos y por sí este desagravio, que como tan fiel vasallo de V. M. siente le quieran hacer perder el ministro más importante para grandes co-

sas que tiene rey en el mundo, escondiéndolo y maltratándolo las naciones entre quien el Duque se ha puesto en tan aventajado lugar, sirviendo á V. M., están á la mira esperando el fin desta prision. Suplico á V. M. se compadezca de nuestra sangre y casa, no esté tanto tiempo á riesgo de que la juzguen los émulos de su corona, conforme al dolor del castigo que V. M. les ha dado por mano del Duque mi marido, que ya este caso, demas de tener en sí tanta justicia, se entra por las puertas de la piedad y misericordia; y porque creo que el dolor de mi corazon me habrá hecho atropellar algunas destas razozones, suplico á V. M. las vuelva á ver en este papel.—Impreso en una hoja suelta, f. s. a. n. l.

NÚMERO 48.

Venesiana.

Sier Pantalon per dirla, mi hó gran uoia
De darte un scoppolotto con do man;
Zache uiuendo in paze d'Ottauian
Ti há uolesto impazzarte con Sauoia.
O' che pos tu morir per man del boia
Til sá che Spagna há pur longhe le man
E che la puol da presso e da lontan
Torte dal deo questa tó bella zoia.
A'che fin douei andar comprando el mal
Possendo star contento et esser sol
A' chel pentirsi daspo l'error non ual,
Socorri pur per ogni uia sti puol
Ch'in quant' a mi, me par ch'in Arsanal
Sento de botto a rasonar spagnol
Ossuna su fiol

Ve mand'e uuol dar un scacco mocco
Per cazzarse in Poueria e Mala mocco
Pasiensia se ui tocco
Sul uiuo, e non uolendo digo el uer
Che me dispiase á ueder Spagna in guarner
E che ti há da ueder
Che la spassizzerá co i guanti in man
Da i stendardi infin a Simian
Dira per dir herman
Vegliacco Pantalon chitta el sombrier
E ti strapazzará com'un sommier
O gran pasiensia in uer
Quand'in Rialto ti uederá i spagnoli
Discazzar da quei bauchi i to fioli
E sentarsi essi soli
E pó sú i camerlinghi anche montar
E quei bei scrigni romper e scassar
Correr anzi suolar
In Zecca, et al Tesor d'opinion
Per torse quel tó ricco barretton
Passar con un barcon
A Fusina, a Malghera et alla Fossetta
E farsi Lombardia tutta sozetta
Dar tene puó una stretta;
Per mar con le galie e galioni
Con tartane, nauie, e con bereoni
Piatteforme e torrioni
Tors'el uostro in tutta schiauonia
Poi dar alle fortezze batteria
Per opinion mia
Altri non puol saluarui, che Dio sol
Che ti non habbi a'deuentar spagnuol
Perch'il grosso stuol
De zente e di uassei ch' Ossuna há
E sentir Spagna ti te cagará
E ti te pentirá;
D'hauer mill, e mille uolte detto

Uenga pur uenga qui quel Filippetto
Non hauéndo rispetto,
A' parlar cosi d' un tanto Ré
Sustent' hor de la christiana fe
Non ual' a dir ohimé
Ne pentirti daspo fatti l' errori
Mandando per accordo ambassadori
In questi gran rumori;
Un sol rimedio mi ghe uedo : e questo
E di mistier mandarlo in opra presto
Metti il ceruello a' sesto
E corri' a' i pié del successor di Piero
Confessando l' error, disend' il uero
Supp[ca] il gran nocchiero;
Che ti sollecci hormai di tant' affanno
Offerendo di pagar la pena, el danno,
Che da qui nasceranno
Do cose bone ti hauerrá l' intento
Et in quel Ré lo sdegno sará spento
Sti non sará contento
De quel, che mi tó detto e consesciá
A sacri Dei che ti la sentirá
Cazzate in cul l' armá;
L' esercito per terra, e le fortezze
E s salua le persone, e le ricchezze
Ne spettar che l' altezze
De i to uesin ti habba ad azutar
Perch' ognun de timor s' ha da cagar.

Manuscrito de letra del tiempo, en la Real Academia de la Historia. *Coleccion de Jesuitas*, tomo CXVIII, número 111 $^1/_2$.

LIBROS Y PAPELES CONSULTADOS.

Adragna (Giuseppe). Cronología delli Signori Vicere dil regno di Sicilia. Año 1687, Bib. nac. Ms. I, 175.

Cabrera de Córdoba (Luis). Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España desde 1599 á 1614. Madrid, 1857.

Cánovas del Castillo (Antonio). De la dominacion de los españoles en Italia. Discurso leido ante la Real Academia de la Historia el 20 de Mayo de 1860.

Céspedes y Meneses (Gonzalo de). Primera parte de la historia de Felipe IV, rey de las Españas. Lisboa, por Pedro Craesbeeck, 1631.

Cueva y Silva (Ldo. D. Francisco de la). Memorial en justificacion del gobierno del Duque de Osuna en Sicilia y Nápoles. Impreso en 30 hojas fólio, s. a. n. l.

Chumacero de Sotomayor (Juan). Querella criminal contra D. Cristóbal de Sandoval, duque de Uceda. Bib. nac. Ms. H. 97, fól. 319.

Dávila (Gil Gonzalez). Historia de la vida y hechos de Felipe III, publicada por D. Bartolomé de Ulloa en la monarquía de España. Madrid, 1771.

Duque de Estrada (Diego). Comentarios del desengañado, ó sea vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por el mismo. Memorial histórico español, coleccion de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia. Tomo xii. Madrid, 1860.

Espinel (Vicente). Relaciones de la vida y aventuras del escudero Márcos de Obregon.

Fernandez-Guerra y Orbe (Aureliano). Discurso de recepcion en la Real Academia de la Historia y contestacion del Sr. D. José Amador de los Rios. Discursos leidos en las sesiones públicas. Madrid, 1858.

Fernandez-Guerra y Orbe (Aureliano). Obras de don Francisco de Quevedo Villegas. Coleccion completa, corregida, ordenada é ilustrada, publicada en la Biblioteca de Autores españoles. Madrid, 1859.

Fernandez de Navarrete (Eustaquio). Epítome de la vida de D. Pedro Giron, duque de Osuna, con notas al libro de los Vireyes de Nápoles de José Ranero, publicado en la Coleccion de docum. inéd. para la hist. de España, tomo xxiii, año 1853.

Galibert (Leon). Historia de la república de Venecia, escrita en frances y traducida por D. Pedro Reynés y Solá. Barcelona, 1857.

Giuliano (Gio Berardino). Memorie de' succesi tra li Deputati della Città di Napoli e Duca d'Ossuna, con altre curiossitá della corte di Spagna fino alla morte del Re Filippo Terzo. Bib. nac. Ms. I, 60, 61, 62, 63.

Guadalajara (Fr. Márcos de). Quinta parte de la historia pontifical. Madrid, 1630.

Herrera (Antonio de). Scrutinio de la libertad veneciana (obra atribuida á D. Alfonso de la Cueva). Con un tratado de las cosas de Venecia, traducido por Antonio Herrera. Año de 1618. Ms. en la Bib. nac., T. 104.

Leti (Gregorio). Vita di Don Pietro Giron, duca d'Ossuna, vicere di Napoli e di Sicilia sotto il regno di Filippo Terzo. Amsterdam, 1699.

Lopez de Haro (Alonso). Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España. Madrid, por Luis Sanchez, 1622, tomo i, p. 389, y tomo ii, p. 270.

Llorente y Molins. Discursos leidos ante la Academia de la Historia en la recepcion pública del Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente el dia 21 de Junio de 1874.

MARCH Y LABORES (José). Historia de la Marina Real española. Madrid, 1854.

MARTINEZ DE LA ROSA (Francisco). La Conjuracion de Venecia, comedia.

MONROY Y SILVA (Cristóbal de). Comedia famosa titulada Las mocedades delDuque de Osuna. Colec. de Aut. Esp. de Rivadeneyra, tomo II. Madrid, 1859.

MOREL FATIO. Catalogue des manuscrits espagnols de la Bibliothéque nationale. París, 1881, 1er livraison.

NOVOA (Matías, ó Vivanco, Bartolomé, segun otros). Historia de Felipe III, rey de España. Publicada en la Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, tomos LX y LXI. Madrid, 1875.

NUÑEZ DE CASTRO (Alonso). Espejo cristalino de armar para generales valerosos. Madrid, 1648.

OLIVIERI (Agostino). Monete e medaglie degli' Spinola che serbansine lla R. Università ed in altre collezioni di Genova, descritte ed illustrate dal bibliotecario..... Génova, 1860.

PARRINO (Domenico Antonio). Teatro eroico e politico de goberni de Vicere del regno di Napoli dal tempo del re Ferdinando il Catholico fino al presente. Napoli, 1692.

QUEVEDO VILLEGAS (Francisco de). Grandes anales de quince dias. Historia de muchos siglos que pasaron en un mes. Inserto en las obras colegidas por D. Aureliano Fernandez-Guerra. Tomo I.

RANEO (José). Libro donde se trata de los vireyes lugartenientes del reino de Nápoles, compilado en 1634. Impreso en la Colec. de doc. inéd. para la historia de España, tomo XXIII, año 1853.

SAPORÍTI (Jaime). La sombra de las heroicas hazañas, antigua nobleza y famosísimo gobierno del Ilmo. y Excmo. señor D. Pedro Giron, duque de Osuna, etc. Bib. nac. Ms. M. 168.

TELLEZ GIRON (Pedro), duque de Osuna. Correspondencia original del Duque de Osuna con el cardenal Borja sobre asuntos de Italia, año 1619. Bibliot. nac. Ms. H. 52.

COPIAS DE CARTAS que escribió el Duque de Osuna al Rey nuestro señor y diferentes ministros y otras personas, y cartas

del Rey al mismo Duque, desde el año 1608 hasta el de 1620. Bibliot. nac. Ms. H. 16.

Carta que el Duque de Osuna escribió á S. M. de Nápoles á 4 de Junio de 1620 años sobre entrega del vireinato. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fól. 463.

Carta que el cardenal Borja escribió á 6 de Junio de 1620 sobre el mismo asunto. Ms. H. 53, fól. 465.

Despacho de S. M. dando las gracias al Duque de Osuna por los socorros enviados á Alemania, fecha 10 de Junio de 1620. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fól. 467.

Despacho del Rey acordando á D. Diego Zapata de Cadenas merced de cuatro mil ducados por una vez y de quinientos ducados de renta por su vida, en virtud de recomendacion del Duque de Osuna, fecha á 10 de Junio de 1620. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fól. 469.

Otro dando las gracias al Duque por los recursos que ha remitido á Alemania, fecha 31 de Mayo, 1620. Idem id., fóls. 482, 485 y 493.

Entrada del Cardenal de Borja y Velasco en la ciudad de Nápoles cuando fué á gobernar aquel reino. Año 1620. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fóls. 163 á 217.

Avisos de Nápoles de los tumultos que hubo cuando fué nombrado el cardenal Borja para reemplazar al Duque de Osuna. Ms. R. Acad. de la Hist. Colec. de Jesuitas, Loyola. Leg. 1, núm. 10.

Memorial del Duque de Osuna en que hace relacion de la revuelta promovida para entregar el gobierno de Nápoles al cardenal Borja ántes de que él saliera de aquel reino para la córte, y pidiendo se castigue á los autores como á reos de sedicion y conspiracion. Ms. en la R. Acad. de la Hist. Colec. de Jesuítas, Loyola. Leg. 1, núm. 3.

Memorial que por parte del Duque de Osuna se dió á S. M. en Lisboa á 12 de Julio de 1619, sobre el tiempo que gobernó el reino de Sicilia. Bibliot. nac. Ms. I. 57, fól. 258.

Memorial del Duque de Osuna dirigido á S. M. el Rey desde el Castillo de la Alameda. Impreso en dos hojas, fólio, s. a. n. l.

MEMORIAL que por parte del Duque de Osuna se dió á S. M. en Lisboa. Bibliot. nac. Varios, Felipe III, fóls 11, 3, 4.

MEMORIAL de D. Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, á la Católica Majestad del Rey nuestro señor D. Felipe IV. Bibliot. nac. Ms. Q. 135, fól. 239.

MEMORIAL que el Duque de Osuna dió al rey Felipe IV el mismo dia que murió Felipe III. Bibliot. nac. Ms. H. 126, fól. 62, con otros memoriales del mismo Duque.

MEMORIAL que por parte del Duque de Osuna se dió á S. M. en Lisboa á 12 de Julio de 1619, del tiempo que ha gobernado el reino de Nápoles. Bibliot. nac. Ms. E. 72, fól. 58, y I. 57, fól. 265.

CAPI mandati alla Maestà del Re nro. sigre. per questa fidelisima città di Napoli contro il Duca d'Ossuna. Bibliot. nac. Ms. Q. 135, fóls. 215 á 228.

RELACION que hizo el reino de Nápoles y cargos al Duque de Osuna, virey que fué del dicho reino. Año 1620. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fól. 441.

COMISION que dió el rey Felipe IV á D. Francisco Antonio de Alarcon, oidor de Granada, para que pasase al reino de Nápoles á la averiguacion de los cargos que se hicieron al Duque de Osuna. Año 1621. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fólio 443.

PREGUNTAS por las que han de ser examinados los testigos que fuesen presentados por parte de D. Pedro Giron, duque de Osuna, en el pleito con el Sr. D. Juan Chumacero de Sotomayor, del Consejo de Órdenes, fiscal en esta causa. Son 199 preguntas. Bibliot. nac. Ms. I. 58, fóls. 21 á 65.

OSUNIANA Coniuratio qua Dux Ossunæ Regnum Neapolitanum (irrito tamen eventu) sibi desponderat; una cum relatione stratagematis, quo cardinalis Borgia designatus Duci successor in eam provinciam sivi aditum et succesionem fecerit. Ms. Bibliot. nac. H. 53, fól. 447.

PETRI GIRONI, iunioris Ossunæ Ducis, Gesta in Neapolitanarum Regno. Bibliot. nac. Ms. I. 58, fól. 94.

MEMORIA sobre las acciones del Duque de Osuna. Bibliot. nac. Ms. I. 58, fól. 275.

PAPELES tocantes al gobierno del Duque de Osuna en Nápoles. Bibliot. nac. I. 58. Varios.

DISCURSO de muchas cosas notables y de edificacion que dijo é hizo en la prision y al tiempo de su muerte el Excmo. Duque de Osuna. Con licencia, impreso en Sevilla por Francisco de Lira, año de 1624, fólio.

DOCUMENTOS relativos á D. Pedro Giron, tercer Duque de Osuna. Publicados en la Coleccion de los inéditos para la historia de España, tomos XLIV, XLV, XLVI y XLVII. Madrid, 1864.

VELEZ DE GUEVARA (Luis). El asombro de Turquía y valiente toledano, comedia. Bibliot. nac. Colec. de comedias sueltas antiguas. V. 2 y 5. Tomos XXVIII y CXXXIII.

ZAZZERA (Francesco). Giornali di..... napolitano, academico otioso uel felice governo dell'Eccmo. D. Pietro Girone, duca d'Osuna, vicere del regno di Napoli, etc. Ms. en la Bibliot. nac. I. 57.

CARTAS REALES escritas á los vireyes del reino de Sicilia sobre negocios de este reino, desde el año de 1600 hasta el de 1659. Bibliot. nac. Ms. E. 45 y E. 46.

COLECCION de documentos inéditos para la historia de España. Tomo XLIII, fól. 61.

RELACION de la batalla naval entre Federico Espínola, capitan general de las galeras de las costas de Flándes, con los cismáticos rebeldes de los estados, á la vista de la Inclusa (*sic*). Año 1602. Ms. Bibliot. nac. Est. H., y Bibliot. de Marina, Colec. Navarrete, t. V, núm. 12.

NOTABLE VICTORIA alcanzada por D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, en una de las islas del Archipiélago, en Levante, llamada isla de Longo, muy rica y fuerte, y cómo la saqueó y pegó fuego á la judería y cautivó 189 esclavos y esclavas, y la muerte de Fatima, nieta de Alí-Bajá, general del Gran Turco, que se perdió en Lepanto. Consiguió esta victoria dia de Pascua de Espíritu-Santo, á 6 de Julio de este presente año. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez. Año 1604, fólio.

RELACION de la toma y destruccion del puerto y plaza de

Durazo, en Albania, por el Marqués de Santa Cruz, el 4 de Agosto. Ms. Colec. Navarrete, t. v, núm. 14.

RELACION de la jornada de Alarache, hecha por el Marqués de Santa Cruz. Ms. Colec. Navarrete, t. XII, núm. 104.

RELACION del viaje, empresas, saco y toma que hicieron en Berbería los caballeros de la religion de San Estéban, con siete galeras, todo por órden del gran Duque de Toscana, y cómo saquearon á la villa de Visquero y del cautiverio de sus moradores, y de otras grandes victorias en la mar, y del terror que causaron en la ciudad de Argel, y otras cosas notables, lo cual sucedió á 13 de Agosto de 1610. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra. Año de 1610, fólio.

RELACION verdadera de los grandes regocijos y fiestas que en mar y tierra se hicieron en la ciudad de Mesina, en Sicilia, en celebracion de los felices casamientos entre los católicos Reyes de España y Francia. En Granada, por Bartolomé Lorenzana. Año 1612, fólio.

RELACION verdadera del viaje y empresa que hicieron los caballeros de San Estéban con las galeras de Florencia, en el Archipiélago, con presa de dos galeras turquescas. Málaga, por Antonio René, 1613, fólio.

RELACION verdadera de las prevenciones que en todos los estados de Italia se hacen, así en los presidios de tierra, como de galeras y bajeles, para aguardar la bajada del Gran Turco, que se tiene por muy cierto viene sobre Malta, con otras novedades de este año de 1613. Enviada por el capitan Juan Flores, entretenido en la córte romana. En Granada, por Martin Fernandez, fólio.

CONSULTA del Consejo de Estado sobre las cartas del Duque de Osuna en que da cuenta de las victorias y presas de D. Octavio de Aragon, y lo propone para Capitan general de las galeras de Sicilia, si no volviera á servir este cargo D. Pedro de Leyva. 19 de Noviembre de 1613. Ms. Bibliot. de Marina, Colec. Sans de Barutell, art. 4.°, núm. 1.410.

RELACION verdadera del viaje y empresa que hicieron los caballeros religiosos de San Estéban con las galeras del gran Duque de Florencia en el Archipiélago, con presa de dos ga-

leras turquescas, y la gran riqueza de ellas, y toma de la fortaleza y lugar de Chinano, con el número de esclavos y libertad de trescientos cautivos cristianos y otras cosas. Sucedido por Mayo de este año de 1613. Impreso con licencia en Málaga, por Antonio René. Año de 1615, fólio.

Relacion de la venida á Florencia del esmiro de Sayda, en la Tierra Santa, vasallo del Turco, con la gran rota que ha tenido mediante el valor de los cristianos, etc. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez. Año de 1614, fólio.

Relacion de lo que sucedió en la isla de Malta habiendo llegado de improviso allí la Armada turca y echado gente en la dicha isla, y cómo los echaron de ella. Con el número cierto de galeras y de los turcos que murieron y otras cosas de gusto. Todo lo cual sucedió á los postreros de Julio de este año en que estamos de 1614. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra, fólio.

Relacion más copiosa de la que se ha escrito ántes de la batalla y victoria que tuvo el Duque de Osuna contra el Turco á los 14, 15 y 16 de Julio de 1616.

Relacion de la batalla que tuvieron en 14, 15 y 16 de Julio deste año de 1616, por tres dias contínuos, cinco galeones y un patache del Ilmo. y Excmo. Sr. D. Pedro Giron, duque de Osuna, virey, lugarteniente y capitan general del reino de Nápoles por S. M., sobre el cabo de Celidonia, en Levante, en la costa de Caramanía, con cincuenta y cuatro galeras y la Real del Turco. Impresa en Madrid por Luis Sanchez, en 4.º

Reimpresa en Sevilla por Francisco Lira.

Relacion de la batalla que tuvieron los sies bajeles del Excmo. Sr. Duque de Osuna, siendo cabo y gobernador dellos el capitan Francisco de Ribera contra la Armada del Gran Turco en el cabo de Celidonia, de 14 de Julio hasta 16 del año de 1616.

Verdadera relacion de la batalla naval y gran victoria que cinco galeones y un patache del Excmo. Sr. Duque de Osuna, virey de Nápoles, tuvieron sobre el cabo de Celidonia y contra cincuenta y cuatro galeras y la Real del Turco. Con licencia. Imp. en Madrid por Luis Sanchez, y por su original

en Sevilla por Francisco de Lira. Año de 1616. En 4.°, 4 hojas.

Relacion verdadera del socorro que dió el Sr. Duque de Osuna con algunas galeras de Florencia y Malta á los mainotes, estando cercados del Turco, juntamente con el encuentro que estas galeras tuvieron con otras siete de un famoso corsario, en que le tomaron la capitana de fanal. Imp. en Sevilla por Francisco de Lira, 1616, fólio.

Relacion muy verdadera de la gran presa que hicieron seis galeras de la sacra religion de San Estéban, del serenísimo gran Duque de Florencia, de dos galeras turquescas, capitana y patrona del corsario Amurat Arraez, con la muerte del Rey de Argel y de otros turcos de mucha consideracion. Consiguióse esta victoria á 29 de Abril de este año de 1616. Impreso con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra, fólio.

Relacion verdadera de la gran victoria que dos galeras del señor Duque de Osuna tuvieron contra dos galeras y otras dos embarcaciones pequeñas del Turco, en que iba un bajá turco con toda su casa, á quien tomaron más de 200.000 ducados, cautivándole á él y á otros muchos turcos de su acompañamiento, en los primeros de Mayo de este año. Cádiz, por Fernando Rey, 1617, fólio.

Relacion de lo que hay de nuevo en toda la cristiandad y otras particularidades del Duque de Osuna, etc. Imp. en Cádiz por Juan Borja. Año 1617, fólio.

Relacion de los avisos que hay en Roma, etc. Dase cuenta de la toma de Verceli y de algunos sucesos del Duque de Osuna con venecianos. Imp. en Córdoba por Francisco de Cea. Año 1617, en fólio.

Relacion veneciana del combate con la Armada española. Bibliot. nac. Varios, Felipe III, 11, 2, 4, en 4.°

Ragioni della Republica Venetiana contro Uscocchi. Opúsculo impreso en 1617, en 4.° Bibliot. nac. Sala de Varios. Felipe III.

Relatione dell'Armata ordinaria di Venetiani e della qualità de lor vascelli et Marinareccia, fatta dal Proveditor d'essa Armata. Bibliot. nac. Ms. E. 52, fóls. 249 á 383.

Transcorso politico circa gli affari per gl'Uscocchi infra la

Segnoria, & l'Arciduca. Opúsculo impreso en 1617, en 4.º Bibliot. nac. Sala de Varios. Felipe III.

Relacion de todo lo sucedido en el golfo de Venecia á don Pedro de Gamboa y Leyva con la Armada de S. M. el año de 1617. Ms. en la Bibliot. nac. Est. H. y Bibliot. de Marina. Colec. Navarrete, t. v, núm. 23.

Relacion del encuentro que el Armada de S. M., cuyo general es D. Pedro de Leyva, tuvo con el Armada de Venecia. Dase cuenta de la presa que le tomaron y del número de galeras y bajeles que cada Armada lleva. Imp. en Sevilla por Francisco de Lira. Año de 1617, fólio.

Relacion de la gran presa que hicieron cuatro galeras de la religion de San Juan, de dos naves y seis caramuzales y dos galeras turquescas, con el número de cautivos y cristianos libertados. Cádiz, por Lúcas Diaz, 1617, fól.

Relacion de la famosa victoria que tuvieron seis galeras del Sermo. gran Duque de Florencia, de Ali Jorge, renegado inglés, gran corsario, de quien recibian notables daños por la mar en aquellas partes de Levante, y de la importancia de esta presa. Lo cual sucedió á los postreros de Abril de este año de 1617. Con licencia, en Sevilla, por Alonso Rodriguez Gamarra, fól.

Relacion.—Victoria felicísima de España contra 40 navíos de enemigos que andaban en la playa y costa de la ciudad de Valencia, á 4 de Abril. Dase cuenta cómo cuatro galeras de Nápoles, que habian venido por la infantería á Valencia, á vista de la ciudad pelearon con siete navios y mataron y cautivaron más de 4.000 personas. Y dieron libertad á un obispo y tres clérigos, y á unos frailes franciscanos que cautivaron viniendo de Roma á Salamanca. Y asimismo de las alegres fiestas y procesion solemne que la ciudad de Valencia hizo por la feliz victoria, y fiestas que D. Otavio de Aragon hizo á la Limpia Concepcion en hacimiento de gracias, cuyo devoto es. Y del castigo que los muchachos de Valencia dieron á 130 moriscos andaluces que venian entre los turcos, entre los cuales murió castigado con rigor Gabriel de los Santos, morisco panadero, que vivia en la Cava Vieja de Triana. Compuesto

por Francisco Lopez, natural de Sevilla, alférez de una compañía de las galeras de Nápoles. Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, 1618, fól.

Relacion de avisos de todo lo que ha sucedido en Roma, Nápoles, Venecia, Génova, Sicilia, etc., desde 6 de Enero deste año 1618. En la cual, entre otras cosas dignas de que curiosos las lean, se avisa..... y que el Duque de Osuna hace gruesa armada para la primavera, etc. Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año de 1618, fól.

La república de Venecia llega al Parnaso y refiere á Apolo el estado en que se halla, y él la manda llevar al hospital de los príncipes y repúblicas que se dan por falidas. Síguese en este discurso la metáfora de los avisos del Parnaso que escribió Trajano Bocalini. Impreso en fólio, s. a. n. l.

La mayor Empresa y feliz suceso que hasta hoy ha tenido el Sr. Duque de Osuna, virey de Nápoles. Dase cuenta de cómo el capitan Simon Costa, con solas tres galeras, salió de Nápoles con órden del dicho Sr. Virey, y en las costas de Turquía cogió muy gran número de vasos turcos y el gran galeon del gran Cairo que llevaba la garrama ó chapin de la Sultana á Constantinopla, en todos los cuales halló muchas riquezas. Y cómo llegó al canal de Constantinopla, donde le sucedieron admirables cosas, en particular con la capitana del Gran Turco y cinco galeras turcas. Sacado puntualmente de un traslado que el dicho Simon Costa envió al mismo Sr. Duque desde Ríjoles, el cual envió con su gentil hombre desde Nápoles á Madrid, etc. En Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año de 1619, en fól.

Relacion de novelas curiosas y verdaderas de victorias y casos sucedidos en mar y tierra. Dase cuenta de la famosa presa que hicieron en Levante seis galeones por órden del Duque de Osuna, etc. Impreso en Sevilla por Juan Serrano de Vargas, año 1620, en fól.

Famosa presa que cuatro galeras de Nápoles hicieron junto al canal de Constantinopla en el mes de Junio deste presente año de 621, tomando dos galeras, un navío y cinco caramuzales de turcos con mucha hacienda. Refiérese la reñida batalla

y heroicos hechos de D. Pedro de Cisnéros, cabo de las dichas galeras, y del capitan D. Fernando de Barrionuevo y otros valerosos soldados, etc. Recopilado de diversas cartas enviadas á caballeros desta córte por Francisco Donato, archero de Su Majestad. Impreso en Sevilla por la viuda de Clemente Hidalgo, 1621, fól.

Relacion de avisos de Roma, Flándes, Sicilia, Alemania, Francia, Florencia y Argel..... Famosa presa que D. Pedro Pimentel, general de las galeras de Sicilia, hizo, etc. Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, año de 1621, fólio.

Carta que envió á la ciudad de Cádiz el alférez D. Juan Hurtado dando cuenta de la gran victoria que D. Pedro de Leiva, capitan general de las galeras de España, ha tenido en el mar de Levante contra los turcos, llevando en su compañía á D. Diego Pimentel, general de las galeras de Sicilia, y el Marqués de Asiri, general de las de Florencia, y el capitan Estéban Chapa con tres galeras del Duque de Tursi y la capitana y patrona del Marqués de Santa Cruz, con otros grandes señores que iban en su compañía y con órden del serenísimo príncipe Filiberto. Lisboa, por Gerardo da Vinha, 1622, en fólio.

Carta primera del año 1622, la cual contiene nuevas muy verdaderas que ha habido en la córte y otros reinos, y dase cuenta de una grandísima victoria que la Armada católica ha tenido contra el Gran Turco en Levante. Academia de la Historia, Salazar, F. 20, fól. 180.

Relacion de la presa que D. Diego Pimentel, que esté en el cielo, general de la escuadra de Nápoles, hizo á la vista de las islas de San Pedro con ocho galeras de su escuadra, cuatro de Florencia y tres del Papa. Con licencia, en Madrid, por Juan Delgado, s. a., fól.

Relacion verdadera de la presa que D. Diego Pimentel hizo á la vista de las costas de Cerdeña. Barcelona, imp. de Sebastian y Jaime Matevat, 1624.

Verdadera relacion de la gran batalla que D. Fr. Luis de Cárdenas, general de las galeras de Malta, tuvo con dos

navíos de guerra y 13 caramuzales de turcos que, cargados de ricas mercaderías, iban á Constantinopla. Sucedió á 6 de Diciembre del año de 1623, á la entrada del canal de dicha ciudad. Refiérese una graciosa burla que hizo al Gran Turco don Fr. Antonio de Quiñones, caballero de Leon, por cuya causa llegó á punto de morir, y su bárbara convalecencia. Impreso con licencia en Sevilla por Juan Serrano de Vargas, año de 1624, fol.

Relacion de la victoria que el Marqués de Santa Cruz tuvo con cuatro navíos de guerra de enemigos que hacian gran daño en las costas de Sicilia y Nápoles, con el corsario Sanson, por otro hombre llamado Alí Arraez, renegado, á cuyo cargo venian estos navíos, que eran de Jusuph Bey, rey de Túnez, s. a. n. l.

Nueva y verdadera relacion de cómo un moro, gran corsario por la mar y general del Gran Turco, se ha vuelto cristiano, y cómo manifestó á la Iglesia toda su Armada con muy grandes riquezas que hàbia robado á los cristianos, y de las grandes fiestas que á su cristianismo se hicieron en Malta y Génova á 8 de Febrero de 1624. Con licencia, en Cádiz, por Juan de Borja, año de 1624, fól. Otra en Granada, por Juan Muñoz. Otra en Baeza, sin nombre de impresor.

Segunda relacion enviada de Levante á los 25 de Julio del año 1624, dia del glorioso patron de España, Santiago, en que se da cuenta de la felice victoria que ha tenido D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, teniente general de las galeras de Sicilia, de una famosísima presa que á los 13 del dicho mes han hecho 17 galeras, es á saber: ocho de Sicilia, seis de Nápoles y tres de malteses, hallándose en el golfo de Venecia todas juntas, yendo en busca de las galeras de Biserta y de Argel, y las hallaron dentro de una cala, llamada la cala Dalmacia, á 60 millas pasado el dicho golfo, las cuales estaban citadas por las dichas de Sicilia de pocos dias atras. Contiene el suceso de la batalla, el número de las galeras presas y turcos vivos, con otras cosas de valor y precio. Impreso con licencia en Barcelona, por Sebastian y Jaime Matevad, año 1624.

Famosa batalla y felicísima victoria que han alcanzado cuatro galeras de Malta (su general D. Juan Pacheco y Castro), de una escuadra de 12 galeras del Gran Turco, en este año de 1624. Copiada de una carta de un caballero maltés á un amigo suyo de esta ciudad de Sevilla. Con licencia, en Sevilla, por Juan de Escobar, año de 1624, fól.

Famosa victoria y grandiosa batalla que las galeras de Malta han tenido de una escuadra del Gran Turco, en que iban 10 galeras y dos galeotas. Sucedió dia de la Concepcion de la Vírgen Santísima nuestra Señora, del año de 1624. Con licencia, en Jerez de la Frontera, por Hernando Rey, y por su original en Montilla, por Manuel Botello de Payva, fól.

Relacion nueva y verdadera en que se avisan muchas cosas de Italia..... Tambien se avisa de la victoria que han tenido las galeras de Nápoles contra navíos corsarios de turcos, notada por un caballero italiano natural de Milan, alférez que ha sido en Nápoles, y que vino ahora de Roma. Impreso con licencia en Madrid, por Diego Flamenco, y por su original en Sevilla, por Simon Fajardo, año de 1624, fól.

Relacion de la gran vitoria que tuvieron las galeras de Florencia en el canal de Constantinopla con las galeras que enviaba el Rey de Argel al Gran Turco con la garrama que habia cobrado en los estados de Poniente, que eran dos millones y un presente de treinta cautivos cristianos y ocho doncellas calabresas, en 28 de Noviembre de 1624. Impreso con licencia en Madrid, en casa de Bernardino de Guzman, año de 1625, fólio.

Relacion de la pelea que hubo entre las cinco galeras de la Religion y seis de Biserta, la mañana de los 26 de Junio de 1625 (vencieron los turcos y apresaron dos). Impreso en Sevilla, con licencia, por Francisco de Lira, año de 1625, fól.

Victoria cierta y verdadera que da cuenta de la presa que las galeras del gran Duque de Florencia, juntamente con la patrona de Sicilia y su escuadra, han hecho de un navío de corsarios turcos y moros y renegados, que andaban robando en la costa de Cataluña, en este mes de Abril pasado de 1626. Compuesto por Francisco Cardoso de Acuña, portugues, na

tural de la ciudad de Lisboa. Impresa con licencia en Madrid, en casa de Bernardino de Guzman, y agora en Sevilla, por Juan de Cabrera.

Relacion de la toma de las dos islas de Santa Margarita y San Honorato, por los dos Marqueses de Santa Cruz y Villafranca, enviada por la Duquesa de Fernandina al P. Pedro Gonzalez de Mendoza, visitador de esta provincia, año 1635. Ms. Colec. Navarrete, t. xii, núm. 40.

Relacion verdadera de la entrada que hizo en Cerdeña, en la ciudad de Oristan, la Armada francesa, y de cómo los echaron de ella con mucha pérdida de su gente, y entre ellos gente de valor y muchos cautivos que quedaron, y nueve barcas con una pieza de bronce en cada una, retirándose los demas franceses con mucha deshonra de su tierra. Dase cuenta de dos sucesos extraños que sucedieron en la ciudad. Con licencia, en Sevilla, por Nicolas Rodriguez, año de 1637, fól.

Memorial del Marqués de Santa Cruz, representando los servicios de su casa. Impreso en siete hojas fól., año 1675.

Libros y documentos referentes á la conjuracion de Venecia, citados en el discurso del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.

Pareceres del Duque de Lerma. Bibliot. nac.

Welser (Márcos). *Squitinio della liberta veneta*, Mirándula, 1612, obra atribuida al Marqués de Bedmar.

Sommario della congiura fatta contro la serenissima republica de Venetia.

Conspiration et trahison admirable des espagnols, nouvellement decouverte, contre la seigneurie de Venise. Mercure Français, 1818.

Memorial del pleito que el Sr. D. Juan Chumacero y Sotomayor, fiscal del Consejo de las Órdenes y de la Junta, trata con el Duque de Uceda.

Quevedo Villegas (Francisco de). *Mundo caduco y desvaríos de la edad en los años de* 1613 *á* 1620.

Lince de España á Zahorí español.

Dell' Historia di Pietro Giovanni Capriata, Génova, 1639.

NANDÉ (Gabriel). *Golpes de Estado.*

ALBORNOZ (Diego Felipe de). *Guerras de Italia desde el año* 1613 *hasta el de* 1634. Ms. en la Bibliot. nac.

NANI (Bautista). *Historia della Republica veneta*, 1662.

VIDEL (Luis). *Histoire du Connestable de Lesdiguieres*, 1666.

SAINT-REAL. *Conjuration de Venise*, 1674.

SIRI (Vittorio). *Memorie recondite dell' anno* 1601 *fino al* 1640-1676.

OTWAY (Tomás). *Venice preserved*, 1682.

BIRAGO (Juan Bautista). *Rerum venetarum*, 1684.

AMELOT DE LA HOUSSAIE. *Histoire du gouvernemet de Venise*, 1685.

GIANNONE (Pedro). *Istoria civile del regno di Napoli*, 1723.

TENTORI. *Ensayos sobre la historia de Venecia.*

GROSLEY (Pedro Juan). *Discussion historique et critique sur la conjuration de Venise, et sur l'histoire de cette conjuration par l'abbé de Saint-Real*, 1756.

SANDI (Víctor). *Principi di Istoria civile della republica di Venetia*, 1758.

ORTIZ Y SANZ (José). *Compendio cronológico de la historia de España*, 1803.

DARÚ (El Conde de). *Historie de la Republique de Venise*, 1819.

SABAU Y BLANCO (José). *Historia general de España*, 1821.

LISTA (Alberto). *Narracion de los sucesos principales de la historia de España*, 1828.

RANKE (Leopoldo). *De la conjuration contre Venise*, Berlin, 1833.

BOTTA (Cárlos). *Storia d'Italia, continuata da quella del Guicciardini*, 1837.

LADNER (Dionisio). *The cabinet cyclopoedia.*

LAFUENTE (Modesto). *Historia general de España.*

Cartas originales de Bedmar, Quevedo, Osuna y del cónsul Tomás de Zornoza, Archivo de Simáncas.

Cartas de Leon Bruslart, embajador de Francia en Venecia, publicadas por Darú.

El Sr. D. Juan Perez de Guzman ha tenido la bondad de noticiarme los siguientes elogios de D. Pedro Giron:

Don Bernardo de Balbuena, en el *Compendio apologético en alabanza de la poesía*, que contiene (fól. 120-140) su GRANDEZA MEJICANA, edicion de Méjico, por Melchor Ocharte, 1604, cita al DUQUE DE OSUNA entre los grandes ingenios de España más dignos de veneracion y respeto.

Andres de Claramonte y Corroy, en el *Inquiridion de los ingenios*, que invoca en su *Letanía moral* (Sevilla, por Matías Clavijo, 1612), dice: «El Excmo. Sr. D. Pedro Giron, duque de Osuna, visorey de Sicilia, de quien el ingenio que tratáre, si no es con lengua divina, quedará cortísimo.»

LOPE DE VEGA CARPIO. «La hermosura de Angélica, con otras diversas rimas.—Á D. Juan de Arguijo, veintiquatro de Sevilla. —En Madrid, por Pedro Madiyal, 1602, en 8.º—Segunda parte de las rimas.»

AL DUQUE DE OSUNA Y CONDE DE UREÑA.

SONETO LIV. (Fól. 269 vto.)

El tiempo, á quien resiste el tiempo en vano,
Llevó tras sí los griegos valerosos,
Los Augustos, los Césares famosos,
Despues de las reliquias del Troyano.
Llevóse con el griego y el romano
La gloria de los godos belicosos,
Y aquellos españoles generosos,
Orígen claro del valor christiano.
Apolo y Marte, ociosos en la tierra,
Íbanse al cielo, y vuestro abuelo santo,
Por tenerlos, asióles de la ropa.
Dexáronle por irse, en paz y en guerra,
Los dos Girones que hoy os honran tanto,
Que dellos se vistió de gloria Europa.

AL DUQUE DE OSUNA.

SONETO CLXXVI. (Fól. 222 vto.)

En láminas de plata, en letras de oro,
Que en almas escribirse merecia,
Vuestro nombre á la fama el mundo envia,
Giron divino del mayor tesoro.
Será sujeto del castalio coro
Miéntras dure del cielo la armonía,
Famoso en cuanto el sol dilate el dia
Del Pez, del Cancro, de la Libra, el Toro.
Verá la envidia en la mayor alteza
De títulos tan grandes escogido
El del ingenio fértil y abundante.
É igualará la pluma á la grandeza,
Y el Parnaso de vos favorecido,
Tendrá en su frente el cielo como Atlante.

En las *Obras várias de Francisco Lopez de Zárate*, impresas en Alcalá, por María Fernandez, impresora de la Universidad, en 1651, á la pág. 124 se lee el siguiente

SONETO.

EN MUERTE DE DON PEDRO XIRON, DUQUE DE OSUNA.

Blason último fué: muerte, suspende
En tu pálido templo la guadaña,
Que, cortando el Xiron, postraste á España,
Pues quien el alma todo el cuerpo ofende.
Bien que tu golpe, sol tan grande enciende,
Que cortándose á estrella, por hazaña
(Tantas le ha dado el Ponto, la Campaña)
Una luz sola muchas comprehende.
En deuda te está el cielo, pues le diste
Resplandor, no de humanos merecido,
Que sus hechos le aumentan luces bellas;

Sólo para la tierra parca fuiste,
Que él, como pedernal de hierro herido,
Vuelve cielos en sol, brotando estrellas.

La coleccion de los poetas líricos de los siglos XVI y XVII, publicada en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, t. II, pág. 24, contiene el siguiente soneto del mismo don Pedro Giron, escrito probablemente en su prision de la Alameda:

¡Oh, si las horas de placer durasen
Como duran las horas del tormento!
¡Oh, si como se van las del contento,
Las de pesar tan presto se pasasen!
¡Oh, si en algo los tiempos se mudasen
De mal en bien, siquiera algun momento,
O ya que no se muden en su intento,
En aumentarnos el dolor cesasen!
¡Oh, si el mal se midiese con la fuerza
Del que padece su trabajo fiero,
Ó fuese el sufrimiento cual la pena,
Ó ya que no hay quien la desgracia tuerza,
Un daño no nos fuese mensajero
De mil, á quien, viniendo, nos condena!

FIN.

ÍNDICE

DE PERSONAS QUE SE CITAN EN LA OBRA.

ACEVEDO, Antonio. 44.
ACUÑA, Vasco de. 236.
AGUILAR Y CASTRO, Alonso. 241.
ALBERTO, El archiduque. 12, 14, 113.
ALCALÁ, Duque de. 337.
ALDERETE, Diego de. 189, 256.
ALEDO, Hernando. 270.
ALI, Bajá. 45.
ALI, Rabazin. 184.
ALI, Rostan. 393.
ALI, Zaide ó Cuartanet. 151, 379.
ALICUR', Mohamed. 402.
ANIJ, Marqués de. 265.
ANTALOR, Ludovico de. 400.
ANTUNEZ, Simon. 12.
ARAGON, Martin de. 160, 372.
ARAGON, Octavio de. 27, 29, 32, 33, 35, 39, 41, 43, 74, 84, 88, 91, 141, 147, 150, 154, 158, 165, 166, 183, 191, 266, 280, 282, 295, 300, 343, 362, 374, 379, 391.
ARAGON Y MENDOZA, Luis de. 91.
ARCOS, Duque de. 187.
ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de. 181.
ARIZ, Martin de. V. REDIN.
ARRES, Martin de. 282, 289.
ATECA, Martin de. 292.
AVALOS, Juan de. 265.
AYALA, Diego de. 188, 254, 255.
AZAN, 73.
AZAN CALAFATE, 410.
AZAN MARIOL, 54.
BALMASEDA, Diego de. 237.
BARBARIGO, 132.
BAZAN, Alvaro segundo mar-

qués de Santa Cruz. 28, 79, 154, 184, 188, 229, 252, 262, 332, 362, 370, 416, 420.
Bedmar, Marqués de. V. Cueva.
Belegno, Justo Antonio. 83,
Berardo, Juan. 119.
Bermudez, Diego. 239.
Bermudez, Hernando. 44.
Bernal, Juan. 730.
Betico Sabiaco, 398.
Borja, Melchor de. 29, 196.
Borja, El cardenal. 146, 164, 166, 353.
Brochero, Diego. 241.
Burlao, V. Desboleaux.
Cabrera de Córdoba, Luis. 11, 38.
Campilongo, Olimpia. 228.
Cañas, Juan de. 147, 348.
Caño, El capitan. 189.
Cárdenas, Gonzalo de. 32, 276.
Cárdenas, Pedro Jorge de. 383.
Cardona, Alonso de. 188, 256.
Cardona, Luis de. 264.
Carrion, Francisco. 401.
Castaño, Antonio. 401.
Castelrodrigo, Marqués de. 10.
Castillo Bustamante, García del. 384.
Castro, Francisco. 303.
Castro, Juan de. 254.
Cerezo, Juan. 238.
Coloma, Pedro Antonio, conde de Elda. 88, 91, 208, 228.
Colon, Pablo. 369.
Colona, Camilo. 277.
Córdoba, Luis de. 264, 266.
Corella, Beatriz. 230.
Correa, Juan de. 351.
Cortés, Juana. 11.
Costa, Simon. 44, 149, 365.
Cuartanet. V. Ali-Zaide.
Cueva, Alonso de la, marqués de Bedmar. 57, 76, 96, 114, 121, 132.
Chaves, Gabriel de. 368.
Chaves, Pedro de. 386.
Cherches, Duque de. 265.
Chumacero. 12.
Daucer, Simon. 270.
Desboleaux, Cárlos. 119, 131.
Desboleaux, Juan. 119, 131
Diaz Pimienta, Francisco. 187.
Domps, Ramon. 229.
Doria, Cárlos. 361, 374.
Doria, El cardenal Joanetin. 36, 39, 280, 287.
Doria, Duque de Tursi. 229, 266, 303, 393, 419.
Duque de Estrada, Diego. 89, 91, 101, 137, 182.
Elda, Conde de. V. Coloma.
Enrique IV, rey de Francia. 10.
Enriquez, Juana. 230.

Enriquez de Rivera, Catalina, duquesa de Osuna. 11, 424.
Escoubleau de Sourdis, Henry. 187.
Espínola, Ambrosio. 12, 113 177.
Espínola, Aurelio. 175.
Espínola, Federico. 13, 175.
Fajardo, Diego. 367.
Fajardo, Luis. 211, 229, 241, 295, 362.
Felipe II, Rey. 11.
Felipe III. 98, 159.
Felipe IV. 170.
Feria, Duque de. 10.
Fernandez-Guerra, Aureliano. 122.
Ferdinando, Archiduque. 124, 152.
Ferletich. 151.
Fernandez de Azagra, Pedro. 406.
Filiberto de Saboya. 42, 152, 153, 178, 232, 367, 402.
Foli, Antonio. 48.
Gamboa y Leiva, Pedro de. 57, 86, 88, 91, 92, 192, 205, 319, 331.
Garay, Martin de. 44.
Giner de Torres, Francisco. 254, 255.
Gines, Francisco, 188.
Giron, Fernando. 91.
Giron, Pedro. 86, 88, 91, 97.
Gondomar, Conde de. 113.
Gritti. 114.
Guadiana, Manuel de. 414.
Guzman, Diego de. 91.
Herrera, Juan de. 265.
Idiaquez, Juan de. 11.
Iaffier. 120.
Ibarra, Diego de. 330.
Isabel Clara, Infanta. 12.
Ivella, Pedro de. 234.
Jacobo I, rey de Inglaterra. 14, 113.
Jimusbey. 384.
Juarez, El capitan. 189.
Juven, Baldiserra. 119.
Ladrada, Marquesa de. 204.
Langlad. 119, 132.
Lascari, Francisco. 335.
Leiva, Antonio de. 265.
Leiva, Luis de. 254.
Leiva. V. Gamboa y Leiva.
Lémos, Conde de. 59.
Lentini, Pedro. 402.
Leon, Pedro. 335.
Lerma, Duque de. 38, 80, 317.
Leti, Gregorio. 7, 100, 115, 123, 148.
Lezcano, El capitan. 150, 381, 399.
Lobay, Pedro. 196, 200.
Lope, García. 382.
Losa de la Rocha. 176.
Loyola, San Ignacio de. 14.
Lujan de Sayavedra, Mateo. 22.
Luna, Sancho de. 263, 266.

Mahamet, Bey de Alejandría. 37.
Mahomad-Asan. 85, 326.
Mahomet, Bajá. 34, 45.
Mahomet Escabrig. 395.
Maillé-Brezé, Armand de. 187.
Maldonado, Juan. 266.
Manrique, Francisca. 230.
Manrique, Francisco. 410.
Manrique de Lara, Pedro. 91.
Martinez de Echevarría, Felipe. 243.
Martinez de Gendola, Juan. 176.
Matalon, Duque de. 322.
Médicis, Duque Cosme de. 31, 40.
Medina, Isabel de. 227.
Melgar, Sancho de. 369.
Mendoza, Antonio de. 264.
Mendoza, Íñigo de. 9.
Mendoza, Pedro de. 193, 341.
Meneses, Juan de. 175.
Mesía, Francisco. 370.
Mexía, Francisco. 419.
Moncasino, Gabriel. 119.
Monguía, Cristóbal de. 176.
Monroy, Cristóbal de. 11, 247.
Monroy, Sancho de. 368, 370.
Morath Bajasli. 406.
Moratquivir Guadiano, 414.
Nani. 163, 166.
Nassau, Mauricio de. 13.
Nieto de Villegas, Juan. 241.
Noguera, Duque de. 265.
Nola, Lorenzo. 119.
Noroña, Alonso de. 331.
Oliste, Estefano. 233.
Oliste, Jorge de. 88, 104, 233.
Oquendo, Juan de. 352.
Ordas, Diego de. 226.
Ordoñez, Pedro, 176.
Osarto. 257.
Ossemanday, 45.
Osuna, Duquesa de. V. Enriquez de Rivera, Catalina.
Osuna, Lázaro de. 398.
Palavicino, Julio César. 88.
Paleólogo, Jorge Demetrio. 380.
Paredes, Antonio. 44.
Parrino, Domenico. 115.
Pierres, Jaques. 41, 72, 119, 120, 132, 140.
Pimentel, Alonso. 32, 230, 276.
Pimentel, Antonio. 29, 270.
Pimentel, Diego. 44, 45, 91, 141, 183, 230, 254, 263, 367, 369, 408.
Pimentel, Jerónimo. 230.
Pimentel, Manuel. 230.
Pimentel, Pedro. 85, 328.
Pinto, Márcos de. 385.
Ponce de Leon, Manuel, 279.

Quevedo y Villegas, Franco. 5, 56, 123, 141, 169, 170, 177.
Redin, Martin de. 88, 91.
Renault, Nicolas. 131.
Ribera, Francisco de. 54, 64, 77, 83, 84, 91, 97, 99, 105, 141, 151, 163, 210, 304, 339, 364, 371.
Ribera, Martin de. 391.
Ribera, Pedro. 228.
Ribera, Rodrigo de. 226.
Rineldi, Nicolas. 119.
Rios, José Amador de los. 137, 167.
Ripoll, Bartolomé de. 176.
Rivellido, Roberto. 119.
Roberti, Vicente. 119.
Rodriguez, Diego. 12, 242.
Roel, Francisco. 73, 314.
Rojas, Antonio de. 367, 369.
Rojas, Cristóbal de. 369.
Romano, Justiniano. 14.
Ruiz de Castañeda, Juan. 284.
Ruiz de Recondo, Diego. 175.
Ruiz Villegas, Francisco. 189, 256.
Salazar, Gabriel de. 419.
Salmeron, El capitan. 411.
Sanchez, Pedro. 44, 73.
Sandoval, Juan de. 91.
Sanson. 183.
Santa Cruz, Marqués de. V. Bazan.
Sarmiento, Pedro. 368, 370.
Sarpi, Pablo. 131.
Serrano Ribera, Manuel. 235.
Silva, Agustin de. 163.
Silva, Rodrigo de. 242.
Soliman Sanson. 371, 393.
Solís. Juan de. 383.
Soria, Diego. 383.
Spinelli, Gasparo. 97.
Spinola. V. Espínola.
Serrano, Manuel. 83.
Silva, Antonio. 91.
Sinarí, Bajá. 37, 38.
Sosa, Gregorio de. 351.
Suarez, El capitan. 256.
Tafalla, Sebastian Vicente. 383.
Talavera, Alonso de. 240.
Tellez Giron, Juan. 9, 11.
Tellez Giron, Juan, conde de Ureña. 39, 158.
Teppoli, Giuseppe. 24.
Terracuso, Antonio. 24.
Terrigena, Príncipe de. 277.
Timpanaro, Jerónimo. 48.
Toledo, Fadrique de. 332.
Toledo, García de. 254.
Toledo, Pedro, marqués de Villafranca. 49, 59, 80, 114, 190, 229, 321, 325.
Tomás. 116.
Torrecuso, Marqués de. 265.
Tursi, Duque de. V. Doria.
Uceda, Duque de. 109, 150, 323.

URQUIZA, Íñigo de. 236, 369.
URREA, Jerónimo de. 406.
VAEZ, Miguel. 303.
VALENZUELA, Cristóbal de. 176.
VALENZUELA, Lope de. 356.
VALLE, Jerónimo del. 42.
VALMASEDA, Balmaseda.
VARGAS, Francisco de. 388.
VARGAS, Hernando de. 176.
VELASCO, Ana María. 9.
VELASCO, Antonio de. 189, 254.
VELASCO, Fernando de. 10.
VELASCO, Francisco de. 406.
VELEZ DE GUEVARA, Luis. 210.
VENTIMIGLIA, Fabricio. 277.
VENTURA DE LA SALA, Francisco. 63.
VENIERO. 84, 100.
VERA, Diego de. 254.
VERA, Gonzalo de. 254
VICIGUERRA, El capitan. 196.
VILLAFRANCA, Marqués de. V. TOLEDO.
VILLALOBOS, El capitan. 189, 256.
VISINO, Virginio. 253.
VISO, Marqués de. 187.
VIVERO, Diego. 94, 333.
VIVES, Juan. 408.
ZAFER MAHOMET. 405.
ZANE, Giacomo. 89, 93.
ZAPATA, Francisco. 392.
ZAPATA, Íñigo. 316.

FIN DEL ÍNDICE.

ÍNDICE GENERAL.

Páginas.

Antecedentes.................................... 7
Vireinado de Sicilia.................................... 25
Vireinado de Nápoles.................................... 58
Desengaños.................................... 165

LOS ACOMPAÑANTES DE OSUNA.

Federico Spínola.................................... 175
Emanuel Filiberto de Saboya.................................... 178
Diego Duque de Estrada.................................... 182
Álvaro de Bazan, segundo marqués de Santa Cruz........ 188
Octavio de Aragon.................................... 191
Pedro de Gamboa y de Leiva.................................... 205
Francisco de Ribera.................................... 210
Pedro Antonio Coloma, conde de Elda.................................... 228
Diego Pimentel.................................... 230
Jorge de Oliste.................................... 233
Manuel Serrano Ribera.................................... 235
Vasco de Acuña.................................... 236
Íñigo de Urquiza.................................... 236
Diego de Balmaseda.................................... 237
Juan Cerezo.................................... 238
Diego Bermudez.................................... 239
Alonso de Talavera.................................... 240
Alonso de Aguilar y Castro.................................... 241
Juan Nieto de Villegas.................................... 241

Páginas.

Diego Rodriguez.................................... 242
Felipe Martinez de Echevarría........................ 243

DOCUMENTOS.

Número 1.—Las mocedades del Duque de Osuna, por don Cristóbal de Monroy y Silva......................... 247
2.—Relacion de lo sucedido al Marqués de Santa Cruz en la jornada de Levante.............................. 252
3.—Verdadera relacion de la victoria que ha tenido contra el Turco, el famoso Osarto.......................... 257
4.—Relacion de la victoria del Marqués de Santa Cruz en los Querquenes.................................. 262
5.—Relacion de tres batallas navales que han tenido el Duque de Osuna y el Marqués de Santa Cruz............. 267
6.—Relacion de la gran presa que hizo el Duque de Osuna. 274
7.—Relacion de la insigne victoria que consiguieron las galeras de Sicilia................................ 279
8.—Relacion de las dos entradas que han hecho en Berbería y Levante las galeras de Sicilia.................. 282
9.—Relacion de la feliz victoria que tuvo D. Antonio de Aragon contra las galeras de Chipre y Rodas........... 294
10.—Relacion de las prevenciones que hace el Duque de Osuna.. 299
11.—Carta del almirante Francisco de Ribera en que da cuenta del reencuentro que tuvo con los turcos......... 304
12.—Carta del Duque de Osuna comunicando la victoria de D. Francisco Ribera.............................. 310
13.—El Rey se muestra complacido de la victoria........ 311
14.—Relacion de la victoria que diez galeras del Duque de Osuna tuvieron contra doce de turcos................ 312
15.—Carta del Duque á S. M. con noticia de una jornada de D. Octavio de Aragon.......................... 316
16.—Carta del Duque de Lerma al de Osuna, pidiéndole ayuda para armar galeras por su cuenta.............. 317
17.—Carta del Duque de Osuna á S. M. acerca de armamentos y disposiciones contra Venecia................ 318
18.—Carta del Duque de Osuna para el gobernador de Milan, refiriendo las contrariedades que sufre de la córte... 321

Páginas.

19.—Carta del Duque de Osuna al de Uceda, tratando del estado lamentable de la política que se sigue........... 323
20.—Relacion de la victoria que tres galeras del Duque de Osuna tuvieron en el mar de Levante................. 326
21.—Carta de Diego de Ibarra sobre los buenos sucesos del Duque de Osuna.................................. 330
22.—Relacion de la victoria que dos galeras del Duque de Osuna tuvieron contra otras de turcos................. 332
23.—Despacho de S. M. al Duque de Osuna ordenándole defender sus derechos en el Adriático.................. 337
24.—Relacion de lo que sucedió á los galeones del Duque de Osuna en el Adriático, habiendo peleado un dia, y cómo se retiró la Armada veneciana con grande afrenta y cobardía.. 338
25.—Despacho del Rey mandando al Duque de Osuna impida que los venecianos se fortifiquen en Santa Cruz, pero con el nombre particular del mismo Duque y no del Rey de España.. 341
26.—Relacion de las diversas victorias que el Duque de Osuna ha tenido en el mar de Levante................. 342
27.—Jornada que las galeras han hecho á Barcelona y Bertería... 346
28.—Despacho del Rey al Duque de Osuna ordenando procure desbaratar á los holandeses que van á Venecia...... 352
29.—Carta del Duque de Osuna al Rey, tratando de los bajeles que quiso adquirir en Inglaterra................. 353
30.—Otra proponiendo campaña contra Turquía.......... 355
31.—Otra rehuyendo la responsabilidad de lo que pueda ocurrir por cumplimiento de las órdenes que ha recibido.. 356
32.—Otra proponiendo el medio de acabar con los corsarios berberiscos.. 361
33.—Parte de campaña del capitan Simon Costa.......... 365
34.—Jornada á Levante del príncipe Filiberto........... 367
35.—Carta del Duque de Osuna dando cuenta de haber limpiado de corsarios la Goleta......................... 371
36.—Otra noticiando la jornada hecha en Levante por don Octavio de Aragon................................ 373
37.—Relacion de las famosas presas que hizo D. Octavio de Aragon.. 379

Páginas.

38.—Fuego que á la ciudad de Constantinopla echó el alférez García del Castillo Bustamante.................. 384
39.—Despacho del Rey mandando al Duque de Osuna vender los galeones.................................... 391
40.—Relacion de la gran batalla y feliz victoria de las galeras cristianas.................................... 392
41.—Famosa victoria contra un renegado, general de las galeras del Turco.................................. 398
42.—Relacion de la grandiosa victoria alcanzada en Sicilia contra los turcos.................................. 402
43.—Presa que D. Diego Pimentel hizo á la vista de las islas de San Pedro.................................. 408
44.—Relacion de las famosas presas que hizo el capitan Salmeron junto á la Baja Calabria....................... 411
45.—Relacion de la gran victoria que ha tenido el Marqués de Santa Cruz contra las galeras de Biserta............ 416
46.—Segunda relacion de la gran victoria del Marqués de Santa Cruz.. 420
47.—Memorial que la Duquesa de Osuna dió á S. M...... 424
48.—Venesiana.................................... 426
Libros y papeles consultados........................... 429
Libros y documentos referentes á la conjuracion de Venecia, citados en el discurso del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.. 443
Elogios del Duque de Osuna........................... 445
Índice de las personas que se citan en la obra........... 449

FIN DEL ÍNDICE GENERAL.

